

AMERICA

**PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA**

Comisión Directiva

**AUGUSTO ARIAS
ANTONIO MONTALVO
JOSE ALFREDO LLERENA
AURELIO GARCIA**

ENERO—DICIEMBRE DE 1949—1950

AÑO XXV

Nos. 93 — 100

Talleres Gráficos Nacionales

AMERICA

GRUPO AMERICA

Casilla N° 75

Quito — Ecuador

UN CUARTO DE SIGLO DE LA REVISTA "AMERICA"

Ha cumplido esta Revista sus veinte y cinco años de existencia. Y en este lapso ha cumplido también, a través de indeclinable esfuerzo, de perseverante actividad, con los nobles postulados que constituyeron, desde su fundación, su razón de ser, y que no fueron otros sino los de servir, en la forma más amplia y comprensiva a los intereses, obvios y sagrados, de la cultura nacional. Anheló ser América el portavoz de las inquietudes y el desarrollo intelectual del País, y en una hora de indolencia y apatía, se levantó suscitadora, para recoger en sus páginas, sin ningún discrimen ideológico ni estético, al contrario, con generoso sentido de liberalidad y amplitud, el latente bullir espiritual que necesitaba solamente de un cauce y de un medio de expresión, para manifestarse, sugerente y opulento, en las diversas ramas de la creación literaria. Ha sido América, en este sentido, la fuente en la cual, durante un cuarto de siglo, se ha volcado gran parte del pensamiento ecuatoriano, lo más expresivo de sus inquietudes científicas, literarias y artísticas. En su centenar aproximado de volúmenes, queda encerrada la trayectoria luminosa del desarrollo intelectual ecuatoriano. En ellos queda escrita una considerable porción de la historia de nuestras letras. Y en ellos, necesariamente, el historiador de la literatura habrá de encontrar la fuente documental y de información que le sirva de guía, fiel y precisa, para la formación y organización de su obra. Pensamiento filosófico, módulos y tendencias literarios, crítica y acotaciones sobre el devenir político, seguras resonancias del palpar intelectual del Continente, lo más trascendente de la producción nacional y americana, queda palpitando en las páginas de América, como el trasunto fiel y el rastro inequívoco de nuestras propias

inquietudes espirituales y de los países hispanoamericanos. Pues que, la misión de América se ha bifurcado hacia dos finalidades esenciales: la de ser el vocero de la expresión intelectual ecuatoriana, que ha llevado a los ámbitos de la cultura continental las manifestaciones de su espíritu, confirmando nuestras indubitadas tradiciones; y la de ser también un receptáculo de las palpitaciones de la cultura de los pueblos americanos.

Modestamente, pero con altura de miras, con el firme sentido de responsabilidad que requiere la enaltecida obra de la cultura de un país, y la noble vida del espíritu, que es la única que imprime la auténtica y verdadera personalidad de un pueblo, América ha cumplido sus postulados. Ha sido la suscitadora y creadora de una obra que confirmando adentro y afuera de la Nación nuestra tradición y buen predicamento cultural, ha sabido proyectarse en hechos beneficiosos. A su amparo nació y echó raíces fuertes en la vida institucional del País, el Grupo intelectual que lleva su nombre, y que con tanto celo y perseverancia viene laborando por el desarrollo creciente de nuestra cultura. A su sombra y por su iniciativa se han desarrollado muchas actividades tendientes a fomentar la producción literaria, a estimularla y difundirla. Ya sea con la creación de concursos para determinados géneros de la literatura; con el culto y exaltación de nuestros valores clásicos; con la apertura de sucesivos ciclos de conferencias, en las cuales tópicos de la ciencia, la política, las letras y las artes, han sido tratados como en tribuna de difusión permanente; ya también por medio de la actividad editorial, que ha permitido dar a publicidad y llevar al conocimiento extranjero, la producción intelectual ecuatoriana; ya, asimismo, con la realización de exposiciones bibliográficas internacionales, una de las cuales, la del Libro Hispanoamericano, que se llevó a cabo en la Universidad Central, en el año de 1935, por ser la primera de su índole que tenía lugar en América, y por su magnitud y trascendencia, repercutió, en ejemplarizado eco, en la vida cultural del Ecuador y de las demás naciones americanas.

Atenta siempre a los acontecimientos del devenir nacional, a los grandes fastos de su historia, América se ha hecho presente, en ediciones especiales, así al celebrarse los centenarios del nacimiento de Montalvo y de Juan León Mera; de conmemorarse el cuarto centenario de la fundación de Quito, o, cuando al tratar de fortalecer los vínculos de solidaridad continental, ha dedicado, como en el caso de la

hermana nación boliviana, sus páginas para el mejor conocimiento y difusión de sus valores intelectuales.

Otro de los propósitos fundamentales de la Revista América, fué el de propender a la mejor vinculación e interconocimiento entre los países de nuestro hemisferio, propósito que ha sabido llevarlo a cabo en la máxima medida de sus esfuerzos. Esta Revista, las ediciones de las conferencias del Grupo América, las ediciones de los libros de sus socios, las especiales de índole antológica, las destinadas a la difusión de nuevos clásicos, han viajado frecuentemente a los países del Continente, en misión de acercamiento, de solidaridad y de intercambio espiritual, provocando recíprocas reacciones que se han traducido, de modo patético, en una más provechosa vinculación de las relaciones intelectuales.

En conexión con esta misma actividad, merece particular referencia el hecho de haberse creado en distintos países de América, las entidades filiales del Grupo América, las cuales, identificándose en todo, a los principios de comprensión, fraternidad y solidaridad continentales que propugna, han sabido realizar, desde años atrás y continúan llevándola a cabo, una eficiente y encomiable labor cultural, profundamente beneficiosa para los intereses de las mutuas relaciones intelectuales.

Como prueba fehaciente de la obra surgida al amparo de la revista América, permanece también la Biblioteca de Autores Americanos. Formada en principio con el acervo bibliográfico de los canjes internacionales, enriquecida grandemente después con los aportes enviados a la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, y fomentada a diario, ya en virtud del intercambio de bibliografía, por el generoso envío de instituciones de cultura y de los escritores americanos, presta, desde su fundación, un servicio permanente de carácter público. La complementan, además, ricas secciones bibliográficas, correspondientes a las literaturas argentina, colombiana, chilena, venezolana, etc. Por tratarse de una Biblioteca especializada, a ella concurren los escritores y estudiosos nacionales y extranjeros que se interesan por el movimiento literario continental. Su sección de hemeroteca americana, es una de las más ricas con que cuenta la Capital del Ecuador.

En fin, la obra realizada por América en su primer cuarto de siglo, es testimonio irrefutable de un noble esfuerzo encaminado a mantener la vida del espíritu y los altos ideales de la cultura. Una nueva etapa de trabajo y de labor se

abre para esta Revista. En ella procurará fortalecer y continuar cristalizando sus viejos propósitos: ser la mensajera del pensamiento ecuatoriano, de los módulos de su cultura. Recoger en sus páginas la expresión de la intelectualidad americana. Vigorizar y enriquecer el sentimiento de comprensión y solidaridad entre los pueblos del Continente.

G O E T H E

DEL VASO DE PORCELANA A LOS CAPRICHOS DEL AMANTE

Nace Goethe en Francfort, el 28 de Agosto de 1749, a las doce del día, como para beber la claridad que bañó desde el comienzo, con tan vivos resplandores, el inmensurable mundo de sus criaturas artísticas, y aún a las que, como el infortunado Werther, decurrieron a veces por la sombría vereda de un truncado existir.

Juan Gaspar, el padre, de una clase en la cual se ennoblecieron los oficios por la pericia y la paciencia; Isabel Textor, la madre juvenil, burguesa delicada, y la hermana Cornelia, formaron para Goethe el ámbito familiar propicio al encuentro de la creación y la realidad, entre la rectitud paterna y el aliento casi niño de la madre, suave como luz de amanecida.

La forma del doctor Fausto, ahito de saber, la figura que perfeccionara como una entera y múltiple imagen de la vida, y del hombre, se esboza sin duda desde los años de la infancia, cuando al lado de su hermana Cornelia despedazaba sus cacharros con alguna inocente alegría, o, improvisado actor, prefiguraba sus sueños y sus anhelos a través de las comedias de la época. El padre "pedagogo nato" como lo llama Margarita Nelken, al apretar la receptiva goethiana, enseñándole el latín antes de los ocho años y dictándole en verso las lecciones de la Geografía, despertaba la varia aptitud del futuro autor del Fausto, cuya profusa lectura ibase ya por las aventuras del Robinson o por la clásica fantasía de Las Metamorfosis de Ovidio; por la ruta sentenciosa del Telémaco, por los exámetros de Homero de cuyo resplandor seguro se desprendían para su aprecio los perfiles de Helena, o por los

de La Eneida virgiliana, en donde alcanzaba quizá los remotos orígenes románticos de pasión y sacrificio en la hoguera de Dido. *

Los matices de la huerta casera, la crónica dieciochesca, engolada y solemne, la tradición y los vientos del porvenir daban la medida de los contrastes a ese irremisible inquieto que había, sin embargo, de sujetar a una olímpica serenidad el torbellino del alma y la búsqueda insaciable de un corazón sin par. Y desde entonces, como un anticipado alquimista que no tuviera ninguna de las pesadumbres fáusticas, aprendió a relacionar la poesía y la realidad. Y esa fusión de valores que se compenetran y se relacionan en su obra y en su vida, se traduce en esa perfección ascendente y gradual, como de sinfonía o de milagro arquitectónico, de los libros en los cuales establece su reino de infinita inquietud pero también de supremo equilibrio, como si solo de las fuerzas tormentosas y de los mayores recursos del movimiento y de la tragedia, se pudiera lograr, al fin, la consciente sustentación del hombre sobre la tierra.

Su mismo diablo afilosofado y humano— dejando aparte todo antecedente libresco, desde el remoto esbozo de aquel **Pleito de Teófilo** del milagro vigésimo sexto de Berceo, del cual salió, según los eruditos, la leyenda del Fausto para que la recogiera Marlowe y le perfeccionara Goethe— se corporiza y acciona, como en un germen artístico, cuando en las veladas de familia, impulsadas por la precoz sapiencia de Wolfgang, él y su hermana Cornelia dramatizan el diálogo entre Satán y Adramelech, arrancándolo del libro de Klopstock, el "modernista" de la época, de cuyo atrevimiento podía tratarse por entonces, no obstante la católica paciencia que dora levemente la poesía de Federico.

Desde sus estrenos señalados por una especial suerte de taumaturgia, Goethe busca la unidad en el vasto mundo del conocimiento, y sabe, por eso, que la poesía no es la quimérica forma en la que han querido reconocerla los de la volun-

* "El sistema por el cual aprendía el latín, habíale infundido el hábito de poner en verso todos los temas de sus estudios y —cosa harto más esencial— de tratarlos poéticamente. El teatro de marionetas, regalo de la abuela, fué el punto de partida de la inspiración dramática, y esta diversión infantil desarrolló en Goethe —según palabras de él mismo— el don de inventiva y de representación." Margarita Nelken: "Historia del Hombre que tuvo el mundo, en la mano."

dad pacata, y que, asimismo, la realidad no se objetiva siempre como para que la sienta hasta el tacto aproximado del miope. Enseñanzas fecundas que alcanzarán más tarde, sobre todo en su Fausto, explicaciones filosóficas y poéticas, alegorías sin posible antecedente, frases exegéticas o insinuaciones acabadas. Y es esa búsqueda de la unidad la que le lleva, en un día de su niñez, sobre el atril de música, como un ex-voto pánico, a captar en un espejo el rayo solar para que se enciendan las mariposas de colores que ha colocado en un vaso de porcelana. . . .

Años de viaje y de estudio, aprendizaje amoroso después, estreno apasionado en el cual la Gretchen le ofrece la imagen que será variable y única a la vez, estable y huyente, singular y universal, de su Carlota, de su Margarita. . . . Allí los elixires que le recetara la señorita de Klettemberg para todos los males "del cuerpo y del alma", sublimados después en el poema fáustico; allí lo cabalístico y la tentación mística; el placer y el doctorado en los dolores; lo epidérmico y lo profundo de la experiencia vital; la bulliciosa alegría de los estudiantes y el secreto, también, en el que se cultiva y asciende la predestinación del bello espíritu.

Creía Goethe, como lo expresa en su Poesía y Realidad, el libro de las confesiones y la autobiografía, en la dispersión de su existencia y en lo fragmentario de sus estudios, pero esa misma relativa certeza a propósito de su vida desperdigada y de su saber disímil, señaló el acicate mayor para que buscara la unidad expresiva. Por otra parte, bien sabido es que sus "fantasmas", encontraban en los libros la salida perfecta o a veces disforme, en realización artística que ha dado a sus numerosos elogiantes el punto de vista para juzgar de la aspiración de lo sublime o por lo menos de lo extraordinario. Válvula de alivante virtud que iba fijando los valores serenos o superados de Goethe, destino de catarsis que ha de consagrar uno de los ejemplos mayores en la historia de los tiempos. Así desde el fantasma pálido de su tormenta wertheriana, hasta su Fausto, sucesivamente incrédulo y esperanzado, endeble y maduro, el proceso de su libertad se cumple con una medida que se dijera alentada por los pasos de seguridad del genio y la fortuna.

El estreno literario de Goethe, de los más brillantes, afirma la ambiciosa voluntad del insatisfecho. Su poligrafismo precoz; su tendencia enciclopedista —Goethe, en siendo de todas las épocas, representa, naturalmente la modalidad del Siglo XVIII—, se vierten en esa novela de los siete hermanos

repartidos en países distintos y distantes, los cuales se refieren, en temperamental epistolografía y en varios idiomas, a sus gustos y preferencias: el teólogo en latín; el comerciante en inglés; el músico en italiano; el viajero en alemán. . . . Allí un saber sembrado de datos lúcidos anuncia su curiosidad universal y si el lírico explora ya en la intimidad del ser, el épico describe y anima a los personajes y el memorioso de las edades gusta también de los círculos eternos, en donde los infernales frisos iluminan el perfil de su diablo sapiente o el célico coro ensaya el prólogo fáustico.

Pero Juan Wolfgang condenaría al fuego muchos de los papeles de sus mocedades, aún los de aquella obra dramática de los diez y ocho años **Los Caprichos del Amante**, en la cual parecía vibrar la voz desaparecida de Gretchen, sobre la dulzura presente de Catalina. El también, como Platón y otros espíritus celosos de la inmarcesible poesía, buscó la liquidación de los ramos agraces, como más tarde, dándose al escrutinio sagaz de su obra, afirmaríala, sin palabra, la simple verdad de las repeticiones del hombre. . . .

EL WERTHER

El que de niño había quemado un grano de mirra en ofertorio a Pentheos, el espíritu pánico y de fervores terrenos, el que se modelara al delicado influjo de la madre, (parecía una hermana, por lo juvenil y fresca, junto a Goethe adolescente) y al de la severa vigilancia del Consejero Goethe, sentirá que en su vida de juventud luchan las pasiones y los recuerdos, la zozobrante elección del camino, las formas concretas de la existencia y las abstracciones del arte. En la alegre mesa de Wetzlar el mismo es un caballero del medievo, Goetz de Berlichingen. Para la despreocupada comparsa de juristas resulta menos importante el traje que la imitación del gesto y para el flamante doctor el apodo de Goetz un consagrado reconocimiento de sus páginas. El Goetz ha sido la obra de su primicia, aparte de las odas en las cuales está patente la influencia de Klopstock, de simpatía y cariñosas lecturas. Ha formado un drama nacional, sin que se exajeran los tonos brillantes, y de acuerdo con la conformación de lealtad y audacia, de valor y escándalo, de verdad y quimera, que distinguió a los caballeros medievales. No han podido escaparse entonces, de la fisonomía de María, las líneas puras de la Federica de Sesenheim. Comienza a reflejar sus propios recuerdos y no ha de dejarlos solo en estampas.

móviles, sino que ha de buscar, para la gloria de su pervivencia, para que se prolonguen en la vida de nuevas concepciones, una suerte de continuidad que ilumine el rostro de las imágenes, que las vuelva reconocibles por los ademanes y las palabras.*

Así ocurrirá más tarde con sus Carlotas. A veces han de mezclarse sus atributos, como si en el juego del arte llegasen a intercambiar sus gracias y sus presentimientos. Y, en definitiva, el campo de aspiración del Eterno Femenino, estará formado por la mujer única y varía que tuviera algo de la primitiva Federica, de Bettina y de Augusta Stollberg, de Carlota y de Lili.

Bien pronto Goethe desparrama su ingenio. Se reparte entre la existencia de los estudios, la de los amigos que gustan del contorno multifásico de la alegría y la de las llamadas profundas o superficiales de los salones. La impresión de su agradable continente y de sus maneras distinguidas, le lleva por la hondura de la confianza, por la discusión literaria o por el brillo de sus concepciones, al pavés desde el cual muestra su perfil, predestinado para no desaparecer.

Para el alcance de su aventura trunca, surge la que se habría de evocar más tarde, en memoria de la seducción del romanticismo. Goethe visita a Carlota Buff, la prometida de Kestner y el imán de iguales afectos, emparenta más bien las almas de los dos amigos, de divergente inquietud y, sin embargo, para la hora, de igual transparencia. Ambos han de llevar su imagen como la de una primorosa virtud femenina. Pero si Kestner la contempla y la desea con el designio de una grata prolongación, la de la esposa casera y ennoblecida por la maternidad, Goethe no puede pensarla rodeada de pequeñuelos, seria y ensanchada. Carlota tiene una viva y preciosa "comprensión de las realidades", pero todo en ella es áureo, cristalino, de finura. Goethe acaba por enamorarse de Lota y ejercerá en el novio una influencia que se dijera de amores compartidos. El la llevará, con frecuencia, los recuerdos de Goethe, y cuando el poeta se marche, dolido de imposible, Kestner sentirá como suya propia la tristeza del amigo. En esencia, no se ha frustrado el amor. Ha de elevarse más bien, en virtud de su ingravidez, de su carencia de reali-

* La vida de Goethe es un comentario perpetuo de sus obras.—
Bossert: Goethe, sus precursores y sus contemporáneos.

dad, y el sollozo sofocado ha de soplar vida perdurable en el Werther. 1774. ¿Quién aparece en la figura del amador de Carlota, con tal exceso de sensibilidad y pasiones afinadas, casi olvidado de la seguridad de la inteligencia? Se mueve como un sonámbulo, divaga, y cultiva, con tenacidad afiebrada, su obsesión. Está disgustado de todo y quisiera, muy pronto, cumplir con el viaje, morirse, acaso revivir. El romanticismo se dirá más tarde, buscando para el Werther el gusto de las clasificaciones. Igual empleo de la leyenda o de los temas tradicionales; idéntica preferencia por el sentimiento y la imaginación, que se destacan, triunfando de las otras facultades; idealización extraordinaria de los personajes y de las pasiones.

Es afirmación consagrada la de que en el Werther demora el recuerdo de Jerusalén. Goethe conocía, con detalles, la historia de sus amores y de su invencible desesperación. El recuerdo de la señora del Secretario del Palacio no dejará en reposo a Jerusalén y de su inconformidad ha de nacer el designio de partir para nunca. Su hipocondría, su misantrópico vagar, desparramados en las Memorias, ahondados en el estudio de la filosofía, de la libertad, de la ética, han de vaciarse en el lago profundo del suicidio. Una fugaz lumbrada y en los ojos de Jerusalén se iniciará la sombra. Como el ahogado, se arrastrará hacia la ventana, para pedir, por última vez, para su angustia de moribundo, el respiro de la tierra.

Goethe ha tomado la patética vida de Jerusalén para su Werther. Pero allí existe, con fuerza permanente, el auto recuerdo. Carlota es su Carlota Buff. Alfredo es Kestner. El desesperado amador es él. Raro camino el de la novela. En breve tiempo ha recorrido Europa, ha penetrado en las alcobas núbiles y ha removido, en la biología de los hombres, el amor de los bruscos finales. El plomo destroza las frentes de los nuevos Jerusalenes y las Carlotas rubias han de ceder ahora, pues, que más allá de su beso negado presienten el trágico hierro de las pistolas, el filo espejeante de la daga, la gota incendiaria.

En la Carlota de Werther todos reconocen a la señora de Kestner. El mismo Goethe estará de acuerdo con la fidelidad del retrato y ha de buscar explicaciones cordiales para la inquietud de su amigo. El rostro moral de Alberto, por lo demás, de la bondadosa fidelidad y de la inteligencia tranquila, no desagrada a Kestner y después expresará de la figuración de Werther, con frase que se parece a la de la grati-

tud: "Los rasgos amables e irreprochables de Lota son los de mi mujer. Ya pueden ustedes comprender que no podía menos de amarla."

Sabía Goethe que "el estremecimiento es la mejor parte de la humanidad" y por eso hubo de perseguir la curva de los temblores más profundos que afirman o modelan. En su vida de veinte y cinco años (*El Werther*), también se sintió tentado por la onda de oscuridad y de misterio de la cisterna sorda. Sombras del Hamlet le asaltaron entonces, y quiso dar a la sapiencia de seguir, el gesto brusco y liberador de desatarse. El también no supo, en días vacíos e indeterminados, si quería escaparse, vencedor y vencido, y, sin palabra igual, interpretará el estado de Jerusalén, cuando su confesión se rompa, extraña, a los pies de Anita Brand: "¡Ay, me hubiera muerto!"

Pero así dará desahogo a sus vacilaciones interiores. Y elevando a la vida del arte la desesperación y el total ofertorio de *Werther*, ha de mancharse a nuevas excursiones de poesía y de verdad. *

Goethe mantiene recta continuidad en sus concepciones. Más tarde el doctor Fausto se detendrá en el instantáneo paso de la Muerte al escuchar la música de las campanas de la resurrección y dirá, como afirmando el pensamiento de su ética, o en voluntad bien lograda de su designio de forjarse y ascender: "No sondees el sin igual destino. La existencia es un deber aunque no sea más que un instante."

EN LA LUZ CLASICA

Los Años de Viaje y Los Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister. En estos dos libros escritos en forma novelada y que presentan cuadros de la sociedad de la época, ha de marcarse la trayectoria de Goethe. Quiere viajar y aprender. Busca renovación y parecen durar, en su errátil memoria de los paisajes, en sus huídas y en sus regresos, las voces de la

* Goethe y Carlota volviéronse a ver cuarenta y cuatro años después de la aventura de Wetzlar. Vino a Weimar a visitar a una de sus hermanas, cuando la encontró Goethe. Lota contaba más de sesenta años y había tenido doce hijos.— Alfonso Seché y Julio Bertaud: Goethe, la vida anecdótica.

alborada de su Fausto: "Vas a quedar curado de tus males. Confía en la mirada del nuevo día."

Así ocurre en la vida magnífica de la corte de Weimar como en sus paseos por Italia. Ha de apaciguarse su persecución de la forma indeterminada y el secreto de los libros ayudará, en su revelación de principio y de fuerza, a la gravedad del arte perdurable. De su Werther conmovido a su Fausto desigual y complejo, no ha dejado perder su visión astral y terrena, su encanto de creaciones y su amor de las realidades. El Werther, iluminado de imposibles, poseído de angustias, se condena y se mata. El Fausto, en cambio, sabe que el Diablo es viejo y hay que envejecer para comprenderlo, y si se alumbra de locura o tambalea de vértigo, no desconoce la vereda que ha de llevarle a estancias quietas; se atormenta y se rejuvenece, se afirma y se contradice y de la misma mutación de su tránsito aparece diferente en cada día.

El Goethe de treinta años encuentra, por atracción de perfectibilidades, más que las fuentes de la belleza antigua, las figuras perennes, animadas de tal suerte como para que no en vano fueran llamados humanistas aquellos que las buscaron en los libros para seguirlos en sus acciones y en sus sentimientos, para seguirlos siempre, como si el arte, al volverlas longevas, hubiera, al fin, triunfado de la muerte.

En el rostro de Goethe las facciones añidadas y hermosas se han ido marcando con los golpes de los vientos diversos de la treintena y en su frente ha comenzado a imprimirse, hasta en concomitancia física, la reja del pensamiento. Ya no han de temblar sus ojos, por más que la fronda de sus presentimientos se conmueva al paso de Lili, espigada y triunfante. Ha vencido el límite de la vida primaria y por eso ha de comprender y amar la del arte que no tiene la célula novísima. Gusta de pasar desconocido por la vieja Italia, y, penetrando en el dominio de los clásicos, escribe su Ifigenia. Ella, en verdad, viene, por actitud, desde la estancia sofoclea, aun cuando fulja en sus pupilas la más viva curiosidad de Eurípides, y en ocasiones deje adivinar, en sus palabras de sereno timbre griego, cierto distante acento shakespeariano. Pero Goethe es hombre de otro siglo y la quieta y limpia desnudez del paganismismo no le conquistará por completo. El mismo ha confesado que se prendó de la expresiva pureza de un lienzo de Rafael y que cuando perseguía la vida de su Ifigenia le buscaban los ojos de Agueda,

por lo que quiso que su griega pronunciara las palabras que no hubiere desdenado la santa. También Margarita tocará con la vara de su voz persuasiva en la roqueña impiedad de Fausto, por encontrar la vena del agua religiosa.

EQUILIBRIO

Goethe dejará un libro único que se acerca al idilio: *Herman y Dorotea*. Cuadros de costumbres, sencillos afectos, simplicidad de caracteres, fisonomías que se delinean con rasgos atrayentes y simpáticos. En esa novela poética penetra con acierto casi virginal en los simples amores que se forman de burguesa placidez, para la vida sin complicada descompostura. Su Herman y su Dorotea son clásicos y del suave contorno de aquellas dos figuras se desprende la fácil aureola de los sentimientos. Idílica por la seguridad y la dulzura del cuadro —un inocente amor de pastores—, es también la égloga germánica, consagrada como un romance nacional, releída por las novias y los amantes, ejemplo admirable de un tipo alemán de rusticidad fiel y de transparencia de sentimientos, de tradición y de continuidad. Lectores de la centuria se descubrirían a sí propios en varias de aquellas escenas.

Más, para que sea perfecta la evolución, de aquel remanso de visiones, ha de viajar al encuentro de nuevas y nuevas arquitecturas mentales. Y, volviéndose a cada paso un confidente de las transformaciones de su espíritu, amará el idealismo triunfante de Schiller; el torso de la tragedia, de fatum y resistencia; los jardines del romántico, el modelo del clásico. *

No le estará vedada la incursión en el alma de los otros y si ha querido dejarnos estudios de los poetas y literatos de la época, también ha de exprimir, en las Memorias, la historia de su vida, a la vez sinuosa y de recto avance. Para la burlesca inquietud de algunos y para la premeditada impaciencia de los otros, brotarán los *Xenies*, y si conoce, en más de una vez, a la mujer que exalta, también ha de sentir las impresiones de "la que apacigua", Carlota de Stein, cuyo retrato admiró en

* "Vos conocéis tan solo los fantasmas románticos, el verdadero fantasma debe ser también clásico." (Palabras del Homúnculo a Mefistófeles). *Fausto*, Segunda parte de la tragedia.

Estrasburgo * y cuya serenidad amorosa no dejó de recordar en algunas de las páginas del *Egmont* o en señalados detalles de la *Ifigenia*.

ESCOLIOS AL FAUSTO

Nuestro geómetra moral, D. Juan Montalvo, ya buscó para el perfil anímico de aquel grande Don Juan de Frankfurt, la figura de la espiral sin regreso. De parecido modo quiso admirarle Rodó, estimando a Goethe como al espíritu, más que de la ascensión, del camino, de la evolución, de la marcha de avance vehemencia, y, a veces, de sabia curva, de buscado zig-zag. No tenía, como los hombres cotidianos, un amor paciente de continuación, ni una firmeza nítida de límite. Era el Goethe remozado y naciente en cada día. Sus mismas obras son una confesión de su camino vario y nunca sofocado por el alto de las poderosas inquietudes, ni detenido por la necesidad de volver atrás. La violenta, y de pronto petrificada actitud de la mujer de Lot, no pudo caber en su viaje. Retornaría, con ojos espirituales, a sus horas viejas, buscaría recuerdos añejos, más, en su pasión de fijarlos en los libros, le acompañaría el extraordinario poder del movimiento. No dió jamás a sus creaciones el carácter de película tersa de lo disecado. En sus figuras, aún en las alegóricas, siempre hay como sangre fluente y cordaje de nervios prontos a vibrar.

Como en muy pocos de los libros eternos, aparece en el *Fausto* la imagen espiritual de Goethe, y aún cuando su motivo sea el de una leyenda medioeval de la Germania ** y de su ordenado rezago de lecturas quede el mundo difícilmente olvidado de la Mitología, y arranque, asimismo, de las creencias alemanas de los siglos medios y de la preocupación de la alquimia y la hechicería, jamás ha de separarse

* Goethe había escrito bajo el retrato de la Señora de Stein: "Sería un hermoso espectáculo el ver como se refleja el mundo en tal alma; si juzgo por la dulzura de la fisonomía debe ver el mundo tal como es, pero a través del amor."

** Leyenda aprovechada en varias obras, entre ellas, aparte de la de Calderón, el *Fausto* de Maximiliano Klinger y el *Fausto* del poeta francés Gerardo de Nerval.

de los capítulos de la tragedia, como llamó Goethe a su poema, su presencia permanente que buscaba eternizar allí la historia de una vida en continuo reclamo de las cisternas de la sabiduría, de los filtros de la magia, de la seducción de los amores. Pero una sola existencia no extiende en el Fausto su lineal marca o su continua variación. Es un libro de muchas vidas y precisamente el pensamiento de Goethe, expresado en sus **Conversaciones con Eckerman**, fué el de que no se lo pudiera penetrar por completo. * Poseemos un ejemplar del **Fausto** sembrado de anotaciones. Para el concepto oscuro ha surgido la explicación; para la alegoría, el rayo penetrativo de la linterna; para el giro alusivo, la cita histórica. Pero algo quedará en la esencia de la palabra más recóndita, como en la copa del Rey de Thule, vedada para otros labios, y destinada al fin, para el sorbo interminable del mar.**

A pesar de la fantasía de mil figuraciones entre las cuales resbala la existencia de Fausto, sobre todo en los actos de la segunda parte, es humana la ruta de su destino y asimismo el ápice de su albedrío. Pensábamos, aun cuando con remota prueba, en las vidas de la tragedia griega, moldeadas en desigual pero contorneador dilema, entre la fuerza desconcertante del destino y la conciencia de su voluntad. Del mismo **Libro de Job**, muestra primitiva en el tiempo y compleja en la sabiduría, se ha dicho que es el Fausto oriental invertido. *** Acaso, para la interpretación a la que nos referimos, el doctor de Goethe ha revertido la quieta sapiencia de Job. En éste, la espera es la perpetua búsqueda de la ver-

* "Sus obras más grandes, y en particular la más grande de todas, o sea **Fausto** que es la más grande de todas, son inmensas en cada uno de sus fragmentos, e incompletas en su totalidad".— Margarita Nelken.— Historia del hombre que tuvo el mundo en la mano.

** "Leyendo con detenimiento al amplio y minucioso estudio de Emil Ludwig sobre Goethe, lo que él ha llamado "historia de un hombre", me convenzo de que para penetrar en el íntimo sentido de una obra, sobre todo de una obra maestra, hay que ver, muy de cerca, la vida de su autor. Con ningún otro de los alemanes me creía tan familiarizado como con éste; había leído varias veces el **Fausto**, y ahora descubro que mi concepto de esta gran obra era puramente exotérico. No había pasado de la superficie.—Enrique José Varona: Repertorio Americano.

*** Dützer.

dad en el alma y de la felicidad en el diario desvestirse de los descos. Casi le absorbe la llaga creciente como una ola de ahogo en singular naufragio estático. Y de la explicación de estos padecimientos brota el diálogo, matizado de reflexiones y de consuelos, raíz de varias de las flores de la poesía que se llamó didáctica. Fausto, al contrario, quiere gritar su angustia, trocar su conocimiento ponderable por el deslíz curioso o por el satánico arrebató. No sabe, a punto fijo, lo que desea, y pudiera, en otro tiempo, dejarse caer en la cima del suicidio, como Werther. Tiene "a medias conciencia de su locura y el corazón insatisfecho y agitado". Busca lo terreno, quiere arder aquí, y al paso de su violenta fiebre y de su desconcierto, el fuerte taconeó nos lo representa firme para seguir a la mejor de las Margaritas por los confiados jardines o por las vecindades de la Iglesia, y el ala de su capa, en vuelo como de huida, nos lo muestra a veces casi en desprendimiento. No se sospecha si Fausto abandonará, de repente, a Mefistófeles, para contemplarlo de más lejos, de más alto, como a un escorzo de fuego o a una etcétera de ceniza. Le ha tocado el ambiente de la magia, pero sin salturarlo. Internamente se ríe del mismo diablo. Los libros han puesto en su visión del mundo un severo disgusto. Más hay algo de niño y mucho de poeta en sus divagaciones a lo largo del camino. Para él se ha dicho que "el hombre yerra mientras tiene aspiraciones" y al adivinar la frase despectiva de Mefisto, "no me vengas a mí con cadáveres", comprende que de la movilidad, del no darse reposo, ha de nacer el dominio sobre la vida. Tiembla sobre su frente paradójicamente aridecida por el obstinado penetrar en las fuentes del saber, la voz del Señor: "Presto te guiaré a la claridad". Confía, por eso, en las nuevas luces, dándonos, a cada momento, la dubitativa impresión de pasar, deteniéndose: el fuerte contorno del brazo que se aferra para aprisionar el talle de Margarita y la pluma flotante del cabello, que quisiera ser la cola de un cometa, el fuego fatuo, el imán de la vía láctea. Y es así como la mitad del Fausto, por la voluntad del samiento, ha de quemarse en la brasa y la otra temblará en aspiración de fugar, aún cuando sólo sea en el humo de la hoguera que se apaga.

No está en el Fausto el conocimiento universitario ni sólo la disciplina de los viajes mentales. * Hay algo más,

* "Si Goethe no ha podido aceptar la ciencia universitaria de Leipzig, a lo menos ha sacado indirectamente partido de ella." M. Bossert: Goethe, sus Precursores y sus Contemporáneos.

en desigual armonía que a veces ha parecido desorden, arrancando de los guardianes del precepto el juicio de que carece de unidad ese poema "inconexo y fragmentario". Es un libro proteico, de confesiones y de símbolos, en el cual se extienden, con sinuoso avance y capricho de alegoría, la poesía y la verdad. El mismo Goethe no quiso dar otro subtítulo al folio de sus Memorias. Fausto ha buscado, con curiosa mirada, en todos los libros, el secreto de la jurisprudencia, de la medicina, y también, "para su mal", de la Teología. "Se dice" maestro y doctor y bien pronto la ronda de sus discípulos crece como una marejada. ¿Querrá conducirlos, "de los cabezones", a la memoria de la teoría, a la vida insegura de la hipótesis, al dominio de la Astrología, a la explicación de las proposiciones de Tales y Anaxágoras, al peripato o a la intuición? "Veo que nada podemos saber", exclama el doctor Fausto, añadiendo en tono de propia condolencia, "y esto llega casi a consumirme el corazón". Igual la palabra socrática e idéntica la ventiente que trae aguas de lejanos orígenes y se precipita a su término en cascada que se ignora a sí misma, aunque reviente en espuma millonésima. Ese "pobre loco, tan sabio como antes", al buscar, inquietamente, al profesor Nostradamus, gritará con la voz apagada y consumida por las mil imágenes que salen de sus libros para danzar extrañamente por su estancia gótica: ¡La magia! ¡El macrocosmo! Abandonará los volúmenes para darse a Mefisto y cuando retorne, en la segunda vida de la tragedia, a la residencia de su antigua sumersión de barzo de las ideas, le saludarán burlescamente los gusanos y ante el gesto asombrado del famoso, el Bachiller que confunde a Mefistófeles con Fausto, ha de dudar de la ciencia del antiguo huésped de la cátedra. Duda que levanta el polvo que recubre los muebles por largo tiempo abandonados, que ha encanecido a los murciélagos, pero que no ha cegado el ojo de las luciérnagas. Duda de jovenzuelo que resbala sobre el enterro dominio de Fausto, hecho de memoria y de olvido y que destaca más bien la imagen de este sabio, aparente o absolutamente frustrado, en algo parecida también a la de Mefistófeles, "que buscaba un tesoro escondido y en vez de oro sacó solamente horribles carbones".

Mezcla de esperanza y de escepticismo, de campo frío entibiado a trechos por rápidas lumbradas de fe, a lo largo de las escenas del **Fausto** se plantea la vida unilateral del sabio y su inanidad para sentir y gozar, en plena posesión de los seres y de las cosas, aún cuando no se sepan o se desdeñen las leyes reguladoras del universo, los principios biológicos. Porque, ¿qué se le dá, en definitiva, al gustador sibarita, de la profunda elaboración de la tierra y que al dueño de la tarde plácida o al poseedor de los tesoros, del parentesco de los dioses y de los metales? Esos términos de conocimiento habían fatigado a Fausto y el aprecio goethiano del saber inactivo y copioso se concreta en la figura del homúnculo, cerca de cuya vida se exalta el descubrimiento de la procreación rebelada. Wagner contempla como adquiere movilidad en la redoma mágica y él será quien interprete un sueño de milenio del Doctor Fausto. Los viejos libros nos han dado una idea del homúnculo: transparencia que se dijera incorpórea, endeblez, existir artificial e intelecto extraordinariamente lúcido Al subrayar, con sonrisa, esta nota, pensamos en el afinamiento de la mentalidad que puede destruir la forma amada de los gimnastas, la vida olímpica de Píndaro. Dolíase el Doctor Fausto de llegar, en la redoma de su vigilia, a la expresión del homúnculo, y a cambio del conocimiento tangible y del refloracer de la juventud, enajenó su espíritu, decapitó su terror, y si de ascender y expandirse se trataba, no vaciló en aceptar, para subir, el aire ignífero que le ofrecía Metistófeles, como también, en otra vez, el diablo homúnculo y cojuelo, llevó por los espacios madrileños al travieso estudiante Cleofás *

. . . . Ese Metistófeles "que se daría al diablo si diablo no fuera él mismo", designará la marcha de Fausto. De nuevo, sobre la infinitud del universo, el albedrío y la tentación, los frutos de la vida y en la inquietud sin frutecer, como sedecño retoño, la rama del árbol de la filosofía. El diablo interino se corporiza y adquiere ya no la advocación del Satán bélico de Milton, ni la del vencido de Klopstock, sino esa figura renovada del diablo consejero que gusta de sembrar su estela quemante por las arenas del mundo.

* Luis Vélez de Guevara: **El Diablo Cojuelo**, novela de la picaresca que participa de la leyenda medieval de alquimistas y demonios, como la posterior del francés Lesage, **Le Diable boiteux**.

Y aparecen la complicidad de la vecina que se llama Marta, (contraste con la otra, del servicio puro); la capciosa conquista; el tributo de las joyas; la noche de Walpurgis; los lances caballerescos de Fausto; la desgraciada caída y la condenación de Margarita, en medio de las exclamaciones en las cuales revienta el drama: "Mefistófeles: Está juzgada —Voz de lo alto: Está salvada— Margarita a Fausto: Ven, ven a mí, Enrique."

El grito desaparecido de Margarita se volverá de realidad. Fausto envejece y ha de buscarla más tarde. A través de visiones angélicas y diabólicas, su viaje es el del conocimiento. No tiene, como los héroes clásicos, un guía de tranquilo dominio, ni menos el báculo virgiliano como el afortunado Dante. Apoyaráse en sustentáculos de fuegos, pero su tránsito ha de marcarse por la rapidez y la simultaneidad de las visitas y de los sueños. "Nada te turbe —le dice Mefistófeles— suene como sonare, tu que desde hace tanto tiempo estás habituado a las cosas más estupendas", y si el plácido vuelo de Ariel, la ronda armoniosa de los elfos y la rotación de las esferas, —movimiento que no sentimos, según Aristóteles y que forma la música universal— pueden mantenerlo en victoriosa carrera o en estabilidad de dicha, le inquietarán las esfinges, las sirenas, los grifos y los seismos, las hormigas y los dáctilos, las oreadas y las lamias. * El doctor Fausto es a la vez levedad y ponderación. Podría seguir la ruta de Ulises, le ha tentado el agua de Leteo, y sin depravada proposición ha deshojado a su Margarita en el horror del patíbulo. Viaja para dejar de arrepentirse, pero en los extraños caminos que recorre, le asaltan diversas visiones, y por fin en el sueño de su regreso, la divina belleza de Helena, que volvía mudos a los ancianos de Troya, y cuya aparición, solo de imagen, remueve la inolvidable palabra fáustica: "Apenas respiro; mi voz tiembla y se me corta. Esto es un sueño; han desaparecido los días y el sitio . . ."

. . . Al término, inquietud, la de cabellos de escarcha, apagará sus ojos con el soplo de gracia. ¡Ciego el doctor Fausto! Ya no podrá buscar entonces pupila de alquimia, deshaciendo en retoña magnética los topacios y los berilos, los diamantes y las esmeraldas. No resistirá al dolor de no

* El paseo de Mefistófeles, Fausto y Homúnculo, a través del inmenso campo alegórico.

ver el ancioso observante. El sabio Enrique ha caído de espaldas para que lo recojan los lemures, y ya en el cielo contemplará a Margarita. (Luz, más luz. . . .) La primera visión celeste, abigarrada y a la vez limpia, ha de mostrarle la gracia de los ángeles noveles; la diestra de la Samaritana, servicial para la sed; el perfil ya quieto de la egipciaca María, asiduo eslabón de la penitencia. . . .

El prólogo del Fausto se desarrolla breve y puro en el cielo. Goethe debió escribirlo cuando premeditaba el soplo de la inquietud sobre los ojos de su sabio próximo a cegar. Por eso las últimas frases del poema entrañan una grande esperanza que sólo puede ser advertida por los ojos interiores: "Todo lo precedero no es más que figura. Aquí lo inaccesible se convierte en hecho. Aquí se realiza lo inefable. Lo Eterno Femenino nos atrae a lo alto."

La exégesis pudiera penetrar con un centenar de páginas en el sentido de estas veintiocho palabras.

BETTINA

Del primero al segundo Fausto en la vida de Goethe han de trazarse una curva de elevación y una línea de reposo. El encuentro de sus postrimerías con una niña dulce y asombradiza, Bettina, le dictará las últimas escenas del proceso fáustico, un tanto calmado ante el logro de todo, con nuevas perspectivas que se doran de cierta celsitud y que hasta nos subyugan con la entrevista piedad de una morada más luenga. Cuando ella se duerme cerca de aquel corazón bisabuelo, no tiene, ciertamente, ninguno de los rasgos que hubieran de buscarse en la Carlota más leve por su complaciente cariño que no es, sin embargo, el de las ataduras más irrompibles. Más bien clara en su rostro cierta simpatía en algo parecida a la de la Margarita transfigurada, aunque el de Bettina estuviera exento de la palidez en la cual suele bañar el dolor a quienes dejaron que ardiera su pasión inocente en el crisol de las purificaciones, para elevarse después, en gracia del arrepentimiento, ya sin color, pero con el alma salvada.

Su diálogo con Bettina es de apaciguado cariño. Se cruzan breves frases de las que parece ausente el recuerdo, pero que traen, como en hábito gusto, la razón de aquella marcha hacia su retiro de Weimar. Es el fervoroso culto a su recuerdo en casa de Bettina la mayor, es la misma madre de Goethe quien se la envía y es el ingenuo Wieland, dudoso,

quien cede a su pedido de presentarla, otra vez, por medio de una esquila. Todos los detalles de la entrevista ha de conocer, en epistolario de abierta confidencia, la comprensiva esposa del Consejero Goethe. Ese regreso de limpia trayectoria es ya un anticipo de la eternidad, si bien limitado y furtivo. Goethe ya no lloraría entonces como en el contagioso lirismo de Wether y su gesto que se elevaba, sobre lo menesteroso y fugaz de los hombres que pasan, se acentuará en sus labios, cuando Napoleón, al verle y escucharle, le diga, consagrándole: "Sois todo un hombre".

Al atraer a Bettina sobre su corazón, al sentirla inocentemente dormida; al adivinar, en su verdad de los epilogos, el sentido de ese nuevo sueño angélico, la grata pesadez de su cabeza, gobierna, con más fuerte reclamo, el latido que se había dispersado para volver después a la unidad de la gran forma serena. Así le veremos más tarde como ya no se manifiesta ardoroso en su correspondencia con la Condesa Stolberg. Ha llegado para su Margarita el día de la plegaria definitiva. Después, iránse de su lado, por la distancia o la muerte, tanto los seres de su concierto verdaderamente fausto, como los que quisieron acompañarle en la estancia más honda de sus cariños o sus pensamientos. * Caerá hasta su hijo Augusto (Octubre de 1830), como para que el viejo constructor de figuras tan durables, no se prolongue en una sola de las ramas percederas. Y entonces, en el cenit de sus ochenta años, ha de entregarse a la formación de la que llamaríamos la primera escultura. **

Su presencia infunde admiración y asombro. Su cabeza se levanta como en busca de nuevos horizontes. Su perfil se ha endurecido. Comienza a ser el hombre en tránsito para las fundiciones seculares. La confesión de quienes le vieron en los últimos tiempos, es igual de temblor y respeto. La sobria medida se acentúa en la distribución de su tiempo. Y en el rectángulo de su estancia libre y desprovista, lee las páginas

* "A medida que avanza en la vida comprenderá mejor cuan pocos son aquellos capaces de situarse en el punto de vista de lo que ha de ser. Los hombres ensalzan y desean ver representado únicamente lo que se halla conforme con ellos mismos. En realidad, estamos siempre solos." Goethe: Conversaciones con Eckermann.

** "La gran misión del hombre es durar, ha dicho Goethe, que tenía como nadie la visión de las cosas duraderas." Leonardo Pena.

de su **Fausto**. En los últimos meses de 1831 ha escrito los capítulos finales y en el paso marzal del 32, para entregarse a un sueño que pidiera más luz, no ha buscado, con la vista angustiosa de los moribundos, la ruta desconocida para la riba eterna. He allí, a la distancia matizada de rectificaciones y de avances, su pobre Jerusalén destrozado y abatido, la ceniza de su alquimia, sus Carlotas desfallecientes y lejanas, su diablo tentador, su rumbosa vida cortesana, la conversión del sabio que encalvece y almacena ideas y teorías por la del rejuvenecido para seducir y gozar; el primigenio dramatismo de sus baladas Pero ha dicho a los libros, y con eternal palabra, la persecución de la verdad, el anhelo de penetrar en los secretos de la vida. Y la una se le ha revelado y los otros se han abierto, dóciles, ante los golpes de su pedido, ante los encuentros de su afortunado azar, ante los violentos y dominadores revuelos de su talante de conquistador y de poeta. Se ha entregado a su diablo y ha vencido a su Margarita. Pero de tal fuego de alquimia ha de brotar un oro de maduro pensamiento y cuando se le aquiete, por la cesación de la primera vida, el temblor de la primera confianza, buscará para el segundo libro otra suerte de revelaciones, y hasta querrá pedir, para la martirizada, un reposo en donde ha de visitarla el sabio con cierta virtud dantesca.

REPOSO

La morena Cristiana Vulpius, huérfana y fiel, formó para Juan Wolfgang Goethe, el definitivo reposo hogareño. Hubo de hallarla cuando ya, de acuerdo con el destino fáustico, descendió la quietud sobre su alma. El poeta, para dar máxima vibración a su ánimo, había contemplado desde la frontera el brusco relámpago de la revolución francesa. Grandeza de figuras violentamente esculpidas en llama, laberíntico desfile de imágenes, entre las cuales, el Doctor Fausto, olvidado del jardín de Margarita, comprendía, en ritmo bravo, la nueva alquimia de la balística. *

* "Parece como si se estuviera en un sitio muy caluroso y se siente uno enteramente penetrado por este calor y como en perfecta armonía con el elemento que le rodea. La mirada nada pierde de su fuerza ni de su claridad; pero el mundo toma, por decirlo, así, un tinte rojizo y parece absorbido en esta hoguera. He aquí en que sentido se ha podido hablar de la fiebre del cañón." Goethe: Memorias.

Pero al final de sus días el inquieto desearía contenerse. Todos los valores del Proteo se volverían a la figura que fuera resumen y esencia de sus antiguas fuerzas poligonales, en continuo crearse y rehacerse. Pondriase de grave actualismo la discusión del astrólogo y el arquitecto, mantenida en una de las escenas de su poema innumerable. Y, al final, la ascendente oración se afirmaríase como un símbolo: "El cenit ojival eleva el espíritu."

Así la progresión de la Muerte ha de reinar, con avance cetero, en el cuerpo quieto y como modelado del Goethe que no se desespera. Luz. Y, acaso, como en un grabado de Durero, el Diablo fijo y sin su parábola de fuego; Fausto sapiente de sencillez y valor; la Samaritana dueña del agua eternal; transfigurada la Egipcíaca y el poeta, vuelto a la pureza del comienzo, descubriendo el cielo de la balada en los ojos de la madre.

GOETHE O LA PROGRESION

No hay en la existencia de Goethe esos sensibles altibajos que se muestran en todo camino terreno, y es de admirar en su largo decurso por el mundo, ese regalo raro de la vida que se marca para él casi solo en ascensiones, en constante dominio de su voluntad, en acopio de una riqueza de espíritu que no encuentra decrecimiento. No han faltado quienes nos presentarán a un Goethe indolente y hasta marmóreo, dándonos a la ya vulgar imagen de quien ve golpeando en la eurtimía de su propia escultura. Pero esa progresión dichosa es también la de la victoria sobre el dolor, la de la fuerza que se levanta desde la biología completa y desde la fe probada.

Años de gloria y poderío de Weimar, cenit romano, y al cabo de la movilidad angustiada del Wether, las formas puras y equilibradas del Egmont, de la Ifigenia, del Torcuato Tasso. . . . Pero es la ruta del Fausto, como suya propia, la que le domina, y por ella va, sembrando la memoria y anticipándose al tiempo.

Admiración de los mejores de sus contemporáneos, busto coronado en vida, coros que repetirán su nombre y su palabra. * En pocas veces ha de poder tratarse de una

* "Todo hombre debe ser en la medida de lo posible, un goethiano, pero debe serlo. Imitarle es seguir un camino de perfeccionamiento, ascender en la escala infinita de la existencia." Silvio Villegas: La Influencia de Goethe.

nia, trabaja en el Fausto casi hasta la última hora. Cuando ya se nublan sus ojos, pide que sean abiertas las ventanas, en reclamo que servirá después para que se acuñe su frase de la despedida. Y escucha, de nuevo, para su viaje hacia el milenio, ese coro de ángeles que elevan la voz del triunfo de la vida, al borde de la sepultura de su Fausto:

“Volveos hacia la luz llamas amorosas. Cure la verdad a aquellos que se condenan, a fin de que gozosos se libren del espíritu maligno y logren la suprema beatitud en la unión universal.”

A U G U S T O A R I A S

GOETHE FRENTE A LA FILOSOFIA

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA FILOSOFIA RENACENCISTA

Para situar y destacar en una forma conveniente la figura de Johann Wolfgang Goethe en el campo filosófico y frente a determinada concepción del mundo—concepción natural—vitalista del mundo—, me parece oportuno e interesante retroceder mentalmente hacia la época en que asoman las eminentes figuras renacentistas como Nicolás de Cusa, Agripa von Nettesheim, Boehme, Paracelso y Giordano Bruno, quienes, desde diversos puntos de vista, apuntan certeramente hacia el objetivo central y sobresaliente que se resume en el concepto de lo "Absoluto."

Las especulaciones varias de estos grandes pensadores, que salvan luminosamente un apreciable trecho de la historia y de la cultura humanas y que se condensan en lo que se llaman "Renacimiento" y "Humanismo", se cifran y cristalizan en las altas y fecundas concepciones metafísicas relativas a la "esencia de Dios" o lo "Absoluto", al "Universo", a la "Naturaleza" y al "Infinito".

El Cardenal Nicolás de Cusa, que es el que levanta, desde su posición bifronte entre el medievalismo que se esfuma y el renacentismo que se dibuja en el horizonte, muy en alto el impulso de las indagaciones metafísicas, se refiere de un modo especial al principio que se traduce en la "Coincidentia oppositorum" y en el "despliegue de Dios en el Universo". En su famosa obra "De docta ingonarantia" plantea y desenvuelve de un modo profundo y maravilloso estos conceptos y sienta, por ende, las bases firmes y amplias de su sistema filosófico, sistema que posteriormente servirá para fundamentar los potentes sistemas doctrinales de Nettesheim, Paracelso, Boehme, Bruno, Descartes, Spinoza, Leibnitz, etc., pensadores éstos que, ubicados en planos diversos, desarro-

llan magistralmente dichos sistemas en torno a "Dios", al "alma", al "hombre", al "Universo", la "libertad", la "Historia", etc.

El pensamiento fundamental del Cardenal se reduce a manifestar que "la diversidad y la oposición de las cosas se remite a un ser originariamente uno y simple, exento de toda división, ser que se encuentra en lo infinito o que es propiamente "lo infinito", no siendo otra cosa lo infinito que "Dios". Por tanto, lo que en el orden de lo finito se contradice y excluye, viene a ser la misma cosa, una y simple, en el modo de ser de la infinitud." En las figuras geométricas puede mostrarse exactamente cómo coincide en una simple identidad lo diverso y opuesto, tan pronto como se lo eleva hasta lo infinito. Por ejemplo, la circunferencia y la recta, la recta y el triángulo, el centro del círculo y la circunferencia. También puede decirse lo mismo de otros datos de la realidad como el reposo y el movimiento, que llevados a lo infinito coinciden entre sí o se produce una identidad manifiesta.

A este respecto, y antes de pasar adelante en estas consideraciones, podemos encontrar un destello de influencia o una profunda conexión en el tiempo entre el pensamiento cusano de la "identidad" y el pensamiento intuitivo y poético de Goethe, cosa que se pone de manifiesto en los siguientes versos:

"Cuando, en el infinito, lo idéntico
A compás eternamente fluye,
La Bóveda de mil claves
Las encaja con fuerza unas en otras.
Brot a torrentes de todas las cosas la alegría de vivir,
De la estrella más pequeña, como de la más grande,
Y todo afán, toda porfía
Es paz eterna en el seno de Dios, Nuestro Señor."

Y aun cuando parece que Goethe nunca estudió de un modo especial la filosofía cusana, sino más bien la de Spinoza, como luego veremos, se produce en el espíritu de Goethe una reviviscencia inconsciente de la idea de la "identidad". La influencia, por tanto, no es de persona a persona, sino de época a época y por intermedio de otras mentalidades filosóficas posteriores a Nicolás de Cusa.

La idea del "despliegue de Dios en el Universo", que el cusano manifiesta como idea correlativa a la de la "coincidentia oppositorum", estriba en que "Dios se desenvuelve

en todas y cada una de las cosas que integran intrínseca y extrínsecamente el Universo, y que no es, por lo mismo, algo que manifiesta distinción o separación entre Dios y las realidades y, por tanto, entre Dios y el hombre; al contrario, cada cosa, que se halla penetrada de divinidad, es un testimonio irrecusable de la universal omnipotencia. Por eso asevera el Cardenal que "el Universo es la *explicatio* y también la *apparitio Dei*." Esto es, que Dios se explicita en los seres todos y hace, correlativamente, su aparición intrínseca en ellos. Lo que, en otros términos, significa que "mientras en lo infinito se halla completo en una suprema unidad se explicita en las cosas en una anchurosa manifestación". Por ello se entiende que "Dios resume todas las cosas en cuanto que todas las cosas están en El, y despliega todas las cosas, puesto que El mismo está en todas ellas". Y siguiendo el desarrollo de estas ideas diremos entonces que el "Universo, en la Naturaleza y en el Espíritu, es una autorrevelación de lo Absoluto en la forma de la separación y de la oposición; en todo, absolutamente en todo lo que existe, trasparece un Ser eterno, infinito, perfecto y unitario; cada uno de los seres y de las cosas es *quasi infinitas finita aut deus creatus* (como una infinitud finita o un Dios creado); su totalidad, el Universo, es, por decirlo así, *Deus sensibilis*, Dios tal y como se hace visible."

Hemos de entender que esta afirmación de la conexión esencial entre Dios y el Universo, o entre lo absolutamente perfecto y lo real, tiende a anular el dualismo teocéntrico y trascendente del cristianismo, en el que se propugna la existencia de Dios como ser infinito, perfecto y uno, que es creador, y los seres, entre ellos, el hombre, que son imperfectos, finitos, varios y creados. La doctrina cusana es, pues, de carácter "monista" en cuanto no acepta, como la cristiana, la existencia de Dios, con sus atributos de perfección, infinitud, etc., y la del hombre, como ser creado por Dios y dotado de atributos contrarios a El. Y es de carácter "panteísta" en cuanto propugna la idea de que Dios, por virtud de su autodespliegue, se manifiesta compenetradamente en el Universo y, por tanto, en todas las cosas que integran tal Universo. Empero, el Cardenal niega y protesta por la acusación que se le ha hecho de ser monista, inmanentista y panteísta.

No nos interesa por el momento dilucidar este entre-dicho, sino hacer resaltar la influencia del pensamiento de la "infinitud" a lo largo de los siglos que integran la moder-

unidad, porque, no cabe duda, que el pensamiento metafísico ha servido de base y orientación en el desarrollo de las diversas ramas de la filosofía y de distintas disciplinas científicas.

Con Giordano Bruno, Paracelso y otros, la Naturaleza se concibe como una "unidad que se basta a sí misma", como un sistema cerrado, emancipándolo de las intervenciones y los fines sobrenaturales; en cambio, todo lo real está transido por fuerzas de simpatía y antipatía, de manera que todo el orden de la Naturaleza sólo puede proceder de fuerzas vitales psíquicas; de ahí que se crea que la imagen total del Universo, en aquella época, descansa en una base hilozoístapampsiquista por excelencia; es siempre un "alma del mundo" la que domina el curso de la Naturaleza como una íntima unidad de vida.

Para Bruno, especialmente, la Naturaleza debe ser estudiada y considerada en su lado exterior, debiendo ser explicada por sus propios principios, es decir, por las fuerzas y las sustancias que ella presenta inmediatamente a la intuición sensible; de ahí que lo real de la Naturaleza no deba ser buscada en formas abstractas ni en fuerzas puramente internas, sino en cosas y cualidades dadas en la realidad externa. Pero el pensamiento metafísico de Giordano Bruno se condensa en tres momentos fundamentales: 1) la inmanencia de lo Divino; 2) la infinitud del Universo, y 3) la independencia de lo individual. Aquí se nota la influencia del cusano, cuyo pensamiento se desenvuelve tomando a la Naturaleza no en un sentido meramente pasivo sino esencialmente activo y dinámico; por eso es que la materia se conserva aparentemente en reposo en medio de los cambios y transformaciones que interna y externamente sufren las cosas. Pero todo aquello está penetrado del sentido de la "armonía", armonía que es una expresión concreta de la causa inmanens que es Dios y que actúa eterna y serenamente como un "artista interior". Por eso se manifiesta que "Dios está en todas las cosas como la viviente unidad y ley, como fuerza y orden, y está íntegro y pleno en cada ser." ¡"Qué sería un Dios —dice Bruno— que no hiciese sino empujar donde fuera!"

Esta identificación de lo Divino con el alma del mundo, como salta a la vista, constituye un principio metafísico de índole panteísta. De ahí que Wilhelm Dilthey, el filósofo que busca en la historia las conexiones de sentido y las relaciones intersíquicas profundas, al hacer el estudio de la filosofía

bruniana, considera a su autor como "al gran fundador del panteísmo moderno". El sentido naturalista que se manifiesta en el fondo del pensamiento metafísico de Bruno se concreta una vez más en las nociones de "natura naturans" y "natura naturata", es decir, en las nociones de "Naturaleza creadora", o sea, "alma del mundo", y "Naturaleza creada", o sea, la "realidad como conjunto de las cosas". Campanella, por su parte, corrobora la posición naturalista-immanentista de Bruno, a pesar de sus preocupaciones idealistas y espiritualistas de la idea cristiana del Universo y de su teísmo de la personalidad.

Bien podemos detenernos en este punto para buscar alguna conexión entre el pensamiento de estos ilustres italianos y el de Goethe. Para ello, valgámonos de las siguientes expresiones goethianas:

"¡Naturaleza! . . . Vivimos en medio de ella y le somos extraños. Habla sin cesar con nosotros y no nos revela su secreto. . . . Parece haber puesto todo su empeño en la individualidad y no se preocupa para nada de los individuos. . . . Vive en las criaturas ¿dónde está la madre? Ha pensado y piensa constantemente, pero no como un hombre sino como Naturaleza. . . . Se ama a sí misma. Se ha desplegado para gozarse a sí misma. Insaciable por comunicarse, hace nacer constantemente nuevos gozadores. . . . La vida es una invención más hermosa, y la muerte, su ardid para tener más vida."

En estos pensamientos Goethe manifiesta una no escasa vinculación espiritual con Bruno, ya que éste, al enfocar su pensamiento en la Naturaleza, descubre, al través de la idea "alma del mundo" un hontanar de vitalidad y de alegría, vitalidad y alegría que se expresan gracias al impulso profundo del amor, el mismo que se hace patente por medio de los esfuerzos de simpatía y antipatía, como decíamos más arriba.

Interpretando lo dicho por Goethe, podemos manifestar que la Naturaleza se ha desplegado en todo lo vivo para gozarse de sí misma, y que inconsciente de sí misma, adquiere conciencia de sí en los organismos sensibles, intuitivos e inteligentes. Aquí podemos notar que se trata de una forma de panteísmo, que bien se distingue de otras formas panteístas anteriores por la razón de que la conexión del Universo entero es considerada como un proceso, como una historia en la cual la Naturaleza se hace consciente de sí misma. Hemos de recordar, no obstante lo dicho sobre este particular, que

el panteísmo de la antigüedad y del renacimiento, fincado en el principio "alma del mundo", difiere del panteísmo goethiano en que éste considera a la Naturaleza como un "proceso vivo", y en contraste con el panteísmo spinociano, que estima que "el mundo es una plenitud de modificaciones de la unánime substancia infinita", el goethiano expresa, *in vivo*, que en la serie gradual de un desarrollo, en el que lo que rige la oscura urdimbre inconsciente de la Naturaleza llega a sentirse y a tener consciencia de sí. En esta forma se comprende y se descubre en la concepción de Goethe el germen o el principio para una imagen completamente nueva del Universo: la imagen vitalista y procesiva o evolutiva del mundo. Además, y esto es importante anotar, la concepción goethiana, en el sentido indicado, servirá como de base e incitación a los sistemas panteístas de Shelling y Hegel, cuando ellos hablan de la "razón del mundo", o sea, del "panlogismo universal" metafísico.

Dice Goethe, como remate de su pensamiento naturalista evolutivo, que "la visión de una Naturaleza en creación constante nos tiene que hacer dignos de participar en su creación". En esta forma, deja entender que "la esencia de esta Naturaleza, o sea, su técnica, la captamos mediante una intuición intelectual que marcha del todo a las partes".

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA FILOSOFIA MODERNA

El siglo XVII se caracteriza por la brillante floración de los sistemas filosóficos que, en conjunto, determinan una mentalidad de creciente racionalismo y en el que los vuelos metafísicos son altos y de extensas dimensiones. Se produce, a este tenor, una verdadera corriente racional-naturalista de índole personal, sin formar escuelas ni agrupaciones homogéneas. Eminentes pensadores como Descartes, Malebranche, Locke, Berkeley, Spinoza, Leibniz, Kant, Hegel, Fichte y Schelling, se agolpan estrambotadamente a lo largo de este famoso siglo XVIII hasta promediar el XVIII, llamado éste el siglo la "Eustración" (*Aufklaerung*). Posteriormente, como particular manifestación del grandioso movimiento filosófico de la índole indicada, aparece el pensamiento romántico, concretado particularmente en las sobresalientes figuras de Hegel, Fichte y Schelling.

Personalidades señeras estructuran y edifican grandes doctrinas filosóficas, cada una de las cuales aspira a explicar

la verdad evidente, absoluta e intangible en relación con el modo de concebir la totalidad del ser como un sistema continuo de conexiones, dependencias y correspondencias necesarias y no simplemente accidentales. Manifiestan que todo lo que es y sucede tiene su razón de ser; hállase en unívoca conexión cardinal y condicional con uno o pocos principios supremos de intrínseca necesidad.

El impulso originario y permanente que conduce a esta interpretación del ser procede de la formidable revolución por que pasa el concepto de Naturaleza, en la nueva ciencia matemática de carácter propiamente naturalista. La Naturaleza ya no es para aquellos pensadores una multitud inabarcable de cosas y acontecimientos que, situados en una conexión de vida simpatética y misteriosa, u organizados en un orden gradual de formas finales, sólo pueden ser aprehendidos por nosotros descriptivamente según sus tipos generales, sino que es un sistema regido por leyes y por relaciones de causalidad. Toda cosa y todo movimiento hállanse inmersos en unívocas conexiones condicionales, de las que dependen su existencia y su esencia en absoluto y hasta lo más pequeño y aparentemente más casual. Por eso es que a este ordenamiento filosófico se le llame filosofía "legalista": pues el pensamiento metafísico no funciona sino sometido a leyes o normas.

Conocer la Naturaleza quiere decir descubrir las leyes de sus conexiones condicionales, como relaciones matemáticas exactas, y reconstruir unívocamente, partiendo de éstas, todo lo que hay de individual en aquella, así como dentro de la matemática pura se construye cada figura mediante sus fundamentos elementales. La Naturaleza parece un ensamblado de puros principios ideales; por eso está la ciencia en situación de construir la realidad, una vez obtenidos los principios. Así, el pathos de este concepto de la Naturaleza y la certidumbre del éxito del pensamiento constructivo trasmítense de la nueva ciencia y de la exigencia filosófica de una "ciencia universal" semejante a la metafísica.

De otro lado, un pathos religioso enlazáse con aquel impulso procedente del concepto de la Naturaleza. Por eso el encontrarse el origen de todo ser, incluso el de la materia y el de todo lo individual, en la Razón divina, una, requiere un orden universal e infinito y una armonía inquebrantable de las razones del ser. La racionalidad ontológica de todo lo real aparece como una consecuencia esencial de hallarse el origen de todas las cosas en el unitario y supremo principio espiritual. En esta virtud, Dios es el gran matemático, cuyos

cálculos y construcciones representa el sistema del Universo. De ahí que todo lo real, sin excepción, es *ratio-ideal*, así como el gran libro de la Naturaleza está escrito, según el decir de Galileo, en lenguaje matemático. Por tanto, se ha de entender que la belleza y el valor, la verdadera perfección de todo lo real, consiste en esta racionalidad, en esta armonía de condiciones necesarias.

¶ Para este grupo de filósofos, la metafísica, en cuanto es el conocimiento más alto del ser, tiene que ofrecer también la más alta seguridad en la construcción; lo que significa que tiene que ser un sistema deductivo. La convicción de la verdad absoluta de sus tesis fundamentales, propia de todo metafísico creador, como Descartes, Spinoza o Leibniz, es interpretada por cada uno de estos pensadores, por lo que se refiere a sí mismo, como pura y casi matemática evidencia y necesidad en las consecuencias de sus tesis ontológicas fundamentales. De ahí que cada uno de estos altos representantes del racionalismo constructor de la época moderna pretenda desarrollar dogmáticamente sus fundamentales tesis relativas al ser.

No cabe la menor vacilación en asignar a Descartes, por ejemplo, el hecho de que, dogmatizando y ampliando la posición metódica de la nueva ciencia, es decir, de la ciencia naturalista, la haya elevado en lo moderno propiamente a la categoría de metafísica de la Naturaleza. Y aquí es donde, de un modo especial, desarrolla su racionalismo ontológico. Por eso dice que la Naturaleza corpórea entera es un gran mecanismo, y su grandiosidad no estriba en recónditas armonías o en la varia copia de las formas, sino en la absoluta regularidad y constancia del funcionamiento. En esta forma es cuando se eliminan, por principio, todos los agentes de movimientos psíquicos, las fuerzas mágico-psíquicas de los cuerpos móviles, las inteligencias motrices de astros, el "alma del mundo", de Bruno, y se reduce todo proceso del mundo corpóreo a trasmisiones mecánicas de movimientos determinados por leyes rigurosas. Por ello es que la Naturaleza, como totalidad del ser material, tórnase en un sistema independiente que se constituye según leyes propias, racionalmente aprehensibles, dentro de cada una de sus formas individuales, entendiéndose, por ende, que la única explicación adecuada consiste en decir que todos los sucesos de la Naturaleza se producen por medio de relaciones materiales de causalidad.

En esta forma, cabe entender que Descartes inaugura, en lo moderno, una era de verdadero mecanicismo sustentado.

en potentes bases metafísicas. De ahí que, desde la filosofía cartesiana para adelante, la misma que se relaciona con las concepciones mecánico-naturalistas de Copérnico, Keplero, Galileo y Newton, la nueva concepción del mundo es de índole netamente mecanicista, en la que la disciplina preponderante, como particular y esencial expresión de la mentalidad moderna y contemporánea, es la física, la misma que de la posición "absoluta newtoniana" ha venido desplazándose hacia la posición "relativista einsteniana", con más la novísima posición expresada en la "teoría generalizadora de la gravitación."

Frente a la filosofía racionalista, sistematizada y causal-legalista de Renato Descartes, la posición filosófica de Goethe se halla bastante alejada y en pleno contraste, ya que éste, considerado como el "Dios mayor de la literatura germana" en el campo románticista, no piensa racionalmente, es decir, por medio de conceptos y razones, inferencias y silogismos, sino, total y resueltamente, de un modo irracional o intuitivista. De ahí que su enorme y polimórfica poemática, hundida en fuentes vitales naturalistas, no es sino la expresión precisa y necesaria de su espíritu profundamente intuitivo y de sus hondísimas bases de sentimentalismo o afectivismo. El rumor profundo que corre entre su mente y corazón no es otra cosa que la resonancia de lo universal y el cabrilleo de la divinidad en una forma espiritual limitada exteriormente. De su fontana subjetiva emerge, radiante y objetiva, la concepción de la Naturaleza, cuya interior polifonía se expresa en palabras.

Intuitivamente, Goethe dice así:

"¡Oh, Naturaleza! . . . Estamos rodeados y abrazados por ella, incapaces de alejarnos de ella e incapaces también de adentrarnos más. Vivimos en medio de ella y le somos, sin embargo, extraños. Habla sin cesar con nosotros y no nos revela su secreto. Actuamos constantemente sobre ella y no tenemos, sin embargo, poder alguno sobre ella. Vive en sus hijos, pero dónde está la madre? No tiene palabras ni discurso. A cada uno se le presenta en una forma peculiar. Se oculta tras nombres y formas miles y es, sin embargo, siempre la misma."

Aquí podemos notar que el pensamiento estético goethiano no es discursivo o racionalista, sino de puras imágenes intuitivas, que son como penetraciones profundas y ciertas del espíritu en la realidad de las cosas. Acierta a descubrir la verdad en el interno proceso de la Naturaleza y hace

resaltar, imaginativamente, la vida que fluye, *sub speciae aeternitatis*, en el interior de la misma.

Antes de que el famoso racionalista Benedicto Spinoza ejerciera, por intermedio de varias de sus obras, particularmente de su *Ética*, un fuerte y persistente influjo en el genial espíritu de Goethe, el filósofo inglés Shaftesbury hubo de ejercer en aquél una notable y agradable influencia. Aquella suerte de influencia fué realizada con tanta mayor facilidad cuanto que entre estos dos espíritus existió una acentuada afinidad: pues ambos tuvieron aptitudes artísticas similares y se orientaron en la misma consideración cosmológico-vitalista de las cosas. Un mismo "élan vital", como diría Bergson, inspiraba y envolvía el pensamiento de estos espíritus poéticos.

Ante el benéfico influjo de Shaftesbury, Goethe meditó y escribió, aunque fragmentariamente, su "Ensayo sobre la Naturaleza". Afirma Guillermo Dilthey que "el punto unitario de influencias tan diversas se halla en la concepción de la Naturaleza por Shaftesbury desde el punto de vista de la facultad artística. El alma originariamente expandida por todas partes, que todo lo vivifica, el ser inmensurable que ha esparcido por espacios enormes una cantidad infinita de cuerpos, actúa en ellos como una fuerza artísticamente formadora. Esto explica la personificación que de la Naturaleza hace Shaftesbury. Habla con ella. De aquí surge el himno a la Naturaleza."

Como ejemplo de cómo piensa y escribe Shaftesbury, podemos citar lo siguiente:

"El hontanar de la vida está repartida por todas partes y ofrece una diversidad infinita; riega los más finos canales del mundo y en ninguna parte se seca. Todo vive, vuelve por el cambio constante a la vida. Los seres pasajeros abandonan sus prestadas formas y ceden los elementos de su substancia a nuevos hacedores. En cuanto les llega el turno y son llamados a la vida, contemplan la luz y se disipan en la contemplación, para que haya otros espectadores de la espléndida escena. Generosa y magnífica se comunica a tantos como es posible y multiplica los objetos de su bondad al infinito. Nada detiene a su mano acuciosa. Ningún tiempo se pierde, ninguna substancia. Nuevas formas vienen a la existencia y vuelven a ser destruidas como las antiguas, pero no queda sin servicio la materia de que se compusieron, ni siquiera en la corrupción. Este estado de descomposición no es más que camino para otro mejor."

Aquí podemos observar que el sentimiento de la vida constituye para Shaftesbury, el punto de partida de sus meditaciones filosófico-románticas en torno a la Naturaleza; de manera que la fuerza interna de sí mismo constituía un valioso instrumento de configuración y pulimento de su personalidad armónica, armonía que se deslizaba en el fondo de su espíritu y lograba hacerse escuchar por su propio pensamiento objetivo. Así es cómo percibe el hermoso cántico que resuena en el Universo todo: pues cada esfera de la vida tiene su canon y su propia dicha, y cada parte del todo se halla comprendida en una armonía superior, percibiendo en sí mismo la afinidad de la fuerza formadora con la del Universo.

Esto que acabamos de decir de Shaftesbury, podemos decir también de Goethe, acaso sin efectuar ninguna modificación, ya que éste y aquél se hermanan subjetiva y objetivamente en la consideración armónica y eternamente fluente del mundo. Bien, pues, para Goethe, como hemos dicho antes, lo interesante y esencial estriba en percibir el melodioso ritmo de la vida que fluye a raudales del hontanar inagotable de la propia Naturaleza y expresar luego en magníficos poemas, que son, al decir de Carlyle, refiriéndose a Shakespeare, "copias fieles y transparentes de la Naturaleza". Goethe, como salta a la vista, y en tanto que poeta y filósofo romántico, ha seguido el desarrollo de la Naturaleza. Su Werther, su Fausto, etc., son encarnaciones vivientes de la armonía e infinitud del Universo en conexión estrecha con el hombre, que es en sí un "microcosmos".

De otro lado, la estrecha amistad de Goethe con Herder, otro de los grandes románticos de la época, redundó en beneficiosa y no escasa influencia recíproca. Herder, que enlaza la Naturaleza y la Historia como un gran proceso de evolución, en el que trata de sentir e intuir la intervención de Dios, guarda concordancia con el pensamiento intuitivo e imaginativo de Goethe, quien desarrolla su teoría orgánica de la Naturaleza, presentando una escala de seres orgánicos que se diferencian, de fenómenos primitivos plásticamente intuidos que se multiplican y se ramifican en una serie compleja de fenómenos derivados. Lo que, en otros términos, significa un conocimiento de la Naturaleza procedente de la vida orgánica, fundado en la intuición, esto es, en la contemplación de tipos y de esencias, conocimiento que se contrapone al procedimiento analítico y a la experimentación artificial, al cálculo y a la medida, propios de la concepción científica de las cosas.

Afirma Herder, desde otro punto de vista, que mediante el lenguaje, se convierte el conocimiento en una creación nueva de la Naturaleza, en una reproducción de la impresión que de ella recibimos, y de ese modo se hace vecino inmediato de la poesía y del arte. La ciencia y el arte se basan sobre la intuición genial, sobre la mirada que descubre conexiones, parentescos y tipos. Es de advertir que en esta concepción del conocimiento asoma el parentesco de Herder y de Goethe con el movimiento romántico, que a la sazón se iniciaba en Alemania, al mismo tiempo que significa un esfuerzo de íntima oposición al concepto kantiano del conocimiento, a la aguda separación de materia y forma del propio conocimiento, de pluralidad, dada en la intuición, y de relación y de ley, que confiere unidad a la pluralidad, es decir, la oposición a la concepción entera del conocimiento orientada en la física matemática como unión de "material dado".

Acerca de la afinidad de ideas entre Herder y Goethe, éste decía "que él se sentía más inclinado a la consideración sensible de la Naturaleza que Herder, quien siempre quería llegar rápidamente a su meta, teniendo ya la idea lista mientras yo apenas si me la había arreglado con la contemplación, si bien nos estimulábamos mutuamente por esta reciproca animación." Considerando el asunto desde este punto de vista, Goethe caminaba un poco más lentamente que su colega en ideas naturalistas, y además no se sentía tan metafísico como Herder, a quien solía motejarle de tal, añadiendo la siguiente recomendación intelectual: "si quieres andar en lo infinito, marcha por lo finito en todas direcciones." Y es que Goethe buscaba intuitivamente y por el camino de lo finito el oculto desarrollo de la Naturaleza. Sus estudios botánicos, por ejemplo, le conducían por vías de vitalidad inmersas en el fondo bullente de las cosas que necesariamente se transforman y adquieren otras fisonomías de carácter evolutivo. Por eso decía que "la flor, habiendo llegado a ser tal por medio de la interna transformación de la planta, no es sino la hoja glorificada". Pero en la hoja glorificada encontraba la expresión brillante de la vida que la Naturaleza dejaba y deja fuir "bajo especie de eternidad", o sea, de "infinitud".

Frente a estas ideas relativas a la "fisiognómica de la Naturaleza", bien podemos decir que se debe a Goethe, principalmente, antes que a Hegel, la idea de "evolución", que ha constituido la piedra miliar del movimiento filosófico evolucionista moderno. El evolucionismo, por tanto, ha venido a constituir una de las fuerzas propulsoras de la humanidad mo-

derna; por eso es que rara es la persona que piensa fuera del principio evolucionista hoy en día y rara es la disciplina filosófica o científica que se aparta de la idea evolucionista. No cabe duda, por lo dicho, que la influencia del pensamiento goethiano en este dominio ha sido fecunda y decisiva.

En el siguiente pasaje del "Fausto" podemos encontrar la idea evolutiva que campea en el pensamiento naturalista y primaveral de Goethe:

"Siento que la joven y santa voluptuosidad de la vida corre por mis nervios y venas! Fué un Dios quien destrozó estos signos que apaciguan el vértigo de mi alma, llenan de alegría mi pobre porazón y con impulso misterioso desvelan a mi alrededor las fuerzas de la Naturaleza! . . . Y después:

"Cómo las cosas se entretejen para el Todo universal! Cómo lo uno vive y actúa en lo otro! Cómo suben y bajan las fuerzas celestes pasándose de mano en mano los cubiletes de oro, y cómo llevadas por sus alas de donde la bendición se exhala, incesantemente conducidas del cielo a la tierra, llenan el Universo de armonía! . . . Qué espectáculo! . . . Por dónde asirte, oh Naturaleza infinita? . . . Manantiales de vida, de los que pende el cielo y la tierra! Hacia vosotros se vuelve marchito un corazón; hacia vosotros, que manáis a torrentes, que abreváis el mundo mientras yo me consumo en vano! . . ."

Más luego volveremos sobre este tema. Y ahora pasemos unos instantes a ver la filosofía de Spinoza, quien es considerado como el más grande arquitecto del racionalismo moderno, pese a que Kant, el viejo maestro de Koenigsberg, y Hegel, el gigantesco constructor del panlogismo universal, se disputan la primacía en aquello de lanzarse hacia los más altos peldaños del racionalismo.

Nos interesa conocer, siquiera sea de paso, el sistema filosófico de Benedito Baruch Spinoza, por cuanto Goethe, en 1784 más o menos se dedicó a estudiar la filosofía spinoziana y se dejó influir en apreciable medida por varios aspectos de la misma.

Si bien es cierto que Goethe, en su juventud y espontáneamente, antes de ir a residir en Weimar, se sintió panteísta, y los impulsos de tal le llevaron a pensar en que todo lo existente en el Universo está trezado de infinitud y transido de divinidad, la filosofía spinoziana determinó en el pensamiento imaginativo y cuasi mágico de Goethe un modo especial de comprender las cosas, ya sea en su particularidad como en su totalidad, siguiendo así un desenvolvimiento de avanza-

da metafísica, incluso en el concepto mismo de la vida personal con sus dos esenciales manifestaciones: el amor y la integridad.

LA FILOSOFIA DE SPINOZA Y DE GOETHE

Como hemos dicho más atrás, Spinoza es el clásico del racionalismo y del dogmatismo. Para el desarrollo de su pensamiento y el planteamiento de los problemas ontológicos, éticos, etc., utiliza el método geométrico. "More geométrico", opina Spinoza, conviene tratar las cosas todas, las del Universo como las del espíritu, las del hombre como las de la sociedad, las de la psicología como las de la ética, etc. Así dice: "el pensamiento que procede en esta forma, suponiendo que sus conclusiones se obtengan rigurosamente, reproduce de modo exacto la naturaleza de la realidad, pues la realidad en sí es absolutamente lógica."

Según Spinoza, en lo más alto del sistema aparece la idea de "causa sui", la "causa de sí mismo", esto es, de aquella realidad que es ciertamente el origen de toda otra cosa, pero cuya razón no está en nada más que en sí misma. La idea de "causa sui" designa, por tanto, un ser cuya existencia es independiente, cualidad que, al igual que en Descartes, sólo conviene a la sustancia. Así el concepto de "causa sui" coincide pronto con el de "sustancia", entendiéndose por tal Spinoza "algo que es en sí mismo, y se concibe por sí mismo, a diferencia del "modo", que existe en otra cosa y sólo por ésta es comprendido. Por tanto, la concepción del "modo" presupone la de la "sustancia" como el "modo" mismo presupone la "sustancia". A estos conceptos, añade Spinoza el de "atributo", que constituye una determinación esencial imprescindible de la sustancia, que sin ella dejaría de ser lo que es. La sustancia descubre su esencia en su o sus atributos; de manera que cuanto más atributos tenga la sustancia, más perfecta será.

Ahora bien, constituyendo la esencia de la sustancia el "ser" "causa de sí mismo," y siendo ambos conceptos, por tanto, idénticos, la noción de sustancia es equivalente a la de "Dios". De manera que, en definitiva, y en el pensar de Spinoza, solamente Dios puede satisfacer completamente el concepto de sustancia; pues siendo infinito no puede existir en otra cosa, sino en sí mismo y por sí mismo, mientras todas las otras cosas existen en El y por El. La sustancia para ser tal, tiene que ser infinita, esto es, tiene que ser Dos. Por lo

tanto, no existe más que una substancia que es Dios, el mismo que es concebido como infinito, causa de sí mismo, existente en sí mismo y por sí mismo. Las otras cosas, en su totalidad, derivan de Dios y tienen su sentido y esencia en la Divinidad. Pero Dios es, finalmente, idéntico al mundo o a la Naturaleza. Fuera de El, que contiene todo ser, no puede evidentemente existir un mundo; este mundo sólo puede existir en El, y no puede ser más que la totalidad de las cosas. El mundo como un infinito, que comprende todas las cosas particulares en sí, es Dios. Aparte del todo o el Universo, no puede existir un Dios que sólo impulsara desde fuera. De ahí la fórmula: "Dios o la substancia o la Naturaleza" (*Deus sive substantia sive natura*). En esta forma, se puede notar que se cumple la idea evolutiva, contenida en germen en Descartes, en el sentido de que el "dualismo"—Dios y Mundo separados y relacionados— se convierte en "panteísmo", equivalente a Dios en el mundo y el mundo contenido en Dios.

Aquí se puede apreciar la diferencia entre la doctrina cristiana relativa a la existencia de Dios sobre y fuera del mundo, que rige desde lo alto, y aquella que habla de la existencia de Dios en el mundo o naturaleza. De ahí la expresión de "trascendentalismo" y de "inmanentismo" respectivamente. Estas dos doctrinas, sea dicho de paso, en el campo de la filosofía se mantienen en constante oposición y beligerancia.

No obstante lo manifestado por Goethe que él no tenía sentido filosófico, al fin, acuciado por su propio sentimiento vital-naturalista y su aptitud investigadora en el dominio de la Naturaleza, se animó a estudiar la filosofía espinoziana y trató de enfrentarse valientemente con su abstracto y recio pensamiento en torno a la "substancia", al "infinito", a "Dios", a la "libertad", etc. Y dotado de aquel "amor dei intellectualis", de que Spinoza hacía alarde, comenzó a especular Goethe, "sub specie aeternitatis", sobre el fundamental problema de la Naturaleza, encontrando desde el primer momento en ello el sentido de "insondabilidad" o de "infinitud".

Goethe, sin embargo de dudar sobre que el conocimiento humano puede llegar a un sistema metafísico de validez universal, intentó investigar lo infinito mediante el estudio de los procesos interiores de la Naturaleza, buscando en el fondo de ellos el principio de "identidad". Para realizar esta obra, se engarzó con el pensamiento de los románticos Schelling, Holderling y otros, que en la Alemania de entonces daban la pauta en aquello de considerar como prevalente el sentimiento

sobre el pensamiento y hacer servir a éste para la realización de los designios de aquél.

Pues bien, Goethe en su "Ensayo sobre la Naturaleza" comenzó a hablar de esta manera:

"El concepto de existencia y el de perfección son idénticos; cuando seguimos este concepto tan lejos como nos es posible, decimos que pensamos lo infinito". "Pero lo infinito o existencia plena no puede ser pensado por nosotros". "Podemos pensar tan sólo cosas que son limitadas o que nuestra alma los limita. Por esto tenemos un concepto de lo infinito en la medida en que podemos pensar que se dan existencias plenas que se hallan fuera de la fuerza de comprensión de nuestro limitado espíritu". "No se puede decir que lo infinito tenga partes". "Todas las existencias limitadas son en lo infinito, pero no son partes de lo infinito, sino que, más bien, participan en lo infinito". Toda cosa existente tiene, por lo tanto, su existencia en sí y también la concordancia según la cual existe."

Aquí podemos observar que Goethe, usando el término existencia, no hace sino reflejar la idea de sustancia de que habla Spinoza. Y cuando dice que el concepto de existencia y el de perfección son idénticos, no hace otra cosa que manifestar en una y otra, respectivamente, la sustancia y Dios, puesto que, como dice Spinoza, la perfección plena se halla en la sustancia que es Dios, la misma que se encuentra dotada de un sinnúmero de atributos. Y cuando Goethe habla del infinito, claramente se refiere a la noción espinociana de la "causa sui", que es el mismo Dios, y que, como tal, se halla presente siempre en todas las cosas que integran intrínsecamente el Universo. Y aun cuando diga Goethe que "lo infinito o existencia plena no puede ser pensada por nosotros", aquello no puede entenderse sino refiriéndose al propio pensamiento y no al sentimiento, pero en este caso, al sentimiento de la infinitud: pues con el sentimiento de lo infinito barrena los límites de lo infinito y penetra en la plenitud de dicha infinitud, es decir, en la plenitud de la Divinidad. Pero se entra en el terreno pleno de la infinitud mediante el sentimiento denominado "veneración profunda por la Naturaleza", y que en alemán se dice "Naturfroemigkeit."

Es de notar que mediante el sentimiento de veneración a la Naturaleza se entra de lleno en el panteísmo, puesto que la Naturaleza, como hemos dicho ya, es la misma Divinidad, la misma que se explicita en todas las cosas, así materiales como inmateriales. Este sentimiento de infinitud, Goethe po-

ne muy de relieve en el "Fausto", sentimiento que atraviesa de punta a punta todo el drama y se pierde en las alturas inaccesibles de la metafísica. Por eso es que Oswald Spengler, el famoso autor de la "Decadencia de Occidente", al hablar de la cultura moderna u occidental, no vacila en calificarla, simbólicamente de fáustica. Pues, en opinión de Spengler, y refiriéndose a Goethe, manifiesta que el hombre moderno no obstante su limitación intelectual, su sentimiento, que es ilimitado, asciende a lo infinito, tanto que las diversas expresiones de la cultura moderna, así en arte como en ciencia, en filosofía como en derecho, en política como en economía, sus avanzadas se hallan muy en alto formando una especie de aureola en donde se asienta y se recrea el espíritu humano, entrelazado con el espíritu del mundo.

El espíritu humano es, pues, una participación del espíritu de la infinitud o de la Divinidad. Por eso a veces Goethe se sentía "dios" o "espíritu puro". Y de ahí que en el "Fausto" se preguntara insistentemente: ¿"Qué soy yo mismo? ¿Soy acaso un dios? Qué plaridad me envuelve! En estos simples trazos veo la Naturaleza creadora revelarse en mi alma. Ahora por vez primera reconozco la verdad de estas palabras del Sabio: "El mundo de los espíritus no está cerrado". Tu sentido está aletargado. Tu corazón está muerto. Arriba discípulo cobarde. Baña sin desfallecer tu pecho terrestre en la púrpura de la aurora!"

Estas expresiones, como podemos apreciar, no son sino esfuerzos que el sentimiento hace para poner de relieve el sentido de infinitud o de divinidad que reside esencialmente en el ser humano y en el ser en general. Si bien es cierto que Goethe no habla de "causa sui", como dice Spinoza, esta expresión está sustituida por la de "existencia" y "perfección", que, en el fondo, quieren decir lo mismo. Además, el concepto goethiano de "poder es perfección" (*Dei potentia est ipsa ipsius essentia*) y el de "virtud es acción" o la "perfección como realidad" (*Perfectio sive realitas*), sirven para complementar el concepto de infinitud, el que contiene en sí todas las potencias creadoras, manifestando que "en el principio era la acción" (*Im anfang war die Tat*). Por ello es que, concordando con Spinoza, Goethe de "Naturaleza creadora" (*Natura naturans*) y "Naturaleza creada" (*Natura naturata*), recordando en esto especialmente a Giordano Bruno, para quien, y a favor del "alma del mundo", como decíamos más atrás, la Naturaleza se manifiesta siempre en función de creación.

Es de advertir, a propósito de estas especulaciones, que para el temperamento substancialmente poético de Goethe, era inconcebible la existencia sin una fuerza fluyente, sin sentimiento de sí mismo y sin impulso que tienda a desarrollarse de un modo ilimitado. Ciertamente que Goethe nunca ha mentado la expresión cusana del "Deus absconditus" (Dios escondido) en el Universo, pero, al través de sus otras expresiones, ha dejado entrever la creencia en el Dios escondido. Para él, escondido desde el punto de vista de la razón o del discurso, pero presente y refulgente desde el punto de vista del sentimiento y de la metáfora. La inspiración poética en Goethe ha reemplazado, acaso, con ventaja, al esfuerzo razonador y silogístico. Por eso en más de una ocasión hubo de decir: "yo no he nacido para filósofo, sino para poeta. "En mí los pensamientos se subordinan a las intuiciones y a las imágenes."

El "ens realissimum" espinociano, es decir, el Ser Divino, es para Goethe la Naturaleza transida de infinitud y transverberada de divinidad, Naturaleza en la que se halla ínsita la verdad, la vida interior y la existencia.

Así Goethe se enfrentó con Spinoza y siguió su propio camino, trazado por lo que él mismo llamaba "destino": ese camino fué el de seguir siendo poeta y, por lo mismo, el de seguir cantando magistrales himnos a la Naturaleza, en una como veneración inefable y sagrada.

LA FILOSOFIA DE LEIBNIZ Y DE GOETHE

Se apartó de Spinoza y buscó la inspiración filosófica de Leibniz, otro de los eximios constructores del racionalismo moderno y de los grandes trabajadores de la cultura mundial. Cuando Goethe, a vuelta de tantos caminos y menesteres intelectuales, se sintió un tanto fatigado de la filosofía espinociana y de sí mismo, pensó en que Leibniz podía proporcionarle más serenidad de la que solía tener y descubrir en su espíritu, atormentado por continuas contradicciones internas, una orientación espiritual definida. Entonces comenzó a pensar en la "teoría de las mónadas", en la "armonía preestablecida", en el "optimismo" y en "el mejor de los mundos posibles".

Es verdad que Goethe nunca ha escrito sistemáticamente sobre estas ramas de la filosofía; pues su filosofía, en concordancia con las de Spinoza, Herder, Shaftesbury, Leibniz, y otros, se encuentra de un modo immanente a lo largo de su estupenda obra poética. En consonancia, pues, con su temperamento,

ramento de distinción espiritual y el brillante paisaje que le rodeaba en su vivir habitual, Goethe se sintió una "mónada", es decir, un espíritu distinto y superior al de otros mortales, con atributos propios y diferentes del de otras personas. Sintiendo como un ser superior, de cuya condición llegó a tener clara conciencia, procuró construir su propia personalidad" o procuró descubrir la "esencia de su ser íntimo". Por eso decía, hablando de la personalidad: "la personalidad es lo más valioso que existe en el ser humano, de modo que hay necesidad de formar, conservar, ampliar y hacer resaltar decididamente aquella personalidad, considerándola como un verdadero beneficio de la Naturaleza". "Sin personalidad, el hombre no es nada". "La personalidad es aquella particularidad que hace que el hombre sea tal hombre, lo que quiere decir que el hombre descubre en sí su sentido de divinidad." "Con la personalidad se es, según Leibniz, una mónada."

He aquí que Goethe aprovecha de la monadología de Leibniz para desenvolver una nueva forma de filosofía, la misma que se ensambla con la que propugna la "armonía pre-establecida" y con el "optimismo de vivir". Su alma buscaba siempre conexión y armonía con otras almas gemelas, y las encontraba tanto entre los hombres como entre los seres de la Naturaleza. La alegría del vivir era para Goethe el punto focal y sobresaliente de la existencia humana y universal; de ahí que buscaba siempre paisajes y panoramas en los que podía encontrar esta alegría, que, generalmente, tenía matices primaverales. Por eso, lanzado al campo abierto y con la amplia y abundosa melena, que flotaba al viento, decía y cantaba la siguiente estrofa, que se encuentra en el Fausto:"

"Un anhelo de dulzura inconcebible
me empujaba por las selvas y los prados,
y derramando lágrimas ardientes,
sentí que un mundo se entregaba a mí."

¡La alegría del vivir! "Hic Rhodus, hic salta" . . .
¡Aquí está la vida, aquí hay que danzar! El optimismo leibniziano hacía pensar a Goethe que "la vida debía marchar sin angustias, sin dolorosa desorientación, según una dulce necesidad cósmica. Así como para la planta, el animal o la estrella, vivir consiste en no tener duda alguna respecto de su propio ser, así el hombre debe buscar condiciones tales de vida que no le resulte ni doloroso, ni fatigoso, ni contradictorio, ni perjudicial. La vida debe seguir un ritmo de armonía pre-

establecida, como ocurre con la vida meramente botánica, una vida biológica u orgánica, de lógica esencialmente orgánica y no mecánica. Una vida que siga un sentido determinado y claro y no ande finteando entre las sombras y a redropelo. Hasta su salud, excepcionalmente excelente en un cuerpo espléndidamente conformado y en una larga edad, hizo que Goethe concibiera la vida como una perpetua primavera y se acompasara al principio y ritmo del "mejor de los mundos".

Como, según Leibniz, cada mónada es un espejo del Universo, pero que refleja de distinta manera, Goethe entendía que cada ser que brota de la Naturaleza es distinto, pero que se identifica con los otros seres para integrar la armonía universal.

¿QUIEN ES GOETHE POR DENTRO O QUE ES GOETHE FRENTE AL DESTINO?

Después de todo, es muy difícil trazar el perfil filosófico de Goethe. Lo que acabo de manifestar no es sino un muy pálido y esfumable boceto de aquel aspecto de una personalidad que, teniendo el carácter de "semidiós", según su propio decir y pensar, o de "héroe", según Carlyle, o de "superhombre", según Nietzsche, no está, ni con mucho, de acuerdo con lo que Goethe es esencial y fundamentalmente.

Ortega y Gasset, el ilustre filósofo y maestro español, al hablar de Goethe, formula algunas preguntas fundamentales acerca de la personalidad goethiana. Por ejemplo, pregunta ¿quién o qué es Goethe por dentro? ¿qué es lo que ha hecho Goethe en sus largos años de vida? En otros términos, pregunta Ortega y Gasset ¿cuál ha sido el destino de Goethe? Y de acuerdo con su destino, ¿qué ha hecho Goethe substancialmente?

Francamente, Ortega y Gasset no acierta a responder a tales preguntas por la sencilla razón de que a Goethe, o no le conoce bien en su esencial profundidad, o si le conoce, manifiesta que Goethe no se ha conocido a sí mismo. Se ha desconocido siempre y ha sido un perpetuo desertor de sí mismo. Engañándose y engañando a los demás que se ha acomodado a su destino, ha pasado la vida falsificando su existencia y perjudicando a sus bellas y formidables potencias intelectuales. Pues, debiendo ser Goethe, si hubiera descubierto su destino, la mayor figura revolucionaria de la literatura de toda una época en Alemania y en Europa, no lo fué

y se contentó con "hacer pucheros y vasijas", como Goethe mismo decía en más de una ocasión, aun cuando entre esos pucheros y vasijas se hallaban Goetz von Berlichingen, el Werther, el Fausto, el Wilhelm Meister y otras importantes y bellas producciones más. En definitiva, Goethe, en opinión de Ortega y Gasset, ha defraudado a la cultura humana y ha suplantado, en son de justificación de su obra en este mundo —que fué hermoso y dichoso para él— con algo que no responde a su posición de semidiós en la tierra.

Yo no estoy tan de acuerdo con esta pesimista opinión del maestro hispánico respecto de Goethe, puesto que, mirando bien las cosas y lo realizado intelectualmente por él, me parece que basta y sobra la existencia del "FAUSTO" para justificar su existencia en la tierra, amén de las otras obras, las mismas que reflejan, como las mónadas leibnizianas, un aspecto de su múltiple personalidad. Pues que el Fausto, al decir de Spengler, constituye la expresión de lo Infinito, es decir, la expresión brillante y magistral de la Divinidad, la misma que se halla omnipresente y omniviviente en el Universo y, por tanto, en el hombre y en la cultura. Por eso se denomina la cultura moderna, como decíamos antes, "cultura fáustica". Y qué mejor obra de Goethe que legar a la humanidad, al través de su Fausto, el nombre de toda una época histórica? El Fausto, según una opinión valiosa y generalizada, constituye un verdadero esfuerzo de comprensión de la humanidad. Aquella opinión me parece acertada por cuanto el Fausto representa, en sus dos partes, la expresión de lo que es el hombre, como ser semidivino y semisatánico, un verdadero drama cósmico en el infinito escenario del tiempo.

En resumen, la compleja y polifacética obra intelectual de Goethe, obra en la que, entre otras cosas nobles, se encuentran la pasión por la belleza, la religión del trabajo, el culto al amor y a la alegría de vivir, el esfuerzo sin par en la indagación de lo que es la Naturaleza, el paradigma de la actividad fecunda y florida siempre, y el titánico afán de comprender lo que es el destino y la cultura, son motivos más que suficientes para considerar a Goethe como un espíritu superior, en plenitud de significado, y como un director imponderable de la conciencia de la humanidad.

* Esto decía Ortega y Gasset en 1932. Ahora ignoro cuál será su opinión sobre Goethe.

Pues bien, y para terminar esta ligera disertación, digamos con el mismo Goethe y con Spengler, que la Historia de la Humanidad es la cristalización eternamente viva de la Divinidad o Infinito. Y Goethe, personalmente, constituye, por ende, un fanal luminoso en la perspectiva del Infinito. ¿Todo esto no quiere decir destino?

Así se nos presenta Goethe frente a la filosofía: como fuente y como glorificación de la misma.

DR. A U R E L I O G A R C I A

EL MUNDO CIENTIFICO DE GOETHE

El encargo honroso del Grupo América, hecho con motivo de conmemorarse el Segundo Centenario del Nacimiento de Goethe, me ha puesto otra vez sobre las huellas de la vida del hombre que desde temprana juventud ejerció sobre mí el poder de una influencia mágica. Después de haber leído y releído el Fausto desfilaron ante mí Werther, Hermann y Dorothea y las Afinidades Electivas pero siempre, aunque esos libros conmovían mi espíritu, un profundo sentimiento de incapacidad para penetrar realmente en el alma del autor me embargaba y así Goethe, nutriéndome y deleitándome, se alzaba ante mí con los contornos de un personaje maravilloso y desconocido al mismo tiempo.

Ahora, esta oportunidad me lleva a explorar detenidamente nuevos territorios en la desmesurada personalidad de este hombre, cuyo espíritu, al mismo tiempo que le elevaba a las más altas cimas del sentimiento, le hundía en las mayores profundidades del saber.

EL HOMBRE

"Todos tus ideales no me impedirán vivir en la verdad; esto es, ser bueno y malo, como la Naturaleza."

Siempre fué actual, y desde que él se fué se levanta su obra con la firmeza de una roca errática, indeleble y primitiva, y se eleva por encima de la tierra perecedera hacia el cielo eterno. Así Goethe se mantiene solitario y erguido, y mientras a su alrededor se levantan y caen las generaciones, él sigue firme. Estados y ciudades gigantescas, construídas con piedra y acero, se derrumban como escombros insignificantes;

monumentos surgidos de la misma tierra y a la misma hora que él caen batidos por el vendaval, pero no tiembla piedra alguna en el edificio granítico de su poesía, porque nada más estable posee el arte que los millares de versos del Fausto y la ciencia nada más incommovible que su descubrimiento del hueso intermaxiliar del hombre.

En esta hora tan obscura y trágica para el pueblo que lo produjo, se levanta este genio único creando la conjunción más armoniosa de la poesía y la ciencia y elevándolas en un desarrollo magnífico hasta un punto que no ha sido igualado por nadie ni antes ni después de él, porque él realiza, con sus fuerzas propias y al mismo tiempo, lo que hicieron, siguiendo caminos bien apartados, los hombres de la vanguardia de nuestro espíritu: Aristóteles y Dante. Goethe tiene una visión universal completamente nueva: eleva el espíritu a la sensualidad; da valor a lo imperceptible, junta lo que se encuentra disperso, enlaza lo paradójico mediante sólidos puentes, eleva las disputas a diálogos que nunca expiran y convierte en brillante alegoría la árida doctrina científica. Para él "poder y querer" eran lo mismo, porque la suya era una acción que se subordina constantemente a la voluntad. Contempla el mundo y la vida, el espacio y los tiempos con una visión llena de fuerza primitiva, como la poseyeron sólo Dante y Shakespeare antes que él. Pero mientras en éstos la visión flama en poesía como emanación, en Goethe se cristaliza en la ciencia: contempla el mundo como un conjunto y lo vivo como unidad. En sus manos, como en las de un hábil prestidigitador, los sucesos personales se convierten en acontecimientos de alcance universal y así se amplía su esfera íntima. Cuando su mirada los anima, los objetos más transitorios se detienen. Para este hombre cósmico todo está relacionado, es graduado y gerárquico, y la Naturaleza es una corriente en devenir perpetuo.

"Mira, así es la Naturaleza: un libro viviente,
Jamás comprendido, pero no incomprendible."

Aunque surgido del mar, prefiere quedarse en la orilla como espectador y hace del gran libro, la Naturaleza, que por sí aprenderá a descifrar, un modelo de libros. No quiere como Dante asumir frente al mundo el papel de juez, sino sólo el de observador. Es enemigo de toda anarquía del espíritu, pero sin sometimiento a dogma alguno. Busca el orden en el movimiento y combate toda efervescencia desorganizada, venga del Estado o de los sentidos.

Su pasión natural le lleva a ser investigador. Siendo todavía niño sorprendió a un notable arquitecto con la justa observación de que la catedral de Estrasburgo estaba inconclusa y un día, al encontrarse con su madre, que conversaba con una campesina, anota las expresiones de la mujer en un cuaderno en el que recoge los modelos de vocabulario de las gentes humildes de Alsacia. En la misma época, aunque el pueblo le es extraño no rehuye su contacto y, por el contrario, lo busca con sus representantes aislados. En cierta ocasión declara que es en el seno del pueblo donde viven las mejores gentes. El sabe comprender los dos mundos a la vez, el del pueblo y el de la élite, y afirma que un alma noble hace lo que el imán, que extrae a limadura del polvo. A medida que gana en saber, su pasión de investigador se aprecia hasta el punto de ocupar todo su pensamiento. Hace de su viaje a Italia la peregrinación de un científico, a la manera de Humbolt en América; en el Brenner estudia los minerales y hasta en Roma recoge un trozo de cuarzo que llevará más tarde a Weimar. Después se apasiona por las nubes y los vientos y concibe un sistema meteorológico cuyas líneas generales confirmará más tarde la ciencia. En el Lido estudia la oscilante vegetación de la costa y en Italia meridional, donde la Naturaleza ostenta un ropaje nuevo, se siente tentado de viajar a las Indias "no para hacer descubrimientos allá, sino para ver a mi manera los que se han hecho."

A la vista de las viejas palmeras de Padua concibe la idea de la planta primaria, y entusiasmado exclama: "El mundo vegetal me obsesiona". Movido en Sicilia por la necesidad de estudiar la vegetación de sus llanuras olvida a Siracusa, y ante el cráneo de Rafael se emociona menos con el recuerdo de su obra que con la descripción de su soberbia arquitectónica. Diez años después dirá que la época de sus jornadas italianas fué la más hermosa de su existencia, y veinte años más tarde, refiriéndose a su teoría botánica escribirá que "la necesidad de concebir esta ley, de soportar su pensamiento y de revelar su presencia en la Naturaleza le sumergía en un estado de embriaguez insoportablemente delicioso."

Goethe era un autodidacta. Leyendo siempre en la Naturaleza, aprende y crea al mismo tiempo. Conoce al detalle los accidentes del terreno en el país donde vive, y cuando lo cruza como administrador observa como geólogo. Ver, ha llegado a ser todo para él. "No puedo decididamente aprender nada en los libros" exclama, y hojea con ritmo mesurado el libro fantástico de la Naturaleza. Escala montañas y se

detiene ante las grandes rocas. El granito le sugiere, por contraste, conmovidas consideraciones sobre el corazón del hombre: "No temo, dice, que se me reproche que haya sido el espíritu de contradicción lo que me llevara del estudio y pintura del corazón humano, elemento el más móvil y cambiante de la Naturaleza, a la observación del más sólido e incommovible de los elementos de la creación.... Que no se me impida, a mí que he sufrido y sufro todavía por las mudanzas del alma humana, el sublime reposo que se gusta en presencia de esta naturaleza solitaria y muda, de esta gran naturaleza que habla en voz baja.... Sentado sobre una cima granítica, puedo decirme: Reposas aquí sobre un suelo que se extiende hasta los lugares más profundos de la tierra.... No vas hollando aquí como en los hermosos valles fértiles, una tumba perpetua...."

Era Goethe un poeta y un naturalista a la vez, que sabía sentir y comprender a la Naturaleza al mismo tiempo. En su himno a Ella, cuyos fragmentos más importantes reproducimos a continuación, se advierte esa magnífica duplicidad de su alma y es ese himno armoniosa síntesis del macrocosmos que le envolvía y del microcosmos que él mismo era:

"¡Oh Naturaleza que nos besas y enlazas: ni podemos arrancarnos de tu abrazo ni penetrar más profundamente en tí! Sin invitarnos ni prevenimos, que nos has cogido en el circuito de tu danza y nos arrastras en tu giro hasta que, agostados, nos desprendemos de tus brazos...."

"Te encuentras presente hasta en las cosas menos naturales. Quien no te ve en todo, no te ve bien en ninguna parte. Te amas a tí misma, te unes a tí misma con todos tus ojos, con todos tus corazones. Para poder gozar de tí misma te fragmentas hasta lo infinito...."

Aunque aureolado por la gloria desde la juventud, se mantiene sencillo y sereno. Joven aún, se le atribuyen los más altos méritos. Lavater dice, refiriéndose a él: "Adorarías como a un Dios al doctor Goethe. Es el hombre más terrible y más amable del mundo". Stollberg añade: "Cuántas veces le he visto pasar, en el mismo cuarto de hora, del humor más lánguido a la más violenta cólera", y Deinet, agrega: "Un cerebro admirable, pero no quisiera yo vivir en una ciudad en la que la tercera parte de sus habitantes pensarán como él."

Los más grandes fisionomistas de la época se entusiasman ante su retrato. Lavater afirma: "Cómo se ve en ese rostro que la sensibilidad nunca deja de caldear la intelligen-

cia y que está siempre iluminada por la razón! ¡Obsérvese la forma de esa frente andorosa, la movilidad, la agudeza de esa mirada enamorada de las formas, ese ojo casi a flor de piel, suavemente arqueado, luminoso y ágil; esa nariz de lírico dibujo, ese mentón viril, esa oreja abierta, enérgica! ¿Quién se atrevería a negar el genio a ese rostro?", y Zimmermann añade: "... esa mirada de águila que todo lo abarca y lo penetra, esa nariz, tan notablemente bella, noble y fina, esa boca maliciosa y escéptica, irónica y voluptuosa..." Vemos así que a nadie tanto como a él mismo es aplicable su idea: "La figura del hombre es la mejor expresión de cuanto se podría sentir y decir con respecto a él". Y también a nadie como a él podrían ser aplicados sus versos, cuyo contenido biológico es tan hondo como su significación filosófica:

“Conforme el sol ha saludado a los planetas
El día en que viniste al mundo
Creciste y te desarrollaste
Según la ley bajo la que te iniciaste
Tal eres; no puedes huir de tí mismo.
Dijeron ya sibilas y profetas;
Y no hay tiempo ni fuerza que destruya
La forma acuñada, mientras progrese con vigor.”

Goethe, que en ningún momento separó de la realidad su mirada investigadora, incluso de la realidad de su alma, se había dado cuenta de sus errores al mismo tiempo que de sus ambiciones, y en decenas de frases nos ordena no hacer de él un ídolo. Profundamente humano, sincero y veraz, le decía a su amigo: "Todos tus ideales no me han de apartar de ser verdadero, esto es, bueno y malo, como la Naturaleza". Una sinceridad de este género, deshumanizada, es lo que le convierte en maestro, o sea la visión de un hombre que pensando como realista vivió como idealista. Goethe estuvo sometido a la tentación y sintió las debilidades de su constitución terrena; tuvo que elegir entre la libertad y el deber, la creencia y la investigación, entre el vigor de la vida y el desencanto; débil como los demás hombres supo luchar y abrirse un camino ancho. Cada crisis le volvía más osado, más resuelto, dándonos el espectáculo de un hombre que reconociendo la insuficiencia de los medios se mantiene sereno, trabaja, lucha y triunfa. "No está en el curso de mi vida el hallar un bien

inesperado", dice, lo cual, dada su veracidad, nos ayuda a conocerle. Sería un grave error el suponer que Goethe adopte una actitud resignada o que se limite a esperar el desarrollo de los hechos. Goethe es volcánico, demoníaco, un espíritu impulsado por pasiones que a toda hora fermentan y que, como lo anota Ludwig, está "a punto de estrellarse hasta los veinte y cinco años; al final de los treinta, desesperado; con amplia vida burguesa, a los cincuenta; rejuvenecido, a los sesenta; nuevamente en efervescencia a los setenta; y diez años más tarde, agitado a veces por tormentas que hacen temblar al espectador". Sólo el genio que reinaba en él pudo frenar el loco impulso que aún a la vejez, a pesar de la seriedad y la sabiduría, se agitaba en su alma convulsivamente.

Entre los rasgos más significativos de su carácter está el espíritu de independencia que le da en todas partes una actitud activa: "Las gentes, dice, a quienes la lectura de mis obras les había hecho tomarme por un hombre amable, debieron quedar harto desepicionadas cuando chocaron de repente con un ser distante y áspero", y después añade: "Fuí desagradable a los hombres, primero por mi culpa, luego por mi gravedad; hiciera lo que hiciese, estaba solo". Tenía veinte y seis años cuando la soledad estrechaba su círculo en torno a él. Estaba en plena juventud y adornado por innatos dones sociales y físicos y sin embargo el presentimiento de un destino implacable, que le condenaba a luchar desde una fortaleza solitaria, gravitaba sobre su alma. Como era poeta a la par que investigador, sabía medir sus emociones y controlaba el juego de la pasión. Con la belleza que le es característica, dice del sentimiento lo que sigue:

"No dejes que los sentimientos te dominen!
Un corazón sensible en demasía.
Es un miserable patrimonio
En esta tierra vacilante."

Otro rasgo característico de la conducta de Goethe se desprende de su concepto del tiempo. Hace un principio de su economía y le está vedado el placer meramente turístico de un viaje o la tibieza mundana de una charla. El cerebro elabora en todas partes lo que el ojo ofrece, y no hay hora del día en la que le deje libre su tarea. Cuando sube a la montaña estudia las rocas y es geólogo; cuando visita un jardín

no puede dejar de ser botánico; cuando el azar le pone un hueso entre las manos, es anatomista; en su casa estudia los colores y es físico; pero siempre, a través de todas sus actividades e incluso en los momentos supremos de la síntesis científica, el poeta que duerme en él expresa con palabras mágicas las conclusiones del naturalista. Resumiendo, podemos decir que el método de Goethe consiste en un sentido permanente de investigación que armoniza con un sentimiento perpetuo de responsabilidad. Por ello, cada ensayo recibe un pulimento perfecto y la casi totalidad de su obras son corregidas una y otra vez y reescritas. Goetz fué escrita tres veces; la tercera cuando había transcurrido una generación.

Goethe, que actúa movido por su genio, no puede concebir su existencia material sino como un medio de la acción creadora, que es su finalidad. Si científica, tal acción era conscientemente buscada y en ella encontraba su mayor deleite; si poética, dondequiera se liberaba del control del hombre y emprendía encumbrado vuelo. La inquietud de Goethe era la posibilidad de que la muerte le sorprendiera en la mitad del camino porque a él, como a todo genio, la idea de la muerte le era familiar. El temor a un fin sorpresivo que pudiera truncar su obra en la mitad, le invadía. En pleno vigor se expresa así: "La tarea cotidiana que me incumbe y que cada día se me hace más dulce y más amarga, exige mi preocupación constante, tanto si velo como si sueño; este deber que cada vez quiero más, desearía cumplirlo como lo han hecho los más grandes hombres, sin querer, sin desear para él un más grande objeto. Quisiera elevar hasta la mayor altura posible la cima de la pirámide de una existencia cuya base me ha sido dada totalmente hecha, y este deseo que supera en mí a todos los demás, no me permite un instante de olvido. No tengo derecho a detenerme. Ya mi edad avanza, y talvez rompa el destino mi vida en su mitad, dejando inconclusa la torre babilónica. Es menester que, al menos, pueda decirse de ella que estaba bravamente concedida."

EL NATURALISTA

Ver, mirar y observar, fué para Goethe desde su primera juventud un solo acto, y para él los ojos llegaron a ser el medio único del conocimiento y la fuente prima de su vida emocional. Más tarde empezó a pensar con ellos. "Sólo después de un largo proceso de observación y reflexión, dice,

podía formar un concepto real de las cosas". Así los ojos fueron para Goethe los principales factores de su evolución científica y artística, actividades que en él, a partir de este momento florecen simultáneamente porque es la misma su finalidad: la armonía. Goethe fué, en efecto, no sólo el más grande de los poetas alemanes sino también un naturalista eminente, en especial por haber realizado dos hechos científicos: el descubrimiento del hueso intermaxilar en el hombre y la teoría vertebral del cráneo.

Goethe demostró para los estudios anatómicos una inclinación que ya durante su estadía en Estrasburgo le llevó a practicar frecuentes disecciones. Entre 1773 y 1774 la fisiología de Lavater le condujo nuevamente a estudios osteológicos. Goethe, al contrario de Lavater que se ocupó de la fisionómica desde un punto de vista puramente estético, aborda el problema como una realidad morfológica: reconoce en la forma del cráneo el fundamento anatómico de la fisionómica.

En 1781, durante su estadía en Jena, fué instruido en Osteología y Miología por el anatómo Loeder. Posteriormente dió clases de Anatomía Humana a los alumnos de la Academia de Bellas Artes de Weimar, actividad que le complacía en alto grado.

Goethe trabajó en una época en la que la idea fundamental de la Morfología era el concepto del "tipo"; los sabios de aquellos tiempos anhelaban establecer tipos o sea imágenes idealistas dotadas de los rasgos característicos de organización comunes a cierto grupo de animales, los mamíferos por ejemplo. Es la época de la llamada morfología idealista, cuyos representantes son Meckel, Oken y Johannes Müller en Alemania; Cuvier y Geoffroy St. Hilaire en Francia y Camper en Holanda. Goethe, de acuerdo con los rumbos científicos de su tiempo, aspiraba también a establecer tipos generales. Le interesaba principalmente la comparación y ejercicio en la Anatomía Comparada lo que hoy día llamamos investigación de homólogas.

En aquella época los investigadores habían llegado a la conclusión de que el hueso intermaxilar, que poseen los mamíferos y falta en el hombre, constituye la única diferencia fundamental existente entre éste y aquellos.

Para sostener los dientes incisivos superiores existe en los mamíferos una pieza ósea especial, el hueso intermaxilar, cuya sutura de separación del hueso maxilar superior, llamada sutura incisiva, se extiende del agujero incisivo al punto de

unión de los dientes caninos con los incisivos externos. Tal sutura no se encuentra normalmente en el hombre y los antropóideos en estado adulto. A Goethe le pareció incomprensible el hecho de que el hombre, que posee cuatro dientes incisivos, carezca del hueso que los sostiene. Goethe tenía idea de la existencia de una ley de formación general, que lo mismo en Zoología que en Botánica le llevaba al concepto de unidad, y no podía presumir a la Naturaleza de tal excepción. Por esto buscaba en el cráneo humano los vestigios de la sutura incisiva y, en efecto, pudo hacer en el adulto observaciones que demuestran la existencia del hueso intermaxilar.

En un número variable de casos en adultos y normalmente en cráneos infantiles puede verse, además de la sutura máxilo palatina la sutura antes citada, que muy frecuentemente se presenta como un vestigio leve. Goethe consideró su existencia como la demostración del hecho de que también en el hombre la bóveda palatina consta de la zona intermaxilar, formada por el primitivo hueso intermaxilar, y la zona maxilar propiamente dicha, en cuya parte posterior se extiende la porción horizontal del palatino.

¿Fue el descubrimiento de Goethe un hecho verdaderamente nuevo? No, porque el antiguo anatómo, Vesalius, observó este hueso en el hombre en 1528, pero en vista del desarrollo poco marcado de la sutura que le separa del maxilar superior no creyó que se tratara de un hueso independiente.

Goethe publicó sus observaciones en un pequeño folleto que apareció en 1784. Sus estudios fueron al principio acogidos solamente por Blumenbach y Soemmering, en tanto que Camper continuaba afirmando que la diferencia entre el hombre y los mamíferos radica en el hueso intermaxilar. Previamente, Goethe había comunicado a Herder su hallazgo en los siguientes términos: "He encontrado, no oro ni plata, sino ¡oh, maravilla!, el hueso intermaxilar del hombre. Me puse sobre la pista comparando cráneos de hombres con cráneos de animales, y de repente lo hallé. Pero no dejes traslucir nada de este asunto, pues es preciso obrar en secreto. Seguramente, mi descubrimiento te causará el mayor placer, pues este hueso intermaxilar constituye, por así decirlo, la piedra angular del hombre; ¡no obstante haberse buscado tanto en vano, ahí estaba!", palabras con las cuales sin quererlo el investigador se pinta a sí de cuerpo entero.

Llegamos ahora a la Teoría Vertebral del Cráneo, segundo tema fundamental de la morfología goetheana.

Durante su segundo viaje a Italia Goethe llegó, en mayo de 1790, a Venecia y al visitar el cementerio judío, su criado, Geotze, recogió del suelo un cráneo de oveja cuyas suturas estaban hendidas por la acción del tiempo. Este aspecto confirmó la idea ya concebida por Goethe de que la parte posterior del cráneo de los mamíferos está constituida por varios anillos óseos, correspondientes a tres vértebras. Luego generalizó a la arquitectónica facial una conformación semejante.

Goethe comunicó su idea a Herder en una carta privada, pero omitió entregarla a la publicidad científica hasta que en 1823, reparando su descuido, publicó su teoría vertebral del cráneo en un trabajo intitulado "Beteunde Foerdernis durch ein einziges geistreiches Wort".

Ocurrió así que otro investigador, Oken, se le adelantó al publicar, en 1807, un folleto, "Sobre el significado de los huesos del cráneo", en el que comunicaba ideas semejantes a las de Goethe, adquiridas en un viaje al monte Harz.

"Descendiendo del Hsenstein, dice, por la antigua carretera del lado sur, vi a mis pies un soberbio cráneo de cierva; recogerlo, darle vueltas y examinarlo rápidamente, todo fué uno y al instante cruzó a manera de relámpago por mi mente la idea de que aquello no era más que una columna vertebral y desde aquel momento ya no he podido ver en el cráneo más que una columna vertebral."

Oken distinguió al principio tres y después cuatro vértebras que según él entran en la constitución del cráneo: occipital, eseno-parietal, eseno-frontal y etmoido-nasal.

La teoría vertebral del cráneo, emitida en esta forma por Goethe y Oken, fué admitida durante largo tiempo por los autores, entre ellos Owen y Blainville. Sólo Huxley, en 1858, alcanzó desde el punto de vista embriológico y con el célebre "Cranian Lecture" la refutación de la teoría vertebral, al menos en la forma en que Goethe y Oken la formularon. En efecto, este autor llamó la atención al hecho de que sólo en los primeros estadios de la ontogénesis las regiones craneal y espinal se asemejan. Luego siguen una evolución muy distinta: en la región espinal hay segmentación que en la región craneal aparece muy posteriormente, por ossificación. De este modo la segmentación del cráneo es un proceso secundario que no tiene nada de común con la segmentación de la columna vertebral en vértebras, la que representa un proceso primitivo. Por tanto, no pueden compararse con vértebras

los cuatro segmentos que según la teoría vertebral forman el cráneo de los mamíferos.

Posteriormente, las investigaciones de Gegenbaur, Froriep y Beck, establecieron una nueva era en la historia de la teoría vertebral del cráneo. De tales investigaciones se desprende que al menos la porción del occipital —parte posterior de la región cordal del cráneo— por la que pasa el nervio hipogloso, que es un complejo de cuatro nervios espinales, se forma a expensas de cuatro verdaderos somitos, es decir se produce aquí una verdadera segmentación, como en la columna vertebral. Y este hecho no se da solamente durante el desarrollo del embrión humano, sino también en los vertebrados habiéndose fijado esta face filogenética en los rielós-tomos.

De este modo la teoría vertebral del cráneo de Goethe y Oken está reemplazada hoy por la de Gegenbaur y Froriep, que establece en la zona posterior de la región cordal del cráneo una composición segmentaria, como la de la columna vertebral, a partir de verdaderos somitos. Por ello, la teoría vertebral del cráneo de Goethe, que en parte está demostrada por la investigación embriológica, fecundó durante más de un siglo a la investigación morfológica y debemos recordar aquí que el mismo concepto, "Morfológia", fué creado por él como ciencia de la forma y transformación de los organismos.

Sus estudios anatómicos, cuyo resumen acabamos de hacer, llevaron a Goethe a las conclusiones siguientes: Primera, que "ningún detalle aislado permite encontrar diferencia entre el hombre y el animal", y, segunda, que "solamente la armonía del conjunto hace de un ser lo que es! Por tanto, afirma Goethe, "Toda criatura no es más que una nota, un matiz de una gran armonía que es preciso estudiar, a su vez, en sus grandes líneas, bajo la pena de no hallar más que letra muerta en los detalles tomados aisladamente."

Como con muchas perspicacia la ha señalado Henckel * podría parecer extraño que un genio del rango de Goethe, poeta del Fausto, haya dado tanta importancia a un asunto tan pequeño como lo es la cuestión de la existencia del hueso intermaxilar en el hombre. Esto se explica por el hecho

* K. O. Henckel, "Los trabajos de Goethe sobre morfología animal y las investigaciones modernas", Rev. Atenas, N.º. 86. Univ. de Concepción, Chile.

de que la Anatomía Comparada contemporánea se ocupaba con suma seriedad del asunto, y el gran interés que Goethe tomaba en este problema se explica si tenemos a la vista los fines sintéticos de su talento y el deseo irresistible de llegar a una comprensión de la Naturaleza como unidad en el sentido del "monismo" de Spinoza, cuyas opiniones sobre la construcción lógico-causal uniforme del mundo eran también las de Goethe.

Llevado por su anhelo de armonía llega al concepto del tipo originario único, que aplica lo mismo al reino de las plantas que al de los animales. Pero tal concepto incluye el del transformismo de las formas vivas, idea expresada por él en los siguientes términos: "En todos los seres orgánicos se encuentra un tipo general perfectible por vía de metamorfosis, tipo del que se pueden observar todas las partes en cierta etapa de su evolución y que debe reconocerse todavía cuando, llegado a su más alta expresión en el hombre, se oculta modestamente en la sombra".

Así contribuyó Goethe, con Geoffroy St. Hilaire, Darwin y Lamarck, a la destrucción del antiguo dogma de la constancia de la especie. Fué él quien afirmó que "el remontarse desde la acción hacia las causas, es un simple método histórico", pensamiento profundo y dialéctico que aplicó tanto a sus estudios de morfología animal y humana como a sus investigaciones de botánica.

Goethe supo ver con claridad las relaciones existentes entre las diversas partes de un organismo desde el punto de vista funcional, y su efecto sobre la morfé. Así, refiriéndose al hombre dice que "el empleo extraordinario de ciertas partes de la organización parece tener, por consecuencia, cierto debilitamiento de las otras", con lo cual él sentó uno de los grandes postulados de la Fisiología moderna.

Todos sabemos que el mundo vegetal atrajo poderosamente la atención de Goethe, de cuyos fenómenos tenía una clara percepción así como de sus relaciones recíprocas. Resultado de esto fué el escepticismo con que acogió el sistema clasificatorio de las plantas propuesto por Linneo, cuya expresión, "sistema natural", dijo, representa una contradicción en el adjetivo porque tal sistema no es natural sino fruto de la imaginación del hombre. Goethe publicó, en la misma época en que de Jussieu realizaba sus estudios clasificatorios fundamentales en París, su "Ensayo para explicar la metamorfosis de las plantas."

La idea central de la metamorfosis surgió repentinamente en su cerebro, como la teoría vertebral del cráneo. Goethe, en una carta fechada en Padua el 27 de septiembre de 1786, afirma que durante una visita a un jardín botánico, al contemplar la enorme multitud de plantas nuevas para él, concibió la idea de que "todas las formas vegetales se pueden producir de una sola". Un año después, en una carta fechada en Nápoles, anuncia estar en posesión de la clave por cuyo intermedio podía predecir no solamente las formas existentes de plantas sino también las que pueden existir, y añade que ello no es producto de la fantasía de un poeta sino una deducción rigurosa que fluye de las leyes de la necesidad. Tales leyes serían, según él, aplicables a todos los seres vivos.

Pero ¿en qué consiste el fenómeno de la metamorfosis de los vegetales? Para explicarlo debemos partir del hecho de que los más diversos órganos de la planta, tales como la hoja, el caliz, la corola, los estambres y el pistilo, no constituyen formaciones aisladas o independientes, sino que se hallan en estrecha conexión unas con otras, y esto es cierto hasta el punto de que un órgano puede ser reemplazado por otro, sea normal o anómalo. De tales hechos Goethe sacó la deducción que constituye la esencia de su doctrina y según la cual todos los órganos de la planta representan productos de la variación, de la metamorfosis de un órgano básico que es la hoja. Aunque la contribución de Goethe al conocimiento del mundo vegetal no es del todo nueva, su pensamiento es fructífero, lo suficiente para asegurarle un lugar destacado entre los investigadores profundos de la Naturaleza.

Importa ahora dilucidar en qué sentido Goethe entendía su propia afirmación: si en un sentido ideal y nebuloso, como un concepto abstracto surgido de la imaginación de un poeta, o en un sentido material, como hecho descubierto por un naturalista, es decir en el sentido bien determinado de que todos los órganos de la planta fueron una vez hojas reales. Goethe rechazó todo concepto que implique una subordinación de los fenómenos reales a leyes ideales, y refiere un hecho que pone de relieve la diferencia existente entre su punto de vista y el de Schiller en cuanto a este punto: "Le expliqué, dice, en los colores más vivos y con los rasgos más característicos la metamorfosis de las plantas, y le esbocé sobre el papel los rasgos característicos de una planta simbólica. Me escuchó atentamente y con evidente comprensión del asunto; pero, cuando yo terminé, meneó la cabeza y dijo:

"Todo esto no es el resultado de un experimento, sino una mera idea". Irritado por estas palabras, interrumpí la conversación, pues lo dicho bastó para hacerme ver con claridad meridiana hasta que punto, con qué profundidad diferían nuestros puntos de vista."

Goethe sacó la conclusión de que si la metamorfosis, considerada en un sentido real, nos lleva al convencimiento de que las distintas partes de un organismo pueden haber emanado unas de otras, tal hecho nos sugiere también la idea de que los órganos semejantes de organismos distintos y la visible afinidad existente entre estos, que es revelada por el sistema natural, nos demuestran una unidad visible e indudable del origen de los organismos.

Con la claridad que le es característica, Goethe expresa la conclusión general de las ciencias naturales en su tiempo en los siguientes versos, dedicados a Cristina Vulpius, cuya traducción más o menos fiel es la siguiente:

"Todas las formas se parecen, sin que haya dos iguales;
Así nos relata su coro conteste, de cierta ley oculta,
De cierto misterio sagrado. ¡Oh, si pudiera, querida
amiga

Dichoso cedente del mismo la clave!"

En el vasto campo de sus actividades científicas, Goethe se dedicó con singular emoción al estudio de la luz y los colores. Su teoría de los colores y la lucha que entabla contra Newton constituyen la expresión más cabal de esa rara simbiosis del artista con el científico, de la emoción con la razón, que constituye una de las características fundamentales del genio de Goethe. Porque Goethe, despojándose con resuelta mano del frío convencionalismo científico estudió la luz con interés apasionado y, justamente, la medida de su error estuvo en relación con el grado de pasión que puso en estas investigaciones. Cuando Goethe exaltaba la "pureza divina de la luz" y cuando arremetía contra Newton, que se había atrevido a demostrar la pobreza de su composición material, era más bien su efervescencia de poeta lo que llevaba al investigador a agitarse en aras de un idealismo cuyo primer impulso partía del corazón. Quiriendo proteger la luz contra el análisis de los impíos, se vió él mismo obligado a examinarla con los usuales métodos científicos de observación y experiencia. Sólo así se explica el que a este terreno del conocimiento permaneciera espiritualmente adherido

en la vejez, cuando negaba haber sido anatomista. Aunque el método que adoptó fué inconducente y la forma como empezó sus estudios sobre la luz antigoetheana en lo que de improvisado e ingenio contenía, la exposición de los hechos encontrados por él a través de experiencias ya conocidas por los especialistas, es ordenada y científica.

Newton sostiene que hay varias clases de luz que se diferencian en el órgano visual por la impresión de los colores. Tal luz produce tales colores y el blanco es una síntesis de todos ellos. El color, en consecuencia, proviene de una mezcla diversa de luz. El color pertenece a la luz y los cuerpos sólo son el medio de su aparición. El prisma de cuarzo, que descompone la luz en sus elementos, lo hace por vía de polarización al desviarla de su camino en determinado ángulo.

Goethe sostiene que la luz blanca no puede ser una síntesis de luces coloreadas; todos los colores son más oscuros que el blanco porque participan de la sombra. La mezcla directa de la luz y la sombra produce el gris; los otros colores, como el azul y el amarillo, proceden de otra calidad de mezcla de la luz con la sombra. Los elementos turbios dan a la luz algo de sombra, que caracteriza el color.

Ya en su vejez, Goethe resumió su teoría en la siguiente forma:

"Debemos considerar como locura
 ¡Oh vosotros que os contentáis con la palabra error!
 La tentativa de descomponer la unidad de la luz eterna.
 Si se sabe mezclar felizmente
 Lo claro y lo oscuro y la luz y la sombra,
 Se habrá triunfado en el dominio de los colores."

En su lucha contra Newton a favor de la "unidad de la luz eterna", Goethe es un apasionado, un poeta que apela a la ciencia para demostrar la esencia divina de la luz. Tal espíritu estaba en contraposición con el método frío y sereno, severo y calculador de Newton. Sin embargo Goethe exige, paradójicamente, que su adversario aporte experiencias que se sostengan entre sí sin abandonar el universo material; a lo que replica este que puesto que no percibimos jamás las fuerzas mismas sino sus efectos, toda explicación de la Naturaleza se ve forzada a dejar el dominio material para ocuparse de aquello que no se puede percibir directamente pero que causa el fenómeno. Justamente, lo que más repugna a Goethe es

franquear los umbrales de lo material para entrar al reino de los conceptos puros, y de este modo hay un momento en el que el poeta exige el aporte de los hechos y el físico reclama el libre juego de las ideas. Extraña y aparente paradoja. Que la perfección resulta de la armonía de las ideas con los hechos, lo sabe Goethe mejor que ningún hombre.

CREACION ARTISTICA Y PRODUCCION CIENTIFICA, SUS ORIGENES

La naturaleza del fenómeno Goethe es lo que ahora nos interesa dilucidar. Tal fenómeno se constituye, como vosotros sabéis, por la síntesis más armoniosa del espíritu científico y la inspiración poética. En efecto, cuando se observa detenidamente la vida espiritual de Goethe, se advierte un paralelismo casi perfecto entre las dos actividades primordiales de ella: la creación artística y la producción científica. A la corriente lírica, que en Goethe alcanza la más alta cima de graduación y elasticidad, hasta el punto de que la literatura mundial no ofrece otro ejemplo que pudiera igualársele, sólo otro impulso, nacido de él mismo, tiene igual duración e intensidad: el anhelo de estudiar la Naturaleza para abarcarla en un solo concepto. Tales son las dos corrientes en que se liquida su existencia espiritual, dándole en su renovada conjunción una unidad maravillosa. Porque ambas tienen un mismo y simultáneo origen, igual fuerza e idéntico destino, surge de ellas el personaje de la más encumbrada espiritualidad que jamás viera el mundo. En su trayectoria los accidentes son los mismos: A veces la corriente lírica ha sufrido interrupciones comparables al cansancio del cuerpo o se agota bajo la sordidez de la vida, pero de repente una explosión del sentimiento abre nuevas fuentes desde otra profundidad y la palabra poética vuelve ¡oh milagro! con nueva y desconocida melodía. En realidad, no hay interrupción sino cambio metamórfico, hay fermentación y fuego que funde poesía nueva, comunicándola belleza nueva, pero es siempre la misma poesía, la de matices órficos, como lo explica su propio decir: "Y así, queridos, me divido y continúo siendo el mismo." Y estas vicisitudes que en lo lírico engendran sin cesar nuevas formas, en lo científico le dan fecundo cambio de un objeto a otro, de una a otra curiosidad investigadora, de uno a otro descubrimiento, de la Anatomía a la Botánica y de la Geología a la Física. Es el mismo espíritu que

crea sin cesar nuevas formas de estética el que busca relaciones nuevas entre los fenómenos naturales. Grandiosos son los momentos en que estas dos manifestaciones de su vida, Goethe poeta y Goethe investigador, se compenetran y en que la personalidad es expresión simultánea de la sabiduría y del sentimiento, porque al contacto de esos mundos surgen esas poesías que destilan arte y ciencia al mismo tiempo.

Sin embargo, ese contacto no se establece muy fácilmente. En el alma de Goethe se libra un debate entre las dos pasiones, que conduce a veces a resultados imprevistos. Durante su permanencia en Italia se dirige una mañana a los jardines de Palermo "con la intención, dice, de proseguir sus divagaciones poéticas. Pero apenas tuve tiempo de hacer jufl cuando ya se apoderaba de mí otro fantasma que desde hacía días me perseguía". Y el poeta, a la vista del exuberante mundo vegetal del Mediterráneo, se transforma en investigador.

Añade: "Mis buenas intenciones poéticas han volado; el jardín de Alcinoe ha desaparecido; es el jardín del mundo el que se abre." Así es como, paradójicamente, Italia ejerce poca influencia en el poeta y, en cambio, fortalece al investigador. Es de sus jornadas italianas de donde parten sus fundamentales conceptos de Anatomía y Botánica y en ellas encuentra esa libertad que tanto fructifica en el alma del investigador. Lenta y sucesivamente el anhelo de conocimiento se levanta con una fuerza que no puede sujetar y que al fin se apodera de él ocupando toda hora despierta. "Las plantas, dice, se agitan de nuevo en mi espíritu hasta el punto de no dejarme un minuto de reposo... Todo se impone a mí sin que yo reflexione en ello, todo sale a mi encuentro y el reino inmenso de las plantas se simplifica naturalmente en mi espíritu.

Si pudiese encontrar en esta vida tan breve el tiempo preciso, tendría la audacia de acometer sin temor todos los reinos de la Naturaleza, todo su reino".

En Roma se da cuenta del resultado en arte de sus estudios de naturalista, tanto por los conocimientos obtenidos como por los métodos de examen y observación a que le han conducido. Ayudado por sus conocimientos anatómicos aprende a dibujar el cuerpo humano y después se entrega al modelado. Como cualquier hombre de laboratorio, sugiere que hay que ver, mirar y observar y añade que es prudente desconfiar de la primera impresión, que es una "mezcla de error y de verdad".

Lo que nos interesa especialmente es considerar la esencia del fenómeno Goethe, es decir de esa suprema conjunción del espíritu científico con la inspiración artística, de esa simultaneidad de la ciencia y el arte obedeciendo al mismo impulso. Porque la existencia de un cerebro que trabaja con la misma perfección en dos actividades distintas y a menudo opuestas, es un hecho tan excepcional que la historia del mundo no nos ofrece con la misma elevación otro caso que el de Goethe. Platón fué filósofo, Shakespeare poeta y Pasteur biólogo; Francisco fué santo, Beethoven músico y Alejandro conquistador, y a pesar de la elevada calidad de estos hombres en ninguno de ellos se produce el doble y simultáneo anhelo ni da frutos tan grandiosamente iguales. Aunque luce con brillo propio la originalidad de esos hombres, en ninguno alcanza lo universal la altura a que llega en la obra de Goethe. Sabido es que en las altas cimas no flamea la unilateralidad, aquello que llamamos ahora "especialización", pues toda inteligencia superior tiende a un desbordamiento, o sea a invadir las actividades con sentido universal.

El fenómeno Goethe constituye la expresión más acabada de la época en que vivió y del pueblo que lo produjo, en el cual el ejercicio simultáneo de la ciencia y el arte ha logrado las cumbres más altas. Tal fenómeno no es un producto vano del azar ni un hecho meramente individual: es expresión colectiva y, considerado así, Goethe adquiere una significación y valor universales. Porque Goethe es el mismo fenómeno de esencia colectiva que lo fueron Aristóteles y Kant, César y Atila.

Para descifrar el fenómeno Goethe tenemos que partir de los factores que han intervenido en su producción. Unos son sociales y colectivos y de ellos ya nos hemos ocupado, y los otros individuales y subjetivos. Vamos ahora a discutir estos últimos.

Si en cada hombre reside el deseo de armonía, que ya en el primitivo se exterioriza en las figuras geométricas de sus adornos, en Goethe este sentimiento estaba hipertrofiado hasta la exaltación. Es el ideal, muchas veces vago, que nos induce a buscar la armonía en las cosas que nos rodean. Si en el arte la esencia es armonía, en la obra científica también lo es, y esto es tan cierto hasta el punto de que en la descripción y catalogación, en la creación de un sistema, como en la obra Linneo y Mendelejev, que tienden a reunir, fundándose en

cientos caracteres comunes, objetos que hasta entonces se encontraban dispersos, el anhelo de armonía lo es todo. Conocer un sistema científico procura tanto goce como oír una melodía (afirmación que no la hago ex cátedra), y el goce es mucho mayor si uno mismo crea el sistema, es decir la armonía. Vemos, pues, que entre los factores subjetivos del fenómeno Goethe se encuentran causas de significación profundamente humana. Goethe, en efecto, buscaba la armonía con paciencia instintiva, valiéndose para realizarla a la vez del sentimiento y de la razón, de lo que son elocuentes pruebas esas poesías que contienen las conclusiones a que había llegado el investigador. La explicación del fenómeno Goethe se torna más sencilla si se tiene en cuenta que él mismo, como hombre, poeta e investigador, no era más que una proyección de la armonía universal que nos envuelve a todos, pero que él percibía mejor que ningún hombre, intuyéndola, gracias a la exquisita sensibilidad de que se hallaba dotado. Porque él se dió temprana cuenta de que toda armonía se encuentra en la Naturaleza, de la que el hombre como el protozoo forman parte igual, abrió desmesuradamente sus ojos al espectáculo inédito. Luego no pudo ya concebir la posibilidad de crear a espaldas de la Naturaleza, de donde tomaba la armonía para para proyectarla a sus versos.

Vemos, pues, que entre los aspectos subjetivos de la obra de Goethe, como de cualquier investigador, se encuentran el deseo de armonía y el goce de establecer el hecho o la ley científica. A este goce se antepone, especialmente cuando la labor científica es muy activa, el placer del dinamismo, por el juego de energías emocionales e intelectuales que pone al investigador en movimiento durante el trabajo científico. En tal sentido la investigación científica es un deporte o, también, un diálogo muy animado entre el investigador y la Naturaleza.

El placer del dinamismo llena la vida de Goethe, como en Mozart o en Humboldt, para citar solo dos arquetipos de la bifurcación en cuyo punto de partida está Goethe. En este, como en aquellos, la vida está integrada por el anhelo de crear. Vida es para él la posibilidad de acción en el sentido de la creación. Goethe produce desde la edad de ocho años, en que la mano inexperta de un niño traza el primer poema en una felicitación de cumpleaños a sus abuelos, hasta el último poema que lo escribe la mano de un anciano a cien horas de distancia de la muerte. Es así como, sea cualquiera el

grado de talento que posea un hombre, sea genial o corriente, está siempre sometido a la fórmula de la creación artística o científica, que no es inspiración o trabajo, sino inspiración más trabajo y exaltación más paciencia. En Goethe, como en Mozart y como en todo genio, el trabajo creador se realiza ante la presencia constante de la idea de la muerte que, paradójicamente, es estimulado por ella como si el artista, esperando siempre el advenimiento ineluctable de su fin y consciente de la base que le ha sido dada "totalmente hecha", no viera en su trabajo creador otra cosa que la razón única de su existencia.

Puede el hombre corriente realizar un trabajo creador, incluso con entusiasmo; pero la diferencia radica en que su mirada no sobrepasa el presente; puede cualquier hombre ser muy activo e incluso extraordinariamente activo, sin que piense siquiera ni proyecte darle a su obra viso alguno de perennidad; puede este dar incidentalmente con un filón de inmortalidad, sin que apenas repare en ello; porque para un hombre cualquiera lo que más importa es el bienestar en el presente inmediato, o sea en los términos de la existencia personal.

Goethe, como todos los creadores, tiene un impulso que se origina en fuentes perennes, esto es en el inconfesado anhelo de darle a su obra los rasgos inmortales que él ansia para sí, porque para Goethe el deleite en la actividad creadora no es todo: es más el instinto de perpetuidad, que es el alma de sus sueños, de sus teorías y descubrimientos y de cada uno de sus versos.

Si el anhelo de belleza no es distinto del ideal de verdad, ¿podríamos decir lo mismo de la dinámica y psicología de estas dos formas de producción?

Los hechos científicos, las teorías e hipótesis, como los personajes literarios, que en apariencia surgen de la mente del autor, adquieren, en el curso de su desarrollo inmanente, una propia individualidad y una vida propia. Diré más: adquieren una perennidad mayor que la de su autor, ya que el hombre es mortal y el personaje eterno. La psicología y dinámica de la creación dramática ha sido brillantemente expresada por Pirandello, quien en su notable obra * pone en boca de uno de los personajes las palabras siguientes: "Cuando los personajes están vivos, vivos realmente ante su autor, este no hace otra cosa que seguirlos en la acción, en las palabras, en los gestos que ellos le proponen; y él no tiene otro

* "Seis personajes en busca de su autor,"

remedio que admitirlos tales como ellos se muestran y jay de él si no lo hace! Cuando un personaje ha nacido vivo, adquiere subitamente tal independencia, aún de su mismo autor, que puede ser imaginado por los demás aún en otras muchas situaciones de aquellas en que el autor pensó en colocarlo, y adquirir también por sí propio un significado que el autor ni siquiera soñó en darle". Upton Sinclair desarrolló la misma idea en los siguientes términos: "No puedo decir cuando esta serie va a terminar (se refiere a sus novelas de post guerra) porque no sé exactamente lo que los personajes harán. Ellos llevan una vida semi independiente; son para mí más reales que cualquiera otra gente que yo conozca. . . He llegado a conocer a los personajes tan íntimamente que necesito solo preguntarles a ellos qué van hacer en ciertas circunstancias dadas, e inmediatamente comienzan ellos a jugar sus papeles. . . Yo selecciono lo que me parece que es más revelador con respecto a ellos y al mundo en que se mueven".

Nuestro pensamiento no sería suficientemente explicado si no añadiera que los hechos descubiertos por la experimentación científica, las teorías e hipótesis, se comportan exactamente como los personajes de Pirandello y Sinclair. Las relaciones existentes entre los hechos y teorías científicas y el investigador son, en efecto, las mismas que se establecen entre los personajes del drama y su autor, y esto es cierto hasta el punto de que no me es posible encontrar palabras más apropiadas que las de Pirandello para explicar la psicología y dinámica de la creación científica. Y así como el autor dramático no puede hacer otra cosa que respetar la fantástica realidad de los personajes creados por él, el hombre de ciencia deberá en adelante admitir sus propias creaciones, que si nacen vivas se independizan inmediatamente de él. Los hechos experimentales, como los personajes dramáticos, inician desde su nacimiento un diálogo muy animado ante el cual su creador, el investigador, asume el papel de espectador. Y el éxito de este dependerá en adelante de su aptitud para seguir alerta el desenvolvimiento del drama que los hechos y teorías creados por él representan por su propia cuenta en el silencioso escenario del laboratorio.

Las profundas relaciones existentes entre el mecanismo de la creación científica y de la creación dramática, cuya singularidad ha sido evidenciada, nos prueban que tales formas de la actividad creadora no son tan distintas como general-

mente se cree. Al contrario, existe entre ellas una analogía evidente. Por esto, quien quiera hacer obra literaria perdurable deberá acudir a las fuentes donde brota la vida y observar aquí, empleando métodos semejantes a los científicos, la veracidad que de ello resulta es la base de la obra literaria que así, sobrepasando los límites puramente estéticos, se convierte en documento de lo real. Esto es lo que caracteriza a la obra de Shakespeare o de Goethe, cuyo Hamlet o Fausto son arquetipos de realismo terrenal y humano. No hay, pues, nada de excepcional en esa simultaneidad artística y científica de Goethe porque —nos place insistir en ello— no son actividades creadoras que se excluyen sino que se complementan. Y así como la obra literaria no puede prescindir de la veracidad, que es el motivo de la obra científica, así ésta no puede olvidar la forma. Ha sido un concepto desfigurado el que nos llevó a ver, en estos tiempos de cultura unilateral, cosas distintas en estas dos modalidades de la actividad superior del hombre; pero Goethe, que tuvo la capacidad de emocionarse por igual con su aspiración de verdad y de belleza nos prueba que entre ellas no hay desemejanza, sino continuidad y armonía.

Porque Goethe estuvo dotado de un talento que habría de llevarle a la universalidad por los caminos suaves de la inclinación natural. El se daba cuenta de esto así como de las dificultades que semejante disposición le acarrearía. Hablando como monólogo, intercala las siguientes palabras que hacen clara luz en cuanto a este punto: "El público . . . exige que cada uno se quede dentro de los límites de su especialidad, y tal pretensión tiene sus buenas razones, pues quien aspira a lo sublime, que es infinito en todos los sentidos, no ha de ensayarlo de muchas maneras, tal cual lo pueden hacer Dios y la Naturaleza. Por eso no se quiere que un talento que se distinguió en cierto campo y cuyo método o estilo es aprobado y estimado por todos, se aleje de su esfera o pase tal vez a otra apartada. Si uno lo osa, nadie se lo agradece; es mas, no se le elogia mayormente, aún cuando se desempeñe con acierto.

Pero sucede que el hombre activo tiene la sensación de existir para sí mismo y no para el público, y no quiere cansarse ni desgastarse por tal o cual labor monótona, sino que procura recrearse de diversas maneras. Además, todo talento enérgico es universal, mira por todas partes y actúa, ya en un lugar, ya en otro, según su antojo."

Son los mismos ojos que en la adolescencia veían la torre inconclusa de la catedral de Estrasburgo y los que más tarde, en los jardines de Palermo, descubrieron la transición de las hojas a los pétalos y de los pétalos a los estambres, los que tomaron de la vida real las escenas y personajes de Fausto, la obra de su existencia. "Su proceso de investigación * sigue el mismo ciclo en la ciencia que en la composición literaria o en la acción: el ojo percibe la circunstancia, el genio establece las generalidades, el individuo resuelve". Sea en poesía o en el conocimiento, el método que aplica Goethe es siempre el mismo: de la observación pasa a la ley por inducción. Y el impulso subterráneo que le sostiene en este trabajo es tan fuerte que una vez, en el declinar de su existencia, exclama: "pues con estos fenómenos me ocurría lo que con los poemas: yo no los hacía, eran ellos los que me hacían a mí". Era una, una sola el alma que animaba a Goethe y no dones distintos. Si en ciencias pasa de la observación a la teoría, en las letras va de la observación a los símbolos, siempre adherido a una actitud de interrogación y estudio. Nunca pide a la Naturaleza que le de la razón inmediatamente, porque no busca la finalidad de las cosas y no averigua el "por qué"; se contenta, de acuerdo con su temperamento investigador, con la aspiración de saber el "cómo". "En mis observaciones y experiencias, dice, he obedecido más bien a sus propias sollicitaciones, feliz de que quiera testimoniar la complacencia de confirmar mi opinión llegado el caso. Cuando no lo hacía así, me conducía a otro punto de vista".

Al mismo tiempo, Goethe se pone en guardia contra la desconfianza que podrían suscitar las experiencias científicas de un poeta. Pone tal rigor, tal prudencia en ellas que ningún adversario ha puesto nunca en duda la validez de sus métodos. En esto aventaja incluso a muchos sabios profesionales.

En uno de sus escritos contra Newton, dice: "El genio tiende por su naturaleza a dominar los asuntos, a apropiárselos. . . Sólo difícilmente se decide, y a menudo demorando tarde, a conceder a las cosas su verdadero valor, y si gracias a su fuerza creadora llega a dar a luz un pequeño universo, lo más frecuente es que lo haga perjudicando al

* Ludwig, E. Goethe, "Historia de un Hombre".

grande, porque prefiere reunir pocas experiencias en una relación que le complazca, que ordenar un gran número para descubrir posiblemente por último su relación natural".

Es así como este armonizador desmesurado, gracias a su alejamiento de todo sistema y a su espontaneidad de autodidacta, gana una fuerza y elasticidad de espíritu que constituyen la clave de su genio. Y con su obra, elaborada con las presencias vivificadoras de la libertad, alcanza para sí la inmortalidad en el grado más alto de lo clásico.

A N T O N I O

S A N T I A N A

TIEMPO

Para la Revista "América"

Me enfrento a ti, oh vida sin espigas,
Desde la casa de mi soledad.
Detrás de mí anclado está aquel tiempo
En que tuve pasión y libertad,
Garganta libre al amoroso grito,
Y casta desnudez, y claridad.

Era una flor, oh vida, y en mí estaba
Arrulladora, la eternidad.

Sombras ahora, sombras sobre el tallo,
Y no sentir ya más
En la cegada clave de los pétalos
Aquel ardor de alba, miel y sal.

Criatura perdida
En la maleza de la antigua mies.
Inútil es buscar lo que fué un día
Lava de oro y furia de clavel.
En el nuevo nacer, frente inclinada;
Sumiso, el que era antes ágil pie;
Ya el pecho con escudo; ya pequeña
La custodiada sombra del laurel.

¿Quién viene ahora entre la espesa escarcha?
Duele la fría rosa de la faz
Y ya no tienen los secretos ciervos
Para su dura sed, el manantial.

Angel del aire que has velado el rostro:
Crece tu niebla sobre mi pleamar.

Montevideo, Uruguay

JUANA DE IBARBOUROU

MEMORIA

Para la Revista "América"

Abre el oscuro pecho su agonía
mas ni el eco le puebla su desierto.
Desde el ayer. . . todo mi ayer tenía
la fresca plenitud del sueño abierto,
el canto nuevo que recién nacía,
la sed insueña del amor despierto,
Y una certeza azul de bienandanza
limpia y erguida como la esperanza.

La antigua fe, la fe que no perdura,
la fe que fulguraba en cada cosa,
a ratos resplandor de quemadura,
relempagueante, firme victoriosa,
a ratos cautivante en la dulzura,
vuelta: caricia, beso, cielo, rosa,
quedó entre nubes de melancolía
algún cercano y ya olvidado día.

Alcé mi torre en una sola mano,
agria de orgullo, de valor, eterna.
Miré la vida como suelo llano,
fácil de caminar a quien se interna
por él llevando el corazón liviano
y una vara de amor florida y tierna.
¡Confiable criatura del presente,
leve y fugaz, igual y diferente!

La muralla del tiempo me dolía.
Evadida de mí, busqué la hora
deslumbrada en la propia profecía,
con un raro recuerdo de otra aurora
transparente y extraña a la elegía,
nacida sin saber por qué se llora.
Que lo supe después: que no hay camino;
y no vuelve el ayer; y no hay destino.

La palabra secreta que me daba
 mi mundo melancólico y huracán
 —sólo su nombre que mi nombre alaba—
 era todo mi júbilo y mi daño;
 que el amor en mi pecho demoraba
 el dardo más agudo y más extraño:
 ése que me ha reabierto en la ternura
 la heroica soledad de mi aventura.

Y hacia él me echo a andar con pies de sueño
 —yo la enraizada, yo la prisionera—
 ganándome en la selva del ensueño
 la verdecida rama verdadera,
 gajo de realidad de que me adueño
 tal como si posible el cielo fuera,
 abierto, puro, exacto y perdurable
 y no engañosa dimensión mudable.

Tuvo mi nombre acaso su esperanza,
 no sé en qué isla inexistente y pura.
 Y fué acaso mi nombre una mudanza
 para su densa soledad madura.

De miel y canto se forjó mi danza,
 de miel y canto ardidos de premura.
 Transparente y ajena soy ahora,
 ya sin la miel y el canto de la aurora.

Para su tiempo grave fuí la vida
 de savia renovada y flor abierta,
 la torre del anhelo, restituída,
 y la sonrisa antigua que despierta
 toda la claridad adormecida
 para su despojada hora desierta.
 Para su tiempo grave fuí un violento
 y nuevo resplandor de advenimiento.

Una luna de menguante sólo fuera
 mi adolescente luna sin camino

rosal de plata que se abrió hacia afuera
de esta sangre nocturna en que adivino
la dócil mansedumbre verdadera
que en signo de naufragios todo vino,
y un halo irreal me vuelve real la herida
mientras un cielo real me vuelve irreal la vida.

Montevideo, 1950.

D O R A

I S E L L A

R U S S E L L

AQUEL DIEZ DE AGOSTO

SOBRE JUANA DE IBARBOUROU

Aquel 10 de Agosto de 1929 pertenece todavía a nuestro tiempo, y ya es leyenda. Veintiún años no configuran un pretérito remotísimo, y sin embargo, pensamos en la fiesta de ese día y casi palpamos su aureola irreal. Porque lo inusitado de aquel acto magno parece retratraernos a las grandes fiestas antiguas, a la coronación de Goethe en Weimar, por ejemplo, o, más lejos, en el s. V. A. C., a la de Corina en Tebas; y por fuerza nace siendo historia fabulosa un fasto de tal naturaleza en pleno siglo XX.

Un sol de invierno doraba, hacia la media tarde, las anchas torres esculpidas del Palacio Legislativo de Montevideo, refulgía en las astas de las banderas, se espejaba en los cascos y las corazas de la Guardia Republicana, se refractaba en el aire con resplandor de triunfo, como si la luz fuese también una adhesión más al júbilo continental. Montevideo vivió un día de esplendor y de embriaguez; flameaban las banderas americanas; la multitud colmaba el austero Salón de los Pasos Perdidos, donde iban congregándose, enfervorizadas y anhelosas, más de diez mil almas olvidadas de que en la vida cotidiana las dividían credos sociales, religiosos o políticos, y que sólo sabían que estaban unidas ante el prodigio vivo de una sola mujer.

Un núcleo de jóvenes uruguayos, ardientes de lirismo, generosidad y justicia, levantaron un ideal como trofeo, y su voz tuvo eco en todos los rincones del suelo americano. Desde todos ellos respondieron los altos nombres, las cabezas señeras, y el consenso fué unánime: aquella Juana de Ibarbourou que asombrara a la hispanidad, con los versos inigualados de "Las Lenguas de Diamante", apenas diez años atrás, adolescente casi, iba a ser, porque así lo quería el continente, su musa epónica, su "Juana de América".

A la distancia de dos décadas, cumplamos también un acto de justicia: señalando que, muchos años antes, ya la llamaba así José Santos Chocano, quien, pocos días después de este homenaje, reivindicaba para sí la prioridad de haberla signado con el título de su soberanía lírica.

Iban volviéndose sonoros los mármoles suntuosos, las altas columnas, las estatuas del Palacio; todo él cobraba vibración y latido, porque albergaba como un vaso gigantesco la emoción indescriptible de una muchedumbre que se apretujaba en la nave central, se encaramaba en terribles improvisadas desbordadas escalinatas.

Y llegó Juana, menuda, blanca, bella de belleza y de juventud, talento y gracia; con su vestido de encaje albo que la hacía más frágil, y su pequeño casco dorado que la hacía más fuerte, acaso porque obligaba a pensar en Minerva, que sin duda siempre la llevó de la mano.

Las altas autoridades del país y los representantes diplomáticos de las veinte repúblicas americanas daban al acto la solemnidad de sus investiduras; y la suave muchacha que tomaba el nombre de un continente como suyo, parecía buscar amparo junto a la figura venerable de Juan Zorrilla de San Martín, patriarca.

Y hablaron de su obra y de su vida los entonces adolescentes Carlos Alberto Clulow, Luis Alberto Culla, José Pedro Hebuy-Velazco, Roberto Ibáñez, el gran poeta de hoy, quien le entregó el anillo simbólico de sus nupcias continentales. "Este es el signo visible de sus desposorios con América", díjole don Juan Zorrilla de San Martín al colocarlo en su mano pequeña, que temblaba un poco. Y habló de su obra Alfonso Reyes, el mexicano ilustre, Embajador por ese entonces de su país en la Argentina, y que viniera desde Buenos Aires a presidir el acto; y dijo cosas muy hermosas y muy definitivas sobre aquella muchacha tierna e inmensa, resumiendo en sus palabras todo el sentir americano. Señaló que "una cosa leve y terrible —una mujer— se había adueñado de las palabras", para añadir después:

"Y Juana en el Norte, Juana en el Sur, en el Este y en el Oeste: por todas partes fueron cayendo las palabras. Juana donde se dice poesía, y Juana donde se dice mujer. Juana en todo sitio de América donde hacía falta un aliento. Juana en las fiestas de la razón y en el luto de los corazones. ¡Oh invasión! ¡Oh Evangelio! ¿Y eras tú, dí, aquella pequeña gracia escondida, y saliste a hacer

"temblar a todos? Alta función de la poetisa porque nos estimula mucho más que cien hombres. En estos pueblos de anhelo y brega, en estos pueblos nuestros sedientos ¡qué mejor piedad, ni qué misericordia más plena!"

Exactas y fieles palabras las de Alfonso Reyes, a las que siguió la ofrenda lírica de esa fina mujer que es Socorrito Morales de Villegas, quien cantara con su voz pura varios poemas de Juana musicados por ella.

Cuando por fin la orquesta y los coros de la Coral Palestrina dirigidos por el Maestro Vicente Ascone entonaron el himno dedicado a Juana, con música de aquel y letra del poeta Elbio Frunell Alzarbar, desde distintos ángulos del gran recinto se fué incorporando la voz de aquella masa humana, que seguía el ritmo, deseosa de darse, de volcar en la música la contenida emoción que ese día le mantuvo el alma en vilo.

Y hermosas y claras como suyas fueron las palabras con que contestó a todo esto, clausurando aquellas velada memorable, la recién ungida museida americana:

"Nacemos con la esperanza de un día. A veces es una esperanza secreta para nosotros mismos, que no nos atrevemos a mirarla cara a cara, ni siquiera en el ensueño." Así lo confesó Juana. Y dijo luego: "...yo no esperaré nunca, no alenté, no busqué, no pedí a los dioses esta hora de premio máximo, que viene ella a la vida por la voluntad fraterna de un grupo de poetas y de amigos, que no han querido que me vaya de la juventud, sin saber lo que es la generosidad del afecto desinteresado y puro, que hace nacer impulsos de esta índole; no han querido que la tiniebla descendiera sobre mí, sin que se pose una vez siquiera sobre mis manos, el reflejo de la claridad que forman las aureolas."

¡Si parecería que estuviera pidiendo perdones por su gloria!

Para hablar, debió sentarse sobre un piano, a fin de que todos la vieran y la oyeran mejor; y bajo sus pies surgió de repente una fragante y mullida alfombra de violetas frescas.

Tocaba a su fin la apoteosis del 10 de Agosto de 1929. Volvería a su casa, una casa que sus devotos llenaran de flores, como en una locura, desde la puerta de entrada hasta la terraza ya signada con la indestructible guirnalda de su inmortalidad en plena juventud.

Debió partir a la escapada, pues alrededor de la gran entrada del Palacio Legislativo, formaban filas compactas e

imponentes todos los estudiantes de Montevideo; y, en el interior, los asistentes aguardaban, empecinados y delirantes, la posibilidad de verla de más cerca, de tocarla, si era posible. Y salió con su vestido de encaje albo y su casco dorado que recordaba a Minerva llevando entre los brazos los restos de un inmenso mazo de violetas que le fueran saqueando en la salida, flanqueada por cuatro coraceros de la Guardia Republicana. Ya llegaba al auto, cuando uno de ellos, cohibido, le dijo: "Señora, ¿no quería repartir entre nosotros esas violetas que le quedan?" Y Juana, con una sonrisa que adivino, hizo cuatro ramilletes y los distribuyó entre aquellos soldados que la escoltaban. Y he aquí la anécdota conmovedora: Muchos años después, un hombre vestido de civil llamaba a la puerta de su casa. "Dice que es uno de los coraceros que la acompañaron, al salir del Palacio Legislativo", le anuncian a Juana. Y ésta lo recibe; iba a casarse, y quería que unas líneas de la poeta ilustre dieran autenticidad al regalo de bodas que destinaba a su novia: encerradas en un cofrecito de cristal, estaban las violetas secas del 10 de Agosto de 1929! No alcanzó a expresar bien, no puedo decir qué turbación y qué estremecimiento me produce siempre este relato. ¡Pero, dondequiera esté, estrecho con emoción la mano desconocida de aquel humilde hombre de alma sensible y diáfana.

Desde entonces y por siempre sería "Juana de América", la elegida, la despreocupada de su grandeza, la que confesaba ser "La misma muchacha salvaje" de antes, la rica de dones secretos, la que siempre ha entretendido vida y sueño alzado desde ellos la urdimbre mágica de una invisible escala de Jacob que la aproximó hasta la estrella inabordable. "Juana de América": tal fué el grave lauro ceñido a las sienes livianas aunque poderosas; tal, la pesada corona que su ágil juventud recibió casi sin abarcar la responsabilidad inmensa, y a la que también casi sin saberlo, ha respondido con una fervorosa sumisión de toda su vida, con la fidelidad de su destino a lo que era Destino. Afirmaría sin equivocarme, que entre la muchedumbre densa que la envolvía en su admiración y su homenaje, aquel 10 de Agosto de 1929, no hubo un ser más conmovido y asombrado que ella misma. "Juana de América", la asombrada de su gloria, sí, porque nadie puede imaginar hasta qué punto están divorciadas en Juana la grandeza de su obra y la conciencia de esta grandeza; no quiere ello decir que sea inconsciente de los valores de su creación, sino, mejor, que se siente responsable por ella, y se ha salvado

de las fáciles auto-concesiones, y ha sabido desoir la canción de sirena del halago, ignorar los inciensos de la pleitesía, evitar con recato la superioridad, la petulancia, la complacencia y la apostura solemne. Andaba evitando decirlo, porque la palabra "modestia", puede resultar inmodesta o blanda. Pero ella se vino sola, reclamando lo que de definitorio y definitivo equivale aplicada a Juana. Modalidad singular, en una mujer que ha recibido los mayores testimonios del entusiasmo, de la pasión de sus lectores, y hasta del homenaje implícito en el gesto adusto de los inevitables y ocasionales detractores, resentidos minúsculos casi siempre.

"Juana: éste es su anillo de esponsales con América", habíala dicho Don Juan Zorrilla de San Martín. Así fué. Y era así. Y no por la alusión localista o la referencia geográfica que pudiere haber en su verso, sino por ese acento humano y universal que es el único capaz de enseñorearse de todas las sensibilidades. Estoy segura de que en cualquier rincón del planeta donde se hable la lengua española, no faltará un hombre que refresque sus sienes fatigadas en la linfa clara de su poesía eterna, ni una muchacha enamorada que no repita sus poemas; porque Juana "seguirá viviendo en sus poemas" dentro de cada vida joven, y la que deja su verso "como una luz prendida en la ventana".

Luz acrecida y poderosa que desde hace treinta años arroja sobre el cielo lírico de Hispanoamérica un resplandor sin decaimiento.

D O R A

I S E L L A

R U S S E L L

POEMAS DE FLOR DE TE

DESEO

Vamos al campo, amado; y si han cuajado en mieles
dejemos las ciudades. los dorados panales
Son más dulces y buenos que tienen las abejas
los amores campestres; en mitad de los surcos,
la vida más sencilla,
más unida, más pura
y entre ciervos y gamos
los paisajes agrestes.

Moremos en la aldea.
Levémonos temprano,
sorprendamos la aurora
y el olor del azahar.
Ornémonos de pámpanos
y esidos de las manos
que llegue a nuestras puertas
el pan tierno y la sal.

Veamos si han florecido
los granados, las vides.
Higueras y nogales,
toda suerte de frutos

Contemplemos las lunas
nuevas y fecundantes
que platean los retoños
de olivos y naranjos.
Desnudemos los pies
y buscando el arroyo,
sepamos del tomillo
que crece en los barrancos.

Y bebamos la sidra
tierna de los manzanos,
contemos las monedas
de plata, de los cielos
y echemos nuestros cuerpos
rendidos de cansancio,
sobre paja aromada
—mandrágora y canela—.

RUEGO

Madre, no me llames,
a seguir bordando.
Déjame en la reja
cuajada de luna,
pues está la noche
sembrada de estrellas
y la brisa fresca,
juguetona y pura.

Madre, no me llames,
bordaré mañana,
que ahora la reja
parece un telar,
donde están mis ansias
bordando ilusiones
blancas cual la espuma
serena, del mar.

Madre, no me llames,
déjame que aspire
la brisa, el perfume,
déjame soñar,
que siento que mi alma
rebosa ternura
y llena mi pecho
un dulce cantar.

Madre, no me llames,
que las tiernas notas
de un violín lejano
me hacen suspirar.
Pincharé mis dedos,
mancharé el bordado
y mañana tengo
tiempo de acabar.

TIEMPO

Tardes bellas, en que me adorabas
frente al rojo horizonte, incendiado
y salían de tu boca, palabras,
con el alma asomada a los labios.

“Deja, amada, el quehacer cotidiano,
abandona zurcido y macetas,
ponte el traje de corte campana,
vámonos a rondar la floresta.

Ponte polvos, carmín y un lacito
amarrado al costado, en el pelo,
los aretes y ese collarcito,
que te adorne el marfil de tu cuello.

Cenaremos afuera, e iremos
a pasear a la orilla del río.
Ya verás como es pura y es fresca,
la caricia del aire, en la vía.

Tomaremos landó descubierto
y ya oirás que bonato que suena,
el golpear de los cascos, la piedra,
mientras brinda, su luz luna llena.

Y ahora nada me dices, te quedas,
engolfado en lecturas pesadas
y mas bien me aconsejas que zurza,
hasta horas ya muy avanzadas.

Pero yo siempre tengo a la mano
el vestido de corte campana,
los aretes, carmines y el lazo,
por si acaso, vuelvas a invitarme.

LA DANZA

Yo no quería al Sultán y él tomaba venganza.
Me mandó desnudar ante el trono de púrpura;
solo cubría mi vientre la ilusión de una gasa,
mi garganta, un collar, de ricas esmeraldas,
ajoncos en mis brazos, muñecas y tobillos
y mi frente, una santa, de rubíes escarlatas.

Seis alfanjes de plata reclamaban mi cuello
y yo, cual una estatua, esperaba su golpe,
fría, impasible y muda, resistía el destello
de las rudas miradas, de aquellos seis verdugos.

Yo no pedía clemencia al Sultán lujurioso
ni me aquejaba el miedo en su augusta presencia,
ni me importaba ver la fuente de mi sangre,
correr bajo las rubias sandalias de sus plantas.

—Señálame un lugar, para mí, en tus prisiones,
pónme frente al leopardo o al tigre de Bengala,
nunca podré yo amarte, gran Sultán imperioso
pues ya ves que serena he esperado la muerte.

“Baila, criatura fría, soberbia y arrogante,
nadie, jamás, ha osado contrariar mis deseos,
baila, como tú lo haces y sabré perdonarte,
enviándote muy lejos, a mis grandes desiertos.

Y al ver que enmudecida no obedecía su gracia,
mandó traer los grandes braseros de su cámara
e hizo los volcar sobre mis pies desnudos
que pisaban, rebeldes, la blanca escalinata.

Cual palmera de Egipto, que engalana los oasis
descendí lentamente, e hice la reverencia
y para no quemarme en las ardientes brasas,
ejecuté la danza seductora y perfecta.



F L O R D E T E

I N M E M O R I A M

(CINCO DE AGOSTO DE 1949)

Por ese paisaje,
otrora vagaban, inquietas, furtivas,
ambiguas imágenes.

En ese paisaje
de luces sin sombras,
fantasmas y seres colmaron el ciclo
factuoso del sueño.

En ese paisaje
de paz exultante,
clamores de vida pedían de antaño
emociones claras,
ingenua sabiduría campesina,
sentido de ancestro,
el llamado insistente del misterio, entre los muros
de piedra castellana, sin argamasa ni estucos...
...himnos de la raza,
epopeyas y fracasos de la historia...!

Oh! clavicondios coloniales,
con teclados de granito y de leyenda....
Oh! troncos vetustos
arropados de cansancio y confianza....
Oh! viejos rincones,
cunas y lechos de la especie....
Oh! jorobas musgosas de los tejados,
símbolo de estúpeos recias y extinguidas....

En ese paisaje
se consumieron mis días, en la hoguera
inspiradora de algún destino unánime:
fui allí acción, virtualidad, anhelo,
y superación y éxtasis y amor.
Yo viví en mi Valle
y el Valle en mí su cromático milagro:

mi insatisfacción le dí y mis angustias,
 mi decisión y mi esperanza,
 el amanecer de la dicha
 las noches cuajadas de ideas,
 los músculos de letargo tensos, y el ansia ardiente
 de inexpresables ideales.

Y me dió la maravilla de la tierra,
 la sazón y el fruto,
 la humedad sedosa y verde de la grama,
 los azahares del naranjal,
 el grito del río turbulento y bravo,
 la sequedad de su arena y de sus playas
 y la ofrenda de sus cañaverales, hecha música
 de églogas y tentaciones. . . .

El paisaje y yo:
 espíritu y tierra
 en misterio de eucarística fusión.
 Ideas y limo:
 crisol y llama de purificación.
 La naturaleza y el ser:
 vértigo y reposo
 de cósmica dualidad desconcertante.
 La voluptuosidad y el tálamo
 en eterno acedho,
 para que la caricia del amor pñefigurara
 gérmenes de versos,
 gérmenes de hijos
 en trance de fecundación. . . . !

El paisaje y yo:
 agua y sequedad
 colmando fuentes paradógicas
 de vital contraste:
 el agua de las cisternas del espíritu
 y el sílice de los yermos de la vida. . . .
 Agua y sequedad. . . .
 en la savia generosa de aquel árbol
 y en el leño inerte y tosco le mi alma. . . .
 El árbol y yo. . . .
 quien en el surco aquél vástago plantó
 con desdén de oníebre

y temor de mago,
y el tallo florido y jocundo
que cantó en la fronda
la epopeya triunfal y pertinaz de la materia....!

Senes y guijarros,
fuentes y pantanos,
frondas y desiertos;
la parduzca superficie de las rocas
y la policroma fertilidad de las praderas;
las multitudes adustas de los hombres,
las tropas indiferentes de las bestias;
aves en vuelo y elementos en éxtasis;
brisa y vendabal,
la voz y el silencio....

....lo que es o lo que puede ser....!

.....
a las dos y diez de la tarde
de un cinco de agosto brumoso
fueron, de improviso, llamados
a cita de muerte....!

Del patíbulo de la tragedia sísmica
pendió la cuerda de bíblico castigo
en oscilación sin tiempo ni contornos.
La tierra tembló como hembra
en celo de cíclopes,
y para venero de mal entreabrió las entrañas
en grietas impúdicas.
Llanuras y montes y cimas
cambiaron edades geológicas
en estremecimiento loco de caos.
Artista macabra, la naturaleza;
violó la atónita pureza del Valle
con torpes, insanas caricies;
y el vientre combado
de ágiles, alegres colinas
razgó, inclemente y lasciva;
arrojó víceras, despojos y entrañas
al río rapaz y asesino;
vomitó cadáveres,
y derramó fango
y granito en las cañadas y riberas!...

...por eso las vegas cálidas y fértiles
tiene la sucia desolación de un cementerio....!

Vegas de mi Valle
que no hallaron toques ni avaros
en la inconduscente
codicia del oro.....

Vegas de mi Valle,
que esconden vengüenzas y enconos
entre el desgarrado
y sucio ropaje
de oro conduco de los cañaverales....

Vegas de mi Valle:
entre sus contornos aún se descubren
huellas traicioneras
del inconsciente impudor de la catástrofe:
sangre de desolación, sangre de ruinas,
heridas de impotencia lacerada y humillante....!

Cataclismo Cósmico..!
Este árbol y yo:
el árbol que indiferente se estrangula
a la visión codiciosa del artista,
y yo que fuí prudencia inaccesible
a la hipócrita avidez de los mediocres....

El campo y mi espíritu:
la vega violada,
el Valle durmiente
y mi alma que fué antena
de clamores íntimos
para el mundo amplio
de la soledad....!

Vorágine negra!
El caos y yo....
...y en el cielo plomizado de venganzas,

hacia el ocaso, la rúbrica de Dios,
rúbrica de fuego
y de sangre en la pureza del paisaje,
cual un rayo de magnífica advertencia
para el ex-libris pagano de mi ensueño...!

San Xavier del Valle.

EDUARDO SAMANIEGO Y ALVAREZ

CONFESADITA Y COMULGADITA

Un Capítulo de Historia Nacional en la vida anecdótica del Ilustrísimo Federico González Suárez

Corría el año de 1900. El clero y el conservadorismo ecuatorianos, rechazaban el nuevo régimen político, nacido al conjuro del 5 de Junio de 1895. El gobierno del general Eloy Alfaro, se defendía a dentelladas de la perenne acechanza de los arcabuceros del bando azul. Se diría que el odio preparaba su obra destructora en el alma de las gentes, predispóniéndola al estallido de la venganza y a la muerte. El país estaba, pues, dividido en dos formidables bandos; el de los vencedores que marchaban, fusil en mano, por el camino de la reforma política; y el de los vencidos, que estorbaban esa marcha desde los campos de la entrecruzada urbana y de las montañas, que también fusil en mano, dirigían sus disparos contra el Palacio Nacional, desde sectores diversos del territorio andino.

En la frontera Norte, ya se había derramado sangre. Dirigentes conservadores del Ecuador, en cooperación con algunos de sus coidearios de Colombia, se lanzaron a la aventura de la invasión armada; mas, las tropas liberales acantonadas en Tulcán, las repelieron a sangre y fuego. La ciudad de Pasto era el cuartel general de la confabulación conservadora, bajo la desenfadada dirección del obispo colombiano señor Moreno y del obispo alemán señor Schumacker, este último expuleado de territorio ecuatoriano.

Como para que se complicara más la situación, estalló en el Sur de Colombia la revolución liberal, que el general Alfaro no sólo la vio con buenos ojos, sino que la apoyó abiertamente, según fué de dominio público. Tropas ecuatorianas liberales, saltaron la frontera en apoyo de las liberales colombianas en armas y tuvieron en Ipiales un epílogo poco edificante, al ser batidas y tomadas prisioneras por las tropas de línea del gobierno conservador de Bogotá.

Este fatal desenlace para las armas liberales, avivó nuevamente el espíritu combativo de los conservadores equato-

rianos que vieron en ese hecho algo así como el preludio de una inevitable revancha oficial colombiana, proporcionando apoyo para el enganche conservador en su territorio, a fin de destrozar al gobierno liberal de Alfaro.

Las reuniones secretas y los cuchicheos de los conspiradores se multiplicaban. Desaparecieron de Quito como por encanto, el Dr. Aparicio Rivadeneira, el general José María Sarasti y otros líderes del conservadorismo rebelde. Como que la tierra les hubiese tragado en su seno: nadie sabía de ellos, aunque todos hablaban de las posibles aventuras de ellos.

Los viajes nocturnos de personajes conocidos en la política conservadora, no eran tampoco un misterio para el gobierno que, dicho sea de paso, contaba con buenos zahoríes y numerosos sabuesos.

Transcurrieron días de expectación para Quito y pronto se supo que el doctor Aparicio Rivadeneira estaba en Pasto y el general Sarasti en el pueblecito de Cumbal, por cierto que no lanzando plegarias al Divino Redentor o siguiendo alguna novena a Nuestra Señora de la Paz, sino empeñados en elegir alguna travesura de nuevo cuño, alguna "egachadita" anhelosa por la calle del Comercio Bajo de Quito con enganchados que deberían ser lanzados contra el orden público ecuatoriano. La verdad que todo el mundo estaba en movimiento y nadie hablaba de otra cosa que de una formidable conspiración fronteriza, pronta a estallar contra el régimen liberal.

*

*

*

La publicación del tomo IV, de la Historia General de la República del Ecuador, causó gran sensación en el País y, de consiguiente, molestias y sufrimientos a su autor, el entonces Arcediano de la Catedral de Quito. El clero y el conservadorismo, abrieron fuego contra el austero canónigo. Se le intrigó ante el Vaticano. Se le llamó liberal y hereje. La fobia de los enemigos no tuvo límites y se apeló al anónimo y al cartel público insultante, cuando González Suárez publicara "Mi exposición en defensa de los principios católicos"; y luego, sus "Instrucciones al Clero"

"El sacerdote, como sacerdote—decía González Suárez—no debe nunca abanderizarse: debe estar sobre todo partido político y no ha de afiliarse a ninguno Podrá un

sacerdote cooperar a la guerra, que una nación haga contra su Patria? No, no puede en ningún caso"—argumentaba el ilustre pastor de almas, refiriéndose a la posible invasión conservadora colombiana al Ecuador. Así hablaba quien, como González Suárez, se formara hombre estudiando sus lecciones escolares a la luz de la vela del farol equinero, los pies descalzos y el estómago vacío muchas veces. . . .

La guerra de los defraudados en su locura bélica era, pues, tremenda, despiadada, guerra solapada y abierta, guerra sin cuartel contra el pastor de la Paz y el amor para todos los hombres. Y esta guerra hidrofóbica, iba en aumento, mientras aumentaban en el ambiente nuevos datos, que corrían de boca en boca, de hechos en los cuales se manifestaba la censura evangélica del buen sacerdote contra "la rebelión conservadora, a pretexto de salvar la religión". Guerra civil y sanguinaria de corazones enfermos y mentalidades opacas, lo mismo cuando canónigo de la Catedral de Quito, que luego como Obispo de Ibarra.

El combate de Las Cabras fué favorable para las armas liberales, gracias a la bravura del batallón Carchi. Días antes del combate, conocido caballero ibarreño, acercósele al canónigo Manuel María Acosta, Secretario del Obispo, y le dijo: "Sirvase avisar al señor obispo que están a su disposición unas armas". El prelado se entera de la oferta y llama a su presencia al oferente y, sin inmutarse, le replica: "El obispo no ha venido a buscar armas, sino almas para salvarlas". . . .

Un soldado que había caído prisionero en el mencionado combate de Las Cabras, solicita audiencia al Obispo en Ibarra.

—Soy colombiano. Me enganché en el sur del Cauca y vine a pelear para que en el Ecuador se conservase la religión!

—Está Ud. altamente equivocado. La religión se conserva en el Ecuador por la virtud infinita de Jesucristo y no por el valor de los colombianos que vienen enganchados—le replica, sereno y firme, el Obispo.

—Deseo regresar a mi país y, para ello, no cuento con un centavo.

—Acepte esta suma—le dice el Pastor, poniendo en sus manos un fajo de billetes.

Y el enganchado, besa la mano del Obispo y sale confundido, entre la reprimenda y la generosidad.

El mismo González Suárez rechazaba todo movimiento armado, como medio de salvar los intereses religiosos; mas,

sabía imponerse con altivez ante el gobierno, cuando sus secuaces se iban por la tangente.

La voz del Obispo de Ibarra era escuchada con respeto y hasta con cariño por el general Alfaro y los dirigentes de su gobierno. Cuántos hechos desagradables relacionados con la Iglesia y sus personeros fueron subsanados de inmediato o reparados sin excusa por el Estado. Uno de ellos, la libertad del Canónigo de la catedral de Ibarra, doctor Mariano Regalado, preso en el cuartel de la plaza, que recobró la libertad apenas el Obispo intervino en su favor.

Roma dio espaldas a la intriga y a la calumnia. El Papa León XIII, sereno en sus apreciaciones como cierto en su justicia, conoció íntegramente el valor apostólico de este sacerdote ecuatoriano y no sólo que justificó sus actividades en defensa de la paz, sino que le consagró Obispo de Ibarra, en la iglesia metropolitana de Quito, el 8 de Diciembre de 1895.

Sin embargo, la actitud del Pontífice, no fué laguna para que la diatriba siguiese. Ella siguió, aunque ya un tanto solapada....

*
* *
*

Quito vivía el mes de Noviembre del año 1900. En casa de conocida dama de alto rango, se obsequiaba con un té de florescencias esperanzadas a selecto grupo de sus amistades. Un onomástico? Algún cumpleaños? Acaso una boda acariciada por el tiempo? Nada de eso. Ese té se abrigaba con la oropelia de un anhelo espiritual que se lo tenía por seguro.

—Francamente, es un milagro todo lo que ha sucedido —dijo una dama de aire severo, que parecaba descolgando su hermosura por el salón.

—En verdad, querida Virginia, que así ha sido—replicó una rubia que enseñaba la maravilla de sus senos turgentes.

—En buena hora, y que todo sea para salvar nuestra santa religión del peligro que le acecha—balbuceó una tercera dama que lucía finas joyas en las manos, los ojeas y en su hermoso cuello. Toda una fortuna en joyas.

—Por cierto que gran parte de la faena, se debe al dinamismo de Rosita—argumentó, breve y zalamero, cierto galán de impecable estampa y aire donjuanesco.

—Bueno y ahora al grano. La plata está lista: nadie ha podido resistirse a la erogación; mas, cómo se la envia-

mos a los patriotas?—insinuó un grave señor con antiparras y calva reverenda, que hasta entonces había permanecido silencioso a los cumplidos y coqueteos de las bellas.

—La llevaré yo misma— propuso doña Rosa Elvira, poniéndose de pie en gesto de audacia inesperada.

—Pero usted, hija mía, cómo va a aventurarse a tamaña empresa?

—Y a una empresa que encierra peligros evitentes, en camino tan difícil y tan largo!

—Pues si soy la Tesorera del Comité, no queda más remedio que completar la obra hasta el fin— agregó doña Rosa con toda decisión.

—Que Dios bendiga su valor, hija mía. Cuándo piensa salir?

—Lo más pronto. Debe ser después de ocho días, a más tardar.

La noche había envuelto en sombras la ciudad conventual. Los farosillos de los zaguanes quiteños, parpadeaban en agotamiento de las tradicionales velitas que se usaban entonces para el alumbrado público. Las damas, acompañadas de bien seleccionados caballeros que pertenecían al centro conspirador, ocupaban los coches Victoria y Landau de la época, que esperaban en la calle desierta la terminación de la fiesta. Y el tronante grito del cochero que alentaba a los animales para la marcha, se perdió bien pronto entre la espesura de esa noche memorable.

* * *

La campiña estaba plétórica de vida para el 1º de Diciembre de aquel año 1900, febricitante y jocundo. La tierra devolvía los afanes de sus hijos con generosidad pujante, y la rica esmeralda de sus campos, se extendía en la inmensidad de la llanura agreste, trepándose hacia los picachos de las cordilleras.

Los rayos de ese nuevo sol sorprendieron a tres viajeros que fustigando a sus cabalgaduras, trataban de ganar, a galope vivo, el camino que conducía a Pomasqui, un tanto maltratado por la época invernal. Aristocrática y bella dama, amazona en plenitud de ensueños, firme en brioso corcel, devoraba las distancias, como agotado peregrino lo hiciera ante la visión cercana de un jarrón de agua límpida que podría estar al alcance de sus manos. Le seguía Lorenzo, el mayordomo

de confianza de una de sus íntimas amigas, junto al guasicama de la misma. Billetes fuertes, pesos colombianos y cóndores y libras esterlinas, en bien disimulados paquetes sujetos por cinturones de cuero fajados al desnudo de sus bustos, constituían el valioso aporte de la cosecha conservadora para la revuelta de la santa cruzada que debía emerger de suelo colombiano.

Nuestra heroína era nada menos que doña Rosa Elvira Sarasti, hermosa mujer de penetrantes ojos negros, boca diminuta con matices encendidos de guinda y de bien repartidas carnes; vivaracha y oportuna en su agradable charla, dicen que era; y que, además llevaba repleto carcaj de aristas en los labios cuando de ironizar se trataba en las tertulias familiares del gran mundo. Doña Rosa Elvira había hecho de su catolicismo un lujo de convencimiento hasta la exageración y el sacrificio. Por eso se prestó, voluntaria y decidida, a la arriesgadísima empresa de llevar ella misma el dinero recogido para el enganche aventurero de la revolución contra el régimen liberal. Tenía que llegar hasta el Sur de Colombia para entregar el dinero en manos del general Sarasti y nada ni nadie podrían sacarle de esta meta.

En cierta hacienda de Pomasqui, todo estaba preparado para recibir a la distinguida viajera. Llegó cansada, pero llevando en sus ojos la expresión de fulgores esperanzados, corazon de mujer en frenesí de espasmos religiosos. Abrazos y parabienes. Unas horas de descanso. Y a la media noche, nuevas cabalgaduras y rumbo a Malchinguí, bajo la luz de plata de una luna llena.

—Quién nos sigue, Lorenzo?— preguntó sobresaltada la viajera cuando la luna iba apagando su brillantez.

—Nadie, niña; seguimos solos.

—Y ese ruido y esas sombras?

—No es nada, niña. Son los cascos de nuestros caballos y las sombras de la enramada del camino. . . .

La luna entró, al fin, en la penumbra y los tres viajeros seguían devorando el terreno a lo largo del sendero, lleno de baches y vericuetos.

Las 6 de la mañana en Malchinguí. Allí se había levantado una montonera. La dama dejó la cabalgadura para tomar un café, pero más que para el café, para tomar noticias del movimiento. Repartió algún dinero a los cabecillas del grupo armado, descansó unos minutos hasta que se efectuara

el transporte de sillas a los nuevos caballos y, luego, siguió viaje.

Después de medio día, al ganar una curva del sendero, se le presentó a la vista la hermosa laguna de San Pablo, ese pedazo de cielo caído en tierra pródiga, como dijera algún turista al contemplarla desde la altura del camino. Un matrimonio distinguido recibió a la viajera en las afueras de la población y bien pronto descansaba de la dura faena bajo el suave frescor del cielo otavaleño.

*
* *

Doña Rosa Elvira había llegado a la capital de Imbabura, sin contratiempo alguno. El descanso se impone aquí. Hay algunos asuntos que tratar en Ibarra. Tiene que recoger la dádiva ofrecida a Quito, por uno que otro feligrés adinerado. Además, piensa ella, entre el celeró ibarreño, posiblemente aumentará el caudal. Si en Quito hubo la cooperación decidida de telérgicos y sacerdotes para la noble causa, es natural que en Ibarra tampoco se hará esperar la cosecha.

Se dirige a la casa del canónigo Dr. Manuel María Acosta y le suelta la pepita del alma, en demanda de un aporte económico para la faena en que se hallaba empeñada.

—Bueno, bueno, hija mía. Ud. se ha metido en un grave problema— le dice bondadoso el canónigo.

—Sí, reverendísimo señor canónigo: estoy resuelta, pase lo que pase, a llegar hasta el Cumbal para entregar el dinero destinado a la defensa de nuestra Santa Madre Iglesia.

—Y por qué no ha visitado Ud. primeramente a Su Señoría Ilustrísima?

—Ah, eso no! El obispo González Suárez es enemigo de la Religión. Es un obispo liberal y está de acuerdo con los herejes para hacer fracasar este movimiento. Ojalá Dios le perdone en la hora de su muerte.

—Y quién le ha dicho estas cosas, señora mía?

—Pues en Quito, todos lo saben y por eso no le quieren al obispo de Ibarra. No sé aquí si le quieran o no.

—Ha dicho Ud. una blasfemia, hija mía, contra el pastor de nuestra Santa Madre Iglesia: necesito oírle en confesión cuanto antes, de lo contrario, Ud. quedará fuera de la Iglesia,—tronó airado el canónigo, poniéndose de pies y saliendo de la sala en son de protesta.

Doña Rosa Elvira se quedó como petrificada. El mundo le daba las vueltas sobre su cabeza. Estaba inmóvil, como si los pies se le hubiesen clavado en la alfombra, ya un tanto desvaída del salón. Jamás esperó semejante acogida y menos la sentencia de que podía quedar fuera de la Iglesia si no se confesaba inmediatamente, ella que era todo fervor religioso y defensora política de la buena causa. . . .

Media hora más tarde, Doña Rosa Elvira era otra. Se presentó llamando al señor canónigo que lo oyera en confesión. Terminado al acto, el canónigo habló: penitencia pedirá Ud. de inmediato perdón a su Señoría Ilustrísima por haberle ofendido, con el empleo de insulto y calumnia. Ya sabe Ud.: esa es la penitencia que le doy; de lo contrario se quedará sin la absolución, le dijo el sagaz confesor y se marchó.

Al día siguiente, doña Rosa Elvira fuese en busca del Obispo y apenas le vio, se echó a los pies con lágrimas en los ojos, pidiéndole perdón.

—Levántese Ud., hija mía, que ya está perdonada—le dijo con inmensa mansedumbre y bondad el ilustre Gonzalez Suárez.

—Dios le bendiga, señor Obispo, por tanta generosidad para con esta pecadora! . . .

—Pero los calificativos de Ud. provienen de su corazón?

—Le interrogó el obispo severamente.

—No, ilustrísimo señor: he repetido lo que oí en Quito.

—Y piénsese, hija mía, llegar a Cumbal con el dinero para entregárselo al general Sarasti? No dicen, pues, que el general Sarasti está peleado con el Doctor Aparicio Rivadeneira? De ser así, van hacer la revolución los dos juntos?

—No ilustrísimo señor; no están peleados, no es sino una treta para engañar al gobierno y caer de sorpresa sobre Tulcán, las dos fuerzas combinadas, a mediados del mes que viene.

—¡Hola!, ¡hola!—dijo el obispo, un tanto meditabundo. Luego repuso:—Y no ha pensado que puede pasarle a Ud. algún percance en el camino o ser descubierta por la gente del gobierno?

—Nada temo, ilustrísimo señor, porque vengo confesada y comulgadita. Y que todo sea por la causa de Dios.

El ilustrísimo señor Obispo parece que le dio a la distinguida viajera la de San Quintín, advintiéndole que estaba haciendo todo lo contrario de lo que manda la religión católica, esto es el amor al prójimo sin odio para nadie. Ella abandonó

la casa episcopal un tanto desconcertada. Se dejó estar unos días en Ibarra y hasta asistió a un baile que dio la Municipalidad. Llegó a la frontera doña Rosa Elvira? Envió con Lorenzo acaso el dinero? Regresó quizá a Quito con el dinero? Esto no se pudo saber ni se ha sabido hasta hoy. . . .

El Obispo de Ibarra, días después, en carta dirigida al doctor Leonidas Batallas, en Diciembre 30 de 1900, refiriéndose a este hecho, le cuenta así:

"La cuestión eleccionaria ha dividido a los liberales y es muy peligrosa una guerra civil entre ellos, a no ser que el señor Plaza se rodee de un Ministerio muy atinado.

"Lo del Norte me parece a mí que aún no se ha acabado. Doña Rosa Elvira Sarasti, le pidió, hace 15 días, dinero a un sacerdote y le contó que la división entre Sarasti y Rivadeneira, no era más que una papelada, para hacer que el Gobierno se descuidara y así caer de sorpresa sobre Tulcán, a mediados de Enero próximo. Le refirió que en Quito le habían dado mucha plata y que parte de esa plata, ya le había enviado ella a Pasto y que el resto se la iba a llevar ella misma en persona al general Sarasti al pueblo de Cumbal, yéndose allá por caminos extraviados que ella conocía muy bien. Le conversó donde se reunían en Quito los conservadores; le dijo que ella, para todas estas andanzas, lo primero que hacía era irse *confesadita y comulgadita*."*

Tales fueron los hechos y tal fué el hombre que el año 1900, salvó al país de una invasión colombiana que amenazaba ensangrentarlo, a pretexto de una cruzada para salvar la religión.

"Con mi venida acá —dice González Suárez desde Ibarra en otra carta, Mayo 9 de 1900, dirigida al mismo Dr. Leonidas Batallas— me he satisfecho más de haber impedido con mi odiada Carta la guerra y la invasión colombiana, calificada de cruzada: hoy habríamos estado ahogados en un piélago de miserias y desdichas, de sangre y de infamia. Me tengo por feliz, cuando reflexiono que soy tan aborrecido; pero por ahí conozco que mis actos son agradables a Dios."

Y en verdad, González Suárez, fué muy aborrecido por quienes sólo pensaban en la rebelión y en el desangre, a guir-

* Apuntes para la Biografía del ilustre y Reverendo. Señor Dr. don Federico González Suárez, por el doctor don Leonidas Batallas.— Epistolario y Escritos inéditos.

señal de salvar la religión. Y tanto, que le ocasionaron graves contrariedades y sufrimientos, al caso que el justo prelado se dirigió a Roma renunciando el obispado de Ibarra para retirarse a la soledad de su propia vida. Arreglaba ya "sus cosas" para abandonar Ibarra, cuando le llegó un carta del Vaticano, firmada por el Cardenal Rampolla. En ella le decía: "que el Sumo Pontífice tiene depositada su plena confianza en el celo apostólico de V. S. Ilmo."

La del Ilmo. González Suárez, fué la voz del justo que contiene en hora oportuna el desate de pasiones, el desastre humano de la guerra y salvar a su pueblo de la hecatombe desde una frontera cercana. La voz del justo que cumple con valor y con honddura de un iluminado su sagrada misión evangélica en el paso firme de una vida rectilínea y que alcanza la posteridad sobre el odio, la estulticia y los intereses creados del prejuicio religioso, y se pierde en la cumbre dejando rievas de luz en el camino.

J U L I O . C . T R O N C O S O

BOLIVAR Y BENTHAM

GENESIS DE LA CONSTITUCION BOLIVIANA DE 1826

EL PAPEL DE LA INFLUENCIA IDEOLOGICA EN LA HISTORIA

La historia escrita ya sea utilizando los métodos del historicismo o de la interpretación filosófica, positiva y cultural de la misma, ha dado siempre mayor importancia a la exposición y al análisis de los hechos puestos en movimiento por la voluntad y las pasiones, quedando tan solo una senda muy estrecha para el estudio de las ideas que han influido en la vida de los acontecimientos. Así se presenta la historia con una falta de paralelismo entre el ideal y la realidad, entre las pasiones y la conducta, entre el pragmatismo de las doctrinas y el idealismo de ellas. La vivencia del momento actual al que asistimos como contemporáneos de uno de los más fulgurantes períodos de la humanidad, nos presenta en forma diáfana y precisa el esquema de este nuestro pensamiento. Vemos al hombre que da mucho más importancia al sensacionalismo de las acciones bélicas que a las intervenciones culturales de la inteligencia pura. Es que la fuerza con su poder de dominio avasalla al hombre y lo subordina a sus propios intereses, poniendo al servicio de la misma claridad de su mente como instrumento de la propia guerra, de donde se llega por un camino paradójico, que el espíritu también es fuerza o un creador de la violencia organizada. Pero ahora vamos a referirnos a la acción histórica de las ideas sobre los acontecimientos como lo haríamos, por ejemplo, si estudiáramos el fenómeno de la Independencia de América. En el curso del presente estudio, el campo óptico es mucho más reducido y se refiere a la investigación de la influencia de las ideas en

una acción filosófica sobre un hombre que estimaba la dinámica social en función creadora.

La historia de las ideas políticas de nuestra América a lo largo de su existencia hasta ahora no es sino el proceso de la adaptación o la trayectoria del asimilismo y la marcha de la plasticidad ambiente a las proyecciones de la cultura europea, unas veces directamente y otras a través de España y de los Estados Unidos de Norte América.

El hecho de las influencias intelectuales es una de las expresiones características de las ideas, las que no cumplirían su auténtica acción si se confinaran en la categoría de secretos esotéricos. Las ideas viven para ejercitar influencia individual y social. En el siglo XIX en que nuestra América actúa desde 1789, hasta 1918, que se consuma la revolución rusa, cerrando estos dos acontecimientos el proceso de esta era novecentista, dentro de la órbita del pensamiento europeo, y, entonces son gratas a nuestro espíritu de países jóvenes aquellas fórmulas: la ciencia no tiene fronteras y las ideas no son patrimonio de ningún pueblo, sino patrimonio de de humanidad. Estas direcciones mentales estaban, pues, estructuradas a la medida de nuestra capacidad receptiva y también a la medida de pueblos que nacían a la vida libre y se sentían hatagados por Europa, al ser considerados con una amplitud igualitaria. Estamos en aquellos días de nuestra independencia muy lejos de haber calado en las profundidades de nuestra autenticidad nacional, la que se reveló más que en las ideas en la pasión vernácula, en el aliento nativo de la protesta, en la fuerza de rebeldía racial y en la decisión heroica de triunfar o morir por la libertad.

En este campo de la influencia de las ideas políticas de Europa y especialmente de Inglaterra y Francia a través de España, podemos distinguir a lo largo del siglo XIX algunas zonas de matices diferenciales y bien definidos. La filosofía de la ilustración con sus diversas formas de pensamiento en lo relativo a la psicología y a la teoría del conocimiento, la idea de la religión, la idea del derecho inalienable, la idea del contrato roussoniano y los problemas de la estética romántica. Sucede en el reinado de estas ideas, el positivismo de Comte y las teorías darwinianas aplicadas a la historia y a la sociología. Es el imperio del positivismo. Entre la línea cromática del positivismo y la ilustración se abre la luz de las ideas del utilitarismo. La filosofía existencial y la filosofía cultural actuantes han desplazado en los últimos ciclos al po-

sitivismo, aunque libran todavía sus grandes batallas con la dialéctica y el materialismo histórico.

Antes de ingresar al examen del tópico principal del presente estudio, debemos establecer que nos asiste el pensamiento de que la historia no es un ente estático o inerte, sino precisamente como obra de la cultura humana un hecho en movimiento y por tanto determinado a la prueba y al análisis de cada nueva generación. La historia quería Goethe que debía escribirse de tiempo en tiempo. El pensamiento del sabio de Weimar no es sino la expresión de la lucha de los hombres y de las ideas que nunca triunfan definitivamente o son absolutamente derrotadas, sino que sufren la prueba de las nuevas generaciones y de los estímulos de las gentes que avanzan por caminos inéditos hacia el descubrimiento y perfección de la verdad.

LA INFLUENCIA DE JEREMIAS BENTHAM EN LA AMERICA HISPANA

Vamos a consagrar nuestro estudio a las influencias ideológicas que actuaron sobre la formación mental de Bolívar, al preparar el proyecto de Constitución que envió a Chuquisaca el año 1826, que se conoce en la historia de América con el nombre de Constitución Boliviana.

Nos referiremos especialmente a la acción ideológica de Jeremías Bentham.

La enunciación de la influencia del pensamiento político de Bentham sobre Bolívar, avanza inicialmente hacia nuestra curiosidad, esbozado en forma rotunda por el filósofo peruano don Francisco García Calderón en su estudio dedicado al Libertador, para exaltar líricamente la figura de Bolívar. Después en los más cumplidos biógrafos de Bolívar sólo aparece unido el nombre de Bolívar al de Bentham en forma muy fugaz. Una noticia más clara y definida sobre las relaciones intelectuales de Bolívar y Bentham encontramos por primera vez en Italia, contenida en el libro del gran historiador austriaco R. Filop Müller, titulado "Fanatici E. Rebeli", publicado en 1935 en italiano por la casa Montatori de Milán. Allí se lanzaba esta noticia relampagueante, aunque, sin comprobación de ninguna clase: Bentham fué amigo y consejero de Bolívar y autor del proyecto de la constitución boliviana, entregada a la Asamblea de Chuquisaca el año

1826. El asunto, en verdad, nos cautivó por sí solo y aunque no tuviera otras proyecciones que las de satisfacer simplemente el placer de la curiosidad y de la investigación.

QUIEN ERA JEREMIAS BENTHAM?

Debemos registrar que no obstante de nuestras pesquisas bibliográficas no hemos podido encontrar una biografía de esas a la moda sobre el filósofo del utilitarismo. Las referencias que nos dá en su autobiografía Jhon Stuart Mill, las contenidas en el Diccionario Británico y los prólogos de sus obras, igualmente que las informaciones de sus cartas han sido los materiales con los que hemos podido trazar el esbozo sintético de la vida fecunda de Bentham para los trabajos de la inteligencia y de la cultura. Bentham, nacido en 1748, muere en 1832, vive la plenitud de su actividad mental en los días de la revolución francesa, su madurez en la Europa agitada de Napoleón y la época de su ancianidad consagrado a las inquietudes políticas y sociales de la América Hispana, no como un testigo de nuestra lucha emancipadora y de creación de nuestros Estados, sino como un guía ideológico y un maestro.

La larga vida de Bentham fué una perpetua obra de creación y de estudio. Trabajo como un dragón, decía a los ochenta años. Su biografía es en realidad la biografía de sus obras filosóficas, jurídicas y políticas a las que es necesario agregar su dilatada correspondencia. El constructor de placer ascético no tuvo en su vida otro goce que pensar y escribir, noble engastada, esclavitud dulce y castigo prometeico para quienes desean robar el fuego sagrado de la sabiduría o del conocimiento. La inquietud mental de Bentham fué más allá de su muerte misma y como no podía satisfacerla personalmente legó su cadáver a los estudiantes de medicina, para que estudiaran en sus despojos el secreto de la vida.

Situando la visión en el panorama de las concepciones filosóficas en función con la moral y la conducta humana, encontramos las dos líneas del pensamiento paralelas irreconciliables, distintas aunque siempre mezcladas en sus afanes de la vida, pero que permanecen irreductibles al trazar los sistemas de la concepción del mundo: el placer y el dolor. De una parte la interpretación filosófica de la vida a través del placer y de la otra la concepción de la vida por medio del dolor. Estas grandes corrientes del pensamiento

heleno, tienen sus más altos exponentes en Epicuro y en Epicteto. Epicuro el creador de la doctrina de la realización de la vida sistemada por el placer y por la ataraxia y Epicteto, el filósofo que desea dar al hombre el sentido de la libertad y del bien, encadenándolo al dolor y éxtasis ascético. La filosofía cristiana, iluminada por el lenismo se sitúa frente a la doctrina de Epicuro, acercándose más a los pensadores griegos y a los moralistas del dolor como Epicteto y sus discípulos Séneca y Marco Aurelio. Este no es el sitio adecuado para establecer los perfiles completos de ambas tendencias filosóficas pero será necesario poner de relieve, para el objeto del presente trabajo que el crepúsculo de la Edad Media, la euforia del Renacimiento y la aurora del mundo moderno en una lucha entre las dos grandes corrientes del pensamiento y de la concepción de la vida, del placer y del dolor, y a principios del siglo XIX reverdecen las doctrinas de Epicuro y de Epicteto en los sistemas filosóficos de Jeremías Bentham y de Arturo Schopenhauer. Epicuro y Bentham se dan la mano a través de las edades, igualmente que Epicteto y Schopenhauer. Las posiciones de las expresiones filosóficas de los dos polos del mundo moral se mantienen inmutables e irreductibles y en constante combate como lo están el mismo dolor y el placer en la biología y en el espíritu humano. Recordemos que Gassendi y Hobbes dieron nueva vida al epicureísmo y que Grocio y Pufendorf construyeron sus sistemas sobre las bases del estoicismo.

La bibliografía de Jeremías Bentham traducida al español desde 1789 hasta 1839 es la siguiente: Tratado de Legislación Civil y Penal, Tratado de los Sofismas Políticos, Teoría de las Penas Legales, Teoría de las Penas y Recomendaciones, Defensa de la Usura, Deontología o Ciencia de la Moral, Técnica de las Asambleas Legislativas, que es una rectificación a la Lógica Parlamentaria de Hamilton. El archivo de sus cartas y copias de su correspondencia se encuentran publicadas en parte, mientras otras permanecen inéditas en el archivo del British Museum y en la Biblioteca de University Collage de Londres. Bentham fué colaborador asiduo de una multitud de revistas e incluso contribuyó en la difundida publicación británica que se publicó en Londres con el nombre de "La Biblioteca Americana".

Después de esta cita relativa a sus obras, vamos a referirnos a otros aspectos muy importantes sobre la actuación de Bentham, que es necesario subrayar, para recorrer el camino

que nos hemos propuesto avanzar a lo largo del presente trabajo.

Uno de los aspectos más importantes de la vida intelectual de Bentham es el de reformador. Bentham no concibió su vida en la actitud Hamletiana, de reposo intelectual que dedica sus obras al tiempo, sino que en todo momento trató de influir con su pensamiento sobre los sucesos de la vida y crear historia cultural, asiendo a la realidad informe, para plasmarla y conducirla. Trabajador infatigable, publicando y vigilando la traducción de sus obras, sino interviniendo directamente frente a las instituciones, a los hombres ilustres y en el periodismo. Hoy día solo otro trabajador gigantesco de Inglaterra como H. G. Wells nos puede dar una idea de la fecundidad y de la obra perseverante de Jeremías Bentham.

En la primera etapa de su gran producción Bentham fué el hombre de gabinete, mientras que en la segunda, desde 1785, se convirtió en el inductor y en el abogado, en el propagandista de sus propias doctrinas y métodos jurídicos, prestando poca atención a la difusión de sus ideas puramente filosóficas. Para el objeto del tema de nuestro estudio imaginamos a Bentham con la capacidad de trabajo de un gerente de un gran trust moderno, que organiza el mundo desde su gabinete de Londres, rodeado de bibliotecarios, de amanuenses, de traductores. Entre estos colaboradores de Bentham como simple ordenador de sus trabajos y como coordinador de ellos figuró don Andrés Bello, en la época que vivió en Londres, después de haberse separado de Bolívar, cumplida la misión diplomática de estos jóvenes padrones americanos ante la Corte de Saint James. Este mundo de Bentham tiene la agitación del enjambre. Escribe el dictador del utilitarismo informes y actuando con torrencial tenacidad prepara planes educacionales, traza planes para la instalación de su famoso proyecto del panóptico, y, por último, dicta como lo haría un director de orquesta sus notas diferentes que son otros tantos instrumentos para países distintos, el articulado de códigos constitucionales. Bentham fué un incansable fabricante de códigos constitucionales para la organización de nuevos estados. Distribuyó por el mundo sus códigos constitucionales como lo haría hoy una agencia de informaciones periodísticas o en otro momento sus organizaciones financieras el doctor Kemmerer de los Estados Unidos. Bentham era un escultor de pueblos que en el secreto de su gabinete, atareado, va esbozando sus constituciones, así genialmente, enfático, seguro de su prisa,

frente a pendolistas fatigados de tanto torrente de palabras y de pensamientos, en medio de los cuales surgían las constituciones como banderas en manos de un prestidigitador.

La primera constitución que preparó Bentham fué con destino a la Constituyente francesa. Su código liberal, amplio, orientado a la reforma de Francia y de la humanidad contenía aquella célebre cláusula mediante la cual por ley eran felices todos los franceses. Este código constitucional de Bentham fué aceptado por la Constituyente, su autor fué declarado ciudadano honorario de Francia, pero su proyecto pasó al rincón de la historia, pasto para los ratones y también para futuros desocupados.

Este hecho redujo a cenizas el entusiasmo reformista de Jeremías con relación a Francia y la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano fué objeto de una de las más fulgurantes inventivas. Aquí es necesario calibrar finamente la puntería, para establecer el diagnóstico mediante este hecho la futura conducta de Bentham. Su obra jurídica anterior a la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano sigue de cerca en su liberalismo y en las expresiones de su romanticismo a lo Montaigne y Rousseau. Es el período liberal no conformista de las grandes exaltaciones geométricas que corresponde al momento revolucionario de Bentham, creyente de la revolución francesa. Es el reformista, el luchador de izquierda, el hombre de la montaña.

Después aparece el Bentham herecía de la revolución francesa, el conservador. Bien sea que el fracaso de su proyecto de código, por el cual fué nombrado ciudadano honorario de Francia, o la comprobación de que el hecho revolucionario francés no encajaba en el idealismo quimérico de su puritanismo y de los sueños utópicos de una especie humana remisa a las transformaciones por la magia de los bellos principios y enunciaciones brillantes es el caso de Jeremías Bentham, sufrió una aguda crisis de conciencia. Es el momento en que se prepara el nuevo avatar ideológico de Bentham en que el liberal al cien por cien, dá un viraje a la derecha y se convierte en ardiente conservador, poniendo proa a la realidad que lo avasalla. El liberalismo de Bentham galvaniza, cuando a raíz de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, publica una de sus críticas más idiomáticas sobre la carta simbólica de todas las democracias del mundo. Ningún totalitario de hoy, ha llegado en su contenido destructivo de las ideas liberales y de la democracia, cuya carta es la

declaración de los derechos del hombre al punto que llega Bentham en su célebre crítica. En 1793, cuando la convención nacional presenta un proyecto sobre los nuevos derechos del hombre y del ciudadano, Bentham otra vez lanza sus más furiosas acometidas.

El filósofo del utilitarismo se declara contra la ideológica liberal, pero aún va más lejos. Pronuncia sus ideas conservadoras en el orden estadual. Así tiene la mayor parte de su obra de un sentido neutro frente a la organización del Estado. A Bentham no le interesa el sistema por el cual se rigen los Estados, sean éstos republicanos, monárquicos, aristocráticos o populares, él lo que busca es realizar la felicidad y el bien del mayor número, por medio de códigos que regulen la vida social y principalmente por leyes secundarias. Es debido a este fenómeno circunstancial que la mayor parte de la obra benthamista tiene más una idea de servicio que una tendencia ideológica. Bentham busca la felicidad de sus semejantes sin preguntarles si son liberales o conservadores, situándose por esta postura más cerca de las finalidades conformistas de la vida. Por eso causa sorpresa al lector desprevenido que en su época Bentham hubiese sido bandera del liberalismo. Lo que ocurría es que las viejas buellas del cristianismo anti-epicurista, surgían frente al filósofo del sensualismo y del placer, olvidándose que el sistema del aprovechamiento del goce de Bentham y de los epicúreos no es sino una fórmula convergente con el ascetismo al que se llega por la conquista de la felicidad y no por el uso ni el abuso desordenado del goce, sino mediante la ataraxia, es decir, de la quietud eufórica que se aparea con el nirvana de los budistas o el éxtasis de los místicos cristianos. La disputa sobre el benthamismo no fué de carácter jurídico ni social entre los románticos y los conservadores, entre los liberales y los clásicos, sino simplemente de política religiosa y desde aquella postura se observa que Jeremías Bentham no es conservador, pero también se comprueba que no es liberal. El pabellón averiado del sensualismo benthamista cubrió toda la mercancía jurídica y social del gran reformador británico. Así el combatir sus doctrinas morales se combatió su obra de jurisconsulto y de hombre de leyes.

Otro aspecto interesante en la obra de Bentham es la fe, que puso en los destinos de nuestra América Hispana, considerándola como terreno propicio para la siembra y germinación de sus ideas de reformista.

Aunque no descuidó sus relaciones ni con Grecia, ni con Rusia, ni Liberia, Bentham creyó que eran estos nuevos países de la América donde él podía realizar sus sueños de reformista apasionado. Europa, vale decir, Francia e Inglaterra habían puesto a Bentham en esa decorosa situación en que se suele colocar a los hombres eminentes, dejando que su influencia y su prestigio, se difundan y amplíen en el exterior, mientras es cada vez más raro el aire de las cumbres internas del propio país. Bentham fijó su mirada en los horizontes de las nuevas repúblicas. Sus libros traducidos al español se difunden desde París o Madrid y el mismo se enorgullece, cuando dice que en un año se habían vendido 40.000 ejemplares de sus libros en la América Hispánica. No sólo es ésto sino que su casa de Londres fué el lugar de cita de las más altas figuras hispanoamericanas de la política y de la revolución. Pero aún es más la influencia que tiene Bentham con los hombres más importantes de la revolución americana. Sostiene una nutrida correspondencia, les envían sus consejos, les obsequia sus libros y finalmente les manda largas exposiciones de motivos sobre proyectos de códigos constitucionales. Llega un momento, hacia 1820, en que Bentham es el consejero universal de los grandes hombres americanos ya porque les soliciten o también porque los ofrezca en forma espontánea, pidiendo como retribución que "indiquen el origen de sus proyectos". Sostiene una copiosa correspondencia con el Emperador del Brasil, Pedro el Grande, y le ofrece un código constitucional para sus estados. Igual intercambio de ideas mantuvo con Bernardino Rivadavia. También le ofrece una constitución adecuada a su país. Llega Bentham a una gran intimidad con el Presidente Pétion de Haití. Es notable la correspondencia que unió ideológicamente a Jeremías Bentham con José del Valle, pensador y estadista, que bajo la influencia de las ideas del jurisconsulto inglés redactó el acta de la independencia de Centro América. No digamos nada de la amistad que vinculó al Precursor Miranda por ser ampliamente conocida. En los Estados Unidos de Norte América influyó en el pensamiento de Hamilton y de Madison, que son patentes en sus teorías sobre la concepción del Estado y sobre el contenido de la soberanía. Además preparó el proyecto de constitución federal para Filadelfia.

Bentham es, pues, el deminguo político, es el proteo del derecho constitucional que asoma a todos los meridianos de nuestra América y a las cumbres más eminentes de ella. Es

por este hecho que resulta descollante y pleno de hondo sentido para la filosofía de la historia el contemplar la influencia de un hombre extraordinario sobre otros también excepcionales, que en aquellos días estaban forjando la historia en las fraguas de la lucha y del heroísmo.

Antes de ingresar al tema central del presente trabajo, deseamos analizar a rasgos generales la influencia de Jeremías Bentham en Colombia. Hemos registrado la doble corriente de inducción y de estímulos mentales que hubo entre Bentham y los países Hispano Americanos. Ahora queremos anotar la influencia del filósofo del utilitarismo en este país. En el fenómeno de las influencias intelectuales de Europa sobre Hispano América hay algunos detalles llenos de sugerencias. Por qué, por ejemplo, mientras en Colombia Bentham es leído y comentado, Destut de Tracy es objeto de igual entusiasmo en Bolivia con olvido del autor de los *Sofismas Políticos* y en el Perú son otros quienes dirigen a las inteligencias mientras en Buenos Aires los herederos de los roussonianos como Montegudo con los epígonos de Rivadavia que es benthamista? Esta interrogación viene a plantear el problema de las relaciones entre la filosofía y la historia entre las ideas filosóficas y la realidad de la cual han surgido.

El benthamismo es un sistema que expresa un conjunto de ideas, el que como todas las tendencias filosóficas han pretendido poseer un valor universal. Por esto hablar de benthamismo en Colombia es buscar la personalidad inductora que lo asimiló y lo propagó con las formas y esencias del fenómeno de la simpatía intelectual. Podría decirse que la mitad del benthamismo en Colombia fué el doctor Azuero, y la otra mitad quienes lo combatieron. La medida de la propagación de las ideas benthamistas en Colombia nos han dado la facilidad con que hemos adquirido preciosas ediciones de los años 1820, 1830 y 1838, procedentes de Madrid, París o Bundeos. En otros países de nuestra América que hemos visitado, sólo pudimos encontrar obras de Bentham en las bibliotecas, siendo inasequibles en el mercado. El doctor Azuero, cuya personalidad y fervor benthamista ha sido bellamente estudiado por el ilustre académico don Fabio Lozano y Lozano, estuvo unido por una fraternal amistad con el Presidente de Colombia, el General Francisco de Paula Santander. Esta amistad intelectual del catedrático con el político colombiano, esbozó el panorama ideológico en un atrayente momento histórico del pensamiento colombiano que nos limita-

mos a enunciar. "Ha muchos años —dice el Dr. Vicente Azuero, refiriéndose a esa influencia de Bentham en 1825— que Bentham es conocido, citado, copiado y venerado por varios escritores nacionales aun desde los tiempos de la dominación española y de la infame inquisición. Desde los ominosos tiempos del antiguo gobierno, los tratados de legislación de Bentham hacían ya el objeto de estudio y las meditaciones secretas de los Camilo Torres, de los Camacho, los Pombo y otros ilustres mártires y primeros fundadores de la independencia. Los mejores representantes y senadores lo citan frecuentemente con respeto y admiración en los salones y el congreso; varias leyes han sido reformadas conforme sus principios. Y cuál es finalmente el patriota, el literato colombiano que no procura adquirir y estudiar a Bentham?"

Como contraste a esta amplia acción intelectual de Jeremías Bentham ejercida en Colombia tal como pinta el doctor Azuero, hemos llegado a establecer que el momento en que la obra benthamiana, comienza a cobrar vida en Inglaterra es en el año 1868, cuando su política y su obra de reformador encuentran el clima propicio para sus realizaciones. Stuart Mill en sus apasionantes Memorias nos cuenta como por aquellos años su padre y él mismo con un pequeño grupo de amigos se constituyeron en propagandistas del sensualismo benthamiano. Así, pues, mientras Bentham era admirado, discutido, copiado y combatido en Colombia en 1830, en su propia patria era ignorado o apenas leído por los suscriptores de sus panfletos y de su revista Westminster. Por eso, era el afán de Bentham de acercarse a los grandes hombres de América que fué la tierra de promisión de sus reformas y el paraíso de sus sueños, para la realización de muchas de sus bellas utopías. Así como Bernardino de Saint Pierre y Chateaubrien, creyeron que en América estaba la isla encantada de la felicidad, Bentham acarició que en América, tierra nueva de horizontes incendiados de promesas, podía convertir en expresiones tangibles y palpitantes sus quimeras reformistas.

LA VINCULACION DE BOLIVAR Y BENTHAM

El sensacional acerto de Fülöp Müller nos llevó a buscar la comprobación de él, rastreando en los documentos que pudimos, por todos los cabos sueltos esparcidos con la finalidad de negar o afinar el contenido de la información del histo-

riador austriaco, ya que éste en su libro *Fanatici e Rebeli* sólo enuncia, sin citar ni el origen ni tampoco comprobar su pensamiento.

Para acercarnos al acerto de Filop Müller, hemos asoleado nuestra curiosidad a varios campos de observación y son estas las impresiones que vamos a transmitir ahora, agregando el proceso de la formación y de la redacción del Código Constitucional de Bolivia.

Debemos en primer término para nuestro afán establecer los términos de la vinculación amistosa entre Bolivia y don Jeremías Bentham. ¿Cómo se creó la amistad entre el Libertador y el filósofo del sensualismo?

Algunos historiadores han señalado en forma intransigente que Bolívar hubiese conocido a Bentham en el apogeo de su producción y de su fama cuando el Libertador viajó a Londres en su célebre misión diplomática, acompañado de don Andrés Bello. No habría sido nada raro que Bolívar, que se encontraba sediento de penetrar en el misterio del mundo y en conocer todos los elementos auxiliares para el cumplimiento de su cometido revolucionario y diplomático en la capital inglesa, hubiese encontrado oportunidad para vincularse a Bentham, con el que precisamente don Andrés Bello trabó íntima relación, sirviéndole inclusive como traductor y coordinador de sus trabajos. Nos atenemos a Mancini, quien nos refiere con lujo de detalles la presencia de Bolívar y de sus compañeros en Londres, las recepciones a las que asistieron, el retrato que se hizo del joven Bolívar en el taller del pintor Gill, los paseos que los diplomáticos revolucionarios hicieron por las lujosas avenidas londinenses y por último, la gestión de las negociaciones que fueron el objeto de su viaje. Pero Mancini no alude para nada a ese posible conocimiento de Bolívar y Bentham en Londres. Nosotros nos atenemos a lo que dice Bentham mismo. Bentham en una carta dirigida a Rivadavia, hablando de otros asuntos y como para elogiar al prócer argentino le dice lo siguiente: "Si el tiempo y mis pobres gentes me lo permiten me propongo enviarle copia a su aliado natural: Bolívar a quien conozco por haberlo visto bien, estando yo invisible en mi ermita, y al cual ya conocía por referencias de Francisco Miranda y otros amigos comunes". Esto revelaría que Bentham y Bolívar no se conocieron personalmente en Londres.

Jeremías Bentham se había acercado a Bolívar con mayor atracción y seducción que a otros hombres de estado de

nuestra América. El Libertador era la figura más alta, la más admirada y la que con mayor estimación se consideraba en Europa a principios del siglo XIX. De aquí que para Bentham constituía punto de orgullo el que sus proyectos fueron captados por el Libertador. Había probado su influencia de jurisconsulto ante la Constituyente francesa. Ahora en 1825, Bolívar era para Bentham una tentación y una meta. El fabricante de constituciones entabla una correspondencia con Bolívar y le remite un proyecto de Código Constitucional precisamente cuando el Libertador recibía la solicitud del Congreso de Chuquisaca, para que le diera un estatuto constitucional. Por lo que tenemos averiguado fué Bentham el que se acercó al Libertador, abriendo el filósofo el camino para una correspondencia en igual forma como había hecho con otros personajes de nuestra América.

Esta correspondencia entre Bolívar y Bentham hasta el presente permanece inédita y sólo se conocen de ella algunas piezas lo suficientemente elocuentes y precisas, para que sin recurrir a lo oculto, podamos formarnos una idea de las relaciones que existieron entre el Libertador y el jurisconsulto británico. Vamos a comentar los acápites más importantes de la carta que dirige Bentham a Bolívar en Chuquisaca, fechada el 13 de agosto de 1825.

La correspondencia entre estos personajes debía ser rigurosamente reservada, al menos es este el pedido de Bentham a Bolívar. Este detalle es muy interesante para explicar el que no se haya difundido nada la correspondencia sostenida por el Libertador y el filósofo. "Me gustaría —le dice el filósofo— que la correspondencia que tengamos quede oculta entre las sombras antes que su publicación despierte en alguna parte celos que tiendan a perjudicar los fines que se procuran". En otra carta Bentham agrega: "En un tiempo tuvimos él (Bolívar) y yo cierta correspondencia y por recomendación mía, dió el grado de coronel a un hombre de talento de nombre Hall, que había servido como teniente en el ejército inglés."

El General Santander y el doctor Azuero no obstante estas recomendaciones de reserva, conocieron el intercambio epistolar de los personajes que comentamos. Conocían esa correspondencia. He aquí que se puede hallar en una carta de Santander dirigida al Libertador en Chuquisaca sobre el asunto, que le dice lo siguiente: "Azuero tiene empeño en que me remita usted las cartas de Bentham a usted, y yo también me

intereso por ello. No se olvide usted de esa súplica. Bogotá 6 de setiembre de 1826."

El Libertador, parece que fué bastante cordial para el filósofo, tal como puede observarse por la carta siguiente: "Por desgracia el peso de la esclavitud apaga los espíritus y los pone en estado de ser indignos de la libertad. Por eso es que tanto merece atención el cultivo de las ciencias de que usted me habla para que el hombre aun en medio de las cadenas, pueda descubrir siquiera que tiene derechos que reivindicar. . .

"Espero con ansia que la bondad de usted se sirva dirigirme nuevamente las obras de Legislación Civil y Judicial juntamente con las de educación nacional, para estudiar en ellas el método de hacer bien y aprender la verdad, únicas ventajas que la Providencia nos ha concedido en la tierra y que usted ha desenvuelto maravillosamente prodigando con profusión sus goces a los individuos de nuestra desgraciada especie, que largo tiempo sufrirá todavía el mal y la ignorancia. — Bolívar — Caracas, 15 de enero de 1827. — Acusa recibo de su carta de fecha 13 de agosto de 1825".

Resulta también interesante recordar la carta de Bentham en la que traza amargas quejas contra Bolívar y que están concebidas en los siguientes términos:

"Pero, parece que durante el curso de la oposición que él (Bolívar), experimentó, algunas personas se apoyaban para ello o citaban mis escritos, y tal fué la causa que juzgó a propósito expedir un decreto, poco hace, cuyo objeto declarado era impedir que ninguno de ellos fuera leído". En otra carta dirigida al Almirante Mordvinoff, Bentham al referirse a Bolívar le dice lo siguiente: "En el Estado de Colombia, antes América Española y en la carrera militar es uno de los héroes (Santander) que no ha tenido superior sino Bolívar, en la carrera civil y bajo la presidencia de Bolívar ha sido Vicepresidente, más junto con un servidor de usted, habiendo caído en desgracia, del archihéroe, ha sido obligado a correr igual suerte, es decir, a ser expulsado de su país del mismo modo que mis obras, que han tenido el honor de ser traducidas dos veces en la lengua de usted."

Lo anotado es bastante elocuente y categórico para apreciar que existió una relación amistosa e ideológica a través de la distancia entre el polígrafo británico y el héroe máximo de la América Hispana.

LA CONSTITUCION BOLIVIANA DE 1826 Y SU IMPORTANCIA EN LA HISTORIA DE AMERICA

Los planes de Bolívar

Desde luego, la Constitución de Bolivia se ofrece ante la mirada de la Historia Continental como una de las fuentes más llenas de atractivos para la investigación, por su doble contenido jurídico y por su trascendencia de proyecciones americanas. Si estos dos aspectos no fueran bastante para inquietar al espíritu, hay uno de gran sugestión psicológica y es que esta constitución de Bolivia fué la piedra del sacrificio del Libertador. Allí Bolívar tuvo el instrumento de sus más hondas preocupaciones, y se le abrió la senda a un nuevo y desconocido destino. La Constitución de Bolivia, americana por su esencia, estaba sustentada por la columna vertebral de la idea federativa y animada por la fuerza de una quimera de común signo que debía gobernar a varios pueblos hermanos libertados por Bolívar. Esta Constitución marca el signo crucial en la epopeya del Libertador. Es por esto que tenemos que buscar mediante el análisis, la profundidad del plan bolivariano, la voz del destino, el grito de la historia que movió al Libertador, para lanzarse a la empresa de la Confederación, sirviéndose de la fuerza aglutinante que fué la Constitución Boliviana de 1826 y que contenía la fuerza destructiva como una bomba de tiempo de toda su obra estadual?

La Constitución de Bolivia para su comprensión nos obliga a distinguir dos aspectos complementarios y esenciales que son el sistema de su estructura interna: la vitalidad del Presidente y la organización del sistema federal. La vitalidad del Presidente completaba la idea de la federación y según algunos hasta iba mucho más lejos, hasta las cuatro tablas cubiertas de terciopelo, que dijo Napoleón.

La idea de la Presidencia vitalicia no respondió solamente a las necesidades de la estructura del Alto Perú, sino que era el eje de un sistema político interamericano y estaba vitalizada por la orientación del espíritu de Bolívar como savia motriz. La Constitución Boliviana fué para el Libertador la base de un complejo mecanismo federal que había meditado y que representaba el común denominador de unión entre estados a los que sólo separaban matices diferenciales, que respondían al estilo nacional, pero unidos por el principio de

la proyectada presidencia vitalicia. La Constitución Boliviana fué en este sentido la carta magna de la unión federal de Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela.

He aquí cómo el Libertador con elocuencia y sinceridad relevantes, traza el plan relativo al funcionamiento de la Constitución Boliviana, y que nos inhibe de todo comentario, en la carta que con fecha 12 de mayo de 1826 dirige desde La Magdalena al General La Fuente:

"Después de pensado infinito, hemos convenido entre personas de mejor juicio y yo, que el único remedio que podemos aplicar a tan tremendo mal (la situación lamentable que el mismo Bolívar apunta en párrafos anteriores de Colombia y Venezuela) es una Federación General, entre Bolivia, Perú y Colombia (La Gran Colombia) más estrecha que la de Estados Unidos, mandada por un Presidente y un Vicepresidente, y regida por la Constitución Boliviana que podría servir para los Estados en particular y para la Federación en general, haciéndose en aquello las variaciones del caso. La intención de este pacto es la más perfecta unidad posible bajo forma federal. El Gobierno de los Estados Federales o particulares, quedará al Vicepresidente con sus dos cámaras para todo lo relativo a la religión, justicia, administración civil, economía, y en fin, todo lo que sea relaciones exteriores y guerra. Cada departamento mandaría un diputado al Congreso Federal y estos se dividirían en las secciones correspondientes teniendo cada sección un tercio de diputados de cada República. Estas tres Cámaras con el Vicepresidente y los Secretarios de Estado que serán escogidos en toda la República, gobernarán la Federación. El Libertador como Jefe Supremo marchará cada año a visitar los Departamentos de cada estado. La Capital será el punto céntrico. Colombia deberá dividirse en tres estados: Cundinamarca, Venezuela y Quito. La Federación llevará el nombre que se quiera, habrá una bandera, un ejército y una sola nación. De cualquier modo que sea es indispensable que se dé principio a este plan por Bolivia y Perú, como que por sus relaciones y situación local necesitan más el uno del otro. Después me será fácil hacer que Colombia adopte el único partido que le queda de salvación, unido al Alto y Bajo Perú, Arequipa será la capital de uno de los grandes Departamentos que se formen a manera de los tres de Colombia."

"Este es el plan que hemos concebido y el cual debemos adoptar a todo trance aunque sea haciéndole algunas modifi-

caciones que nunca lo destruirán por su base. Por lo mismo es preciso, mi querido General, que usted haga escribir mucho sobre esto y a fin de disuadir a aquellos que quieran oponerse a él, pues, no faltarán opositores. Diré, además, que la reunión del Alto y Bajo Perú, es necesario a los intereses de América, porque sin esta reunión no se consigue el plan de federación: que esta reunión interesa al Perú y últimamente que ningún otro Departamento debe estar más interesado en ella que el de Arequipa, porque además que le asegura la preponderancia mercantil que naturalmente iba a perder con la separación del Alto Perú, ganará infinito con la reunión de los Departamentos de Cuzco, Puno, Arequipa, que están destinados a formar parte de los Estados Unidos y cuya capital deberá ser Arequipa."

"En fin, General, medite usted un solo instante las ventajas que nos ha de producir esta Federación General, medite usted el abismo de males de que nos vamos a librar y no le será a usted difícil conocer cuanto es el interés que debemos tomar en un plan que asegura la libertad de la América unida en el orden y en la estabilidad, y últimamente acuérdesese usted que nuestro destino puede abreviarse con la realización de un proyecto en el cual puede usted tomar mucha parte."

No necesitamos agregar nada más sobre este asunto, pero eso sí, debemos subrayar especialmente que el Mariscal Sucre y el General Santander, también se encontraban en el secreto de los planes de Bolívar tal como puede comprobarse con la lectura de la correspondencia de Bolívar con esos próceres y que no citamos porque los términos son la repetición, aunque no tan explícita como la carta dirigida al General La Mar.

Bolívar puso en marcha la realización de su plan entre el Perú y Bolivia, con la firma de un tratado que fué celebrado en Chuquisaca por el enviado peruano don Ignacio Ortiz de Zevallos. En dicho tratado se establecía la necesidad de la unión entre Bolivia y el Perú, una Constitución y el servirse del mismo código fundamental, con miras a la constitución de un Estado Federal bajo los auspicios del Libertador como Presidente. Este Tratado de Federación explica la tenacidad y el fervor que tuvo Bolívar por esta Constitución, y que no fué como él soñó "El Arca que salvaría el naufragio a los pueblos americanos", sino su roca tarpeya.

Pero, el plan de Bolívar no sólo quedó esbozado, sino que como hemos puesto de relieve se llevó a la práctica en su

primera etapa, viniéndose luego abajo. La Constitución Boliviana del año 1826 fué triturada en Chuquisaca por el motín del 18 de abril que costó un balazo al Mariscal Sucre, la Constitución Boliviana que fué aprobada en el Perú, luego caía derribada, y en Colombia no pudo tener más triste destino. Santander no fué partidario de la Constitución Boliviana, en lo que ella representaba no el sistema federal, sino el tipo vitalicista, repudiado por los pueblos como antidemocrática, aunque hay algunos párrafos en sus cartas que en medio de elogiosos conceptos se siembra el germen de la duda sobre la eficacia de la citada Constitución Boliviana.

Con todo, bueno es recordar que las generosas ideas de Bolívar no sólo chocaron con la psicología y con los anhelos de las naciones recientemente libertadas, decimos naciones y no estados, sino que encontraron resistencia vigorosa que provenía de la situación que estos países acababan de abandonar. Las naciones americanas habían vivido bajo el régimen colonial, que era un sistema de federación planificada, unidos por la base común del imperio español, para cuya subsistencia, inclusive algún jurista tan notable como el Padre Vitoria, sostuvo que este imperio estaba integrado por un conjunto confederal de naciones y no estados. Una de las causas que había engendrado el descontento de los americanos era no sólo el conseguir la independencia de la madre patria, sino la independencia irrestricta e insobornable, nacida del hecho diferencial de cada región, frente a cada una de las otras regiones que llevaban en el contenido nacional perfiles de una fisonomía propia y original. Las orientaciones confederales de Bolívar, nacidas de un sentido de responsabilidad y del sentimiento intelectual del estatismo, no repugnaban a los americanos porque vieran del Libertador, ni porque quisiera o no coronarse emperador o rey, como se dijo, sino porque el hecho ciertamente bien inspirado, constituía ante el espíritu de los pueblos recién libertados una supervivencia y un residuo de un sistema contra el cual habíanse revelado los americanos como fenómeno inmediato y como consecuencia madura de esa idea de emancipación, que había alcanzado la voluntad realizadora como una fuerza impostergable y urgente destino. El nacimiento de estos nuevos organismos estatales, no fué un hecho episódico, sino el fruto de una gravitación de fuerzas determinantes. La independencia vino, pues, asistida de la ocupación de España y como la expresión veridímicamente de un otoño que recogiera ya la

cosecha de la libertad y de la independencia, cuyas causas son bien conocidas y que escapan a la consideración de los términos del presente trabajo.

LA GENESIS DE LA CONSTITUCION BOLIVIANA DE 1826.—EL PAPEL DE UNANUE Y PANDO

Vamos a referirnos a la génesis de la Constitución de Bolivia practicando un proceso de descomposición parecido al que pudiera operarse al desmontar un reloj, o si se quiere realizando un proceso de análisis íntimo sobre su formación y estructura. La química burocrática de esta Constitución Boliviana resulta llena de sugerencias y de interés.

Cómo aparece Bolívar autor de una Constitución para el nuevo Estado a pedido de la Asamblea de Chuquisaca, y después redactada tan a la medida de los deseos del propio Libertador?

Según la versión histórica conocida el Congreso de Chuquisaca solicitó a Bolívar para que éste redactara una Constitución, destinada a regir los destinos del nuevo Estado. Pero, es indudable que esta petición resulta en todos los puntos coincidentes con la voluntad y con los deseos del Libertador. No es posible aceptar que los miembros del Congreso de Chuquisaca, que precisamente habían sido nombrados para legislar, hubiesen solicitado por su propia iniciativa esa Constitución. Lo que debió ocurrir es que Bolívar se mandó invitar para la realización de ésta, a fin de no aparecer como iniciador de un movimiento que él venía gestando, precisamente a base de las ideas centrales de esa Constitución concordante con su pensamiento de no fundar el nuevo Estado sino como un instrumento para futuros desarrollos.

Sea como fuere, Bolívar se muestra sorprendido ante la solicitud, y cuando remite desde Lima el texto de la Constitución, la envía acompañado de estas imprecaciones teatrales:

"Yo Legislador vuestro engaño y mi compromiso se arrebatan la preferencia: no se quien padezca más en este horrible conflicto; si vosotros por los males que debéis temer de las leyes que me habéis pedido o yo del oprobio a que me condenáis por vuestra confianza. He recogido todas mis fuerzas para exponeros mis opiniones sobre el modo de manejar hombres libres por los principios adoptados entre los pueblos cultos, aunque las lecciones de la experiencia sólo

muestran períodos de desastres interrumpidos por relámpagos de ventura."

Veamos ahora el proceso de la formación íntima de la Constitución.

Acéptese que bajo la sugestión del Congreso de Chuquisaca Bolívar planea la Constitución, pero no olvidemos que el Libertador tuvo que ser reducido por diversos medios, para inclinarlo ante el hecho de la fundación de Bolivia, y que él ya había dispuesto un plan federalista que precisamente era contrario a la fundación de la nueva República, y así surge en la órbita de los pensamientos políticos del Libertador la idea de la Constitución Boliviana como un punto de conciliación entre sus ideales y los que acariciaban los doctores del Alto Perú.

De aquí que debemos poner en primer plano para explicar la gestación de este Código Constitucional el pensamiento de Bolívar, al que animaba una poderosa voluntad de acción, que era la Presidencia vitalicia, "que debía ser como el sol, que fuese en el centro de la vida al universo. Esta supremacía autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquía se necesitan más que en otros un punto alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas". Este pensamiento rector estaba complementado con el plan de la Confederación que era el "Arca Santa de la salvación en el naufragio de los países."

Este punto central de la Constitución Bolivariana, cualquiera que sea su forma literaria es la más pura y la más auténtica interpretación de los más profundos anhelos y de los más ardientes deseos políticos del Libertador. No obstante para dar fuerza a esta inquietud y en cierto modo justificarla ante el criterio del Congreso de Chuquisaca, Bolívar invoca la duración de la investidura de los Presidentes de Haití. "La isla de Haití —dice— se hallaba en insurrección permanente, después de haber experimentado el imperio, el reino, la República, todos los gobiernos conocidos y algunos más se vio forzado a recurrir al ilustre Petión para que la salvara. Confiaron en él y los destinos de Haití no vacilaron más. Nombrado Petión Presidente vitalicio con facultades para elegir su sucesor, ni la muerte de este grande hombre, ni la sucesión del nuevo Presidente, han causado el menor peligro en el Estado; todo ha marchado bajo el digno Boyer en la calma de un reinado legítimo, prueba triunfante de que un Presidente vitalicio con derecho a elegir su sucesor, es la inspiración más

sublime del orden republicano". No cabe duda que esta vez el Libertador al elogiar a Pétion es el artífice también de su propio elogio.

Este punto central lo damos por establecido como inspirado por Bolívar, aunque según la experiencia libresca, hubiese sido tomado de la Constitución de Haití, promulgada el año 1806, y que sufrió algunos retoques el año 1816, que también conserva la Presidencia vitalicia y su autoridad para elegir el sucesor. No obstante se sostiene que Bentham fué el inspirador de esta Constitución de Haití, y que el filósofo británico la hubiese preparado, tenemos la duda de que Bentham hubiese podido inspirar esa idea contraria a la igualdad que sostuvo siempre con tanto ardor y que también está enferma de antirrepublicanismo. Mediante un estudio comparativo de la Constitución de Haití y los principios benthamianos se encuentran muchos puntos de contacto pero estos puntos de contacto son de carácter adjetivo frente a la parte básica que es el vitalicismo, la piedra del arco clave de esta construcción constitucional.

Analicemos otros aspectos interesantes.

El Libertador abandonó Chuquisaca sin entregar el texto de la Constitución. Mientras su permanencia en la capital de Bolivia recibe la Carta Fundamental de Jeremías Bentham, juntamente con la que le envía el proyecto de los principios que deben servir de guía en la formación de un Código Constitucional. Este Código llegó a Chuquisaca a fines de diciembre de 1825.

La parte esencial de la referida guía consta de los siguientes capítulos:

1.—La Constitución para un Estado debe tener por objeto la felicidad del mayor número, esto es, de la mayor parte de los individuos que lo componen, lo cual se conseguirá con la mejora y adelantamiento de sus intereses.

2.—Gobernar a un Estado no es posible sin una fuerza coactiva, la cual no se ejerce nunca sin que la acompañe cierta infelicidad, de consiguiente el neto producto de la felicidad que proporcione un Gobierno, será el remate de esa felicidad reducida a la parte que ella hay de deshecha.

3.—Los fines a que se debe aspirar en la formación de un código constitucional para un Estado son: 1) La subsistencia. 2) La abundancia. 3) La seguridad. 4) La igualdad de

los individuos en un grado máximo, en cuanto a este grado sea compatible con igual goce de estas ventajas de los demás.

Estos son los principios fundamentales de la guía anotada. El panfleto se divide en los siguientes capítulos: I.—Principios que deben servir de guía en la formación de un Código Constitucional para un Estado. II.—Qué fines debe proponerse el que la forma. III.—Medios principales que deben emplearse para la consecución de los fines mencionados. Esta guía consta de catorce hojas y en realidad es una gramática para la elaboración de una Constitución y no la Constitución misma.

Instalado nuevamente Bolívar en Lima se dispone a desarrollar el gran plan de su futura batalla política, cuyo sistema nervioso central debía estar animado por la Constitución destinada al Congreso de Chuquisaca y que al resplandor del tiempo iba a tomar el nombre de Constitución Boliviana de 1826. Según el testimonio de uno de los amigos fieles del Libertador, el General Cipriano Mosquera, consignado en sus Memorias, Bolívar entregado personalmente a las tareas activas del Gobierno y de la política del Perú, formó una comisión íntima, algo así como un trust de cerebros a quienes encargó de materializar sus planes relativos a la Constitución destinada a Chuquisaca y discutir con sus eminentes consejeros los tópicos filosóficos, políticos y jurídicos relativos a dicha carta magna no sólo de la nascente República, sino de todo un grupo importante de naciones andinas de la América del Sur. Según el General Mosquera a cuya información nos atenemos dándole además todo el crédito necesario para la categoría de los personajes que intervienen en la célula constructiva del nuevo organismo constitucional. Dicha comisión estaba integrada por Hipólito Unanue, José María Pando y Tomás de Heres.

La información del General Mosquera es tanto más irrefutable, cuanto que el destacado historiador peruano don Raúl Porras Barrenechea, al comentar la situación de Pando con Bolívar en su intervención frente al Congreso de Panamá, ratifica esta versión con las siguientes palabras: "Pando pone al servicio del Libertador de pueblos su experiencia despótica y en Lima se susurra que fué él quien redactó el exordio de la Constitución vitalicia, en la que por lo menos colaboró con su experimentado consejo y con su pluma. Bolívar entusiasmado y agradecido por el talento de Pando escribe en estos días a Sucre: "El señor Pando es el sujeto más

ilustrado que he conocido en todo el Perú, hombre de una firmeza inalterable y buen político". Sobre este mismo asunto recogemos por ser de interés para esta investigación una carta de Bolívar dirigida al Mariscal Sucre, que copiamos del sugestivo libro "El Gran Mariscal José de La Mar" del notable historiador peruano don Luis Alayza Paz Soldán, y que dice así: "Se está imprimiendo hoy mismo mi Constitución Boliviana; ésta debe servir para los Estados en particular y para la Federación en general, haciendo aquellas variaciones que sean necesarias. Usted debe dar el ejemplo con Bolivia, a esta Federación, adoptando desde luego la Constitución que ha recibido una perfección casi inesperada (subrayamos nosotros), Pando dice que es divina, pues, es la obra del genio y que es la perfección posible. Pando es un hombre incapaz de adular, recto hasta inexorable, instruido y firme más que nada, por consiguiente debemos creer la aprobación de Pando: él cree la Constitución adaptable al Gobierno de un Estado y de muchos a la vez, con las variaciones del caso". Estas declaraciones de Bolívar aparentemente vendría a dar por tierra con la demostración que venimos haciendo. Pero, en medio de estas brumas de incertidumbre, nada nos autoriza a aceptar como verdad indestructible la información de Bolívar. El orgullo del Libertador podía aceptar los elogios de Pando y además esparcilos para dar mayor autoridad a esta obra en la que ha depositado tanta fe, y cuyo prestigio se hubiese debilitado en aquellos días si los congresistas de Bolivia hubiesen conocido su origen burocrático.

La figura del sabio Unanue prestaba su colaboración en esta obra con el prestigio de su honestidad política y la honrada sinceridad de su conciencia patriótica. Unanue egre- gio intelectual discrepante de Bolívar, coincide con el Libertador cuando asoma a su obra el sentido de una orientación aristocrática y conservadora, surgido del mismo laboratorio donde fermentaba la democracia primitiva de los países americanos. En este grupo de hombres entregados a una tarea de proyecciones históricas y sociales, Unanue es el hombre de las grandes abstracciones, el espíritu geométrico, que es el artífice de moldes sobre los que habría de vaciarse una realidad hirviente e informe. Es el espíritu prismático del intelectual superior, que descompone la luz en la gama cromática, quedándose suspenso ante la dificultad del momento y sobre todo ante el instante supremo de la decisión. Unanue fué el hombre del análisis, de la comprensión y del estudio,

José María Pando fué el hombre de las leyes, el jurisconsulto de un poderoso cerebro, organizado para las estructuras legales. Fué la expresión mental de la juridicidad, animada por una brillante cultura de letrado de alta alcurnia mental. El estilo jurídico de José María Pando fué la arquitectura, el ornato y la decoración del Código Constitucional de Bolivia, lleno de precisión de austera sobriedad y no exento de una solemne tesitura elegante. El ilustre jurista venezolano Guzmán en su estudio sobre el proyecto de Constitución publicado en Lima en 1826, hace un sesudo estudio de dicho instrumento, y cuya exaltación elogiosa indudablemente no sólo está dirigida a Bolívar sino también a José María Pando. La obra jurídica de este notable abogado peruano es, por cierto, una de las más valiosas y brillantes entre las realizadas en los tiempos heroicos de la República en el Perú.

La intervención del colombiano Heres en la comisión no puede explicarse sino como la presencia de un elemento político que tal vez llevaba en forma enérgica el pensamiento fundamental de Bolívar, la aprobación o el veto de Heres debió constituir para el intelectual y para el jurista una anticipada decisión del Libertador. Heres, allí era la voz del sentido común, la expresión de la plasticidad y del acomodo y también la presencia un poco policial del propio Libertador mediante una voluntad vigorosa, puesta al servicio de una voluntad genial.

Enviada la Constitución a Chuquisaca allí sufrió algunas modificaciones, que no fueron sustantivas e inclusive actuó con algunas intervenciones muy juiciosas y bien inspiradas, el Mariscal Sucre, tal como hemos podido comprobar en las observaciones hechas de su puño y letra al texto del proyecto constitucional ya impreso en Chuquisaca y cuyo precioso documento se encuentra en poder del señor Mutis Daza, acucioso coleccionista de Bogotá.

El debate de la Constitución Bolivariana en la Asamblea de Chuquisaca no tuvo la importancia necesaria desde el punto de vista doctrinal. Algunas modificaciones que se hicieron al texto fueron nada más que formales, sin penetrar al fondo de la contextura del documento básico que se sometió a su examen. Otras eran las preocupaciones de la Asamblea de Chuquisaca y de los ilustres líderes de la opinión, de Olañeta, de Serrano, Infante, Orihuela. La Asamblea de Chuquisaca y Bolívar al discutirse la Constitución estaban determinados por puntos de vista diametrales y distintos. El Li-

bertador no había revelado sus planes y se orientaba hacia la realización de sus ideales sirviéndose de la Constitución como de un instrumento necesario para sus designios. De otra parte los doctores de Chuquisaca por el momento no hacían cuestión de ninguno de los aspectos que interesaban particularmente a Bolívar, que eran el vitalicismo y la futura confederación. El punto central para los parlamentarios de Chuquisaca era la organización del nuevo Estado, al cual era abiertamente contrario el Libertador. La Constitución fué aprobada casi en silencio y con muy pocas modificaciones. Uno de los artículos que la Asamblea modificó al proyecto de Bolívar fué el relativo al reconocimiento por el Estado de la religión católica, apostólica y romana, y luego algunos cambios que no herían en nada ni al conjunto, ni a la forma esencial del articulado.

Como dato de interés transcribimos a continuación el informe que prestó la Comisión de Negocios Constitucionales de la Asamblea de Chuquisaca al proyecto de Constitución, que dice así: "La comisión de negocios constitucionales se ha ocupado veinticuatro días en examinar, con prolijas discusiones el proyecto de Constitución dado por S. E. el padre de la Patria; y a su juicio él puede llamarse el mejor documento de la experiencia y de las luces y el fruto de la más profunda meditación.--- Si la Asamblea General poco circunspécta no hubiere fiado al genio del bien el sublime cargo de escribir en un código los sagrados derechos de Bolivia; si desconociendo las leyes de la más justa gratitud o dejándose arrastrar del ímpetu vehemente de las pasiones hubiese querido librar a sus débiles fuerzas esta grande obra no hubiera procedido con previsión ni con prudencia. La libertad del nuevo Estado se hallaba expuesta a naufragar en el inmenso piélago de opiniones que trae consigo la disolución de un orden establecido o entre el conflicto de sistemas que podrían haber adoptado los primeros representantes del pueblo naciente y embriagado con la lisonjera idea de su soberanía. Su anhelo por recobrar los imprescriptibles derechos del hombre podía haberle extraviado de la senda de su posesión y tal vez sus enemigos, aprovechándose de su noble entusiasmo hubieran intentado precipitarlo en el caos de la anarquía exaltándolo siniestramente."

"Ya Bolivia no corre este peligro, porque supo confiar los primeros pasos de su infancia a la tutela del más grande

de los mortales; y los deseos de sus hijos se han fijado ya para siempre en las bellas páginas de esta sagrada carta. La anarquía y el despotismo huyen desfavoridos a su presencia abandonando la pretensión de apoderarse de este suelo; y sus principios funestos a la humanidad desaparecerán eternamente si al acierto y anhelo con que la Asamblea general pidió una Constitución, unen los bolivianos la veneración y respeto destinados a conservarla."

"S. E. el Libertador, para preparar dignamente el país que lleva su nombre augusto, creyó necesario desterrar de él la falta influencia de unas leyes que sujetaban a reglamentos la agricultura y mandó reducir las tierras de comunidad a dominio particular; desestancó las propiedades, dando un libre paso a la industria rural; prohibió las vejaciones hechas hasta aquí a los indios contando de raíz todo abuso reprobado por la razón y la justicia. Prefiriendo los principios de igualdad y de beneficencia a los cálculos e intereses del erario, hizo desaparecer entre los naturales la prestación de un tributo, que humillaba más que lo ofendía. S. E. pues, creyó oportuno anticipar todos aquellos bienes contenidos en la colección de leyes y decretos del Gobierno sin que los innumerables obstáculos que desde luego se ofrecían a su vista fuesen bastantes para retracarlo."

"Tales son, señor, las bases sobre que está fundado este proyecto de Constitución que llama al pueblo boliviano a darse leyes por órgano de sus legítimos representantes admirablemente divididos en tres cámaras; a nombrar cual ninguno otro sus párrocos, magistrados y jueces; a decretar libremente contribuciones y a pedir estrecha cuenta de sus aplicaciones e inversión. Los contratos celebrados sin violencia, bajo el amparo de la ley, serán religiosamente cumplidos y el abuso de la autoridad no tendrá fuerza para invadirlos. Las propiedades serán respetadas y las personas estarán a cubierto de prisiones y arbitrarios procedimientos. Los delitos que se cometan serán castigados sin excepción, ni miramiento alguno y el precioso derecho de reclamar la observancia de las leyes o pedir el castigo de sus infractores se practicará con toda confianza con los colegios electorales, fieles intérpretes de la voluntad de los ciudadanos. El ingenio y la aplicación libres de las trabas que han encadenado al entendimiento, comunicarán sus ideas y pensamientos para ilustrar a los bolivianos e inspirarles la virtud, los frutos del sudor y de la industria no volverán a ser presa de la rapaci-

dad fiscal. En fin no se conocerá más en Bolivia la cruel y degradante condición de la dignidad humana, la inicua esclavitud."

"El Presidente vitalicio es aquel poder neutro e intermediario, tan aplaudido por los escritores modernos para mantener el equilibrio de los otros (subtrayamos nosotros), y aquel ser separado del Ejecutivo, superior a la diversidad de opiniones y colocado inmovilmente sobre la atmósfera de las disensiones e intereses. La perpetuidad agotando los deseos del Jefe Supremo del Estado debe producir en su corazón una calma que será el apoyo de la paz y felicidad pública. A esta prerrogativa se ha agregado la inviolabilidad. Preciso es confesar que las responsabilidades que se han impuesto a este poder siempre han sido ilusorias, porque se dirigen a un punto demasiado elevado, y muchas veces ellas mismas han servido para hacer nacer el despotismo. Siempre han tenido peores consecuencias que el mal, los remedios inventados para contener el abuso del poder supremo."

"La Constitución de la República de Bolivia precave estos funestos riesgos haciendo pesar toda la responsabilidad sobre el ministerio, a quien están confiados todos los actos del Ejecutivo. El Presidente de la República no puede rehusar un juicio nacional, porque tiene que defender intereses más preciosos que éste o aquella parte de la autoridad."

"No obstante la comisión se ha visto en la necesidad de hacer algunas pequeñas alteraciones en varios artículos del proyecto, confesando francamente que es mejor el texto original. Particulares circunstancias del país y consideraciones de pública utilidad han determinado a ello. El Congreso Constituyente juzgará el valor y fuerza de las razones que sus individuos han tenido para la redacción que se acompaña."

"Ultimamente, la comisión recomienda al Congreso Constituyente la precisión de dictar unas leyes y providencias que hagan mirar con veneración este santo depósito de nuestros derechos, pues sabe que la República de Bolivia sólo puede considerarse libre mientras subsista obedeciendo y respetando. Hasta aquí señor, hemos peleado por la independencia, en adelante debemos combatir por establecer y conservar la Constitución. Chuquisaca 11 de junio de 1826. Firmado: Casimiro Olañeta.— Manuel María Urcullu.— Mariano del Callejo.— Manuel Molina.— José Ignacio de San Ginés.— Mariano Calvimontes.— Mariano Guzmán.— Pascual Romero.— Antonio Vicente Seoane."

Quién hizo una crítica de la Constitución Boliviana fué el Mariscal Sucre, cuyas palabras concretaban la protesta de los altoperuanos y que están volcadas en las siguientes palabras: "De mi parte haré la confesión sincera que no soy partidario de la Constitución Boliviana: Ella da sobre el papel estabilidad al Gobierno mientras que de hecho le quita los medios de hacerse respetar". De la lectura del informe de la Comisión autorizado por las más conspicuas firmas de la Asamblea, se desprende que lo único que interesaba a todos los doctores de Chuquisaca era que Bolivia sellara la independencia del Alto Perú, y si habían pasado por la obsecuencia de glorificarlo y de llamarle el más grande de los mortales, ya no era un esfuerzo muy difícil el aceptar el proyecto de Constitución. Su discusión era pues, una materia inflamable nada propicia a que hubiese sido tocada por los 39 diputados de la Asamblea de los pueblos altoperuanos reunidos en Chuquisaca, bajo la clara amenaza de ver destruídas por sus propias manos el ideal largamente perseguido, que fué materializado por el sacrificio, por el heroísmo y por el sufrimiento de la guerra de los quince años, acciones todas dirigidas a la fundación del nuevo Estado independiente.

LAS DIVERSAS INFLUENCIAS JURIDICAS EN LA CONSTITUCION BOLIVIANA EN 1826

Nos referimos a un aspecto lleno de sugerencias: a los elementos intelectuales que tanto Bolívar como sus consejeros tuvieron a la vista para la redacción de la Carta Magna Boliviana:

Primero.—La Constitución de Haití de 1816. El punto dominante en esta Constitución es el relativo al artículo que fascina a Bolívar, y que está concebido casi en parecidos o idénticos términos al que figura en el proyecto de Constitución enviada a la Asamblea de Chuquisaca. Hemos tenido a la vista las dos Constituciones de Haití y su extenso contenido demuestra que en varios de sus aspectos fué parafraseada de la Constitución francesa de 1789. La Constitución del año 1806 apegada a la letra de la francesa, toma un rumbo más conservador el año 1816. Desde luego, no debe menos que causarnos sorpresa que el genio de Bolívar haya tenido que recurrir en calidad de modelo a la modesta Constitución de Haití, para ofrecerla como un anquetipo a los bolivianos y luego a los otros países que se proponía gobernar mediante

este instrumento. Este método es uno que nos afirma con mayor vigor en que la Constitución boliviana fué redactada por elementos técnicos y no por el propio dictado del Libertador.

Segundo.—Los principios que deben servir de guía para la formación de un Código Constitucional por Jeremías Bentham y además sus obras, principalmente el Tratado de los Sofismas Políticos y en general el contenido de su obra filosófica y política. Es fácilmente espigable la cantidad de principios benthamianos que viven en la Constitución de Bolivia, y que entonces fueron una novedad, y cuya lectura en realidad hoy no nos dice nada sorprendente, porque estos principios han llegado a formar parte del patrimonio común del público ilustrado.

Tercero.—Las Constituciones de Estados Unidos de Norte América, el Código de los derechos del Hombre y del Ciudadano de Francia y la Constitución Española de las Cortes de Cádiz de 1812.

Cuarto.—La Constitución Francesa del Imperio napoleónico. Sobre este particular, consideramos importantes copias las observaciones en un artículo sobre la Constitución Boliviana publicado en el "Mercurio Pecuano" por el ilustre hombre de estudio y escritor Víctor Andrés Belaúnde, sobre la cual dice lo siguiente: "A pesar de sus enfáticas declaraciones, Bolívar cae bajo la seducción napoleónica. No se puede explicar la Constitución del año 26 sin la Constitución consular. De este modo la organización ideada por Bolívar no se conforma con la realidad efectiva de nuestros países. Bolívar en el momento mismo de que tratamos dejó de lado sus antiguas ideas inspiradas en la experiencia secular inglesa e imitó generalizándolo a todas las ramas del poder humano el novedoso y absurdo sistema napoleónico destinado a cubrir con ciertas apariencias democráticas la restauración de un poder más absoluto que el de los antiguos reyes. El año 1826 se decide a trasladar a América la institución napoleónica del consulado vitalicio con derecho a nombrar sucesor, sin confesar el verdadero modelo. Al error esencial del sistema hay que añadir la excesiva complicación. Hay que confesar sinceramente que Bolívar al yuxtaponer expresiones extremadas de principio de autoridad (la perpetuidad) y el principio democrático (la intervención popular en todos los nombramientos), hizo una mezcla defectuosa y una síntesis. En realidad el poder electoral de Bolívar no es original, venía de Sie-

yes, cuyas ideas utilizó para sus propios fines Napoleón. Bolívar quiso realizar el milagro de reunir todos los sistemas. En realidad lo que hizo fué reunir todos los defectos: el absolutismo del régimen vitalicio, la agitación demagógica de las asambleas electorales, los inconvenientes del centralismo y la federación."

Descomponiendo el articulado de la Constitución Boliviana se percibe la posibilidad de diagnosticar el origen ideológico de cada uno de ellos.

La extinción de la esclavitud, la libertad de prensa y la abolición de los títulos tiene el sello inconfundible de la carta magna de la revolución francesa. En lo referente a la comunidad del derecho de los empleos, igualdad de los cargos públicos, es notoria la influencia de la constitución de Virginia. La equidad personal que ensaya el Habeas Corpus, la inviolabilidad del domicilio, la inviolabilidad de la correspondencia, las restricciones impuestas al Poder Ejecutivo en favor de la libertad del ciudadano, la responsabilidad de los empleados, el deber de velar por las libertades públicas, el trámite para coartar la libertad por delitos políticos, el orden de los juicios, la proscripción del tormento y la infamia, la independencia del poder judicial, la garantía de la propiedad, si bien están esbozados en el Espíritu de las Leyes, adquirieron trascendencia práctica en Jeremías Bentham. La consagración de los medios de subsistencia, la extinción de los privilegios, la libertad de tránsito, la propiedad de los inventos, la libertad de la propiedad religiosa, tienen sus fuentes próximas en la Constitución de Cádiz de 1812. Hay en la constitución Boliviana una novedad que no parece de interés y es la que se refiere a la elección de los jueces por el método del voto popular.

Con relación al aspecto religioso que en aquellos momentos era de capital importancia escuchamos a Bolívar su opinión que es de pura esencia benthamiana, que ella brilla por sí propia y dice así: "En una constitución política no debe prescribirse una profesión religiosa, porque según las mejores Doctrinas sobre Leyes Fundamentales (subrayamos nosotros) éstas son las garantías de los derechos políticos y civiles; y como la religión no toca a ninguno de estos derechos, es naturaleza indefinible en el orden social y pertenece a la moral intelectual. La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo; sólo ella tiene derecho de examinar su conciencia íntima. Las leyes por el con-

trario, miran a la superficie de las cosas, no gobiernan sino fuera de la casa del ciudadano".

Los derechos políticos son los mismos que los consagrados por la Constitución de Virginia, soberanía, libertad de hablar, de escribir, derecho de representación, derecho al ejercicio de cargos públicos, milicia nacional, etc.

Donde se halla determinada la influencia del Proyecto de Sienes es en el establecimiento del poder electoral, la organización del poder legislativo en sus ramas de tribunales, senadores y cámara de censores.

En lo referente al Poder Ejecutivo, como hemos indicado, tiene su inspiración en la constitución de Haití, aunque como hace notar muy bien Víctor Andrés Belaúnde, Bolívar no quiere confesar el origen de esta idea napoleónica y prefiere, agregamos nosotros, acordarse de Petion, que no produce en los democráticos altoperuanos igual reacción que el nombre del Emperador de los franceses.

Como nuestro objetivo es exclusivamente de reconstrucción histórica, dejamos intocado el aspecto del derecho constitucional comparado, abriendo el camino para que los especialistas en esta clase de disciplina, puedan realizar un estudio completo.

EL POLITICO Y LOS TECNICOS

La influencia de Bentham sobre el pensamiento político de Bolívar hay que observarla en un plano muy elevado. Se refiere mucho más que a la letra al espíritu de la letra y a sus ideas. Bentham hasta 1808 es el filósofo del utilitarismo, el político lleno de ardores combativos. Siente la felicidad como supremo bien y a la libertad como encarnación de este goce supremo de vivir, pero el utilitarista se hace viejo y divorcia sus tendencias puramente morales del juriconsulto, dejando paso al reformador pacífico, que ha devorado el sensualismo.

El drama mental de Bentham es el drama de muchos intelectuales que cambian sus pensamientos en público, mientras que la tragedia de otros es el no ser fieles y constantes en la intimidad de su conciencia, al propio tiempo que representan frente a la tiranía del público una lealtad que ya no sienten. La imagen de esta actitud es la del amor embalsamado, mientras cumplen con la mecánica de culto muerto. Bentham se transformó de liberal en conservador, de amigo

de la revolución francesa en adversario, y por último propició la indiferencia de las formas de gobierno. Este sentido inmoral de Bentham, fué una de las formas corruptoras en que ejerció su influencia sobre el Libertador. Por esto es que Bolívar, político operante, al calor de las ideas filosóficas de Bentham, tuvo la lealtad de ser fiel así mismo, orientando sus ideas en forma conductista, frente a una realidad que necesitaba ser vencida triunfalmente. No es que Bolívar se hubiese convertido en un profesor de maquiavelismo —en el concepto filosófico del vocablo— sino que tuvo la audacia de ser realista y abandonó el sentido liberal de sus ideas el momento que creyó que la democracia pura no era todavía terreno propicio para la siembra de la libertad en América, a pesar de sus esfuerzos de conciliar el poder de tipo absolutista con la presencia del pueblo y con su intervención. Esta fué la influencia benthamista y así Bolívar al amparo de las ideas del filósofo y de juriconsulto liberal converso, realiza la constitución llamada boliviana, que en el fondo no fué específica y técnicamente antiliberal y antidemocrática. No vamos a analizar las formas antidemocráticas y no liberales de la constitución boliviana. Baste situar dos aspectos fundamentales de ella cuyo desarrollo ya hemos anotado: el método de elección ciudadana y la presidencia vitalicia.

Para Bentham la forma de gobierno fuere presidencial o monárquica, liberal o republicana no tenía ninguna importancia en la segunda etapa de evolución mental, porque las reformas que era necesario operar precisaba realizarlas en la economía, en la organización judicial, en la penología, en la vida moral y en existencia ciudadana. Para llegar a estos fines humanos poco importaba que en la cumbre del Estado estuviera un rey o un autócrata, o un presidente vitalicio. Lo que auspiciaba la ideología benthamiana era el orden como supremo bien para alcanzar la felicidad de los pueblos. En la constitución boliviana lo que hay es el control y el dominio de una voluntad de hierro metida en un poderoso instrumento de mando de tipo estatolatra. Por esto es que la Constitución Boliviana en Chuquisaca es la fuerza catalizadora de la opinión. Se pusieron al lado de la Constitución Boliviana los comerciantes, los pulperos, los explotadores de las minas de plata, los antiguos enemigos de la libertad patricia, ahora regocijados de que el Libertador se convirtiera en un epígono del despotismo ilustrado, es decir, que se situaron como simpatizantes de Bolívar y de su constitución los amigos de todos los gobiernos, los sostenedores de todos los regímenes en suma,

eso que se llama "los amigos del orden". Al frente se colocaron los hijos de la revolución de Virginia y de la revolución francesa, los que habían formado su espíritu en la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, los liberales no conformistas, aquellos que alentaban el grito de Tupac Amaru, es decir, los patriotas de la revolución, aquellos que forjaron sus sueños en los días de lucha, en el dolor y en el heroísmo, bajo la mirada de la quimera de una patria libre, de un ciudadano también libre y de un Estado sin cadenas, también libre en sus relaciones internas y en sus relaciones externas.

En Bolivia los doctores de Chuquisaca que se habían formado al calor de la revolución, que pensaban con Rousseau y Montesquieu, con Reynal y los enciclopedistas y que conocían a Bentham, fueron los enemigos de la constitución boliviana. Así nacen por acción geminativa de la Constitución vitalicia en el viejo Alto Perú, después Bolivia los dos grandes estuarios de la vida política: los liberales y los conservadores. Los no conformistas, los renovadores, los inductores, frente a los amantes de la quietud, del ritmo lento y de la historia más apegada a la tradición que al devenir fulgurante de los días. A lo largo del siglo XIX, y en el presente siglo estas dos tendencias en Bolivia se han presentado con distintos signos, y bajo distintos avatares, pero siempre permanentes como los actores principales de su vida pública y social.

Para concluir el presente estudio, debemos someter al examen la función política del Libertador, vale decir, del arquetipo del hombre de Estado.

Bolívar sirviéndose de consejeros técnicos, es el hombre de mirada genial, que abarca la amplitud de todos los horizontes, es el artista que con los recursos de la realidad áspera y rebelde, esculpe la estatua de línea plena de severa elocuencia y llena del contenido de los fervores del espíritu. Bolívar el domesticador del caos es el perfecto hombre de Estado, que supera siempre todas las dificultades. Pero, donde es más hombre de Estado es en el aprovechamiento de los técnicos y de los intelectuales. Bolívar viene a resultar la imagen simbólica del hombre de Estado fuerte y de visión panorámica, mientras que los hombres que le colaboraron ya directa o indirectamente en la elaboración del Código Constitucional, representan la expresión del intelectual y del técnico, puestos al servicio del hombre de mando. La postura

simbólica de Bolívar y de sus colaboradores aclara una confusión muy propia de nuestro tiempo y es que las gentes que no sienten profundamente la emoción de la obra creadora del hombre de Estado, esperan ser gobernados por técnicos, porque creen que vendrá el reinado de los especialistas. Nosotros creemos que uno de los arquetipos más altos del hombre de Estado y del político es Bolívar, quedando para sus colaboradores el papel de especialistas y del técnico. El técnico constituye un instrumento auxiliar del político, porque éste no fué ni será nunca el conductor. Así Bentham como Maquiavelo. Así Unanue como Pando. En esta altura como en tantas otras se presenta la lucidez del genio de Bolívar.

G U S T A V O A D O L F O O T E R O

BIBLIOGRAFIA DE LAS PRINCIPALES OBRAS CONSULTADAS PARA EL PRESENTE ESTUDIO

- Actas de la Asamblea de Chuquisaca.
Correspondencia de Santander, por Vicente Lecuna.
Documentos relativos a la fundación de Bolivia, por Vicente Lecuna.—La correspondencia de Bolívar, por Lecuna.
Fanático e Rebeli, por Fülöp Müller.— Milán, 1936.
Enciclopedia británica.
Memorias de Stuart Mill.
La Moral de Epicuro y la Moral inglesa, por Guyau.
Obras de Jeremías Bentham.
Colección de panfletos de Jeremías Bentham. Imprenta T aylor, 1824, Londres.
Archivo de Bentham del British Museum.
Varios manuscritos inéditos y algunos publicados en español.
Papel social del intelectual, por Florian Znaniecky.
Vicente Azuero, por Fabio Lozano y Lozano.
Santander, el Clero y Bentham, por Julio Hoenigsberg. Bogotá, 1940.
Rivadavia y su tiempo, por Ricardo Picireli.
Lastarria José Vicente.— Historia Constitucional de medio siglo de 1800 a 1825.
Florencio Varela.— Tratados de los Estados del Río de La Plata y Constituciones de las Repúblicas Americanas.
El Congreso de Panamá (1826).— Recopilación y Prólogo, por Raúl Porraz Barrenechea.
Proyecto de la Constitución Boliviana impreso en Lima en 1826. Ejemplar muy curioso. Se encuentra en poder del ciudadano colombiano señor A. Mutis Daza, que cuenta entre sus valiosos documentos éste, anotado y comentado en varios párrafos de puño y letra del Mariscal Antonio José de Sucre.
Ojeada al Proyecto de Constitución que el Libertador ha presentado a la República Boliviana, por Antonio Leopoldo Guzmán. Lima 1826.

La Constitución de Bolívar pour la République qui porte son nom, por Carlos Alamo Ibarra.

Bolívar y la Democracia, por Marus André.

Influencias que se ejercieron en Bolívar, por Diego Carbonell.

Investigaciones Históricas, por Vicente Dávila.

Correspondencia de extranjeros notables con el Libertador. Madrid. Editorial América.

Contribución al estudio de sus ideas políticas.— Bolívar, por Carraciolo Parra Pérez.

Bolívar y sus amigos en el extranjero, por Carraciolo Parra Pérez.

Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia, por José Félix Blanco.

Memorias del General O'Leary.

Memorias sobre la vida del Libertador, por el General Tomás Cipriano Mosquera.

Diario de Bucaramanga, por Luis Perú de Lacroix.

Historia del Perú. Independencia, por M. J. Paz Soldán.

La fundación de Bolívar, por Sabino Piniña.

La creación de Bolívar, por Alcides Arguedas.

La juventud de Bolívar, por Carlos Pereira.

Unanue, San Martín y Bolívar, por Luis Alayza Paz Soldán.

La Constitución vitalicia, por Víctor Andrés Belaunde.

Bolívar y la República Conservadora, por V. Andrés Belaunde.

El Gran Mariscal José de La Mar, por Luis Alayza y Paz Soldán.

Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del éxito, por P. Prouvonena.

Colección de documentos históricos y literarios, por Manuel Odriazola.

Iniciación de la República, por Jorge Basadre.

Bolívar, por Jules Mancini.

Bolívar por Lastarria.

Bolívar por Montalvo, José E. Rodó, García Calderón, Martí, Unamuno, Ludwig, José María Salaverría, Leguía y Martínez, Belaunde, Cornelio Hispano (obras varias), Luis Augusto Cuervo, Francisco Urrutia, Fernando González y M. Sañudo.

TORMENTA QUE SE AVECINA

El mundo cruza una etapa de inquietud en este momento de complicaciones internacionales. La perspectiva, en realidad, es sumamente grave, supuesto que, según se deduce de las informaciones que trae la prensa mundial, hay ciertos países que tratan de ampliar su predominio en todos los continentes, y para la realización de este programa temerario y despótico, se combate a la doctrina democrática, mediante la más activa propaganda de los ensueños soviéticos a base del trastorno social, el odio y las ambiciones sectarias. De este modo quedaría exterminada por largos años la cordialidad entre los pueblos y surgirían muchas complicaciones administrativas, tales como el quebrantamiento del orden público y el consiguiente retroceso de la cultura espiritual. Entonces surgirían, como deducción ineludible, las suspensiones del trabajo, el hambre del pueblo, las tiranías dictatoriales, y por fin de fines, una nueva guerra mundial con sus amargas consecuencias. El comercio, la agricultura, las industrias vendrían a menos, y los gritos de protesta y los desórdenes multitudinarios darían en tierra con los beneficios del progreso y de la ciencia que, a decir verdad, han alcanzado imponderables triunfos en los últimos tiempos. Además, en semejante situación se hallarían en peligro las garantías sociales y administrativas alcanzadas con patrióticos esfuerzos y heroicos sacrificios de grandes patriotas y genios superiores, aclamados y venerados por la posteridad.

No podemos comprender, ciertamente, cómo y por qué se mantiene viva la tradicional tendencia humana de precipitarse a la lucha de muerte y exterminio, de tiempo en tiempo, pese a la obra moralizadora de la civilización, basada en fecundas y sanas doctrinas de fraternidad y de justicia. Las teorías comunistas propagadas activamente por la Rusia soviética, aun en las repúblicas latinoamericanas, mediante huel-

gas, trastornos diarios y promesas sugestivantes, van minando la cordialidad y la comprensión que deben mantenerse como lazos de amistad entre las diversas nacionalidades, situación difícil que ocasionará muchos daños bajo todo punto de vista.

La llamada **guerra en frío** es a nuestro concepto la precursora de una nueva guerra mundial de fuego, destrucción y muerte, quizá la más espantosa de cuantas se han suscitado hasta hoy, supuesto que los pueblos contendientes cuentan con la terrible bomba atómica y otros materiales científicamente preparados para reducir a escombros las ciudades y los centros de actividad progresista y de trabajo, todo lo cual es alarmante y duro. Así lo comprenden ciertamente las grandes naciones que contrarrestan aquel torbellino destructor del mundo, y aunque se esfuerzan por defender la paz mediante gestiones diplomáticas bien dirigidas y bien intencionadas, no dejan de alistar fuerzas armadas y preparar planes y medios de brava defensa, sí, como lo estamos observando, explosionase el primer golpe desolador en el escenario que se prepara.

La paz, la verdadera paz, sería la única salvación de los beneficios alcanzados por la ciencia y el patriotismo, según lo hemos anotado ya, y no sería posible dejar que se los extinga definitivamente entre el humo salvaje de los campos de batalla...

La guerra es y ha sido siempre la ruina de los pueblos: ya es hora de que se la sepulte en el olvido.

Si el hombre tiene un solo origen racial, según las tradiciones de la historia y las creencias religiosas, deberíamos considerarnos unidos, entre todos los habitantes de la tierra, como hermanos de corazón, y sepultar eternamente en el olvido los egoísmos, las emulaciones doctrinarias y las ambiciones de predominio absolutista y tiranía dictatorial. Entonces, si de veras buscamos la comprensión mutua y la cordialidad fraterna sobre bases firmes y justicieras, la marcha universal sería tranquila, y el progreso, la cultura y las libertades públicas, brillarían por todos los ámbitos como luz intensa para extinguir las sombras del dolor y el abatimiento que dejan en pos de sí la ferocidad y los desmanes de la guerra.

La propaganda soviética va minando los fundamentos de la paz universal, con el siniestro fin de alcanzar el más temerario influjo en las naciones democráticas; pero éstas

no pueden aceptar ninguna situación de esclavitud, con el sacrificio de su existir independiente y libre, menos aún, cuando las doctrinas que se predicán con tan espinosas finalidades, no son prometedoras del buen éxito que ha menester la colectividad humana para su ventura, sino todo lo contrario. Donde quiera que surge la propaganda rusa, brotan los trastornos tumultuosos y cuadros desoladores. Las huelgas diarias matan muchas industrias que no están dentro de las posibilidades necesarias para satisfacer reclamos y exigencias exageradas, por parte de los trabajadores, y en consecuencia, vienen la desocupación de los obreros, la pobreza de sus hogares y la mena de la riqueza nacional; y todo esto sucede sin considerar que, dentro de un ambiente de cordura y serenidad, bien podría triunfar la justicia en los reclamos equitativos, según las leyes que garantizan por igual tanto al patrono como al obrero, porque esto es de justicia, mas no lo es ningún procedimiento de escándalo y violencia que viene en perjuicio de las dos partes, como lo hemos observado en varios casos. Además, hay otras garantías sociales que no tienen cabida en los programas comunistas, como el derecho de propiedad, que es el mayor estímulo para el trabajo, aparte de la forma tiránica de imponer al pueblo tan desorbitadas normas: el cadalso y el tormento para quienes se resisten a seguir y aceptar aquellas sendas de esclavitud, no se encuadran en las aspiraciones del ciudadano comprensivo, amante y defensor del ambiente democrático... En fin, no queremos hacer ningún análisis detenido y prolijo de aquel sistema duro y preponderante y sólo deseamos dejar constancia de nuestro anhelo, hondamente real, de que resurja la paz del mundo, como fuente humanitaria para todos los pueblos.

Guerra, otra guerra, sería una tormenta de ruinas universales; y es por este peligro de infinita gravedad, que las naciones prepotentes, defensoras de los aspectos democráticos, tratan de encontrar un sereno y claro entendimiento con los gestores del posible conflicto, a fin de evitar nuevas tragedias que enturbarían a la humanidad.

Haya paz, haya comprensión entre los posibles contendores y el hombre se considerará más fuerte y más estimulado para el trabajo que ennoblece y asegura el pan de los hogares; más, si esto no fuese posible, si las circunstancias empeoran minuto por minuto, es lógico y natural que los países demócratas se alistén a la defensa en lucha armada. De ahí

que tan penosa situación, plantea esta disyuntiva: o la paz con todos sus favores y esperanzas, o el más espantoso caos de terror y ruina.

Deseamos la paz, ansiamos una paz firme y redentora que contrarreste la obra de exterminio que surgiría de una nueva guerra.

Haya paz, porque sólo con el auxilio de la paz habrá en el mundo menos dolor... y menos lágrimas.

Junio 10 de 1950.

MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

UNA ADMIRABLE POETISA ESPAÑOLA Y SU LIBRO "SEMBRAD"

Honrado con la amable invitación de vosotras, distinguidas socias de este Club Femenino de Cultura, para que os hable sobre algún tema cultural, a elección mía, heme aquí en esta tribuna que ha venido siendo ocupada, con verdadero lucimiento, por destacadas e ilustres personalidades.

Habéis comenzado por no señalar el asunto que ha de ser materia de mi conversación, dándome, así, una prueba de vuestra exquisita delicadeza; pero, en cambio, me habéis puesto en el difícil trance de que sea yo mismo quien elija, de entre tantos motivos como llenan el vasto campo de la cultura, aquel que juzgue más en consonancia con vuestro gusto selecto y responda mejor a la excelencia de vuestros sentimientos.

Ante este conflicto, necesariamente debería yo invocar a las musas con el premioso ruego de que acudan en mi auxilio y me ayuden, solícitas, a salir airoso del empeño que trabajo de complaceros, a medida de mis modestas posibilidades. Quisiera que mi poca preparación no venga a defraudar vuestro deseo de escuchar de mis labios algo que revista interés y novedad. Felizmente, me releva de hacer esta invocación la circunstancia de contar de antemano con la causa inspiradora y emocional que significa para mí vuestra sola presencia, la que ha de obrar —tengo fe en ello—, el raro prodigio de dar claridad a mi pensamiento y galanura a mi palabra.

* * *

Antes de tocar el punto principal de mi conferencia, permitidme hacer unas ligeras consideraciones acerca del desarrollo de la cultura femenina y de las actividades de la mujer dentro de la convivencia social.

El progresivo afán humano de asimilar, cada día, mayor número de conocimientos y la consecuente extensión de la enseñanza, la han colocado a la mujer en situación propicia para que ponga en juego sus dotes espirituales y dé muestras evidentes del gran poder de su inteligencia.

Dilatado es el panorama de acción que presenta la mujer en los tiempos modernos. No hay rama del saber que no ejerza una viva atracción sobre ella y la encuentre pronta y entusiasta para su estudio: el misterio de la ciencia ha sido penetrado por su curiosidad investigadora, hasta alcanzar maravillosos descubrimientos; en el libro abierto de la literatura, ella compone, lo mismo que si hiciera un perfumado ramillete, bellos y románticos poemas; urde, ingeniosa, fantásticas historias; y novela primorosamente la vida. El arte, en sus hermosas concepciones, tiene en la mujer la más inteligente servidora y la más devota intérprete, siendo ella misma uno de los más altos motivos que lo inspiran. El magisterio le ha encomendado la formación espiritual de la niñez y la juventud femeninas, a ella, que, desde el santuario del hogar ya supo ser la maestra por excelencia. La acción social, en bien de los desheredados de la fortuna, y los servicios de la benemérita institución de la Cruz Roja, cuentan, para su noble labor humanitaria, con la tradicional abnegación de la mujer; y si en el sórdido antro de la miseria ella cubre la desnudez y mitiga el hambre, distribuyendo, por igual, dádivas y sonrisas; en el trágico lecho del dolor, sus piadosas manos parece que cobraran mayor sensibilidad para curar, acariciando. En los talleres y en el campo, en las fábricas y en las oficinas, su figura, que ya es infaltable y que resulta indispensable, pone la nota de gracia y de frescura que aligera la pesadez del trabajo cotidiano. Hasta la política y la diplomacia, para llevar a feliz término la resolución de los problemas de su incumbencia, se valen ya de la habilidad y penetración de la mujer, para quien se abren más fácilmente las puertas y las conciencias. En el amor... ¿para qué hablar de las maravillas que realiza en ese su propio reino? Los que hemos gozado de la infinita ternura de su corazón y de la incansable constancia de sus cuidados, sabemos, de sobra, que ella, en su cuádruple calidad de madre,

esposa, hija y hermana, es una bendición de Dios sobre la tierra.

Un amigo mío que estuvo hace algún tiempo de Cónsul de su país en el Ecuador, me decía: "La mujer va convirtiéndose en un poderoso y temible rival del hombre. Cuando tiene una profesión, nos disputa la clientela. Si aspira a un empleo, inútil es para nosotros entrar a su lado en un concurso de competencia. Siempre sale ganando. . . ., especialmente, cuando es hermosa. . ."

—No la juzgo así— fue mi respuesta inmediata—. Yo veo en la mujer, más bien, una colaboradora nuestra, eficiente, abregada, afanosa en la empresa magna en que nos hallamos todos empeñados, de conseguir que la humanidad sea mejor y de que el paso de cada generación por el mundo sea menos arduo y doloroso. Por supuesto, que siempre he de manifestarme inconforme cuando la vea invadir ciertas esferas de acción que deben estar reservadas para el esfuerzo masculino. Y, en todo momento, he de clamar por su femineidad. La mujer, ante todo, ha de ser mujer; esto es, ha de conservar su delicadeza, ha de cuidar de mantener en actividad vigilante su esquivéz defensiva, ha de poner en insinuante juego sus encantos, y, si se quiere, hasta de su misma debilidad ha de hacer una fuerza de lucha en la batalla del amor que libran diariamente el hombre y la mujer, y de la que, las más de las veces, sale ésta vencedora. Porque todos estos atributos femeninos, aparte de los atractivos físicos, la hacen aparecer, a los ojos del hombre, como la criatura ideal, sagrado motivo de sus sueños, precioso objeto de sus ilusiones, levantada cumbre de sus anhelos.

En los tiempos presentes se la ve actuar en todo, hasta de aviadora y de torera.

Una mujercita, toda simpatía y expresión, deleitó hasta el delirio, hace algunos meses, al público quiteño, con su destreza estilizada en el atrevido arte de la tauromaquia. Estaba bien que toree, que distraiga con su habilidad al pueblo, evitándole que caiga en el aburrimiento; pero que una mujer, cuya misión en la tierra es la misión sagrada de crear, de infundir vida en un nuevo ser de la especie humana, empuñe el arma de la destrucción, aun cuando sea para sacrificar a una bestia salvaje, con esa misma mano con la que mañana, tal vez, ha de acariciar, emocionada, sobre su regazo, el frágil cuerpécito de un hijo de su sangre, es algo que verdaderamente impresiona mal, por más que su sonrisa cautivadora eclipse el resplandor del estoque asesino!

En la última y horrenda conflagración mundial, la prensa informativa trajo algunas ilustraciones en las que aparecía la mujer en un desfile militar, vestida el uniforme del soldado y portando el arma de combate. Se comprende, naturalmente, que no ha de haber ido a ese acto por ofrecimiento voluntario. Pero se deja ya entrever la intención de los gobiernos, de utilizarla aún en actividades que están en pugna con el temperamento y la constitución femeninos.

Si antes la mujer se dedicaba exclusivamente a la función maternal, indiferente, en apariencia, al encanto de otras creaciones, porque, esclava sumisa del egoísmo masculino, el hombre la reservaba, toda entera, para su placer y su provecho, y la preservaba, a la vez, de todo aquello que fuese seducción de otros ensueños; hoy, emancipada el alma femenina de esa como tutela que se ejercía sobre sus facultades, la mujer moderna y civilizada cobra personalidad; se hace dueña de sí, —quizá demasiado dueña de sus actos—; se entrega con plena libertad al vuelo de su imaginación; ejercita conscientemente sus derechos; ocupa el puesto que le corresponde, como factor culto y culturizador, en la vida de los pueblos, y realiza el milagro de crear palpitantes frutos de su carne, sin dejar de florecer en bellas rosas del espíritu.

Hay que convenir en que la mujer de la clase acomodada, que figura en el gran mundo, descuidó, un tiempo, el esmerado cultivo de su persona. Apenas terminada la primera enseñanza, que a veces era recibida en su propia casa sin el poderoso y saludable estímulo de la competencia que aviva la aplicación al estudio, la joven de catorce años era declarada apta para entrar en sociedad, sin más armas que sus primaverales hechizos, ni otro tesoro intelectual que unos escasos y elementales conocimientos, y en cuanto lograba despertar la admiración de un auditorio familiar con una mala ejecución al piano de una sinfonía de Beethoven y no bien acababa de dar la última pincelada vacilante a un paisaje con luna y ruiseñores, pintado a la acuarela.

No hay duda de que la aceptación en el mundo, de los principios democráticos que establecen la igualdad de los hombres ante la ley, ha llevado a la conclusión de que también la capacidad intelectual da lugar a una nivelación humana. De allí que, la clase baja que había permanecido postergada culturalmente y privada, por lo mismo, de ganarse la vida en otras actividades que no fuesen las materiales, vió la posibilidad de surgir, de hacer valer sus aptitudes y de

poder participar en el reparto de cargos públicos, mediante el cultivo de su inteligencia y el pulimento de sus maneras. Y así es cómo un gran contingente de esa clase social emprende la campaña educativa, en un perseverante esfuerzo de voluntad que corona con éxito feliz sus prolongados desvelos. Se llenan las escuelas, los colegios, los centros de especialización, las universidades, porque un aflujo continuo de estudiantes, ávidos de aprender, llama a sus puertas y ocupa sus bancas. Mientras tanto, la aristocracia, satisfecha con el brillo de sus blasones y segura de su preeminencia social y económica, va descuidando su instrucción y va siendo desplazada de sus posiciones.

Naturalmente, la reacción de la juventud aristócrata no se hace esperar, y, a su vez, busca con análoga porfía su capacitación cultural, rinde bachilleratos, obtiene títulos académicos y sale, de este modo, por los fueros de la clase a que pertenece.

Estimo del caso dejar aclarado que yo no doy mayor importancia a la nobleza que radica únicamente en los títulos de abolengo. La verdadera nobleza, según mi opinión, está más en las acciones que en los pergaminos y más que en los escudos, en los sentimientos.

Un caso típico de la reacción a que he aludido, por mil aspectos halagadora y plausible, es el que nos ofrece, en España, la hija de los duques del Infantado, Cristina de Arteaga, cuya grácil y soñadora cabecita de cabello oscuro lució en los años de su mocedad la bien ganada mureta de doctor en Filosofía y Letras, al mismo tiempo que su talento claro y comprensivo enriquecía la bibliografía de su patria con el aporte valioso de un bellísimo libro de poesías.

Por eso, un ilustre y ágil crítico español, José Montero Alonso, al aplaudir la publicación de este libro, dice: "Un libro de versos escrito por una mujercita aristócrata. Y en este solo hecho, una triple nota excepcional: la de que en nuestros días de prisa y de prosa aparezca un libro de versos, y la de que este libro lo haya escrito una mujer, y la de que esta mujer ostente los más altos blasones aristocráticos."

Voy, pues, a ocuparme de Cristina de Arteaga y su poesía.

MI ENCUENTRO CON ELLA

Era una hermosa tarde dorada en esta pacífica ciudad de San Francisco de Quito. En plena estación invernal, como

piadosa tregua entre las torrenciales tempestades y desvaneciéndose la niebla que ocultaba el horizonte, el sol, nuestro sol ecuatorial, pródigo de su luz y de su júbilo, al ponerse tras la enhiesta mole del Pichincha legendario, doró, de pronto, con sus postreros rayos, las altas nubes todavía congestionadas, a cuyo áureo resplandor el día daba la impresión placentera de prolongarse. Algo frío, el aire, tenía transparencias de cristal, y como había llovido copiosamente hasta bien entrada la mañana, el paisaje circundante, de enverdecidas colinas y de bosques sombríos, se ofrecía lavado y fresco, igual que el rostro de un niño campesino cuando va a misa de fiesta. Un oro diluído, diáfano, que bañaba todas las cosas, envolvía a la ciudad con su irradiación, retardando el avance de las nocturnas sombras.

Quito, entonces, no era la ciudad de ahora, con pretensiones de urbe cosmopolita, adonde, junto con el extranjero culto, de ciencia y de trabajo, que prestigia al país del que procede, afluyen aventureros indeseables, los que, lejos de agradecer la hospitalidad que se les brinda, sorprenden la buena fe del que les acoge, devolviendo ruindades a cambio de beneficios, y, a veces, enseñando al pueblo incauto modernas prácticas delictuosas. Ciudad tranquila, conventual como todas las ciudades fundadas por el esfuerzo del conquistador español, que no midió fatigas ni se acobardó ante las dificultades para traer a América, con el rico venero de su idioma, con la hidalguía de su raza y con la audacia de su ánimo emprendedor, el misticismo de su religión que edificó los más monumentales templos para el culto de la fe cristiana; ciudad guardiana y respetuosa de la tradición, en la que cada barrio tenía su leyenda alrededor de tipos y episodios de la época colonial, Quito ofrecía un inconfundible sello de distinción y señorío. Era como una dama de encumbrado linaje cuyas virtudes y cuyos encantos despiertan admiración y respeto, y a la que nadie se atrevía a escandalizar, profiriendo la palabra soez que ruboriza; ni ninguno, por necesitado que estuviese, le infería el ultraje de perpetrar un asalto a la propiedad ajena, en pleno mediodía; ni el criminal osó herirla, segando vidas en los paseos públicos como si contara flores.

Andar por sus calles soleadas, sin precipitación, por cuanto la propia vida parecía remansada en un correr sin prisa, era un verdadero placer. Se podía andar meditando y aun recitando versos, sin el inminente peligro de ser atropellado por otros viandantes o ser arrollado por un carro, a po-

co de un descuido. Vivir en Quito, en esos tiempos, no era luchar contra todo y contra todos. Era recibir el sol como una caricia; era contemplar, con plácida mirada, la serenidad infinita de la cordillera, erizada de picachos y nevados, desde la cúpula esmeraldina del Panecillo que domina, recostada a sus pies, la ciudad confiada; era soñar en los románticos sueños que no se realizan, y, por irrealizables, más seductores; y era también trabajar, pero sin esa angustia premiosa de la hora presente, que busca la satisfacción de las necesidades a plazo perentorio; trabajar, sí, pero considerando al trabajo no sólo como medio de hallar el pan de cada día, sino, además, como el goce que reporta el descumbimiento de una aptitud.

Costumbre mía, desde los años juveniles, debida a la pasión por la lectura, ha sido la de acercarme todos los días a las librerías públicas para ver qué últimas novedades literarias habían llegado. Tengo más autores predilectos a los que les leo y releo, devotamente, saboreando, deleitando el fruto maduro y delicioso de su genio; empero, no dejan de tentarme los nuevos brotes en los cuales el perpetuo evolucionar del espíritu se manifiesta en múltiples y variados aspectos.

Así, pues, en esa tarde lejana, mientras que de las altas torres recortadas con nitidez en el cielo anaranjado, caían, lentamente, como un pausado desgranarse de notas metálicas, las horas crepusculares, sin que el son de las campanas fuese apagado, como hoy, por el impertinente pitar y el continuo fragor de los carros, que aturden los oídos y exasperan los nervios, yo revisaba libros y revistas, recién desempacados, donde un librero amigo.

La literatura de estos últimos tiempos ha alcanzado una sorprendente profusión, aun cuando se advierte en ella mucho insustancial y desechable. El afán de hacer libro lleva a muchos escritores a la recopilación, en volumen impreso, aun aquello que fué mero artículo circunstancial de periódico. De ahí que, para dar con algo de mérito y que signifique esfuerzo creador, es preciso examinar, pacientemente, las obras, sobre todo si de autor desconocido se trata.

Las grandes figuras consagradas tienen excelsitud de cumbres en el inmenso horizonte de las letras universales, por la profundidad de sus ideas, por su elevada inspiración y por la elegancia y luminosidad de su estilo; pero no es de todos los días su cosecha magnífica. Los demás . . . , los demás formamos la planicie uniforme, quizá monótona, en la

que uno que otro rasgo de originalidad, uno que otro acierto en las imágenes, expresados con un sí es no es de gracia y facilidad, hacen, si no apetecible, por lo menos aceptable la lectura de nuestras producciones.

No hay duda de que el ansia de originalidad lleva con frecuencia al pensamiento a lo abstruso y a lo extravagante; y, de ese modo, la producción literaria adolece de oscuridad, va recargada de metáforas y su vida resulta tanto más efímera, cuanto más ha abusado el escritor del rebuscamiento.

Había leído, por esos días, algunas de esas excentricidades poéticas, verdaderos jeroglíficos literarios que indigestan la mente y maltratan el gusto. Para establecer la diferencia entre lo bueno y lo malo, bien está que conozcamos de todo. Pero, al cabo, sobreviene, inevitablemente, ese cansancio producido por la contemplación continuada de un campo abrasado de sol, donde no decora el paisaje la esbelta figura del árbol frondoso que ofrece el refrigerio de su sombra, durante las horas caniculares; ni se desliza, serpentina y musical, la cinta plateada de un arroyo, cuya visión refresca tanto como un sorbo de sus aguas espejeantes. Y ese mismo cansancio había invadido mi ser, después de esas lecturas, y yo buscaba, para mi alivio, el follaje protector del árbol que da sombra y la frescura del manantial que canta, en otras obras en las que la belleza del fondo fuese del brazo con la sencillez de la forma, en un conjunto inteligible y armónico que sea un halago seguro del alma.

Por fin, después de tanto revolver y hojear, atrajo mi atención un libro lujosamente encuadernado, impreso a dos colores, en un papel opaco del matiz del marfil viejo, y cuya portada llevaba el sugestivo título de "Sembrad", como un cordial mandato.

En la poesía subjetiva, el poeta se vierte, como si dijéramos, en la copa sonora e inmaterial del verso. Es su alma —esperanzada de dicha o abatida de congoja, entregada al amor o reclusa en el renunciamiento— la que se lamenta o vive en la mágica vibración de su sensible lira. Es su corazón, hecho palabras luminosas y con todo su caudal de vida y sentimiento, el que anima, comunicándole su propio ritmo, al poema creado. Bien se puede decir, por lo tanto, que este género de poesía es el fiel reflejo de la fisonomía espiritual del poeta.

Por eso, al tener en mis manos complacidas y bajo mis ojos fascinados el ánfora sonora que encerraba todo el aroma exquisito de la delicadeza sentimental de la poetisa y la

infatigable dulzura de sus íntimas voces, sentí, realmente, encontrarme con Cristina de Arteaga.

SU LIBRO

Tres altos exponentes de la cultura española, tres nombres que por sí solos se recomiendan por su valor eminente: Antonio Maura, Salvador Bartolozzi y Cristina de Arteaga concurren a hacer de este libro lo que en verdad es: una obra de arte de subidos quilates que merece ocupar un puesto de honor en toda biblioteca de autores escogidos.

Don Antonio Maura, ilustre lingüista, que durante algunos años fué digno Presidente de la Real Academia Española, abre el libro con un magnífico prólogo, en el que por igual campean el bien decir, la gallardía de los conceptos y el fulgor de los galantes epítetos, florecido todo en una gentil admiración y en un franco y paternal aplauso para la joven autora.

"Está patente —dice, entre otras bellas cosas, al referirse a las composiciones— que no fueron escritas con designio de publicarlas; nacieron del modo que en lo más remoto y escondido de los campos brotan flores, sin otro motivo que estar allí la simiente, aunque nadie haya de verlas ni aspirar su fragancia. Nacidas y aviadas de este modo, no para mostrarse ni ofrecerse, nos atraen con hechizo infatigable; nos sabe a privilegio llegar hasta su secreta intimidad, ser admitidos a su contemplación."

En la necrología publicada en "El Debate" de Madrid, cuando murió don Antonio Maura, el autor relata en los términos siguientes el efecto que produjo en el Presidente de la Academia la lectura de esos versos:

"...Ni años ni desengaños pudieron jamás cosa alguna contra el gran corazón de Maura, ni, como de ordinario sucede, se agigantó su clarísimo talento a costa de su fina sensibilidad espiritual. En estos días han salido a ver la luz pública las bellas primicias poéticas de la señorita Cristina de Arteaga, ya frutos muy sabrosos, sin dejar de ser flores bienolientes. Yo conocía desde un año antes algunas de esas composiciones. Teníalas en su poder Maura, como su prologuista, y me invitó amablemente para leerme las. Y leía él, y enternecía se leyendo, y velábasele la voz, y las lágrimas le enturbiaban los ojos, y yo me asombraba, al par que del relevante mérito de aquellas rimas, de ver cómo el corazón

del lector sentía tan hondamente aquellas delicadezas. ¡Un corazón de artista adolescente en un cuerpo de anciano septuagenario!

El admirable dibujante, colaborador de la revista "La Esfera", Salvador Bartolozzi, no obstante el "horror que sentía de hacer de máquina fotográfica", y de "tener que asociarse forzosamente a las inspiraciones ajenas, en la tragedia de ser ilustrador", según comenta Fernando de la Milla, acepta el encargo honroso —¿y por qué no grato?—, de ilustrar el libro.

Bartolozzi, con su facilidad extraordinaria de captación, toma la idea de cada una de las veinte poesías, se penetra de ella, se deja arrebatar por la inevitable sugestión que de ella nace, y, en un ímpetu de apropiación del tema, apunta y bosqueja, con la sapiencia de su mano ágil, lo que más luego, gracias a la línea precisa y al color definido, se ofrecerá en actitudes, en imágenes, en paisajes visibles, artística y amorosamente concebidos y acabados. También adaptan las hermosas ilustraciones al motivo lírico que las sugiere, que, en definitiva, no se podría asegurar, a ciencia cierta, si Bartolozzi poetizó con su mágico lápiz los estados espirituales de Cristina de Arteaga, o si ésta pintó con su cálida palabra los cuadros poéticos del hábil e inspirado dibujante.

La ley de la herencia se ha cumplido maravillosamente en Cristina de Arteaga. Descendiente de aquel gran señor y célebre poeta del siglo XV, don Íñigo López de Mendoza, que exaltó la bondad de la vida del campo en versos de una elegancia afectada, coleccionados bajo el nombre de "Serranillas", Cristina de Arteaga hereda de su noble antepasado, el marqués de Santillana y uno de los destacados precursores del Siglo de Oro de la literatura española, la vocación al cultivo de las Bellas Letras, y resucita su estro, no común, para mantenerlo a la altura de su antiguo prestigio, remozándolo con los frescos aires de la poesía moderna y tocándolo de la gracia singular, de la sabia intuición, de la ternura ingénita de su corazón de mujer.

El notable escritor, Ventura Gancedo Calderón, cuya frívola pluma discute sobre todas las cosas y aborda todos los temas con la sutil ironía de su talento travieso, al preguntarse un día ¿por qué escriben las mujeres?, se contesta: "... porque siendo las mujeres parlanquinas por educación, por hábito y por instinto, nada más natural que traten de decir con

la pluma lo que no alcanzan a expresar con los labios". Y refiriéndose a una escritora francesa que no atina a responder con claridad a una cuestión tan fácil, añade: "... si Madame Aurel fuera fea, diríamos que desengañada del espejo —el más rudo de los desengaños— entraba por los caminos de la literatura, que son caminos más hospitalarios..."

Sin aceptar este juicio en toda su amplitud, pero, sí admitiendo que la mujer escriba por un rebosamiento de su fantasía fecunda, por un brote espontáneo del sentimiento conmovido, que no lograron desahogarse y satisfacerse en la plática fervorosa, declaro, convencido, que Cristina de Arteaga ha sido una criatura bien adornada de encantos físicos. Díganlo, si no, sus retratos de muchacha universitaria. Compruébenlo su esbelta figura con lineamientos perfectos de escultura griega; su cabeza levantada, del tamaño y la forma adecuados para que en su interior nazcan y se esbojen, como en nidal propio y propicio, los sueños generosos y las ideas sanas; sus grandes ojos morenos, abiertos a los ilimitados espacios del espíritu, que miran frente a frente a la vida con la augusta serenidad de las almas superiores; y su inextinguible sonrisa, que es rayo de luz, al descubrir la nieve perpetua de su dentadura, y que invita a la confianza del coloquio amistoso.

Cristina de Arteaga no hizo sus estudios de Filosofía y Letras, hasta alcanzar el Doctorado, como lo hacen muchas jóvenes, por pura petulancia o por mero pasatiempo. Desde la tribuna ejercitaba su saber y atraía a numerosa y escogida concurrencia para embelesarla con la fluidez de su elocución y con la manera, tan personal, muy de ella, con que la inteligente catedrática enfocaba los asuntos, filosofando y poetizando, a la vez, con encantadora maestría.

Aristócrata por su elevado linaje, lo es, aún más, por la generosidad de sus sentimientos. Las semillas del bien, que en sus rimas aconseja arrojar al surco humano, ya habían germinado, cuanto antes, en su noble pecho, en su anticipado madrugar de su ubérrima siembra.

Para ser completamente feliz, todo le acompañaba: juventud, talento, hermosura, prosapia y riqueza. No obstante, en su libro, algunas poesías íntimas, de esas que son como suspiros del alma, están impregnadas de una dulce melancolía que fué una lágrima que no llegó al acceso del llanto por un esfuerzo de voluntad y que se contuvo al borde de los párpados, velando la angustia de la mirada. Así, al menos, lo revelan ciertas exclamaciones suyas:

“¡Soñar es algo divino!
Yo no había imaginado
que si hallara tu camino
otra... la hubieras amado
con el mismo desatino!

Adiós, ¿para qué mentir?
No envidio la dicha ajena.
Corre feliz a vivir,
no seré yo tu cadena.

Vuelve por donde viniste,
vuelve sin mirar atrás.
¡Qué importa si quedo triste!
No hemos de vernos jamás.”

SU POESIA

Sin vacilaciones que denoten desorientación del ánimo; sin vanas congojas que afeen la actitud sosegada del sentimiento; sin opacar el esplendor de las ideas, vistiéndola desnudez con enrevesado lenguaje; y, antes bien, con el aplomo de quien siente profunda y valientemente su verdad y la sabe expresar con la rutilante claridad del día, Cristina de Arteaga ha modelado en piedra, que desafía al silencio y al olvido, el monumento poético de su propio corazón. Una madurez de conceptos que sólo da la experiencia, y un acervo de experiencia que sólo el tiempo y la vida acumulan en el fondo del ser, hacen resaltar más el mérito de la obra, si se toma en cuenta que la autora apenas estaría bordeando los veinte años cuando escribía.

Fuente rumorosa de límpidas aguas corrientes, cuya voz de cristal tiene los más dulces acentos, y que, sin cuidarse de los oídos que la oyen, echa al aire su música arrobadora; del mismo modo que fertiliza con su riego el huerto empobrecido, sin preocuparle la mano que arrancará el fruto que alimenta, eso es el espíritu amplio y magnánimo de Cristina de Arteaga.

Y porque escucharla es un verdadero placer intelectual, yo os invito a compartir conmigo de tan sano deleite:

"SEMBRAD"

Sin saber quién recoge, sembrad,
serenos, sin prisas,
las buenas palabras, acciones, sonrisas...
Sin saber quién recoge, dejad
que se lleven la siembra las brisas.

Con un gesto que ahuyente el temor
abarcad la tierra,
en ella se encierra
la gran esperanza para el sembrador.
¡Abarcad la tierra!

No os importe no ver germinar
el don de alegría;
sin melancolía
dejad al capricho del viento volar
la siembra de un día.

Las espigas dobles romperán después....
Yo abriré la mano
para echar mi grano
como una armoniosa promesa de mie
en el surco humano.

Nada vale esta ofrenda de abril:
lira dolorosa,
versos... poca cosa!
mas todo el tesoro de mi vida juvenil
vida generosa.

No quiero que sea triste palomar.
Palomar vacío!
Ha de ser un río
que, al pasar cantando, sepa fecundar
el huerto baldío.

Brindará la tierra su fruto en agraz,
otros segadores
contarán las flores....
¡Pero habré cumplido mi deber de paz,
mi misión de amores!"

Ante el horrendo espectáculo, de egoísmos, rivalidades, odios y venganzas, que ofrece la humanidad, sin que hasta ahora, después de la última guerra sangrienta desatada en el mundo, se concierte la ansiada paz entre los pueblos, yo me pregunto, atonementado: ¿qué ha hecho el hombre, respecto de sus semejantes, para encender esta hoguera de exterminio? Ciertamente, que la respuesta puede encerrar esta gran acusación: el hombre no ha sembrado en el surco humano la simiente de la concordia. Muchos de ellos, más bien, quizá los que, precisamente, estaban obligados a hacerlo, por las condiciones especiales en que se encontraban, de cultura, de riqueza, de figuración, de mando, escatimaron una sonrisa de tolerancia; negaron una dádiva al menesteroso; despotizaron desde el alto puesto que ocupaban; tiranizaron, desconociendo derechos y denegando justicia.

Por eso, la filosofía de Cristina de Arteaga, qué enorme sentido de humanidad envuelve, qué altísima enseñanza moral, de desprendimiento y amor pregona!

"LO INTRAZADO"

Las carreteras, como reptiles,
son largas
y amargas,
las cruzan con tráficos viles
las turbas malditas, las turbas serviles...
¡Tengo horror al camino trazado!
Prefiero
el sendero
modesto, olvidado
que trilla el ganado.
Un esbozo de senda
vacía
tan mía
que nunca pretenda
otra vía.
Pero más que senderos
muy llanos
con lodos
de todos
los rastros humanos;
yo pienso

en lo Inmenso
magnífico y rudo
donde mi destino desbaste un camino
desnudo..."

Ya lo dijo el gran poeta francés, Alfredo de Musset: "Mon verre est petit, mais, je bois dans mon verre." Y en estas pocas palabras condensó todo el significado de la personalidad. Y ahora, Cristina de Arteaga confirma ese criterio con la bella imagen del camino.

Como se ve, la cuestión está en disponer de vaso propio para escanciar el vino de la vendimia espiritual; contar con el camino único, para uso exclusivo nuestro, por el cual hemos de dirigir nuestros pasos en la vida. Puede ser que el vaso tenga reducida capacidad, que no sea una perfecta obra de arte, pero la sola circunstancia de pertenecernos, ya le confiere valor y mérito indiscutibles. Del mismo modo, el camino que seguimos, acaso sea una senda insignificante, sembrada de guijarros punzadores que dificulten la libre y cómoda marcha del viajero, mas nada le comunicará importancia mayor como el hecho de haber sido abierto con esfuerzo propio, a golpes de perseverancia en la íntima canteira y de haberlo trazado nuestra iniciativa personal a lo largo del destino, para que en su suelo perduren las huellas de nuestra planta peregrina.

Lo que precisa, es surgir del rebaño, destacarse de la multitud anónima, ser distinto en medio de la unidad del enjambre, y cada cual, procurando que su vida responda a los principios universales de la ética y la estética, hilar su propio vellón, cultivar su propio huerto.

"LE QUIERO

Porque siempre soñé en su querer
y decía a la vida: ¡lo espero!
Porque estaba su nombre en mi ser:
¡Le quiero!

Porque un día como un elixir
me embriagó su cariño sincero.
Porque de él aprendí qué es vivir:
¡Le quiero!

Porque sé que me guarda su amor,
 Porque siento que soy el lucero
 de su ausencia nublada en dolor,
 ¡Le quiero!

Porque aunque él anhelara agotar
 lo que fué su más puro venero;
 yo no sé... ¡yo no puedo olvidar!
 ¡Le quiero!"

¿Quién de vosotras no ha sentido brotar de las profundas raíces del ser este grito de la pasión? Grito incontenible, porque tiene el ímpetu arrollador de un bravío torrente; grito que sofoca otra voz porque él solo llena, convincente y dominador, todos los ámbitos del alma; grito que es, al mismo tiempo, doliente súplica en los ojos y actitud que implora con las manos juntas; confesión, como de una debilidad secreta, imposible de evitar, y de la que el propio corazón es el principal culpable y la primera víctima, y justificación de todas las locuras que en nombre del amor a diario se cometen.

"Le quiero". A veces, frente a esta declaración, en vano la razón agota sus argumentos disuasivos cuando en el ser amado no concurren las condiciones que auguran placer y bienandanza. De nada valen los consejos, las advertencias, los avisos de la cordura, que llegan de todas partes, para desviar esa corniente tumultuosa del querer. No importa que el amado adolezca de defectos y que sus actos sean promesa de desgracia: así tal cual es: desleal, disoluto, disipador, los labios femeninos, cuando de veras le aman, quieren besarle y poseer su boca tentadora. Por encima de todos los obstáculos, hasta desafiando a la misma muerte, todos los átomos, todas las fibras, todos los sentidos, en un coro unánime y resuelto, durante el sueño y durante la vigilia, al evocar la figura del amado, lanzarán, interminablemente, el grito del amor, que es el grito de la especie, convertido en obsesión de la conciencia y en obstinación del sentimiento.

Pero en Cristina de Arteaga, más que grito, es confidencia a media voz, casi en tono sufrido y humilde, como que su anhelo fuese a quedar burlado para siempre.

"CORAZON DE MUJER

Corazón de mujer,
que no sabe querer,
que no sabe entregar
toda el alma y el ser
a la angustia de amar,
no se puede llamar
corazón de mujer."

He aquí la definición más sencilla y sintética del corazón femenino y que abarca todo lo grande que es él y la magnitud de su poder sentimental.

En una preciosa estrofa compuesta de siete versos y cuya musicalidad ligera, casi alada, la hace grata y dulce al oído, la poetisa, luego de examinar las reconditeces de su propio corazón y llegar al conocimiento pleno de sus impulsos, de sus querencias, de sus revelaciones, acaba por deducir, lógicamente, que así como siente y quiere el suyo: sin reservas egoístas, sin pudores hipócritas y sin miedo a la angustia que en sí lleva el amor, el corazón de toda mujer ha de amar, abandonado enteramente a su emoción, entregado totalmente a su divina locura.

Vosotras, que, de seguro, habréis de desear una felicidad duradera en vuestro hogar y querréis retener a vuestro lado al hombre cuya compañía os es necesaria y cara en la vida, aquilatad todo el profundo significado de esas sabias palabras y ponedlo en práctica generosa.

"Lo mejor del amor es su angustia primera", declara la poetisa española. Si no fuera por su juventud, cuando así se expresaba, que no permite suponer que Cristina hubiese recorrido a los veinte años toda la amplia escala del amor, nos estaría dando a entender con su declaración que para ella no era desconocido su misterio, y que, antes bien, por que lo conocía a fondo, en sus intimidades y laberintos, cuando es reguero de luz y cuando es proyección de sombra; en lo que de embriagador tienen sus besos y en lo que de acíbar abrasador tienen sus lágrimas, sabía distinguir en cuál de los momentos de su proceso sentimental está lo mejor de su esencia.

"A veces junto las manos
y a veces cierro los ojos

cuando me invaden, tiranos,
 los antojos
 de mis latidos humanos.
 Ante su fuerza incentiva
 se dobla lánguidamente
 en defensiva
 inconsciente;
 el alma, flor sensitiva!
 Cierro los ojos y espero,
 junto las manos y adoro,
 sufro y oro,
 río, lloro,
 ¡no sé si vivo o si muero!
 En tumultuosa amalgama,
 mi vida, ¡gozo y martirio!,
 se derrama...
 ¡Como un cirio
 disuelto en su misma flama!"

La emisión de ciertos juicios, si han de estar ajustados a la verdad, presupone una buena dosis de conocimiento práctico de los hechos que se juzga. Parece difícil hablar del amor sin antes haber gozado de sus delicias y sin llevar en el alma las cicatrices de las heridas que abre. Sin embargo, Cristina de Arteaga, anticipándose a la experiencia, con un claro presentimiento de lo que es ese reino de inquietudes y placeres, y con una perspicacia que llama la atención, lo analiza concienzudamente, sin dejar de ser delicada y discreta.

"Nacimos las mujeres para sufrir por Ellos.
 Juego de sus caricias, blanco de sus agravios,
 nacimos, pobre espejo de todos sus destellos,
 para sufrir por ellos, con la risa en los labios.

Jamás sospecharán lo que hemos padecido
 Enemigas del gesto, de la pena ruidosa,
 sabemos aceptar el amor y el olvido
 con la misma ternura sumisa y silenciosa.

Y lo aceptamos todo!... Con aquella largueza,
 que se ignora a sí misma, porque es grande y sencilla.
 La mujer se resigna, se sacrifica, reza...
 Sabe elevarse siempre sobre su triste arc

A veces... una crisis despierta poderosa
 los dormidos instintos que hay en la criatura;
 yénguese contra ellos, audaz y dolorosa,
 toda la rebelión de nuestra vida oscura.

¡Pero se acalla luego, a costa de perdones
 que en el alma prodigan sus duras cicatrices.
 ¡Al fin damos la sangre de nuestros corazones
 por hacerles felices!"

Al ocuparse de los eternos personajes que hacen la historia del amor, su apreciación, quizá demasiado general, es acusadora y como resentida, y mientras al hombre lo sitúa en el campo del agravio y la ingratitud, a la mujer la coloca en el plano del sacrificio y del perdón.

"MI ALAZANA"

Quise evocar esta mañana
 nuestros paseos peregrinos...
 ¿Recuerdas, mi rubia alazana,
 la embriaguez de los caminos?

Tú enardecías mi gozosa
 necesidad de vibraciones,
 eras ardiente, eras nerviosa,
 ¡eras un haz de sensaciones!

Nuestra aventurera holganza
 sin rumbo fijo ni concierto,
 nos daba sed de lontananza
 con la avidez de lo desierto.

Lejos del mundo y de su mofa,
 cuerdas de un arpa bien tendidas
 éramos juntas una estrofa
 del gran poema de la vida.

En espontánea arquitectura
 giraba lento a nuestro paso
 todo el vivir de la llanura
 desde su germen a su ocaso.

Bullían locos los conejos,
los grajos lanzaban su grito...
Se abría una águila a lo lejos,
hecha blasón de lo infinito.

Y en nuestras largas lentitudes
nos contemplaban los venados,
sin una sombra de inquietudes
en sus ojazos añiados.

Mas de repente... en un desplante
rápido, súbito, sencillo,
te abalanzabas anhelante
sobre la alfombra del tomillo.

Era un galope hecho de prisa,
de rapidez desenfrenada,
sorbiendo el beso de la brisa
y la humedad de la hondonada;

en el que unísonos los nervios,
perdida ya toda barrera,
iban tirantes, iban ebrios,
en el calor de la carrera.

Hasta que el fuerte claroscuro
de las montañas nos decía,
con su perfil áspero y duro,
que aquella tarde se moría...

Y de nuevo... lánguidamente
dábamos grupa a paso lento,
con todo el oro del poniente
sobre tu crin, que amaba el viento.

Mientras allá en el horizonte
se ensombrecían las laderas
e iban prendiéndose en el monte,
como rubíes, las hogueras..."

En este libro en que palpita la emoción y brilla el pensamiento, tiene también, como acabáis de ver, su expresión original la nota descriptiva.

Frente al sublime espectáculo, siempre atrayente y renovado de la naturaleza, los pobres de espíritu, los que miran sin ver, y, si ven, no se conmueven, son los únicos que permanecen indiferentes e insensibles a sus encantos. Quien tiene el alma abierta a todos los estímulos de lo bello, ha de vibrar de entusiasmo ante todos los paisajes de la tierra. Cada rincón tiene su fisonomía propia, cada sendero guarda su historia sentimental, cada corriente de agua cañita con voz inconfundible; pero a todos ellos les ha tocado su pincelada de luz y de belleza que impresiona de diverso modo, según sea la aptitud humana para percibirla.

El contemplativo, desde el mirador de su quietud observadora; el viajero, a lo largo de todos los caminos, acompañado de su infatigable afán de cambiar de horizontes, como quien muda de estados de alma, todos tienen en la naturaleza una fuente inexhausta de motivos. La naturaleza es el libro máximo en el que aprendemos a vivir. ¡Cuántas bellas cosas nos enseña, y cómo modela nuestro espíritu con su influencia perseverante de madre y de maestra!

Mirar el campo después de una prolongada permanencia en los centros poblados, donde nos sentimos asfixiar, es como purificar el alma de miserias!

Cristina de Arteaga no ha podido substraerse a su hechizo perenne. Por más que su poesía sea el eco musical de sus íntimas ansias, ha tenido que reproducir, en algunos de sus poemas, la belleza exterior, y ser, en veces, el espejo en que se refleje el mundo circundante.

"Mi Alazana" es un poema en alto relieve. La palabra, más que describir parece grabar las imágenes. Después de escuchado el poema, no es la memoria auditiva, es la memoria visual la que retiene el cuadro con lineamientos perdurables como si en realidad lo hubiesen contemplado los propios ojos. Allí está la gallarda amazona sobre el lomo resistente de su briosa yegua canela, cruzando como una ráfaga de belleza la llanura dilatada.

* * *

Cuando la espera amorosa se prolonga vanamente y el clamor de los sentidos no halla la respuesta que busca para mitigar su soledad; cuando el amor se siente contrariado y sus afanes se consumen solos sin alcanzar la comunión deseada con los de otro corazón; cuando a la fiebre de la sen-

sualidad sobrepasa la exaltación del espíritu y éste quiere arrancar las ligaduras que le atan a las miserias terrenas para ascender a planos de elevación, entonces, la mujer, más frecuentemente que el hombre, en una como evasión de sí misma, se entrega a Dios, como al amado ideal, el que nunca engaña porque es promesa perenne, y el que ofrece, más allá de la vida y más allá de la muerte, el paraíso de la serenidad augusta y del amor soberano.

La España famosa del gran Carlos V, fecunda en extraordinarios talentos al par que en célebres ejemplares humanos de misticismo y santidad, y cuyo suelo parecía estar abonado para el cultivo y florecimiento de la religión católica, guarda, celosa, en los mil caminos pintorescos que la cruzan y en la paz de sus monumentales monasterios, adorno y riqueza de sus viejas ciudades legendarias, la venerada memoria de un Fray Luis de León, de la ilustre monja de Avila, y de San Juan de la Cruz, cuyo numen, entregado de lleno al culto lírico de la divinidad, sirve como de guía a los iniciados en el "Camino de Perfección", trazado por Santa Teresa.

Algunas poesías del libro "Sembrad" tienen un sabor declaradamente místico, y hacen presumir que la hija de los duques del Infantado, desengañada del mundo, convencida de que aquí en la tierra todo es miseria y vanidad, iba a decidirse por ese camino.

Muy claro e insistente es su llamamiento a Aquel que todo lo dió por la redención del Género Humano. Si un día le arrojó al rostro del joven versátil, que evitaba su proximidad, este audaz verso encendido, que dice:

"No te asombre.
Nunca te sabré querer
más que como quiere a un hombre
una mujer;"

en cambio, con la misma voz apasionada, su alma, de hinojos ante la visión apacible del Señor de los Cielos, le clama a Dios, más tarde, en esta delicadísima plegaria:

"PASASTE, JARDINERO

Pasaste... como un rayo
de amor en mi sendero,
y como el sol de mayo,
Jardinero!
En mi jardín había

una flor extasiada,
La entreabrió de alegría
tu mirada!
Vislumbró la promesa
de unos huertos lejanos,
anheló ser la presa
de tus manos.
Crecer en tu lindero,
suavizar tus abrojos,
y un día, Jardinero,
morir ante tus ojos!

Te esperé en la mañana,
te aguardé al mediodía.
Mi flor no se desgrana;
te aguarda todavía.
No es la emoción incierta
de aquel botón de rosa,
¡es una flor abierta
que se brinda suntuosa!
¿Cuál será su destino
si una mano atrevida
corta el sueño divino
que la tiene prendida?
¿Quién oirá su querella
si es otro el pasajero,
si no vienes por ella,
Jardinero?

No nací para ser,
en la fiesta pagana,
una flor de placer
que se olvida mañana.
Aún persiste el aroma
que encendió mi capullo;
ven, Jardinero, toma
lo que es tuyo.
Quiero ser el agrado
de tu sola mirada,
como huerto cerrado,
como fuente sellada.
¡Tú no has vuelto jamás!

Yo te llamo, te espero....
 ¡Yo sé que volverás,
 Jardínero!"

La lectura de sus versos nos hace ver cómo el temperamento sensitivo de Cristina de Arteaga libra, a diario, una ruda batalla entre las dos sollicitaciones amorosas: la del cuerpo y la del alma; y cómo la hacen vibrar, por igual, como un haz de cuerdas, los "latidos de sus antojos humanos", apremiantes, impulsivos, y la vehemencia delirante, embriagadora, que siente, de morir bajo los ojos del divino Jardínero.

Se podría decir que la verdadera santidad no es precisamente aquella a la cual se deja llevar una persona por espontánea inclinación, como el agua sigue la pendiente, sin esfuerzo alguno. La santidad que merece palmas y trono proviene del renunciamiento a la satisfacción placentera de los sentidos. Del constante vencerse a sí mismo; del dominio pleno de la voluntad sobre los instintos siempre en rebeldía, —para anularlos a unos y para moderarlos a otros—, brota la flor albúnea de la santidad, que no es otra cosa que la sublimación de todas las virtudes.

La sola privación, porque a los instintos se los tenga enfundados en una camisa de fuerza, o porque, dentro de un claustro, los sentidos estén amurallados para no recibir las tentaciones del mundo, no conduce a la santidad. Es preciso sentir hambre, y aun teniendo lo a la mano al fruto provocativo, no comerlo; es necesario hallarse junto al manantial que despierta nuestra sed y dejar que ésta nos abraze la garganta, antes que refrescar los labios en la linfa rumberosa; es forzoso tener ante sí la presencia asidua y excitante de la figura tentadora y no ceder a su hechizo, para poder asegurar que nos hemos vencido a nosotros mismos.

Cristina de Arteaga, tras prolongado y sufrido debatirse entre dos direcciones opuestas, abraza, al fin, las órdenes religiosas; y como digna culminación de su refinada sensibilidad artística; como remate cabal de su desasimiento de las frivolidades mundanas; como expresión elocuente y final de lo que, en suma, estaba predestinada a ser, Cristina concibe la maravillosa poesía titulada "Coronas", en la que, junto a su franco desdén por las efímeras glorias con que premian los hombres al talento, al valor, a la sabiduría y a la belleza, la poetisa, exalta, en un arranque arrebatado de inspiración mística, el goce de sufrir penas divinas.

"CORONAS

¿Para qué los timbres de sangre y nobleza?
 Nunca los blasones
 fueron lenitivo para la tristeza
 de nuestras pasiones. . .
 ¡No me des corona, Señor, de grandeza!

Alívez? Honores? ¡Torres ilusorias
 que el tiempo derrumba!
 ¡Es coronamiento de todas las glorias
 un rincón de tumba!
 ¡No me des siquiera coronas mortuorias!

No pido el laurel que nimba al talento,
 ni las voluptuosas
 guiraldas de lujo y alborozamiento.
 ¡Ni mintos ni rosas!

No me des coronas que se lleva el viento!

Yo quiero la joya de penas divinas
 que rasga las sienas. . .
 ¡Es para las almas que Tú predestinas.
 Sólo Tú la tienes!
 ¡Si me das corona, dámela de espinas!"

Actualmente, Cristina de Antequa pasea su toca monacal en un convento de Sevilla. Lo que ha ganado Dios, lo hemos perdido los hombres. Sus pálidas manos, mortificadas por el obligado ayuno de caricias, no hacen vibrar ya las cuerdas sonoras de su lira, como nervios desnudos. Se entretienen, pasando lentamente las cuentas del rosario, al rezar ante Jesús prendido al madero del suplicio. Y sus labios, encendidos un día por la llama del amor humano, cuando, desde las profundidades del instinto, exhaló ese su grito incontenible de "Le quiero"; ahora musitan, exangües, el verso esperanzado de su eminente compatriota:

"Y tan alta vida espero,
 que muero porque no muero."

* * *

Todo espíritu culto ha de estar siempre bien dispuesto para aprovechar las nobles enseñanzas. Y nobles, más que otra alguna, son las que van dirigidas a la conservación de la concordia entre los hombres. El mandato de Cristina de Arteaga, de sembrar en el surco humano generosas acciones, miradas de simpatía, sonrisas de perdón, palabras de consuelo, nos está enseñando que sólo de ese modo cumpliremos nuestro deber de paz, en esta hora aciaga de los odios desatados, en plena función demoledora.

Y nadie, mejor que vosotras: mujeres de mi Patria, mujeres de América, mujeres del Mundo todo, podrá realizar con más primor y mayor abnegación esa magnífica siembra, prometedora del abrazo fraternal entre los pueblos. Sólo vosotras: madres, esposas, hijas y hermanas, que disponéis del inefable don de la gracia, del poder avasallador de la ternura y de la magia cautivadora de la bondad, podéis alcanzar ese milagro, si, despreocupadas de prejuicios y ampliando el radio de vuestra acción afectiva, ponéis "toda el alma y el ser" al servicio del amor a la humanidad —de la pobre humanidad doliente, de la que formáis preciosa parte—, que lucha infatigable sobre la tierra en pos de la felicidad, sin encontrar su equilibrio ni atinar con su rumbo.

Quito, a 28 de Octubre de 1948

GUILLERMO BUSTAMANTE

HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

Esta es una de las ocasiones en que el bosquejo de un perfil femenino, para estos "Retratos de Mujeres", tiene el tinte emocionado que junta a la admiración el efecto, porque voy a hablar de una dama cuyo nombre tiene para mí un significado entrañable, ese significado que agranda los valores esenciales, esos que nacen en el talento y en los dones del corazón, conquistando el voto fervoroso en el respeto de las almas selectas, para convertirse en algo muy íntimo en el fervor de nuestros sentimientos.

Voy a referirme a la mujer de talento exquisito, de brillante personalidad y de belleza integral que es honra y gloria de Quito, a doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, honra de la tierra ecuatoriana y honra de nuestro sexo por su cultura y su alta espiritualidad.

Hipatia Cárdenas de Bustamante es una de aquellas mujeres de expresión soberana, cuya clásica belleza se admira como una obra de arte y poesía: poema, escultura o cuadro de inspirado pincel y que a través de los años continúa siendo encantadora, porque la perfección de sus rasgos se muestra todos los instantes iluminada por el esplendor de un espíritu excepcional, que es profundidad en sus ojos, dulzura en su clara sonrisa, gracia en sus ademanes y brillantez en su palabra fervorosa.

Su blanca casa junto al antiguo jardín de la Alameda es igual a un corazón por lo cordial y acogedora. Es una casa con alma, en que los recuerdos de familia, los retratos, los cuadros, el ambiente, la luz, los colores, parecen vivir una vida singular bajo la mirada de ella.

Esposa de uno de los grandes ecuatorianos, por sus virtudes ciudadanas y su talento, don José Rafael Bustamante, madre de una familia ejemplar, me parece una reina en ese centro de sus afectos y de sus sueños de mujer y de artista.

Hipatia Cárdenas de Bustamante es hija también de otro eminente ecuatoriano, el doctor Alejandro Cárdenas, de quien debió ser la predilecta; pues, no pudo pasar desapercibida para él la forma en que ella hubo heredado su propio talento. El recuerdo de su ilustre padre es una de las devociones de doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, y al evocarlo hay en ella no sólo la filial ternura, sino la justeza conceptual y el sentido analítico que revelan las facetas geniales del político, del hombre público y del hombre en sí mismo.

Hipatia es una atildada escritora, y su pluma es como su rostro, de clásico perfil. Tiene centelleos de aguda ironía, pero también dulzura de romance. A veces su pensamiento tiene un fulgor de melancolía, pero fugaz como el temblor de un rayo de luna sobre la inquietud de la onda y triunfa, como brote natural de su espíritu, la suave ternura o el arrebatado sentimiento patriótico.

Producto de esta manera de sentir la vida, alquitarado en sus dotes literarias es su libro "Oro, Rojo y Azul". El título es simbólico. Hipatia ha puesto frente a sus magníficas páginas los colores de nuestra bandera. Esas páginas revelan el talento y el corazón de una mujer genial.

La ternura suave y unciosa acaricia en sus delicados poemas hogareños.

Los ideales cívicos y continentales están en los vibrantes artículos de "Oro, Rojo y Azul".

Es un libro que cautiva y cuya lectura nos deja ennoblecidos. Los sentimientos más altos del alma humana están allí para afirmar que la pluma debe usarse siempre para loar o para combatir por ideales elevados.

En su obra orientadora no puede olvidarse su encuesta sobre la manera cómo pudieran evitarse las dictaduras.

Sabido es también el resultado de esta encuesta... La lectura de muchas de las respuestas puede dar la medida del talento de muchos de nuestros políticos. Yo me pregunto si en el fondo no fué una fina ironía de doña Hipatia la realización de su interrogatorio.

Pero si como escritora Hipatia Cárdenas de Bustamante es un valor de nuestras letras y ha conquistado laureles al

pseudónimo de Aspasia, no puede pasarse por alto su conversación tan sutil, tan atractiva, tan ingeniosa. Oyéndola se aprende más de nuestra historia moderna que a través de muchos libros doctos y pesados de citas e inútiles datos. Sus dotes de observación asombran por la claridad y exactitud que se vierten en juicios originalísimos sobre personas y hechos de nuestra política.

Y qué sonriente actitud para caricaturar a personajes actuales de nuestro teatro político! Pero frente a su crítica demoleadora, creo que ninguno puede ofenderse, porque Hipatia tiene el secreto de no herir profundamente, de no lastimar a nadie. Es como si golpeara con rosas.

Pero es altiva y valiente. Sabe combatir por sus ideas. Gallandamente. Elegantemente.

A veces con varonil coraje. ¿Quién no recuerda en el Ecuador sus artículos sobre un togado diplomático romano?

Ella ama a su ciudad natal, este Quito de las rejas historiadas y de los patios con fuentes que cantan, los viejos conventos y las cuarenta torres de sus iglesias que lanzan hora tras hora sus voces de bronce sobre las calles con leyendas. La ama con pasión y orgullo. Así ha escrito su poema para ella, con mística elevación, pero sobre todas las cosas tiene el amor integral por la tierra ecuatoriana, sin egoísmos ni vulgar regionalismo.

Páginas de una novela costumbrista son sus cálidos relatos de su vida en "Palugo", la hacienda tan amorosamente cultivada por don José Rafael.

Ella se emociona, tal vez sin pensarlo, al referir el decurnir de esa vida, el paisaje y el campesinado de ese rincón del agro serrano, son descritos por ella pictóricamente.

No tengo ni el sentido religioso de Hipatia ni sus ideas político-sociales. Pero admiro la humana sinceridad con que ella habla de las gentes que labran sus tierras.

Relata sus costumbres, sus tradiciones, sus fiestas en que vive el inconsciente recuerdo de un pasado casi mítico y de su relato colorido y bello se desprende una sola cosa: Pienso en sus trabajadores como en seres humanos. Y esto la diferencia de otras personas de su medio social, que sin tener su fina cultura son la expresión anacrónica del semifeudalismo criollo de nuestras tierras indohispánicas.

Por este talento excepcional, por el don de gentes que ella posee y hasta por la prestancia de su distinguida belleza, yo imagino la brillante representación que dió al Ecuador

como esposa de uno de los más ilustres Embajadores que ha tenido nuestra Patria en otros países.

Hay en el salón de la casa de esta dama encantadora, firmado por Mideros, un cuadro que la representa rodeada de sus niños, a los que mira como en un sueño de su femenina ternura. Es realmente una obra bella y artística. La ha captado en las más profundas esencias de su ser: la maternidad.

Yo he pensado, mirando este retrato suyo en el cuadro de Mideros, que de ser yo pintora la hubiese representado enguida y solitaria, con su gesto soberano, sus ojos extraordinarios y sus manos de una viviente espiritualidad, teniendo como fondo único nuestra bella capital.

Porque Hipatia Cárdenas de Bustamante, para mí, en este relicario de arte, de civismo y de ensueño que es Quito, encarna por su cultura, su belleza y su espiritualidad, el alma misma de la Ciudad que es índice en la historia americana.

AURORA ESTRADA DE RAMIREZ

HOMENAJE
AL GRAL. FRANCISCO DE MIRANDA
EN EL BICENTENARIO DE SU NACIMIENTO

El Grupo América, con la valiosa colaboración del Ilustre Cabildo quiteño y del Encargado de Negocios de Venezuela en el Ecuador, Excmo. señor doctor don Antonio Casas Briceño, conmemoró el Bicentenario del Precursor General Francisco de Miranda con una sesión especial que tuvo lugar en el Salón de la Ciudad y en la que tomaron parte Augusto Arias, el Alcalde de San Francisco de Quito, doctor José Ricardo Chiriboga Villagómez, Alfredo Pareja y Díez Canseco y Antonio Montalvo, cuyas páginas se insertan a continuación, así como el estudio de nuestro consocio Juan Pablo Muñoz S.

ITINERARIO DE MIRANDA

Cuando el General Francisco de Miranda regresó a Caracas, en esta ciudad de San Francisco de Quito, la pólvora ideológica de Espejo, luego de su destino como de mina subterránea, ha explotado impulsada por los próceres de Agosto del 809. Y en el año siguiente, para afianzar el calendario del martirologio, en una jornada de matanza que consagrará la imagen de la "agostada", esos tribunos de proclama y epigrama, esos imberbes que dirigieran las primeras líneas, inexpertas todavía, pero colmadas de fe, del gobierno libre, han caído destrozados entre las paredes del Real de Lima.

Cuando regresa Miranda, Caracas no ha perdido la fisonomía en la que le viera el Precursor en la época de su juventud. Ciudad dieciochesca, la flor de su población y de su arquitectura, se ha hecho en su propio siglo. Y por más que su retorno coincida con la cólera del terremoto que ofrece al joven Simón Bolívar la oportunidad para sus palabras de contagio heroico que entrañan la decisión de luchar contra las fuerzas de la Naturaleza para someterlas, el recinto caraqueño, sacudido para reconstruirse parcialmente, ofrece la misma gracia de las casas de anchuroso solar, la entrada de mosaico de piedra pulida o los breves corredores de azulejo, los salones de medida rectangular en donde un piano de afinado cordaje subraya la tradición de una escuela musical, tan arraigada y proficua, como la de los pintores quiteños de la Colonia; el mobiliario de gusto francés; la misma ventana de reja que supiera en otro siglo de los claveles y de los suspiros y de los ironismos de Teresa.

Miranda ha buscado, en la casa de su adolescencia, el recuerdo que surge de las convocatorias de la memoria o que viene por los rincones, y se traza, a veces, en vagas figuras de realidad y de ensueño. Todo está allí, casi como antes. Y aún la prefigurada forma de su pasión y de su aventura. Aquí su curiosidad universal exploraría entre los libros de viajes y las estampas de los puertos y de las ciudades. Se abriría la Historia ante su asombro niño de seguir la marcha de los sucesos que transformaron a los pueblos. Y acaso también le asaltaría la meditación, más fecunda por indeterminada, acerca de como se cambiaron los regímenes políticos y el viaje del hombre fué siempre como el continuo ensayo para lograr la libertad o la parcela feliz, cuyos linderos se han visto apretados por las preponderancias de la sociedad o del poder o por la tenacidad de las leyes.

Miranda, como un nuevo Ulises que hubiera medido los perfiles de las costas más arriesgadas, en esa tarde caraqueña refiere las aventuras y desventuras de su viaje por gran parte del mundo. En los rostros de quienes le escuchan —amigos de ayer, compañeros dejados a lo largo de un medio siglo, jóvenes revolucionarios que supieron de sus andanzas y de sus triunfos, de sus glorias y de sus contradicciones—, se dibujan, alternativamente, la admiración y la desconfianza. Ya se han trazado, prevenidos o no, los signos de la sospecha. Se ha dicho que Miranda oculta planes de absorción y de dominio y que la libertad de que ha tratado, se condicionaría al autoritarismo de alguna potencia extranjera. Hay quienes consideran el desarraigo de quien resolviera sobre la suerte de las tierras de América desde las más distantes latitudes y no faltan los escépticos que aludan al escepticismo de Miranda y los que apunten el desmayo de sus empresas, no obstante el sino de vencedor que ha llevado por varios países europeos.

Así recapitula Miranda la historia de sus viajes y de sus propósitos. Se ha llamado, para penetrar con un desenfado mayor por los caminos del mundo, Meiroff, Monsieur Martin, José de Amindra. Y ese hombre de los libros y de la vida, estará destinado a que se le compare con los esperanzados o los desilusos protagonistas de la novela y el drama. ¿Sería como el desolado Rey Lear, como lo ha visto Mariano Picón Salas, cuando divisa las costas de Venezuela, desde las verdes aguas caribes? O, acaso, el adelantado don Quijote de América que soñara con el mundo del Incanato o con los colores independientes de la Colombeia? Miranda recuerda, en

retrospectiva imagen. De la raíz canaria, abrió los ojos en esta Caracas bullente, luminosa bajo su cielo de azul terso por donde suelen navegar algunas nubes de algodón que se desflecan movidas por las brisas del Avila, o que desde las alturas del Calvario están casi cerca de la mano, como en nuestro redondeado Pancillo. De la estancia que bordea el Guaire salió para buscar la imagen y la semejanza de una fuente para su patria. No fuera precisamente un nuevo Cid que marcha al frente de sus mesnadas para revelarse o superarse, para sublimar su resentimiento y compensarse de la poca fe de los otros, con la prueba eficaz de su triunfante dominio. Pero en la España de Carlos III lucha contra los moros de Marruecos y los piratas de Argel, mientras con su infatigable motivo de los libros golpea sobre el heroico metal de las gestas o tiene la visión de las batallas que se librarían en el Nuevo Mundo, recordando los hexámetros de la Iliada o las octavas de La Araucana.

Lector redomado, las conversaciones ciceronianas acerca de la vejez, proyectan su radioso horizonte sobre este atardecer de sus últimas confidencias. Señala los pasos de su ruta sin término, de su búsqueda del porvenir. Así marchó bajo la casaca galonada del General, a veces con el aire sagaz del diplomático, y siempre, casi siempre, con la modalidad del mundano que no buscaba simpatías con la genuflexa ceremonia y si más bien con cierto señoril recato que en ocasiones parecía orgullo bien logrado o fulgor de su imperiosa estatura.

En Londres, negociador que parece abrir la conferencia a los grandes espacios de una virgen fortuna, —América es todavía la dorada promesa—, opone con una gallardía extraordinaria toda la dimensión de su ensueño al practicante discurso del Ministro Pitt. En Italia conversa con los jesuitas desterrados de América para incorporar a su plan sin formalistas pragmáticas, esa memoria fresca de la geografía y de la historia que viaja con los hijos de Loyola y que al Precursor acaso se le diluye un tanto por su inmersión universal, por su saturación de todos los climas y su larga medida de las edades.

Cuando en 1792 llega a París en la diligencia de Londres, flexibilizará el saber profuso de la enciclopedia, hará la versión americana de Rousseau, y, un poco girondino, entranará de tal modo la violencia revolucionaria dentro de la táctica de las milicias, como para que se le confíe la direc-

ción de los ejércitos en su calidad de Mariscal de Campo. El nombre del criollo llegará después a grabarse en el Arco del Triunfo de París, como en la póstuma compensación de varios de sus días de fatiga y de duelo en la prisión de la Force.

Figuras de vario coturno, príncipes y letrados, poetas y emperadores; policías de ojo mitológico, como el de Augus; judíos, como Odgen, que cobran el mil por ciento para toda empresa, inclusive para la de la libertad; ambiciosos sin obra y obreros sin ambición, integran ese vasto mundo de hombres y de sentimientos, de calidades y de cualidades para la experiencia de Miranda.

Ha llegado a medirse con el aura napoleónica, con la ponderación democrática de Washington. Y si Bonaparte le considera como a un Quijote exento de la locura, Burke cuenta con él para su plan de las cuatro grandes naciones libres de América y su poder de seducción ejerce influencia en Jeremías Bentham, el sabio diminuto cuyas hipótesis exploran en la temática de la libertad que se viene, sucesivamente impulsada o contradicha, desde la primera mañana de los tiempos.

No existiría desmesura al afirmar que Miranda concedió iguales enternecimientos y acaso mayores cuidados que a sus hijos Leandro y Francisco, a los legajos profusos y minuciosos de su Archivo. De aquellas criaturas de su raíz, trasunto, también, de su cosmopolitismo, cuidaría la madre, la muchacha escocesa, tranquila y hacendosa, carente de los afanes de brillar ni como en un subalterno reflejo de la gloria de su compañero, y los papeles de sus legajos serían ordenados y completados por Tomás Molini, el Secretario fiel que siguió con una gustosa intención sobre las páginas del diario de Miranda, que bien pudiera considerarse como otro nuevo teatro crítico universal en donde las notas más disímiles hablan de una vida ciertamente vania, de una observación antiegoísta, y hasta de un sentido de letrado que no dispusiera del tiempo ni del afán para dejar el libro completo o bello que le sobreviviera.

Ponque Miranda apunta meticulosamente todos los sucesos de su historia que son los de la América de su tiempo. Allí quedan la memoria de una entrevista o la propuesta de un plan de táctica militar. Al lado del trazo de un paisaje, la silueta, entera en su concisión o desdibujada adrede, de algún personaje de la época. El encuentro de las ciudades en cuya memoria secular aclara los recuerdos de sus lecturas. La impresión reciente, así como las premoniciones, acerca de los hechos en los cuales interviene como actor o como observan-

te. Y entre las páginas de ese voluminoso Archivo, entre la caligrafía de sus notas de diario, los pantes oficiales de Londres y de París, las misivas de los políticos, los billetes menudados en los cuales la frase de la galantería cobra mayor prestigio bajo el escudo que se entrelaza con los imperiales monogramas.

Un tanto fáustico, se ha dicho que Miranda albergó en su entraña algo también de la tendencia conquistadora de Don Juan. De tal modo, y si por el atuendo de relaciones que se prolongan en una larga distinción protectora, no podrá separarse de su biografía la presencia de Catalina de Rusia, varios de sus trechos de enigmático repasar o de viva afirmación de su destino, se aclaran con sonrisas de mujer o se tienden hacia la seducción de sus preferencias. Así ha de incorporarse, con su perfil en donde la dignidad conforma los valores inquietos de su vida, a la galería de celebridades de Madama de Staël que no dejará de pensar en el sudamericano cuando desliza el espíritu del romanticismo, y los recuerdos de su prisión de Francia encontrarán la letra de Madame Roland para que ya comience a pertenecerse a la historia universal que reflejará con tan acusados rasgos el rostro de ese criollo sin desentono al lado de las grandes figuras de su siglo.

Así recuerda Miranda los detalles de su larga y heroica travesía, en las confidencias de sus últimas tardes de Caracas. Desde Capitán de las milicias españolas, hasta Mariscal de Campo de los Ejércitos de Francia. Desde sus parlamentos con el Gobierno Inglés, hasta su navegación por aguas antillanas para desembarcar en las costas de Venezuela o para proyectar, desde Curazao, al lado del nuevo romance del papiamento, una definitiva acción de armas. Desde confidente de las tendencias enciclopedistas de Catalina, hasta Dictador y Jefe de Armas de la recién nacida República de Venezuela....

Aquí, en Caracas, ha debido rendirse a las precarias realidades. A la obligada marcha de los sucesos. Al prejuicio o a la costumbre que los revolucionarios de mirada larga no quieren destruir de un golpe, acaso para no frustrar el más valioso empeño de su penetración o de su convencimiento. Miranda es un renovador que parte del clasicismo y se apoyará en las citas de los libros ilustres para saber liquidar mejor un pasado político, ya que no es de la continua marcha de los siglos que alimentó parecidas tendencias para la humanidad y para el hombre.

No es que Miranda transija con los Marqueses de Casa León. Pero no rehuye sentarse a su mesa, a la vera de los vinos de Ultramar, para el descanso de sus fatigas de removedor que ahora llega a las más extraordinarias contradicciones, a la quiebra de sus esperanzas, quizá a la misma advertencia que surtirá más tarde de la templada angustia de Bolívar, cuando diga a su escudero de fidelidad sentifila: "Vámonos de aquí. Ya nos echan. No tenemos nada más que hacer..."

Concurre a la casa de la tradición y el equilibrio permanente, también para tomar el pulso al tiempo; para saber, en necesaria equidistancia, así el pensamiento de los que flotaron siempre, como con una rara suerte dinástica, como el de los humildes pardos que debían y podían llegar a la felicidad del hombre, al afinamiento de su sensibilidad de ébano, al disfrute de los bienes no privilegiados de la República.

Miranda conoce que pudo salir de aquí, descendiendo por las rutas tortuosas del Avila, hacia la Guayra, para ponerse en contacto con el mundo. Más complicado, dentro de la época, ese viaje trasatlántico para el bogotano que cultivara el doctorado de las letras en la ciudad de Santa Fe, o para quien, como Eugenio Espejo, demoraba coetáneamente en la lluviosa Quito que supo ofrecer sus munallas de Colonia, para la romántica prueba de la primera proclama de agosto.

Demasiado sabe que es más difícil salir que regresar, pero hay en su presentimiento, de nuevo la tentación de otro periplo. Lejos se queda esa emoción navegante de su Leandro y ahora tendrá que partir con los grillos que sujeten al perpetuo caminante de otro tiempo. Todavía, desde la prisión de Cádiz, querrá dar espacio a su evasiva. Y quien sabe si soñará en volver con la cabeza ya más de plata antigua, pero con su misma volcánica pasión de libertar y libertarse.

Ha salido de la Casa de los Bolívar, en donde el audaz Simón le ha mirado un momento, como a un Precursor resuelto, genial erudito y mundano, sapiente también, pero anacrónico para el clima de su fiebre. Ha mirado hacia más allá de la Plaza Mayor en donde una Iglesia de perfiles dieciochescos se convertirá más tarde en el Panteón de los Héroes. Allí presidirá Miranda, en efígie, mientras sus huesos obedezcan a la transformación del polvo en el osario gadi-tano.

A U G U S T O A R I A S

FRANCISCO DE MIRANDA

Sostienen los eruditos que el destino del mundo ha girado en torno a la influencia de cinco grandes ciudades: Atenas, forjadora del instrumento de libertad que inmortalizó a los griegos; Roma, entronizadora de la ley como elemento supremo de la vida; Jerusalem, antorcha del pensamiento humano, encumbrando hasta lindar con lo sobrenatural; París, fragua de la idea clara y del valor ascendido que desparamó por el mundo de himno de las libertades públicas, y Londres, trinchera erigida contra el abuso de la autoridad y asiento de precursores de ideas que han cambiado el ritmo de la Historia.

Pero junto a estos nombres que ocupan sitio destacado en el desenvolvimiento de la especie a través de las edades, tiene derecho a sentar reales de gran señora del pensamiento y rectora de los destinos de un Continente, la bella Capital de Venezuela, madre prolífera de hombres tejedores de ensueños, que trajeron al mundo, moderno veinte repúblicas independientes.

Caracas ostenta el privilegio de llamarse madre de varones insignes, paladines de la idea de la democracia y guerreros indomables que esparcieron por el mundo llamaradas de grandeza y heroísmo. Entre esas figuras claves que nos dieron libertad, emerge luminosa y esplendente la personalidad de Miranda, "El Gran Desconocido" que hizo de la perseverancia el resorte mágico de su existencia.

Quien se adentre en la vida de este impertérrito patriota, que nos ofrece el interesante colorido de aquellos obstinados caballeros de la Edad Media, no sabrá que admirar más,

si su inteligencia tan despejada como innovadora; si su amor intenso, profundo y exclusivo a la causa de la revolución americana; si la variedad de sus recursos políticos para convencer a los gobiernos en favor de sus propósitos, o si el valor indomable de que hizo gala en sus andanzas de aventurero de la espada.

Es lo cierto que Miranda, hombre moreno y de ojos vivaces, que hablaba sin pausa y escribía sin cesar, que conspiraba sin desmayos, que intrigando visitaba ministros y políticos y frecuentaba cortes, para obtener lo que para él constituía la obsesión de su destino, es una personalidad multifásica, difícil de escribir y peor todavía de pretender reducirla a las escasas líneas de un discurso de presentación.

Para saber lo que Miranda significó como hombre de lucha y caballero del ideal, permítaseme repetir las palabras del elocuente defensor de María Antonieta y de la heroína Carlota Corday, que refiriéndose a Miranda, entonces procesado ante un tribunal revolucionario francés, dijo así: "El día más hermoso de mi vida ha sido aquel en que defendí a Miranda. Declaro que jamás he conocido hombre que me haya inspirado más estimación y más diré, ni más veneración: es imposible tener más grandeza de carácter, más elevación en las ideas, ni un amor más verdadero a todas las virtudes. Habría deseado que toda Europa lo hubiera oído. No es posible ser más preciso en las respuestas, más claro en las explicaciones, más fuerte en el razonamiento, más enérgico en todo lo que emana del sentimiento y sobre todo tener más de esa calma imperturbable que sólo es fruto de una sana conciencia."

Difícilmente podría decirse más de un hombre en menos números de palabras y difícilmente también podría encontrarse un hombre merecedor de tan enaltecidas expresiones. Y lo curioso de todo es que de este aguerrido militar, que peleó junto a Washington por la emancipación de Norte América y que en Francia sentó cátedra de Mariscal de Campo al servicio de la República, se supo tan poco que hasta no hace muchos años se ignoraba la fecha misma de su nacimiento, no faltando historiadores de peso que citaran el 9 de Junio de 1756 como el día en que el hogar de don Sebastián Miranda y doña Francisca Rodríguez fué alegrado por el nacimiento del revolucionario admirable, el honrado dictador que como grande que era, terminó su vida olvidado, misero, a solas con sus recuerdos, saboreando el acibar de

los desengaños, el 14 de Julio de 1816, cuando la calumnia cumplía su misión, arrastrado por el huracán de la política, dejando eso sí sublime enseñanza para la posteridad.

La adquisición que el Gobierno de Venezuela hiciera, hace pocos años, del archivo del General Miranda, salvado milagrosamente en la goleta "Shaphire", archivo que se conservaba en manos del Conde Bathurst, nos ha permitido adentrarnos en el conocimiento de valiosos detalles de la vida de este Carabaldí americano, y hoy en día el mundo conoce que fué el 28 de Marzo de 1750 la fecha en que Francisco de Miranda vió la luz primera.

Vida accidentada y donjuanesca la de este hijo de nuestra hermana Venezuela. Desde los primeros años sigue la carrera de las armas y de España se trasladó a Norte América a pelear junto a Washington por la independencia de la Gran Democracia. Más tarde lo vemos en Francia ganándose el afecto del Ministro Servant y obteniendo del Comité Ejecutivo Provisional la carta de Mariscal de Campo.

Mucho le debe a Miranda la Revolución Francesa y sin embargo de ello sus hazañas no fueron suficientes para acallar los dardos de la injusticia. En las mazmorras de La Force estuvo recuando el enamorado infatigable de la libertad de los pueblos y desde la obscuridad de su inhóspita prisión se dirigía a la Convención en términos enérgicos y razonados: "O soy culpable, decía, y se comete un crimen contra la Sociedad dejándome impune, o soy inocente y entonces se ultraja a la sociedad reteniéndome en prisión sin juicio."

Su elocuencia que no desmayó ni en los instantes de infortunio, alcanzó la libertad pero a condición de que dejara el suelo francés, orden que le permitió a Miranda trasladarse a Londres, ciudad cuya contribución al progreso humano no siempre se realizó en nombre propio, y así como Lenin fué londinense antes de cambiar la faz de Rusia, y Marx fué londinense antes de ensayar un sistema que ha sacudido a las grandes masas, y Mazzini fué londinense antes de restaurar la dignidad de Italia, así también Miranda fué londinense con peluca y anteojos verdes, antes de lanzarse en demanda de la libertad de su patria.

Miranda se presipita, en improvisada expedición, con quinientos hombres, desde Trinidad a Vela de Coro, para recibir la primera decepción en suelo natal, ya que la actitud fría e indiferente de la población le llevó al convencimiento de que no estando eficazmente apoyado por los pueblos, era

imposible que una escasa fuerza alcanzase ventaja en la campaña ni intimidara al enemigo.

De regreso a Venezuela en 1811 y en pleno acuerdo con Bolívar establece la Sociedad Patriótica Grupo de Jacobinos Venezolanos, destinados a ser el cerebro de la revolución, el alma y el impulso de la célebre acta del 5 de Julio de 1811. Más luego toma parte en combates como la acción de Pantaneros y Maracay, que precipitaron a Miranda en el abismo del desaliento y del infortunio. Simultáneamente se producía el descalabro de Bolívar en Puerto Cabello y la traición hacía ondear de nuevo la bandera española en aquella fortaleza. Monteverde y Cevallos recuperan las provincias perdidas y Miranda fué obligado a firmar la capitulación de San Mateo, que dió origen a que muchos escritores realistas inventaran la patraña de que Miranda había capitulado al impulso de intereses pecuniarios.

El desengaño, la soledad y la calumnia fueron los protagonistas del último acto de todo ese intenso drama que hoy llamamos la Vida de Miranda. Existencia que los hombres de este siglo nos empeñamos en relievlar, porque ninguna vida como la de Miranda retrata con mayor fidelidad todo ese gran drama que los contemporáneos llamamos Epopeya de la Independencia Americana.

Pensar en Miranda, adentrarse en sus inquietudes, seguir paso a paso sus aventuras, profundizar en su carácter, contemplar las veleidades del destino, meditar en la injusticia de sus últimos años, es descorrer el velo de la historia de estos pueblos, cuya existencia como naciones soberanas constituye un ejemplo de perseverancia en la acción y heroicidad en los sacrificios.

Si algún americano merece el homenaje de gratitud de todo un Continente, ese es Miranda, el hombre que luchó por la patria de todos, el varón cuyo ideal sin fronteras allanó los obstáculos y superó todas las dificultades. El político rinde homenaje a Miranda porque ve en él al genial visionario del papel que América había de desarrollar en el equilibrio futuro del Universo. El Militar se rinde ante Miranda reconociendo sus prendas de guerrero infatigable, audaz expedicionario, cuya estrategia no está planeada solamente para los campos de batalla, sino que abarca las esferas de influencia de cortes y gobiernos.

Conocía Miranda que al batallar por la Revolución Francesa, estaba sirviendo los intereses de la distante Amé-

rica. Intuía Miranda que al convencer al Ministro Pitt para que Inglaterra encauzara su política comercial por los senderos sudamericanos, estaba preparando la decidida influencia de Canning en el reconocimiento de la independencia de nuestros pueblos. Adivinaba Miranda que al apoyar a Washington en su cruzada de liberación por los trece Estados Norteamericanos, estaba poniendo los jalones para la declaración que años más tarde impidiera toda tentativa española o europea de coloniaje en América: América para los americanos.

El erudito ve en Miranda al escritor incansable que a través de sus notas de viaje va dejando enseñanzas inconfundibles, nacidas de su espíritu observador. En fin, todos los hijos de esta tierra somos deudores que no hemos pagado todavía la cuenta de gratitud que debemos al Padre y Redentor, títulos con los que la posteridad ha querido cicatrizar un tanto las heridas sangrantes de la calumnia y el olvido.

Y si toda América, como heredera venturosa de los destellos del Genio, entona en esta fecha del bicentenario de su nacimiento, el himno recordatorio de sus grandezas, el Ecuador, abanderado de las nobles causas y precursor de los nobles gestos, no podía faltar con la voz de su pueblo, representado por su Cabildo Capitalino, para ensalzar la figura gigante de Miranda, en unión del grupo de intelectuales que reunidos en torno al ideal americanista, cultivan el afecto, la admiración y el respeto por los grandes varones de este Hemisferio, haciendo verdadero apostolado de comprensión y armonía entre los pueblos libres.

Quito recuerda a Miranda con la lealtad de un hijo y el fervor de un hermano. Y al evocar al Generalísimo Miranda, envía a Venezuela, la compañera de siempre, la amiga de todos los tiempos, el mensaje de aquel afecto hondo y sentido que sólo brota en los pechos que nacieron libres para vivir dignamente.

JOSE RICARDO CHIRIBOGA VILLAGOMEZ

REALIDAD Y SUEÑO DE MIRANDA

A doscientos años de distancia estamos de este acontecer americano y universal que es Francisco de Miranda. Vino entonces a la tierra, y aún no se va de ella: la amó de verdad, con pasión de poseedor en agonía por no tenerla nunca; la sigue amando con el polvo de sus huesos dispersos, transfigurados en la energía sin muerte del espíritu. Vagabundo romántico, general de buenas causas, enamorado de la vida, fuera mujer o fuera acción, con esa constancia saltarina de un donjuanismo por la libertad, que emergía de su versátil magia interior para adueñarse de un cuerpo joven o de una geografía de continental medida.

Su tierra era toda la tierra: era hombre que no ponderaba el límite de su andanza. Soldado español y soldado francés, gentil hombre de palacio, seductor, aventurero empecinado de la cárcel, la guerra, la enfermedad y la muerte. A las veces, infantilmente risueño con la gala del uniforme y la gloria que le pasa por las manos como una caricia fugitiva; en otras, vedle ceñudo, reuniendo centavos para el comer y pidiendo, como un menesteroso, monedas para la libertad de América.

Pero entre toda la tierra suya, un pedazo le era más amado. La conocía como la sangre al cuerpo: la escarpada costa, asediada por el mar de las Antillas, donde el destino del mundo se puso de pronto a escribir hazañas y disputas; un gran río de maravillas, donde alguna vez estuvo el paraíso terrenal o, por lo menos, la fuente de la juventud eterna; los médanos del bajo litoral, ganado por el agua caribe; el viento agresivo del mediodía; el cálido resplandor que alcanza y se queda en la llanura inmensa donde crecen juntos caballo y jinete para ganar preeminencias en la copla o en

la guerra; y el andino rincón, donde se medita cerca de las estrellas.

Ella quiso, y no la tuvo: su linaje de amor fué penetrarla en la ausencia. Mas ella le dió, en una sola vez, la de su alumbramiento, el nutricional licor que le tuvo embriagado por todos los días que le alcanzó la vida. La conoció, como hombre a mujer, como el viento al sonido, como la semilla al surco, como el misterioso futuro a la historia. Y sabía que era la provincia de América que daba la cara al mar donde la codicia del mundo tenía puestos los ojos y el fuego. Pensaría que en ella se libraría la primera batalla organizada por la libertad americana y que allí, en la nueva geografía, se forjaría un ancho sueño de amor universal. En ella estaba la puerta señalada por el subterráneo manar de la historia. Y como la historia hace milagros que los hombres no entendemos, en esa tierra inicial, y fronteriza con la ambición de los viejos imperios, buscadores de la comunicación dominante, se hizo el triple milagro: Miranda, Bolívar y Sucre, éste el nuestro, el de nuestra intimidad ecuatoriana y trágica.

Es tan el hijo de su tierra, que Miranda lleva en la complicación del alma la estructura dispersa y el contradictorio clamor de la nación en agraz. No nos importa que adoleciera de vanidad; no que lo llamen un resentido algunos críticos agudos, pero circunstanciales y apegados al juicio tradicional hispanófilo. Estas son, justamente, sus virtudes; las virtudes mestizas, emergentes de la lucha de la doble sangre, que hacen de él un hombre-tipo, una expresión, un creador del nuevo estilo de vida, aún debatiéndose en la inmadura edad de América. A ratos, Miranda es blanco, seguramente por la herencia del padre, el rico tendero de Canarias, pero entonces, es de todos modos, un criollo resentido que presume de nobleza. En otros, la otra parte de su probable mezcla, la india, venida acaso, y aunque en porción pequeña, por los cauces mestizos, le sale al discurso, como cuando propone muy seriamente a Guillermo Pitt, nada menos que a ese maestro del sentido común, un proyecto de constitución americana, en el que mezcla las dos Cámaras inglesas con el propósito de un Inca hereditario para el ejecutivo del Gobierno. Curiosa asociación romántica: entre Tupac - Amaru y las formas parlamentarias occidentales, con la que su espíritu mestizo quiere salvarse de la contradicción, como se quieren salvar y se están salvando nuestros países, que no son blancos ni son indios, y cuyos destinos están asegurados en la condición de la mezcla, pero ya liberada de temores y funi-

lamentada en la substancia nacional, en las varias almas medidas en una, hasta que la lucha se apacigüe en la formación definitiva de nuestro carácter.

Miranda en amoríos de alta jerarquía es un mestizo que se acuerda de la viril jactancia española. General de los franceses revolucionarios, es un mestizo que encuentra solución a toda angustia en la diosa razón y en las virtudes roussonianas de la naturaleza y del indio desnudo. Mintiendo a Pitt para arrancarle dinero para sus proyectos, es un mestizo ladino que retorna a la paciente astucia del indio. Pasando por Conde, es un mestizo que se cura del resentimiento contra el amo español. Arrojado, sobrio, heroico, es un peninsular de los mayores. Taimado, barroco en sus ideas políticas, oscuro y triste, harto de felicidad doméstica en una calle de Londres, es casi un indio, tenaz y sabio. En los días de la Patria Boba, es también un mestizo, cuya cabeza, por larga ausencia, se llenó de estilo occidental y de temor por una libertad sin orden, como un criollo blanco y rico, que desea la Independencia, pero se asusta al pensar que pueden repetirse los horrores de Francia o los del alzamiento negro en Haití. Allí su mezcla —mestizo, pues—, le extrae a la superficie el señor blanco que hay en él: se resiente de la insidia y deslealtad con que se lo combate en La Patria que tantas desgarraduras le ha dado, habla de que todo es "bochinche y nada más que bochinche", se aleja del problema fundamental, olvida que está entre el caos y que la República habrá de nacer de la discordia, le repugna un ejército de descamisados, se derrota interiormente por su propia contradicción, y todos, naturalmente, se vuelven contra él, porque no decide hacerse temer. Entonces, se produce el divorcio con un **bochinchero** genial, el más mestizo de todos, cuya arrogante y juvenil pasión no entiende; porque la mejor parte de Bolívar no es Europa: se amamantó en la tierra americana, cuyo paisaje se le metió hasta el último recodo de la sangre y del alma, y le hizo, a medida, un extraordinario espíritu doble: español enternecido por la savia nuestra, de tal manera que su poderosa individualidad resume y exalta, coordina y organiza el corazón de la multitud mestiza.

Mas nada tiene que ver con la grandeza de Miranda el cuarto de hora de la Patria Boba. El no es el responsable del no entendimiento. La historia cambió muy a prisa, y lo que había que realizar era nuevo, cosa de locos o de poetas. Miranda es viejo, sensato, no puede soportar el grito y la facundia desmedida, la calumnia, la intriga. Quiere nada

más que orden y orden para que sus ideas románticas y precisas hagan crecer, como una obra exacta y de mecánica perfecta, una Patria en este lado del mundo. Está cansado también: tanto ir y venir, tanto esperar en agonía, tanto poner a prueba su paciencia de sabio o de santo. Como son días de acción, piensa en los soldados disciplinados que mandó en Francia, en la gloria del sitio de Amberes, en la magnífica retirada que sólo él, entre los mejores, pudo guiar, en los honores recibidos, en los colores de su uniforme de coronel moscovita, en los prusianos de Federico, en el buen sentido inglés, en que no hay que hacer locuras porque la crisis europea está abriendo la posibilidad de la Independencia y hay peligro de perder la ayuda de las potencias interesadas en destruir el imperio español... Solamente en Europa fija su pensamiento, en esa Europa modelo que todo lo hace a perfección y que ha recorrido, sitio por sitio, desde los mares del Norte hasta los escondrijos del Mediterráneo, cargados de cultura. ¡Y ahora estos desharrapados que no saben obedecer! ¿Cómo podría este mestizo, tirando a blanco, blanco ya completo en la vejez, todo él, de la raíz biológica a la madurez del desco, ser un revolucionario de esa primera etapa de América, es decir, un hombre que, desde los fundamentos de su ser, desde la más remota inclinación de su identidad, está en el caos, lo vive, lo ama, lo organiza y retorna a crear el orden con los elementos de la incertidumbre y la dispersión? Abandona, pues, un título grande y arrebatador, para dar en otro designio de otra calidad: la dulce y sacrificada profesión del precursor.

Acaso él nunca lo supo. Tendría por padecimiento el horror de que en su tierra tan amada lo llamasen extraño. Llorarían sus ojos el deseo frustrado que lo mantuvo activo y locuaz seis décadas de fuerte vivir. Un precursor... ¿De qué y por qué? Esta sería la pregunta insidiosa, cargada de inquina y de veneno, que todos los días y todas las noches lanzaría a la distancia infinita, no detenida por los muros de la cárcel ni por las cadenas que lo sujetaban. Porque Miranda no pudo jamás imaginarse encadenado. Era un Prometeo libre, que robó el fuego del cielo sin que nadie osara castigarlo. Mas a pesar del sueño perseguido, está con cadenas cargado, los tobillos marcados de sangre, en la húmeda y sombría fortaleza de Puerto Cabello. ¿Pero no es esto lo irreal, lo aparente, lo perecedero, lo negador de cualquier tránsito auténtico? Lo real es su sueño, la medida que no se acaba, el fluir continuo, sin rumores contrarios. Sólo que la

irrealidad absurda —contraria a los valores que harían de él un personaje sin edad— habíase revestido de la forma de un carcelero, del pan y el agua diarios y de un olor de plagas.

Sueño fué todo él. Acaso no lo supo bien, pero adivinó con la penetración de esa luz a medias que es la inteligencia total: razonamiento esclarecedor y presencia de la intuición, que su sueño era lo concreto, lo evidentemente real, el testimonio contra la derrota. Toda su vida azarosa está explicada por el fervor y la omnipotencia del sueño. Todo lo que hoy sabemos de él, más allá de los documentos y las fechas, es sueño, puro sueño ya realizado. Muriéndose estaba, soñando, substituyendo esa palabra de accésit, que es la de "precursor", por una de valor concreto: soñador, anticipador de formas reales, creador, visionario de las cosas que vendrían, que nadie había visto, pero que habían tenido presencia eficaz en el sueño y el deseo.

En tanto, vedle padecer. De una cárcel a otra, de una fortaleza, construída por el temor y el odio, a otra fortaleza. De Puerto Cabello al Castillo del Morro en Puerto Rico. De Puerto Rico a la Cárcel de la Carraca en Cádiz, su blanco puerto donde los veinte años dejaron fogosas historias de amor. Y van dos, y van tres años, y el dolor no le deja. Le pesan grillos en los pies. Las alimañas nocturnas le cuajan de arrugas últimas el rostro. Ya la existencia personal no tiene ningún sentido para su corazón: se ha dado a todos los que quieren recibirlo en el mundo.

Lo apresaron en 1812. En 1816, se le derramó el cerebro en las venas cansadas. Poco después, murió de calenturas contagiosas. Se perdieron sus huesos. No quedó nada de su existencia efímera, de lo más cercano al no ser que fué su presencia de carne y hueso. Su otra parte, su sueño, está en nosotros, en nuestra realización y nuestro imperecedero deseo de libertad, día a día haciéndose con una verdad más concreta y más real que la muerte de su cuerpo.

ALFREDO PAREJA DIEZ CANSECO

ELEGIA AL GENERAL FRANCISCO DE MIRANDA EN LA CARRACA

Tiende la noche su ala de lúgubre tiniebla
y al cielo gaditano, un negro cementerio
de bóhdos y estrellas, es un ancho sudario
cubriendo un mundo absorto de miedo y de dolor.
El mar es sólo un épico gemido desvelado
que apostrofa a la engástula
con sus injurias de agua
y sus blasfemias blancas de espumas al trasluz.

Cádiz duerme su insomne vigilia pretoriana,
sahumada por las piras de los autos de fe.
Y en la Carraca, grávida de mútilos fantasmas,
entre rumor de grillos y de hórridas cadenas,
señora en sus dominios, está la Inquisición.

Turnbado allí en su altiva impotencia vencida,
el vencedor de Amberes,
ese dios del Olimpo,
que nació balbuceando
la voz de Libertad,
yace sin luz ni pan.
Yace como un indómito jaguar encadenado:
ni el hambre ni el suplicio, ni el dolor y la muerte
a su grandeza abaten.

Duerme? Medita? Sueña?
Transido de martirio su pensamiento horada
el murallón del tiempo: . . .
Y pasa ante su espíritu la procesión lumínica

y augusta del ayer:
 paisajes de la tierra del Avila y el Guaire,
 enternecidas sombras del techo familiar,
 y el perfil de su América romántica y pujante,
 que sus cansados ojos
 quizás ya no verán.

Ciudades, paralelos, climas y meridianos
 se barajan en su alma que se abrió como un arco
 desde el límite andino hasta el confín eslavo.
 El fué ese genio bárbaro que el homo de la tierra
 en cardinal hazaña con sus plantas holló.
 El fué quien, arrogante, levantó el señorío
 del Continente indígena en el mundo opulento
 de historia milenaria
 y civilización.

Sus ojos se iluminan con los recuerdos grandes:
 Biquenay, Montchentin, Amberes y Ruremonde,
 las gestas que su espada escribió para Francia,
 coronadas por otros en Wagram y Austerlitz.
 Adelantado máximo del derecho humano,
 antes que para América, para la Francia invicta
 la libertad del hombre heroico conquistó.

Pero allí está tumbado como un jaguar vencido...
 La noche gaditana tiritita estremecida
 de pávida amargura,
 flora la brisa atlántica entre las rejas frías
 y arrojan las marismas en el ámbito negro
 una sensual fragancia, lejana, de mujer.
 Entonces la apoteósica cabeza emblanquecida
 se yergue, y un relámpago
 de alegría ilumina la apostólica faz.
 Y es que por su alma cruzan, una vez más, las sombras
 del arsenal galante:
 Catalina la Grande, Sara Andrews, Lady Stanhope,
 y ese cortejo feérico que iluminó de encanto
 su brava juventud.

Vuelve a nublar su rostro el infortunio amargo
 y el pasado es un río, que, tumbo a tumbo, vuelca
 sobre el cántaro anímico
 la historia que ya no es...

Y como negros buitres de la desesperanza
están allí, fatídicos, Danton y Robespierre,
Monteverde y Fouché,
picándole su olímpica corona de laurel.

Apura allí los sorbos del dolor y el vacío
en el paciente cáliz de la resignación.
Mártir sacrificado a su pasión heroica,
que anheló para América su luz de libertad!
ya para él nada existe... en la tétrica ergástula
las sombras del pasado mitigan sus silencios...
ha tiempo que la muerte, acechante, le busca,
y en su nívea cabeza brilla la eternidad...

A N T O N I O M O N T A L V O

SEBASTIAN FRANCISCO DE MIRANDA

PRERROMANTICO DEL AMERICANISMO Y LA DEMOCRACIA EN HISPANOAMERICA

(1750-1816)

Cuando al término de centurias se evoca el nombre de un predestinado y el son de majestuosas campanadas celebratorias despierta en nosotros la conciencia histórica inevitablemente aletargada, la rememoración feliz mueve y "actualiza", al propio tiempo, otros nombres y características epocales; aún más, resucita como por encantamiento vidas y obras, al parecer desvanecidas y olvidadas, que en profundidad de tiempo resuenan armoniosas. Esa resurrección casi objetiva de personas y hechos que integraron el paisaje de alguna época, llévanos a pensar con el nostálgico poeta, sobre cómo, al parecer, "cualquier tiempo pasado fué mejor", y aún se experimenta viva incitación a repetir, hoy más que nunca, la perimista frase del que dijo: "El tiempo de los grandes hombres se va, y la época del hormiguero, de la vida múltiple, llega.."

El nombre de Sebastián Francisco Miranda provoca esta actitud del pensamiento desencantado, que ve en lejanía lo que quisiera encontrar en derredor. Miranda, prototipo de temperamento activo y, en buena medida, revolucionario, ostenta airoso el epíteto de Precursor, con que su sino le identificó desde muy pronto. Y no sin razones suficientes, un precursor merece que de él se diga, con Zarathustra: "Yo amo a aquellos que dilapidan su alma y que no quieren gratitud ni retribución; pues éstos lo dan todo y no se guardan nada"... a excepción de su derecho a la gloria, conviene apuntar, completando al filósofo. El revolucionario, para cumplir a conciencia su papel, habrá de ser un gran capitán: Miranda lo fué; la historia lo confirma: capitán de virtudes singulares, por mucho que algún pensador haya anotado como juicio aplicable en general y no precisamente al caso que me

ocupa: "Es una fatalidad que la fama de gran Capitán y de consumado repúblico no puedan ir acompañadas nunca con la fama de hombre de bien." Esta valoración agudizada por el dogmático "nunca", se embota al incidir con el nombre de Miranda, e ilumina, por contraste de luces y sombras que proyectan otras vidas de capitanes y repúblicos ilustres, la figura del venezolano para destacarla, haciendo su vida y obra dignas de elogio y, en ciertos episódicos rasgos, merecedora al juicio tolerante y reivindicativo. Por ejemplo, Miranda repudia el servir en ejércitos conquistadores y a órdenes de generales ambiciosos. Para él, Bonaparte es, simplemente, "infame". En todo momento, Miranda pospondrá sus intereses personales y sacrificará su bienestar frente al destino de la nación cuya suerte le preocupa tanto. Su actitud, romántica en la teoría y la motivación, no lo es en las realizaciones, que obtienen de su vida y su espíritu el máximo caudal de energía.

Como teorizante, Miranda, el romántico, ha descubierto en el destino libertario de "su" América elementos comunes que lo articulan con los movimientos libertarios de cualquier región del mundo: el problema de la libertad americana es, en el pensamiento mirandino, un problema universal y humano, que debe interesar a todos los hombres de la tierra, por lo cual encuentra razonable el dirigirse a los más poderosos y experimentados. Romanticismo puro, en cuanto olvida los móviles que determinan las resoluciones de los poderosos. . . . De ahí, graves contratiempos y desilusiones que Miranda hubo de sortear cada vez que demandó ayuda para su empresa libertaria, y fueron los vaivenes de la política internacional europea los que, entre otras causas, determinaron el aniquilamiento del "libertador" potencial, reduciéndole a la condición ciertamente sublime, aunque, por frustrada, dolorosa, de "precursor". ¿Ha de verse con ello mengua en la estatura del grande hombre? Porque Miranda, hijo pródigo del XVIII, fué grande y muy de su siglo, es decir, no por grande menos auténtico "hombre", o tal vez proclive a deshumanizarse para alcanzar categoría honrosa en alguna escuela de ascetismo. Pero importa saber que para este magnífico espécimen de lo dieciochesco, jamás lo intrascendente o negativo tuvo fuerza bastante a desviar su acción creadora, antes bien, la vigorosa polaridad de su espíritu elige con certeza lo mejor, y su voluntad enérgica impulsa con eficacia todo empeño fecundo en la esfera del bien social.

Pocos tan bien dotados por la Naturaleza y favorecidos por el acaso como Francisco de Miranda, para ostentar los:

títulos enaltecedores de Revolucionario y Precursor, calificado por su temperamento, condiciones mentales y cultura enciclopédica y enciclopedista, armoniosamente enmarcadas en situación de época, para merecer se le considere, además, un Prerromántico del americanismo y la democracia en Hispanoamérica. En él se conjugaron de manera feliz el determinismo biológico, la correlación de fuerzas sociales y las "espontaneidades" del acontecer histórico, en toda su validez óptica, para hacer que ese venezolano de abolengo, al desplegar un día las velas de su espíritu, ansioso de salir al encuentro del mundo en alas de todos los vientos, no deviniera en simple trotamundos más o menos afortunado, capitán, por añadidura, de felices o desventuradas acciones bélicas. Otro e infinitamente más noble su destino: saber despertar, orientando, las dormidas fuerzas que gestarían la libertad de un mundo, si bien ello implicaba la obligación de sobrellevar estoicamente "la trágica expiación de su grandeza", como del Libertador Simón Bolívar se dirá más tarde con tanto acierto.

Aconteció así en el Nuevo Mundo, cuando éste descubre, a la luz de nuevas ideas, su anhelo invencible de expresarse en un idioma político y social acorde con sus propios problemas y empleado por hombres nacidos de su entraña. A todo lo ancho y hondo de su inmensa estructura geopolítica, en cuya profundidad concurren heterogéneas razas en fusión, se observa el nacimiento de hombres mediante los cuales el determinismo histórico ensaya el refundir esencias culturales y humanas, transmutando hasta cierto punto valores fundamentales, modificando signos y medios de expresión que darán al Continente fisonomía propia y recia, lo cual empieza a verse realizado con las primeras inquietudes revolucionarias y sus corifeos.

Por tales razones, no podían surgir a un tiempo y del mismo paladín, el Precursor y el Libertador, pues en la épica batalla por demoler un estado de cosas —régimen e instituciones— que ya no vibraban con la tónica vital de ese Nuevo Mundo por antonomasia, el canto de victoria de tantas nacionalidades incipientes se había de forjar a expensas de los iniciadores, y no podría la esquivia diosa de los capitanes sonreír por igual a dos héroes, pues toda victoria trascendente significa el más celosísimo discrimen de factores y potencias, que no cristalizan sino en modo estrictamente singular. No obstante, las batallas de la gesta fueron secretamente emuladas por las que se libraron, tan reñidas como las otras, en la honra de dos almas, la del Precursor y la del Libertador, cuan-

do la indolencia, la incomprensión, la envidia, la deslealtad y todas las pasiones abisales que enturbian la mente de los hombres y ensombrecen el alma de los pueblos, traspasaron los umbrales de esas dos conciencias luminosas: batallas interiores que aniquilaron a los capitanes y produjeron desarmonía en la obra que debió enlazar a sus arquitectos en un diálogo olímpico.

De ahí la clave de ciertas aparentes incongruencias de conducta en cada uno de aquéllos, aisladamente considerados y también en sus interferencias históricas. Bolívar, actor descollante en la escena del encarcelamiento, sombrío drama con que se inicia el calvario mirandino, sólo puede ser bien interpretado a la luz de una profunda filosofía de la historia.

Pero no es, a mi juicio, una casualidad simple aquello de que la misma tierra hubiese alimentado la simiente de los Miranda y los Bolívar; antes bien, esto parece confirmar un imperativo cuya explicación nos llevaría demasiado lejos, mas, tiene un sentido de congruencia y necesidad visible. Esta relación del común origen nos permite ver con intenso realismo, que el destino de un precursor forma contraste violento con el de un libertador. La gloria del primero se oculta o sólo brilla a la luz del segundo; la grandeza de aquél sirve de composición perséptica a la de éste; las derrotas del uno son las experiencias sabias que la espontaneidad histórica reserva al otro para facilitar su titánico empeño. El fracaso y la injusticia acompañan al precursor hasta la tumba, como ciertas aves de rapiña a los caminantes exhaustos, y su gloria póstuma es más bien de sabor académico, sin contenido vital aparente, mientras la del libertador hunde sus raíces en la substancia viva del conglomerado social y se alza avasalladora desde el subconsciente colectivo. A veces, incluso se ignora la existencia de los precursores. De ahí que siempre tuvo singular atractivo para mí la vida y obra de quienes exploraron caminos, porque ellos poseyeron la clave que el destino se encarga de poner en manos de los triunfadores.

Por fortuna, Sebastián Francisco de Miranda no es un precursor huérfano de gloria; antes bien, élla hubo de rendirse complaciente, dominada por el soberano gesto del viril capitán. Mas, nos apresuramos en recordarlo, aquella de que en vida disfrutara fué, si cabe, una gloriola fugaz como las caricias de tantas mujeres que le otorgaron su favor, mientras la gloria que él merecía vino perezosa pero justiciera, en el reconocimiento de dos continentes. Francia la confirma al grabar en su Arco del Triunfo de París, el nombre del girondino

fulgurante, y América se apresura hoy a levantar un monumento definitivo en la conciencia de sus juventudes. A todo lo cual tiene derecho el Precursor venezolano, pues, no fueron sólo las aventuras innumerables del Casanova empedernido, o los éxitos fragorosos del audaz estratega, o los empeños inverosímiles del patriota revolucionario los hechos que legitimaron su conquista de la gloria. Claridad de espíritu, altura de ideales, sed inextinguible de sabiduría, ímpetu avasallador en las contiendas nobles, sensibilidad social que, entre otras manifestaciones, se muestra por un don extraordinario de conquistar amigos dilectos y grandes, alcanzando el que los pequeños y viles se evidencien por sí mismos: éstos y otros que por brevedad no se enuncian, son los rasgos que confieren a Miranda lugar de privilegio en la Historia de América. Pocos americanos podían, con la autoridad de éste, abrir sobre los horizontes de la América india e ibérica esos amplios ventanales por donde se filtró la luz de amanecer que alumbrara al mundo desde la Bastilla.

Destino de precursor que bien pronto lo reconocería con angustia la Madre Patria: cuando el venezolano empieza sus viajes por el continente europeo, ya el gobierno español le distingue y aparta como a peligroso insurrecto. Mezquina calificación; el vuelo espiritual de Miranda va más lejos: será el promotor de la independencia hispanoamericana.

Precursor a través de muy variadas latitudes del anhelo humano. Iniciativas tan valiosas para la vida económica americana y mundial, como la de abrir canales interoceánicos en Panamá y Nicaragua, inquietaron su mente. Aquella idea que su ágil imaginación trasladara a seguidas de su viaje por Alemania —canal del Báltico al Mar del Norte—, adaptándola a su lejana América, no le pasó jamás desapercibida.

Precursor también, cuando concibe los problemas políticos europeos y mundiales a base de justicia internacional. Visionario cuando señala como indispensable la internacionalización de los ríos navegables y muestra los peligros del Rin como frontera franco-alemana. Idealista y romántico en su pacifismo, porque exige moderación y justicia —sic— en los tratados de paz. . . . que dicten los vencedores! Idealismo digno de pacifistas al estilo de Norman Angell o Carlos Richet.

Si hemos de colocar a Miranda no entre los precursores ignorados, sino más bien célebres, permítaseme recordar algo a propósito de aquel otro precursor que, espiritualmente, guiará buena parte de los empeños libertarios mirandinos, J.

J. Rousseau. Es un antepasado en todo —nos dice Amiel, refiriéndose a su ilustre conterráneo—: creó el viaje a pie, antes de Topffer, el fantaseo antes de Renato, la Botánica literaria antes de Jorge Sand, el culto de la naturaleza antes de Bernardino de Saint-Pierre, la teoría democrática antes de la revolución de 1789, la discusión política y la discusión teológica antes de Mirabeau y de Renán, la pedagogía antes de Pestalozzi, la pintura de los Alpes antes de Saussure. . . . En resumen, podemos decir que de Rousseau nada se ha perdido y que nadie influyó más que él en la Revolución francesa. . . . Sin embargo de tener esos talentos extraordinarios, fué muy desgraciado. ¿Por qué? Porque siempre se dejó llevar de su imaginación y de sus sensaciones, porque nunca tuvo juicio en sus decisiones ni retentiva en su conducta. . . . Estuvo fuera de su época: de ahí su elocuencia y sus desgracias”.

Apreciación muy justa en lo que atañe al autor del *Emilio*, y aplicable en algunos respectos al Precursor venezolano, sólo que Miranda, discípulo enamorado de la teoría democrática hasta convertirse en “espada de la Gironda”, si bien tuvo juicio en sus decisiones y retentiva en su conducta, creyó poder ser libertador sin la transición necesaria del via crucis: de ahí su trágico fin. Su coraje y voluntad, no tan fuertes y acometivos como hace falta a un Libertador; porque éste debe no sólo ser capaz de desencadenar una revolución, sino de dominarla; en todo caso, de conducirla. Ser grande en la concepción no es suficiente; hay que ser oportuno en las realizaciones.

El idealismo de Miranda, con mezcla de utópico y romántico, no podía dar a su carácter la invulnerabilidad exigida para que el precursor pudiese convertirse en libertador. El talón de Aquiles de Miranda consistía en su ingenua creencia de que la voluntad del pueblo favorecía sus planes y de que serían suficientes pocas y decisivas batallas, o quizás ninguna después del 5 de Julio de 1811, cuando, como Representante al Congreso Constituyente, firma la Declaración de Independencia, tan deseada. ¿Cómo extrañarse de su abatimiento moral, cuando el 25 de Julio de 1812 debe firmar la Capitulación con Monteverde, porque el Coronel Bolívar, el futuro Libertador, ha sido derrotado 20 días antes en Puerto Cabello?

II

Algo más poderoso que la juvenil ambición del presunto estratega empuja al Bachiller en Artes y Filosofía, de la Universidad caraqueña, que en Abril de 1771 comprará despachos de Capitán en Madrid; algo muy profundo le lleva hacia las costas de donde había salido el Descubridor. Ciertamente, los barcos suelen llevar también las buenas ideas, no sólo las exóticas enfermedades. América había recibido por aquel tiempo substanciosos libros, experimentado graves dolores y gestaba muchos anhelos en su entraña social. Con su viaje de iniciación a través de aquel océano tantas veces navegado por conquistadores, piratas, verdugos y funcionarios sin conciencia, así como por magistrados probos, gentiles hombres, sabios y maestros, Miranda cierra en lo más profundo de su ser, el circuito que el viejo y el nuevo mundo formarían para iluminar su conciencia de predestinado.

El polo negativo de aquel circuito, América.—En el horizonte lejano que el joven viajero deja a sus espaldas, bien pronto se abrirá, "en un viento cálido la rosa de la revolución." Después de todo, "¿qué fué lo que impidió por siglos una revolución reformadora en América? La despoblación, efecto de una industria escasa y del comercio exclusivo; la ignorancia que las embrutece y amolda para el yugo perpetuo; la división del pueblo en clases que diversifican las costumbres y los intereses: el hábito morboso de la servidumbre, cimentado en la ignorancia y en la superstición religiosa, auxiliares indispensables y fieles del despotismo. . . .", y otros factores que Baralt enumera con tanta amargura en el *Resumen de la Historia de Venezuela*, y si bien cabe admitir las pinceladas rectificadoras de historiadores como Lecuna, al referirse al "gran número de hombres ilustres que hicieron la revolución", y a "los servicios del clero a la patria y a la causa de la libertad", sin olvidar tampoco, "el desarrollo adquirido por la colonia en los últimos años", es incuestionable que esos toques luminosos en aquel cuadro sombrío no consiguen desvanecer, tanto como se quisiera, las grandes pinceladas de los muralistas inconformes.

Que en el escenario de Hispanoamérica, día a día mejor dispuesto para el drama de la Emancipación, hubo clima propicio al brote prerromanticista revolucionario, es, según todo lo que antecede, innegable. Se trataba simplemente de un

mandato histórico, en función de realidades e ideas que, en lo económico, político y religioso, venían moldeando la cultura occidental, bajo el contralor supremo de la Filosofía. La Europa del siglo XVIII se vio cargada bien pronto con aquella multiforme inquietud, convertida a fines de aquel siglo en huracán.

América, plano al parecer, remoto en la escenografía del gran movimiento espiritual, no carece por entonces de los elementos preparatorios. Germán Arciniegas apunta: "Para América, 'los grandes virreyes' son una revelación. En sus equipajes vienen libros prohibidos, ideas extravagantes que irrumpen en el mundo escolástico de la colonia para corromperlo. . . . Los nuevos virreyes no saben, en realidad, el explosivo que llevan entre sus manos cuando empiezan a abrirles cauce a las ideas francesas, o, más sencillamente, a las de su monarca don Carlos III. Del propio modo como Florida-Blanca oír con sorpresa que aquello de la enciclopedia culmina en la toma de la Bastilla y en el nacimiento de la república, por estas tierras de América los virreyes liberales, y hasta ciertos camanduleros al estilo de Martínez y Compañón, primero obispo de Trujillo y luego arzobispo de la Nueva Granada, mezclan en su literatura y en su política cosas libres que no saben adonde les llevarán. . . ."

El polo positivo, Europa.—Hacia allá se ha orientado la avidez sensorial y espiritual del revolucionario en ciernes. ¿Qué ha entrevisto Miranda al margen de sus ávidas lecturas de bachiller bisoño y qué logra confirmar y edificar en sí a través de sus viajes de estudio? Sin duda, mucho, pues la sazón de su cosecha lo confirma.

Penetremos fugazmente en la atmósfera intelectual que respirará el Precursor en la Europa del siglo XVIII.

Rebasado el pensamiento empírico o retrospectivo —jmanes de Grecia!— de la Italia de Toscanelli, y establecida la línea astronómico-matemática del pensamiento copernicano y kepleriano, línea que al demarcar dos épocas irreductibles en la cultura occidental, dirige por largo tiempo a los que han de roturar muy hondo en el campo de la concepción general del universo, la revolución científica avanza por todos los caminos recién descubiertos, y avanza tanto más poderosa cuanto que, al iniciarse la tensión filosófica proveniente de la nueva postura que la idea de Dios como creador del mundo debía estabilizar frente a la nueva visión del cosmos, nacía una problemática en la cual ni el espíritu religioso más elevado ni la piedad ingenua del creyente vulgar pudieron sentirse

relativamente seguros o satisfechos. La nueva ciencia de la naturaleza siguió el dinámico ejemplo de la matemática. La suerte de la cultura occidental estuvo echada, y Colón gallardamente abrió la ruta geográfica por la que algún día el refluxo de la marea civilizadora devolvería a sus playas de origen algunas de las ideas y hombres nacidos al calor del mestizaje de dos civilizaciones extrañas, la americana autóctona y la europea.

Como el espíritu de la Reforma había insurgido tan poderoso, el estado moderno europeo hubo de desarrollarse forzosamente dentro de las luchas religiosas y, poco a poco, luego de querer detentar el estado, en el sistema social, la jerarquía que al sol acababa de reconocerse en el sistema planetario, esa absorción de poderes, justificada al parecer racionalmente, devino en absolutismo irrefrenable, agravado por la proliferación estatal ávida de conquista. Y el estado ambicioso fomentó en grande el capitalismo, arrojando todo su poder político y militar expansionista sobre las tierras vírgenes de los descubrimientos.

Sobre esta perspectiva de trasfondo se apoyan un segundo y un primer plano de la escenografía que Miranda contemplará gozoso, participando activamente en el acaecer.

La ciencia mecánico-causal, con su concepción de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, regulados cuantitativamente según leyes que se esperaba conocer y dominar bien pronto, dio origen al individualismo cuantitativo, que lleva aparejado el triunfo más o menos perentorio de la libertad personal frente al absolutismo del Estado, porque mientras el afán de libertad nunca había sido aniquilado totalmente en Europa, el individualismo natural o innato pugná por encontrar la tónica del individualismo político, incluso a través del individualismo religioso que la Reforma ensanchara hasta límites insospechados, y cuando sopla a través de aquel pequeño mundo crizado de absolutismos, la doctrina del contrato social y político, a manera de aliento purificador, es relativamente fácil que la teoría de la soberanía del Estado, elaborada por Bonio, pueda transformarse en la doctrina de la soberanía popular.

En este punto, forzoso es que evoquemos la Ilustración, movimiento espiritual que significó el reaccionamiento de la atmósfera vital para hacerla más respirable a los pueblos de Occidente. Lo nacido como una simple apetencia de esclarecimiento de problemas planteados por la ciencia y la filosofía —singularmente, la cartesiana—, se convierte, al pro-

ducirse el equilibrio político europeo, en actitud mental generalizada y en sentimiento optimista profundo, que exigen se considere aquel movimiento espiritual como una cosa de principio, piedra miliar de la nueva constitución del mundo europeo, ese mundo obligado a dirigir su desarrollo según el principio supremo de la razón universal.

El advenimiento de ese estado anímico optimista, bien conocido hoy por cualquier estudiante de bachillerato, provenía en gran parte de la nueva visión del universo, que Galileo y Newton habían preparado, y se ampara gozoso en él, considerando que no resta sino el navegar confiadamente en aquel mundo al que rige la ley matemática, garante de la armonía universal. En la economía, por consiguiente, se esperará el triunfo automático de las fuerzas de equilibrio, pues, se supone el habérselas con una simple economía armónica de cambio, y frente al capitalismo, la máxima del *laissez faire*.

El terreno así abonado por la Ilustración intelectualista, es singularmente propicio al descubrimiento sentimental del hombre y al retorno de éste a la naturaleza, que abonara, ignorante de sus leyes, maravillas y bondades, para recluírse durante siglos en los conventos o en los castillos almenados. Juan Jacobo Rousseau será el pastor de almas que las conduzca al valle donde la naturaleza es toda arrobamiento para el hombre que es todo ternura. Pero en el valle, las ovejas se despojaron de su piel y apareció el hombre lobo que iba a conquistar su igualdad y libertad a dentelladas. Sólo que nadie pudo comprender por de pronto la dimensión revolucionaria de la doctrina del pastor.

El cuadro que antecede, prolijo y hasta fatigoso en la recordación, que para hacerse más fiel y digna de crédito se apoya en interpretaciones de la historia admitidas hoy con general respeto—léase a Alfredo Weber, entre otros—, ¿explica o permite suponer algo de lo que ocurrirá en la vida del Precursor cuando tome contacto con aquel "polo positivo"? Por cierto y casi día por día, a partir del de su arribo al puerto de Cádiz, en un atardecer crudo y nebuloso, el primero de Marzo de 1771. Desde su preparación revolucionaria hasta ciertos detalles sugestivos de su vida íntima; lo grande y lo minucioso. Sus ideales se definen más nítidos; adquieren sus decisiones contornos más acusados y congruencia epocal; se reconocen mejor el origen de su alta escuela política y diplomática; se siguen fácilmente y sin enigmáticos esguinces las líneas modeladoras de su personalidad; descúbranse las resonancias de su pensamiento y las armonías de su corazón.

Al irrumpir en el primer plano de aquel siglo, el General "filósofo", Miranda, no lleva sin razón virtualmente apoyada y lista una mano sobre la empuñadura de su tizona, mientras la otra deja o toma alternativamente el libro de estudio más substancioso o el más apasionante por lo doctrinario en aquella hora, y utiliza la pluma infatigable del viajero que tanto confía a su diario íntimo, para fijar con redoblada energía y voluntad fecundante de acción, el recuerdo.

"Estaba en el tiempo, estaba en el ser de Miranda. Este era como un arco tendido por el deseo de sensaciones espirituales, de una vida llena de peligros. No se debía morir sin haber vivido. Pero, aún quien muere mil muertes, no ha necesariamente debido vivir una vida."

"Vivir es descubrir, tener esperanza, ganar experiencia."

"El espíritu de Miranda ardía por adquirir experiencia. unía al deseo de conocer, esa fe que engendra la capacidad de dirigir los acontecimientos para el logro de nuestros propios ideales", si hemos de estar al comentario vivo y carente de uno de sus biógrafos.

Al situar ahora, sin vacilación, en este escenario a la persona cuyo conocimiento nos ocupa, se confirmará, adicionalmente, que los sitios de vanguardia están siempre reservados a las naturalezas acordes. La vida privada y pública de Miranda nos dice que su temperamento, constitución mental y preparación filosófica le colocaron determinadamente en aquel su propio sitio, porque, en particular su temperamento resonaba con las voces anunciadoras de los nuevos tiempos. Sólo que el de Miranda no es un romanticismo literatizante: se lo impedía su educación de soldado. Siempre dispuesto a la acción, no deja que el torbellino pasional o el encandilamiento ideológico le lleven a demorar entre nubes de rosados tintes, meciéndose al conjuro de su imaginación. En la raíz misma de su ser, Miranda lleva el antídoto contra su propensión romántica, y así, la timidez de Rousseau contrasta fuertemente con la audacia mirandina en lances de amor, vervigracia.

Sin embargo, ¡qué perfil tan vigoroso para caracterizar a un romántico de cepa! Y más cuando nos aproximamos a su hondura psíquica. Si bien la concepción galante del ímpetu amoroso es desbordada por tropical atavismo que agujeronea su avidez apenas controlable y le lleva hasta emular, sin propósito deliberado, las hazañas de un Casanova, no faltan en la estructura anímica de Miranda la concepción novelesca de la vida u otras determinantes caracterológicas del tipo al que

pertenece. En su alma se funden lo caballeresco del poeta cuya galante alcurnia quisiera traducirse en blandas coplas de trovador, con lo mundano del guerrero. De ahí esa oposición un tanto extraña que nos ofrece el viajero poeta, embriagado de paisajes y nostalgias, y el hombre de carne y hueso al cual señorea el instinto primario con porfiada vehemencia. Afortunadamente, en el espíritu de Miranda se revelará bien pronto otra propensión que, a no dudarlo, asume en su vida el papel directriz: me refiero al romanticismo nacionalista con anchura de raza y continente, y al romanticismo democrático, muy en boga en los círculos intelectuales europeos cuando el venezolano llega y se deja copar gozoso por los de mayor influjo. El romanticismo pasional, agónico de viajes y riesgos, obtiene de este modo su contrapartida equilibradora.

Es verdad que el romanticismo democrático mirandino habrá de parecerse difuso, carente de matiz social autóctono; pero ello se explica ante todo porque si bien el clima era favorable, los ideales democráticos no podían alcanzar una madurez tan temprana, y en el caso particular del Precursor, por impedirlo, en cierta manera, su instinto empapado por la tradición de un abolengo que legitimaban blasones. En todo caso, aquel romanticismo democrático y social fué indiscutiblemente sincero y operante en el alma del venezolano, porque al insurgir con la efervescencia revolucionaria que dio a la Humanidad la Marsellesa, se transformó bien pronto, por obra y gracia de la ardientísima temperamental y el exaltado pensamiento del girondino criollo, en aquel plan vasto, de utopía flagrante, para hacer de la América española y portuguesa una confederación de naciones soberanas y en ella un mundo propicio para el hombre libre.

¿Qué demostración más amplia y completa del romanticismo americanista y democrático del Precursor podría darse que el de evocar los lineamientos de la estructura formidable que significaría esa América liberada conforme al ensueño mirandino? Un gran imperio cimentado federativamente y dirigido por dos hombres, dos Incas (sic): el uno radicado en Panamá, y el otro, viajero por las tierras anchurosas que bañan dos océanos, desde México hasta la Patagonia, encargado estaría de vigilar sobre la aplicación estricta y benéfica de los decretos del Consejo Colombiano compuesto de dos cámaras Administración de justicia, no menos amplia y sui géneris. Todo para una América libre, con libertad tan anchurosa como sus latitudes agobiantes.

Democracia, ésta? Sí, en agraz, con elementos fecundos y perspectivas halagüeñas: libertad de cultos; prohibición a los religiosos de ejercer funciones políticas o militares; muerte de la Inquisición y tantas otras lúcidas inspiraciones. Deleitable quimera romántica la del plan mirandino, sobre cuyas brillantes pinceladas ha puesto su página discreta el buen juicio de quienes lo encuentran lleno de una "inorgánica pero animadora mezcla de preceptos políticos y técnicos provenientes del Imperio roryano, de la libertad francesa, de los templados ingleses y de la estrechez de los norteamericanos, románticamente adornada con reminiscencias de los aborígenes y de los conquistadores."

Las épocas revolucionarias son de clima romántico; en ese clima viven, se desarrollan y alcanzan sitio descolante y de significación intrasferible sólo aquellas naturalezas de afinidad amplia y segura. Los simuladores perecen sin gloria. Lo que el ginebrino Juan Jacobo había creado con su teoría de "un mundo ideal en que todos los movimientos primos de la naturaleza son allí rectos y buenos, de modo que con abandonarse a ellos pueden ser buenos todos los habitantes de aquel mundo", era justamente aquel clima favorable a la revolución, que comienza por ser primaveral en sus enunciados y concluye abrasándolo todo con el fuego canicular de los instintos sanguinarios y prepotentes: humanitarismo y ternura, al comenzar la catéquesis; huracán de odios devastadores, al producirse el trágico e inevitable choque de lo nuevo con lo rutinario, de la promesa y la esperanza con el egoísmo y la rutina; y, por fin, sobre los escombros de lo derruido, la calma, el equilibrio social y político producido por el mestizaje de las ideas.

En suma, ninguna conjugación histórica de hombre y medio me ha parecido tan feliz como esta del ser biológico y espiritual de Miranda, en función de la realidad americana y la dinámica ideológica europea, para configurar el destino del Precursor, tal como la exigía la autenticidad de su temperamento. Nada más interesante, para demostrarlo, que el detenerse en fijar algunos rasgos esenciales del retrato físico y psicológico mirandino.

III

Caspar Lavater, observador sagaz y dilecto amigo de Miranda, encuentra en éste algunos de los rasgos que, según el creador indisubstancial de la fisiognomía, acusan genialidad. El perfil, desde la frente al mentón, proceros. La boca sensual y apretada con un rictus de voluntad indomable y de orgullo en ocasiones desdeñoso.

La duquesa d' Abrantés lo describe como hombre de figura y distinción poco comunes; ojos de fuego muy españoles —la duquesa pareciera olvidar el trópico venezolano—; labios espirituales; su palabra rápida como un torrente.

Temperamento violento, no humilla sin embargo a los inferiores, sino que truena contra los altos. Energía, resolución, coraje magníficos. Los agrios tratos, que tantas veces recibiera, al chocar con el orgullo nato, en el subconciente, habíanle dado esa irritabilidad y hasta cierto modo de proceder injusto que le distinguieron en muchas ocasiones.

Las mismas virtudes y cualidades que le favorecieron en su juventud, conformando en él un complejo de superioridad muy útil y de gallarda forma de expresión externa, le perjudicaron al final de su vida, pues llegó un instante, a principios del siglo, en que sus nervios gastados le tornan excitable, intransigente, despectivo, imperioso.

Dumouriez le reconoce virtudes excepcionales de hombre, dignas de ser elogiadas, diríamos hoy, con los términos que para exaltar al hombre empleó Rudyard Kipling en su célebre poema.

Energía moral, capacidad dialéctica y talento persuasivo: caracteres son que los reconocen cuantos asistieron a su memorable autodefensa ante el Tribunal Revolucionario. Chaveau Lagarde, el abogado enérgico, noble y fiel, que apunta con orgullo este episodio en el cual él mismo fuera un actor destacado, reconoce al propio Miranda el mérito de haber convencido por sí mismo al Tribunal intransigente y confundido al despiadado Fouquier-Tinville.

Coraje y serenidad: lo demuestra en las retiradas heroicas, más difíciles por cierto que los triunfos afortunados. En Maestricht y Lieja lo atestiguan Valence, Townot y Lanoüe.

Perseverancia, que se ve en su reiteración infatigable aunque desafortunada de negociaciones, como aquellas que,

al decir de algunos de sus biógrafos, definen la por ellos denominada Tercera etapa del Independizador.

Sonador y romántico cuando liga su ideal de Independencia con la inspiración poética de Barlow —“Colombiada”—, que le surgerirá el nombre bautismal para esa su patria entrevista en sus sueños de presunto libertador.

Idealista e imaginativo, concede mucho valor a su tenaz campaña revolucionaria y llega a imaginarse que sus compatriotas de Venezuela comparten su fe y le aguardan como a un Mesías.

Puesto que sólo pudo adoptar la línea recta en su conducta política, en todo lo atingente a la Independencia de América, línea que no coincide con el “realismo” de la pérfida Albión, y por lo mismo enciende su cólera contra Wellesley, cuando comprende que el Gobierno inglés no está lealmente con la causa americana, “su” causa, sino con las conveniencias de Inglaterra, el idealista Miranda sufre, por este hecho, los más duros embates íntimos en su viacrucis de Precursor. Miranda, pues, que sigue una línea recta y tiene un fin, posee, por añadidura, algunas de las cualidades que relieván el tipo caracterológico idealista, difíciles de describir, pues dichas cualidades se hallan contrastadas por ciertos rasgos furentes, muy de su siglo. Por suerte, la generosidad sin límites, el espíritu de benefactor, el ingenio elevado, el don de persuasión, que acentúan los viriles rasgos mirandinos, jamás se desdibujan al contacto de censurables pasiones ni abjuran de su orgullosa dignidad para obtener ventajas materiales, como José Bálamo, que falsifica su nombre —único medio quizás de descubrir su propia alma— y se convierte en el Conde Alejandro de Cagliostro. Porque Miranda, que recorre Europa en tren de gran señor, muchas veces, y nunca en condición de vagabundo desposeído, todo esto sin recursos propios, ya que su ingenio, simpatía y prestancia rinden a su favor los medios aceptablemente dignos, según costumbres de su tiempo, no necesita de recurrir, como el célebre palermeño, al fraude o a la “magia negra”. Pero tenía, como aquél y, en cierto modo, como Casanova, un don de gentes extraordinario y regustaba el placer de brillar, confirmando en sí mismo y ante los demás su vigor varonil tanto como su agilidad mental.

El acento clásico, visible en alguna de sus manifestaciones espirituales, fué más bien una grata reminiscencia añadida a su naturaleza romántica, y, por cierto, guardaba más relación con sus viajes a Grecia e Italia, en donde sintió vivificarse.

aquel caudal que ya se hallaba soterrado en su ancestro, que con su educación tradicionalista, impotente para ahogar el ímpetu de su naturaleza. En todo caso, quien vibra con la emoción de evocar edades pretéritas y luminosas y vivir la aventura serena de aquel viaje preñado de enseñanzas, es el romántico en trance que semeja al de Goethe, años más tarde.

Más sentimental de lo que podría suponerse a un soldado, la muerte del pequeño Francisco Antonio Gabriel, su hermano, en 1772, basta para que Sebastián Francisco renuncie a llevar su nombre tal como habíale sido impuesto en la ceremonia del bautizo y en la costumbre hogareña: se llamaría en adelante Francisco mejor que Sebastián, en ofrenda recordatoria.

De genio vivo e irritable, es verdad, sueña pero obra, porque no carece de sentido práctico. Por su gran sensibilidad, descubre pronto los secretos del corazón humano. "¿Quién como tú puede comprender los desfallecimientos de los débiles o el poder de los fuertes?", había escrito Lavater en elogio a su amigo Miranda. Y ciertamente, aquella sensibilidad contiene el secreto de su simpatía, a lo cual conviene añadir su *spirit* tan a tono con su siglo.

Sin embargo, el mote de "General filósofo" lo había ganado en Francia por su tranquilidad frente al peligro y por su manifiesta superioridad en la paz o en las deliberaciones que preceden a las campañas.

Fogoso, aunque gobernado por una clara inteligencia, transita Miranda a lo largo del vivir europeo, sin perder fuerza o dignidad en los excesos mundanos, que tan solícitos salen al encuentro del venturoso capitán ultramarino, quien, por añadidura, abreva su curiosidad insaciable de *bon vivre* en todas las fontanas, aún en las más peligrosas, empujado por su imaginación ardiente y su espíritu aventurero, mientras cada oportunidad y episodio le sirven para mosirar a sus dilectos amigos de aquel mundo secularmente civilizado que también florecen en América la gallardía, el vigor y el buen tono. Miranda vive su propia vida y se encuentra a sí mismo en aquel mundo que le enseña pero no lo sojuzga.

Generosidad propia del gentil hombre, romántico e idealista, que no le abandona hasta su muerte y que dicta su reclamo fervoroso a la Audiencia de Caracas y a las Cortes Españolas, desde los Castillos de Puerto Cabello y Puerto Rico, a favor de sus compatriotas encarcelados y a merced del implacable Monteverde, mientras nada dice de la amargura.

de su suerte, como prisionero encadenado en las mismas prisiones.

“No hay que creer en la unidad del hombre”, nos ha advertido Dostoievsky. En realidad, hay en cada individuo “una extraordinaria superposición de personalidades estratificadas, como las capas geológicas, de un modo infinitamente variado”, por lo cual no debe sorprendernos que cualquier hombre, en el transcurso de su vida, cambie “no sólo de personalidad sino incluso de carácter”, como lo anota Raitzin.

IV

Veamos, en rápida ojeada, cómo se conduce en la difícil travesía por entre los escollos del instinto y los oleajes del medio, el hombre que devendrá Precursor, y cómo tenpla, en el goce dionisiaco de vivir, en el dolor de pensar, en el ímpetu severamente combatido de querer y en la cruz de todos las injusticias, su corazón y su genio.

No seguiré al viajero en su itinerario que toca extremos climas, abarca tantas latitudes, se prolonga sobre la geografía de su anhelo y zigzaguea con los avatares de aquel que llevó la brújula en el alma y el timón en la mente.

Cada episodio, un argumento novelable. Hosterías y palacios; museos, iglesias, instituciones, campos y ciudades; plazas históricas y barrios sombríos: todo cuanto enorgullece o sonroja al hombre lo visitó Miranda. Inglaterra, los Países Bajos, Alemania, Austria, Italia, Grecia, Turquía, Rusia, Polonia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda, Francia, Suiza, amén, por cierto, de la madre España. Europa, en lo que tenía de plural o de unitario, se incorporó al espíritu del viajero infatigable. En todas partes, Miranda estudia y se recrea; observa y prepara. No sin fundamento había declarado en casa de los Livingstons, hallándose en Nueva York en 1784, su propósito de “emancipar las Colonias suramericanas”.

En consecuencia, procura conciliar los deleites del sibarita con los goces del pensador; demanda a su voluntad y consigue este equilibrio leyendo las mejores obras de su época a lo largo de aquellas jornadas enervantes, lo mismo bajo la luz del sol velada por el polvo de los caminos, pese a las impresiones del carruaje que trepida y tortura, que a la indecisa luz de los candiles en las posadas. En las alcobas, no, al término de sus viajes, porque el venezolano ímpetuoso gustó mucho de redescubrir los aterciopelados secretos con que so-

hían acoger en aquel siglo a los extranjeros galantes las damas de las cortes y otras que en emularlas dábanse prisa.

Vedle en Turquía, embrujado por el lujo oriental, las silénicas tentaciones y la atmósfera de serrallos, donde se enamora de Mme. Michel, la cuñada del Secretario de la Legación Holandesa, Tort, y goza luego de la amable intimidad de Mme. Gaudé.

Y en Crimea, donde bellas caucásicas y moscovitas de abolengo le conceden sus favores.

Su encuentro con Catalina la Grande y la magia imponderable de su amistad, breve si se mide el tiempo físico, imperecedera en la hondura psicológica, pues la mujer formidable tenía para el hombre de la lejana América el magnetismo de su audacia sexual — que no atenúa, antes bien, intensifica la oposición que pudo existir entre el deseo y la realidad — y para el Precursor idealista la fuerza espiritual creadora y el don incontrastable de autoridad que emanaba de tan augusta fuente.

A través de Rusia, en la corte, sus flirteos con la condesa Branitzka y otras mujeres atrayentes; y en tierras nórdicas, de vuelta por el septentrión europeo, aventurillas casi tan frecuentes como a través de las latitudes mediterráneas.

Algunos nombres escapan al anonimato. Catalina Strandell, su amiga de Estocolmo, y la encantadora Catalina Hall, en Gothenburgo. Mujer casada, esta última, pero sensible a la seducción del gallardo extranjero, vendrá a servir de tema a la especulación antojadiza de un comentarista actual, Drotig Reyden, que para convencernos de que los tres colores de las banderas de Venezuela, Colombia y Ecuador han sido inspiradas por los cabellos áureos, los ojos azules y los labios rojos de aquella que prefirió al soldado galante sobre el esposo mercader, empieza por equivocarse el nombre de la heroína, a la cual llama Cristina. Y no subrayaremos, de propósito, con alguna otra nota más de este jaez el romanticismo pasional de Miranda, pues tampoco es convincente la versión aquella según la cual esta inspiración de la bandera provendría del recuerdo inolvidable de las palabras con que le despediera la gran reina eslava: "Allende la azul inmensidad del océano, sustituirá al dorado esplendor de mi corte la púrpura del fuego y de la sangre".

¿Será mejor que en este asunto renunciemos al fácil, socorrido y moderno recurso del psicoanálisis, que podría darnos la clave de esa sublimación en la retorta onírica, al entremezclar el cabello rubio, los ojos azules y los labios rojos en

un bábaro inmortal? Así un historiador, muy prosaico si se quiere, nos dice documentalmente que el tricolor tuvo su origen en aquel concurso de burgueses que vistiendo los colores amarillo, azul y rojo, desfilaron, durante muchos días, por las calles de Altona, lugar en que residía transitoriamente el venezolano. Y, por fin, la hipótesis que atribuye, con mayor fundamento, el tricolor a la influencia de los colores franceses, con la substitución del blanco central por el dorado y el cambio de posición oportuno.

El itinerario sentimental se prolonga tanto como la anchura de su anhelo. Poco más allá de Gothenburgo, en Kungsbakke, la condesa de Cronstadt, cultísima y delicada hija de Alstromer, el sabio sueco que distingue a Miranda con su amistad y cambia con él valiosas impresiones.

En Noruega, como en todas partes, brillan nuevos nombres en la comba azul del galanteador empedernido.

En 1795, de vuelta a París, cuando se halla empeñado en orientar, mediante publicaciones, la política del gran pueblo que aún no convalece de las graves desgarraduras del Régimen del Terror, se entrega a las caricias muy prometedoras de la bella Delphine, la misma que, seducida por Fouché, más adelante le enviará un busto de Sócrates modelado en cera. Quizás para sugerirle con un símbolo, que el soldado, varón había pasado a la categoría de soldado-filósofo en el subconsciente de la seductora.

Lo amoroso y lo político se funden incidental y hábilmente: la Varonesa de Stal, la viuda de Petión, la Marquesa de Custine.

En su vivienda de Grafton Street 27, en Londres, por fin la joven y abnegada Sara Andrews que alegrará el inminente ocaso del Precursor con un hijo, Leandro, y más adelante, con otro, Francisco, el que un día morirá fusilado por querer luchar contra la partición de la Gran Colombia.

V

Años tras año, con el peregrinar, la figura del Precursor adquiere sus contornos proceros, insensiblemente.

Recordemos algunas fechas, por considerarlas significativas.

1774. — Marruecos. En la toma de Melilla, el venezolano es un joven oficial que aún obedece a sus conquistadores y exige recompensas; bien merecidas, sin duda, pero que más tarde inquietarán su conciencia y su orgullo de americano.

1780. — Cuba. El retorno; la proximidad a su auténtico destino. Pero todavía no ha sonado la hora.

1781. — Florida. En Panzacola obtiene, tras buena lid, el grado de Teniente Coronel, al servicio de una guerra emancipadora. El itinerario político del Precursor se afirma y esclarece. Miranda repudiará siempre el servir en cualquier ejército conquistador y a órdenes de generales ambiciosos. En todo momento pospondrá su interés personal y sacrificará su bienestar al destino de su pueblo. Las contradicciones crecerán día a día con la lucha. Las rasguñadoras con que el celo profesional habíale despertado a la realidad poco tiempo antes, en la Península, se convierten ahora en zarzapos, luego de sus triunfos militares y políticos en el mar Caribe.

1783. — Norteamérica. Las lecciones que recibiera en tierras antillanas le serán de provecho. Un año y medio viajará Miranda por los Estados Unidos, descubriendo todo cuanto, en las costumbres, el carácter, las ideas filosóficas y las tendencias políticas, conviene a un observador que de antemano lleva, en lo más profundo de su ser, un plan tácito, conforme a la misión secreta encomendada por su propio destino.

1785. — Año que marca la bifurcación del camino. Desde aquel 10 de abril en que remite su "Compendio histórico de mi vida" a la corte española, se abrierán dos sendas de perspectiva y anchura diferentes: una pareciera la más indicada para el militar disciplinado y súbdito obediente que todavía da satisfacciones a su Rey; otra, la única digna de su pujanza, es aquella que le ha señalado su instinto de Precursor. Bastarán sólo un hecho determinante y un breve impulso afectivo: defender a Cajigal, injustamente acusado a juicio de Miranda, y que su defensa valiente y generosa caiga en el silencio desdenoso del Soberano, pretexto fué que le empujó definitivamente hacia el camino verdadero.

1789. — Inglaterra, una vez más; ahora con planes más concretos. Se aproximan los tiempos heroicos. Sabemos ya que el venezolano se encontró siempre muy a gusto en el clima romántico de la Revolución, a la que enaltecía; es más: puso con fervor su espada al servicio de quienes él consideraba, dentro de aquella vorágine, los más prudentes y sinceros, que al proceder así no creía servir sólo a Francia sino a la humanidad.

La actitud del Precursor en este crucial momento es muy suya y reveladora de cómo su fogosidad e ideas, su carácter y opiniones, habíanse templado, sin perder eficacia y vigor.

En todo momento su innato orgullo le salvaba de doblegarse a la embestida de los extremistas o condescender a las advertencias de los reaccionarios. Su educación clásica era, en buena medida, un freno excelente que le impedía descender hasta la demagogia, mientras su sensibilidad democrática y social le mantenía en la barricada.

VI

En suma, temperamento, vocación, convicciones, propósitos, circunstancias y amigos: fuerzas tan potentes que al conjugar sus mutuas influencias dan todo cuanto exigir puede la personalidad, en lo genético y dinámico, de un precursor. Si dos de entre ellas, el temperamento y las convicciones, tuvieron poder suficiente para determinar su enrolamiento en los ejércitos revolucionarios de Francia, ¿qué decir de éstas y de las demás, a las que han de sumarse otras fuerzas de raíz muy profunda en lo ideal y sentimental, que deciden el último viaje de Miranda a América, en los albores del siglo XIX, armado en corso para la lucha que el Precursor considerará definitiva? El *curriculum vitae* del Generalísimo venezolano se anotará una a una, a partir del día en que el Mariscal de Campo se convierte en "espada de la Gironda", las determinantes que justifican esos calificativos de Revolucionario y Precursor (con que hasta hoy le consagró la historia, y el de Perromático del Americanismo y la Democracia Hispanoamericana que se le discierne en el encabezamiento del presente estudio.

Autoeducación perpetua y regocijada, que siembra en terreno feraz y roturado ha tiempo con sólidos estudios, por el bachiller pundonoroso, y típica siembra, además, porque se desenvuelve, en el espacio y en el tiempo, a ritmo con las urgencias del luchador y el derrotero del caminante. La razón que en 1785 alega el Teniente Coronel Miranda para solicitar del Gobierno español un permiso de viaje a través del continente europeo, es muy ejemplarizadora: "ilustrarse y corregirse de su defectuosa educación". Esta educación, que ha de encontrar su fuerza motriz y conformadora en la autocrítica, alcanzará las más avanzadas posiciones. Una prueba material: en el testamento cerrado que Miranda otorga el 1º de agosto, en Londres, se mencionan: una preciosa colección de pinturas, bronces, mosaicos, gouaches y estampas, que posee en París, y su biblioteca de 60.000 volúmenes, que se refieren:

a todas las actividades del intelecto humano, desde la poesía hasta la química, y el tesoro de sus papeles, correspondencia y memorias de viaje por América, Europa, Asia y Africa.

¿Pruebas reales de su basta cultura? Sería suficiente que puntueemos con veloz trazo el acaecer de su vida, privada y pública, para que toda incredulidad a este respecto se desvanezca.

El Miranda, hombre, ciertamente se relieva así: aventuras galantes; buena mesa y mejor vino; tañer algún instrumento —dícese que la flauta, con predilección y cierta maestría— para su propio halago y embelesar a las damas de sus empeños; juegos de sociedad, en la medida conveniente, y deportes, los que la educación del siglo y las necesidades de su carrera lo exigián. Mas, como principio y fin de todo ello, vivir, y para conseguirlo a cabalidad, viajar. Y en sus viajes, el Precursor habrá de conducirse, lo mismo en el vicjo como en el nuevo mundo, en forma tal que cada hora y cada milla le brinden la oportunidad de descubrir algo en los demás o en sí mismo.

A cada paso, amigos dilectos, figuras de primer orden en todas las actividades y jerarquías, con quienes dialogará sabrosa y prolongadamente. ¿Nombres? Citarlos equivale a resucitar un brillante capítulo de la historia intelectual y política del siglo XVIII. George Washington, que le distingue entre muchos y de quien fué conpensal durante todo el tiempo de permanencia del libertador norteamericano en Filadelfia; juego, Alexander Hamilton, Knox, Tomás Payne, Clinton, Dickinson, el General Mifflin, Morris, John Penn, y un amigo de cordialidad extrema, el joven coronel William S. Smith, ayudante de Washington.

En Inglaterra, Lord Howwe, Lord Sydney, Fitzherbert Bentheim, Lord Schelburne. En Rusia, el en un tiempo todopoderoso Potemkin, el Príncipe Dolgorusky, el erudito arzobispo Eugenio Vulparis, el príncipe Vjasemosky; pero, sobre todos, Catalina la Grande, ya citada, que dejará en el cordaje emotivo y en la sinfonía espiritual del Miranda íntimo los acentos más profundos, que, sin embargo, no le impiden ser el amigo discreto y apreciador de la condesa de Sievers, amante oficial de Potemkin, que lo es, sin disfraz alguno, de Catalina la inmortal!

En Zurich, el fundador de la ciencia fisiognómica le dedicará unos versos admirativos que confirman ampliamente su amistad imperecedera. Suiza, en general, figura en las memorias mirandinas con nombres como Saussure, citado en otro

lugar de este estudio; Pictet, el erudito; Beltrán, el matemático; Prévost, el traductor de Eurípides; Madame Necker, de ilustre apellido, y tantos otros.

En Francia Bien; Francia, la predilecta, le dió muchos y grandes amigos, así como pocos e implacables adversarios. Danton, Servan, Brissot, Dumouriez —violó l' ennemi—, Barras, Carnot, es decir, muchos primeros actores en el drama de la Revolución, y junto a ellos, Andrés Chenier, Bernardino de Saint-Pierre, Nicolás Roch, conocido por su pseudónimo de Chamfort, Cambacères. Y como imán polarizador de esa pléyade, la novelista inglesa, célebre amiga de Miranda, Helena María Williams. . . .

Con hombres de la primera generación romántica francesa ha de alternar gustoso Miranda, y tampoco desconoce a los que están creando el romanticismo en Alemania.

¡Muchos otros nombres, de gran influencia en la gesta mirandina pudieran citarse. No lo juzgo necesario.

Caleidoscopio deslumbrante el de una vida como ésta, ofrece mucho a la curiosidad del investigador. Hombre que vive y sabe que vive, pues "el que vive estima, más que su propia vida, otras muchas cosas; mas, en esta misma estimación está su voluntad de dominio", al decir de un filósofo. Por consiguiente, no hay minuto de esa vida que se considere perdido, no hay vaguedad o aburrimiento en el ir y venir del Precursor sobre las rutas de tantos trotamundos, héroes o peregrinos, ya que todas le conducen hacia su fin teleológica-mente, cada una subraya el sentido oculto de aquel peregrinar: Miranda, al buscarse a sí mismo en la pluralidad de los otros, buscaba al hombre del Nuevo Mundo y lo quería señor en su propio escenario; la América libre y soberana, por que ésto, la libertad, es lo que el revolucionario nacido en el hemisferio de Colón estima sobre todas las cosas: de ahí su voluntad de dominio sobre el acontecer americano, reforzada por su implicación en el drama europeo.

¿Los temas de conversación con los grandes? A gusto del interlocutor, porque Miranda no rehuye ninguno, antes bien acepta con agrado el planteamiento de cualquiera para familiarizarse con todos, y le apasionan de manera particular muchos problemas filosóficos, científicos, económicos, sociales, literarios, artísticos o simplemente humanos. En posesión de varios idiomas europeos (cultos, que le eran familiares por bien cimentados en el latín y el griego, familiares también lo fueron sus literaturas, que para la ciencia y la filosofía la fuente estaba clara en más de uno.

Nada de extraño o pedantesco hay, por consiguiente, en sus plácidas y cordiales polémicas acerca de normas e instituciones políticas y sociales con Jeremías Bentham, o del nitrógeno y la fisiología vegetal con Priestley, de Anatomía con Camper, de Historia con el Barón de Hupsch, y de cien cosas más con la Semíramis del Norte.

No de otro modo justifica Servan, el Ministro de Guerra ungido por el golpe de Estado del 10 de agosto de 1792, su decisión de aceptar los servicios del venezolano en el ejército de la República, resignándose a sus condiciones —las de Miranda—, que eran de proteger la Emancipación suramericana y atender los asuntos económicos del Precursor, a quien Servan nombra Mariscal de Campo, "en acatamiento a sus vastos conocimientos militares, artísticos y científicos, adquiridos en nueve años de viajes por Estados Unidos, Inglaterra y Europa".

Los conocimientos artísticos de Miranda, aludidos por Servan, ¿tenían alguna profundidad? Acaso no, desde el punto de vista técnico; mas, ¿cómo podría encomiarse a satisfacción plena y honda, la cultura y el valor espiritual de un hombre que tuviese embotada la sensibilidad artística? La verdad es que ni siquiera falta en el complejo espíritu de aquel prerromántico impenitente aquella fragancia sutil que aureola sus rasgos viriles, la fina valoración estética. No sólo visita con emoción, interés y sagacidad, los museos y pinacotecas, y dice el comentario admirativo frente a las obras de Miguel Angel, Leonardo o Rafael, mientras en todas las naciones y ciudades jamás soslaya, antes descubre lo que tantos otros, al parecer no menos inteligentes viajeros, descuidaron, sino que defiende en voz alta y por escrito, el derecho inalienable de los pueblos a su patrimonio artístico. ¿Frente a quién esa actitud arrogante y enaltecedora? Frente a Napoleón, el Grande, que propicia el despojo de las obras de arte como botín de guerra, luego de sus triunfos en Italia.

Y tampoco se agota su interés o satura su emoción con las artes del espacio, pues las del tiempo le subyugan con igual poder. Música y danza le proporcionaron momentos inolvidables. ¡Con qué delectación escucha la música de cámara en los salones y con cuánto respeto visita al padre de la sinfonía, José Haydn, en el bello retiro del Príncipe Esterhazy, y conversa con el músico glorioso, intercambiando opiniones acerca del valor de otros músicos!

Pero tampoco el goce platónico de dialogar, o la pura contemplación de la belleza natural y artística, o el arropa-

miento que producen las volutas y arabescos de la polifonía, satisfacen todo el ancho registro de su temperamento; lo apaciguan transitoriamente y logran que en sus demás exigencias vitales haya cierto ritmo y poco o mucho de aquello que emana la esfera de lo superior. Miranda sólo encuentra en la acción su válvula de escape y su verdadero sino.

Para obrar se guía por ideas amplias y universales. Las que defiende en la esfera política le llevan a concluir en la justicia, necesidad y urgencia de luchar por la Emancipación de la América Hispana. Por iguales razones vive el romanticismo democrático y social. En todos los países que visita procura enterarse de sus problemas económicos y sociales; se acerca íntimamente al pueblo y quiere restañar sus heridas. Asilos y cárceles le preocupan; despiende en Suecia a la profundidad de las minas y descubre los problemas inherentes; en varias fábricas de Dinamarca insinúa reformas en pro del obrero y las orienta con sus luces. En este mismo país, su intervención humanitaria para consolar y salvar a dos mujeres que han sido condenadas por infanticidio, plantea al Derecho Penal de su tiempo una posición inusitada, interesante aún para nuestra época, al utilizar en la defensa argumentaciones que anticipan el advenimiento del criterio psicopatológico, analizando el caso de una de aquellas mujeres como un asesinato efectuado bajo la influencia de la histeria. La culpable fué absuelta.

El destino social y político de la mujer le preocupa, y, en general, todo lo que revela tiranía o despotismo enciende su ira. A Miranda se le llamó "el justo", a pesar de ciertas violencias de su carácter, que se explican bien cuando se sabe cómo no tuvieron cientos hombres, al parecer equánimes y capacitados, para con él la generosidad que convenía a su gran naturaleza. Ejemplo edificante el de Dumouriez.

Pero si la humanidad le preocupó tanto, en la anchura del orbe, le preocupan, sobre todas las cosas, América y su patria, el amor máximo de su vida. Al aceptar el mandato de su conciencia para servir a la Revolución de los Derechos Humanos y templar así su espada en la forja del siglo, para santificarla poco después declarando la Guerra Emancipadora, el Precursor consagra su derecho a que se le considere un Pre-romántico de la americanidad y la democracia del Nuevo Mundo, pues no otro que un romántico de acción podía concebir la epopeya en la ancha escala del venezolano: como inevitable para crear una patria hispanoamericana.

Y el Precursor dijo cosas más concretas de las que aparecen por estos renglones, añadiendo en cierta ocasión un gran

principio que demuestra palmariamente su trascendental sentido democrático: "Ningún pueblo sin Filosofía y gran instrucción puede preservar su libertad". Al escribir ésto, Miranda parece recrearse con su sueño de una América libre y democrática por instruída.

En las Juntas de las Patrias Americanas, en la Comisión de lo Reservado, en las de los Caballeros Racionales y en otras que el anhelo emancipador venía organizando, se escuchará al Precursor exponiendo ideas que confirman su amplio americanismo, a partir de la constitución de una grande e independiente nación llamada Colombia.

Es tan reconfortante para el espíritu y alentador en todas las luchas de significado ecuménico y profundo el adentrarse en la vida y en el pensamiento de Miranda, que si las juventudes lo tomaren por ejemplo vivo, podría decirse con Nietzsche: "Todavía se abre a las grandes almas la posibilidad de una vida libre".

Quito, a 28 de Marzo de 1950.

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

HOMENAJE AL EXCMO. SR. DN. GUSTAVO ADOLFO OTERO

EL GRUPO AMERICA

Concede al Excmo. señor don
GUSTAVO ADOLFO OTERO

Ministro Plenipotenciario de Bolivia ante el Ecuador,
el presente nombramiento de

CIUDADANO DE AMERICA,

de conformidad con la resolución de 8 de Junio de 1944, y en reconocimiento de su valiosa labor americanista y de calidad y proyecciones de su obra literaria, que le destaca como a uno de los auténticos representantes de las letras del Continente.

Quito, a 6 de Agosto de 1950

Aurelio García, Antonio Montalvo, Emilio Uzcátegui, Alfredo Pareja Diez Canseco, Gerardo Chiriboga, Julio C. Troncoso, José Alfredo Llerena, Alfredo Martínez, Juan Pablo Muñoz Sanz, Pío Jaramillo Alvarado, Augusto Arias, Jorge Escudero, Víctor M. Mideros, Jaime Barrera B., Antonio Santiana, Luis Bossano, Isaac J. Barrera, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Humberto Vacas Gómez, Carlos Tobar Z., Oscar Efrén Reyes, Augusto Sacotto Arias, Julio Endara, Gustavo Vásconez H.



Excmo. Sr. Dn. Gustavo Adolfo Otero,
Ministro Plenipotenciario de Bolivia en el Ecuador, a quien
el Grupo América otorgó el título Ciudadano de América por
su valiosa obra literaria y su labor americanista.

CIUDADANO DE AMERICA

Discurso del señor don Augusto Arias, en la entrega del título de Ciudadano de América al Excelentísimo señor don Gustavo Adolfo Otero

Cuando el "Grupo América" instituyó el nombramiento que por el voto unánime de sus socios se confiere hoy al excelentísimo señor don Gustavo Adolfo Otero, Ministro de Bolivia, no estaba procediendo de una manera insólita. Sus largos años de labor americanista respaldados por el mantenimiento de una Revista que ha gozado de amplio crédito en las naciones del Continente; su Biblioteca de Autores Americanos, engrandecida constantemente por el aporte de los escritores de nuestras patrias frateras; su contribución tan sincera como ininterrumpida para la obra espiritual de estos pueblos, afirmaban la intención y consagraban el propósito de rendir un homenaje de reconocimiento a los valores de las letras que se hubieran distinguido al propio tiempo por el estudio de los problemas y de los motivos americanos y por su labor de intercambio y acercamiento entre nuestros países, de historia afín y de parecidos desencuentros y esperanzas.

Dos auténticos valores del periodismo y de las letras recibieron ya este nombramiento de Ciudadano de América: don Joaquín García Monge, el costarricense del humilde camino hacia la luz más alta; el maestro, el antologista, el animador, el que mantiene en la ciudad josefina ese convivio del espíritu que es el Repertorio Americano, y el doctor Eduardo Santos, cuya actividad siempre continental y siempre alerta para todo lo que signifique promover buena amistad entre los países de América ha dejado una huella brillante así en el gran diario bogotano "El Tiempo", como en la "Revista de América", en cuyas páginas florecen los ensayos

de la realidad social o del empeño porvenirista de los más destacados escritores del Continente.

Gustavo Adolfo Otero ha sido el escritor de los libros que se orientan en el ambiente americano. Su cultura universal ha formado ese fondo de una erudición que se ofrece fácil y amena y ese acierto de especulación humanista, que destacan su valiosa obra americana y boliviana. Porque el atractivo de su letra, si reside en el pensamiento y en la palabra, si triunfa por las condiciones de una forma nueva, ca, si siempre concisa y esencial, se abre para nosotros, para los ecuatorianos, para los americanos, por la visión centrea de nuestros destinos, por el análisis de nuestras realidades, por sus viajes a la Historia para traer de allí más que los motivos arqueológicos que suelen bañarse de una poesía algo crepuscular, los trozos vitales de la sociología, y el ensueño o la sombra de los hombres que pueden ser mejores en una mañana que acabará al fin por lucir para estas tierras hermanas.

El discernimiento, la crítica, el desentrañar del suceso, son cualidades que alientan en los libros de Gustavo Adolfo Otero. Estudios trazados a la manera moderna del ensayo y cuyas tesis se aligeran con esa brisa revoltosa del hombre de los libros y de los viajes, de las lecturas y de las observaciones, de la comparación que aguza el juicio y del encuentro de las semejanzas que ya conforma una visión entera de América en este escritor de tan excelentes calidades.

Libros de sustancia como *Carácter del Indio Boliviano*, *Vida Social del Coloniaje*, *el Hombre del Tiempo Heroico*, preparan o anteceden a los que llegarán después para completar su panorama de América que nos ofrece la fisonomía física y espiritual de este Continente nuevo. No faltan los ensayos de más breve medida que se destinan a grandes revistas de América o a diarios de circulación millonaria y largo crédito como "La Nación" de Buenos Aires, ni las novelas que él mismo, en cierto modo, desestima, recapituladas sobre biografías del ambiente que aquí como en Bolivia ofrecen trazas parecidas, o tomadas de los episodios de la guerra del Chaco como "Horizontes Incendiados", libro que tendrá que figurar siempre en la novelística boliviana, así por la vitalidad de los sucesos históricos que en él se reflejan, como por la fuerza con que se presenta una época de la Nación amiga, como para convocar a la expectación universal hacia los términos de su derecho.

En esta ciudad de Quito y en las ediciones del Grupo América, se ha impreso uno de los libros que señalan un logro arribo en su obra de publicista y escritor: Sociología del Nacionalismo en Hispanoamérica. Sus páginas ofrecen a la presente un rico material a los investigadores de nuestros países, y de allí, en soluciones ágiles o en atisbos de lúcida certeza, surge el valor de nuestro indigenismo, el carácter racial, la marca de nuestros orígenes, en relación sagaz del conocimiento.

Hasta nuestro relativo retiro de Ande en donde Gustavo Adolfo Otero ha desarrollado una obra de amplias proporciones en el estudio y en la observación, en el periódico y en la revista, en la Cátedra Universitaria y en la tribuna del conferencista, han llegado las nuevas ediciones de sus *Estampas Bolivianas* y *La Historia del Periodismo en América*. Grabadas aquellas como a filo de evocación que aquí ha despertado nuevas remembranzas por la semejanza de nuestras ciudades, por el parentesco de la fisonomía física y anímica que, así en Quito como en La Paz, constituyen casos de inteligencia despierta y de afán de horizontes, de vecindad del cielo, de introspeccionismo en el poema, de paisajes subjetivos que se contienen dentro de la decoración de un cerco de montañas, bruñidas en nieve. Libro, *La Historia del Periodismo*, de una valía excepcional para nuestras letras de la prensa, ya no sólo por lo desperdigado de las investigaciones en materia tan difícil; por la pérdida, en algunas veces definitiva, de las hojas impresas de los comienzos, si no también, y especialmente, por la interpretación de las épocas, de las cuales el periodismo es quizá el índice más certero y completo.

Y esta labor tan profusa y alenta, completada, dirigida, estimulada, con sincero afán, con alegre convencimiento, en un continuo contacto con los escritores de aquí, con sus sociedades literarias y sus centros periodísticos, con todos y cada uno de los organismos de su cultura, sin los exilios del estudioso, ni las fugas capitales del escritor que ha llegado para ya no querer proseguir.

Estas líneas que no hubiéramos querido que se queden cortas para un valor espiritual y humano como Gustavo Adolfo Otero, apenas ensayan lo que puede decirse del escritor y de la obra, del amigo y del diplomático. La querida Bolivia está más cerca de nosotros, gracias a su diligencia de hacémosla conocer mejor a través de los libros y de las referencias, de los artículos y de las antologías, de los paisajes

y de los recuerdos. Su Patria, por cuyos derechos salimos en más de una vez, en gracia de la simpatía, acogerá sinceramente este nombramiento que le entregamos hoy y que será otro de los títulos que subraye el reconocimiento de su obra letrada, de su obra americanista, de su fe profunda en esta gran Patria de América, en la que Bolivia, si Dios quiere, que es lo que esperamos, ya dejará de ser mediterránea, para que se cumplan las leyes de la justicia y el derecho de los pueblos.

A U G U S T O A R I A S

LA MISION Y LOS DEBERES DEL AMERICANISMO

**Discurso pronunciado por el Ministro de Bolivia don
Gustavo Adolfo Otero, con motivo del homenaje que
le rindió el Grupo América**

El Grupo América, prestigiosa entidad cultural, integrada por los exponentes más altos de la intelectualidad del Ecuador, ha querido generosamente conferirme el título honorífico de "Ciudadano de América", haciendo uso de la disposición que rige a sus fines, complementaria a sus estatutos. Acepto emocionado tan bondadosa e inmerecida distinción como un homenaje a mi Patria y a los intelectuales de mi país, minoría de trabajadores del espíritu, de la cual formo parte como uno de los más modestos, y también la acepto porque ella viene a contribuir para alimentar la llama votiva del americanismo emocional y jurídico que informa a todas nuestras patrias. Las brillantes palabras de los ilustres socios del Grupo América: doctores Aurelio García y Augusto Arias y del doctor José Ricardo Chiriboga Villagómez, Alcalde de San Francisco de Quito, más honran a ellos mismos que a mí y elevan muy alto la hospitalidad y el fervor de los sentimientos fraternos del pueblo ecuatoriano, que sabe hacerse presente a través de sus elementos representativos. Cumple también este acto tan honroso para mí el avivar en forma intensa la solidaridad y la unión de espíritu que existe entre Ecuador y Bolivia no sólo de los gobiernos, sino principalmente de los pueblos.

Un acto como el presente, en el fondo es una invitación para inclinar la mente sobre el contenido y el pensamiento de nuestra América. Percibimos que avanzan hacia nosotros una constelación de problemas, que no son sino otras tantas

incitaciones, para provocar un examen de su paisaje de horizontes inabarcables.

La Guerra de la Independencia, fué propicia a la formación del gran olúma americanista y favorable para la realización de la empresa común de libertar el Continente. Se espació en todo el ámbito americano una emoción de fraternidad y de fuerza unionista, colocándose en segundo plano los ángulos del regionalismo nacional, pues, lo importante era triunfar sobre el Imperio hispano. Así el americanismo fué una verdadera religión que cumplía su deber de ligar y de religar a los hombres de un continente que ansiosamente anhelaba su emancipación política. Surgió en aquellos tiempos heroicos a un aliento común que se expresaba por la existencia de una patria grande, firmemente estrechada por nobles solidaridades. América vivió la edad de oro de la unión y de la fraternidad, que tuvo por imagen a los Andes soldados por sus bases, aunque separados por sus cumbres, que parecen elevarse hacia el cielo en un impulso de enhiesta actitud idealista. Es en este magnífico momento que los hombres eminentes de las distintas regiones de nuestro mundo americano, actúan en diversos pueblos fraternos, sin más carta de ciudadanía ni otra credencial que ser nacido en la tierra secular del Continente. Así, recordemos a los nombres de Andrés Bello, Bernardo Monteagudo, Joaquín Olmedo, Pedro Irizarri, Vicente Rocafuerte, Vicente Pazos Kanki y otros tantos que fueron auténticos ciudadanos de América, identificados a la causa de la libertad. Sobre el pedestal de esos nombres se alzan las figuras de este tipo americano glorioso de la independencia: Bolívar, San Martín, Sucre.

Después, todos los países de nuestra América indígena, unida a la ancestralía hispana, en sus inquietudes mentales a lo largo del siglo XIX, fueron estremecidos por el acento de carácter universalista. Hubo un gesto de acercarse a todos los módulos europeos, renunciando en cierta forma a la comprensión y estudio de sus propias esencias. Europa por su poder cultural había espació por el mundo el color de una luz que implicaba la necesidad de crear un estado de conciencia amplio de coherencia universal, de uniformidad de pueblos y de ideas. El afán idealista de nuestros países americanos, acogió en su seno ese contenido univarsal, de tal modo que su influencia en muchos casos solo salvaba el concepto de patria. Como tributo a ese universalismo de tipo cultural y económico, los países hispano-americanos éramos admiradores y sa-

télites intelectuales del pensamiento europeo, que girábamos en torno de su órbita y sometidos al sol de sus proyecciones. Hacia fines del siglo pasado se produjo en nuestra América un movimiento que gobernó a todas las inteligencias, inspirado en el culto a la tierra ancestral. Todos los grandes espíritus se orientaron hacia el anhelo de ser fieles a sí mismos, al descubrir la propia personalidad de sus pueblos, volviendo su mirada hacia la intimidad de sus conciencias, cuyas características respondían a su línea original, con la sangre de su suelo unido a los grupos étnicos primigenios. Así se impuso el sentido de lo nacional, como una dirección filosófica y como una fuerza conservadora de nuestros propios arquetipos. Se comprendió que no había bastado a los pueblos hispano-americanos el tomar las vestiduras de estados, lo que interesaba a los nuevos conductores del pensamiento era algo más profundo y más íntimo, más vital y más vigoroso, que era la personalidad nacionalista. Ya no se trataba de buscar el contorno geográfico, de escuchar el ritmo de los corazones, la armonía de la lengua, sino un exponente que tuviera el desarrollo panorámico y completo de todas las emociones culturales, y esto era el estilo propio. De este modo los pueblos hispano-americanos hallaron en el sentimiento de lo nacional una fuerza para alimentar la construcción de los nuevos estados que nacieron de las jornadas heroicas de la epopeya emancipadora. El universalismo sufría en nuestra América una de sus capitulaciones, porque se comprendió que el nacionalismo de nuestros países, entrañaba una realidad social, política, económica y humana, animado por un conjunto de elementos dinámicos que lo hacen específicamente indestructible. La vida del nacionalismo está unida al hombre porque la esencia del ser humano es tener una personalidad característica, de aquí la necesidad de constituirse el mismo en imagen de un ámbito cultural e histórico, en tal forma que el individuo llega a ser símbolo de la nación cuando cumple una realidad heroica o encarna una figura representativa. El signodiferencial de las naciones de nuestra América, está constituido por la riqueza de sus élites y por el carácter general del alma popular de un país, es decir, que su valoración se opera en superficie y en altura. De aquí que una nación será más valiosa desde el punto de vista histórico y social, cuando podamos comprobar en su existir una presencia numerosa de hombres que hayan realizado importantes hazañas históricas. Lo que deseamos registrar como consecuencia de esta

posición, es el hecho notorio en la vida de nuestros países hispanoamericanos de hoy y su tendencia vital dirigida a la diferenciación y, al desarrollo y al enriquecimiento de su personalidad propia, oponiéndose al internacionalismo universalista.

Pero, el nacionalismo en nuestros países no se ofrece como opuesto al americanismo, porque hay un momento en que todos los matices de nuestras banderas se funden en arco iris como expresión unánime de todos sus colores. Esta orientación del nacionalismo hacia lo americano, es el nacionalismo creador, que vive con el sentimiento misional de cumplir grandes transformaciones en nuestro Continente. No debemos olvidar que las naciones pequeñas son las que han ofrendado a la humanidad no sólo sus más grandes hombres sino sus más bellas y más nobles creaciones culturales, porque hay un instante en que el nacionalismo a fuerza de profundizarse en el alma del pueblo se convierte en patrimonio americano. Así las grandes figuras de nuestro Continente, que siendo muy nacionales, también son profundamente americanas: Montalvo, Mantí, Rubén Darío, Cuervo, Cecilio Acosta, González Prada, René Moreno, Cecilio del Valle, Toribio Medina, Rodó, Sarmiento, Hostos y otras no menos preclaras que ejercen el magisterio de su pedagogía social y transformadora de nuestra América. Así, pues, el nacionalismo creador coexiste con el ideal de misión, puesto al servicio de América, no siendo excluyente sino complementario.

Al amar a nuestra tierra y exaltar los valores de su cultura podemos también comprender a las demás naciones fraternas. Así como la psicología es el gran instrumento para contribuir al acercamiento de las individualidades humanas que algunas veces se excluyen por falta de comprensión, el nacionalismo de los pueblos de nuestra América es una herramienta de trabajo mediante la cual se acercan y conviven en un acto de función inteligente. Amemos los valores nacionales de nuestras respectivas patrias, pero a través de ellos, aprendamos a estimar, y si fuera posible también amemos los valores de las patrias ajenas de nuestra América, porque sólo así podrán intensificar su propio estilo y la plenitud de su personalidad. El nacionalismo es un árbol cuyas raíces se hunden profundamente en el solar propio y cuyo follaje se eleva hacia el infinito, para absorber el oxígeno de la cultura que nutre bajo el sol del americanismo a nuestros pueblos.

A los elementos emocionales del americanismo se unen las formas jurídicas como su complemento indispensable y sin las cuales nuestra América parecería espiritualmente mutilada. La existencia en nuestras patrias del principio de la soberanía estática, consagra como base de la comunicación entre ellas el interamericanismo de orden jurídico, que ha realizado grandes progresos, para fomentar sus relaciones. Desde el Congreso anfiteónico propiciado por el Libertador hasta la proclamación de la Carta de Bogotá, podemos registrar con la más entrañable satisfacción que el americanismo jurídico, cuyas bases reposan en el ejercicio del derecho, ha puesto en marcha nuevas formas de vida que estimulan la presencia de comunes denominadores, capaces de sostener en función de unidad los zócalos de la comprensión y de la solidaridad de nuestros países. Debemos registrar dos hechos nuevos en la existencia del pensamiento del panamericanismo jurídico. Uno se refiere a la declaración de los derechos y deberes del hombre en nuestra América. El otro consiste en el haber situado entre sus principios con un gran caudal de idealismo, elementos de justicia social y direcciones de orden económico. Son estas expresiones que podríamos llamar de idealismo práctico las que sostienen la estructura del panamericanismo y demuestran las posibilidades para el futuro que la arcilla de las ideas se conviertan en el mármol de las ejecuciones permanentes.

Pero, aun hay otra forma de americanismo que proyecta las manifestaciones de un estremecimiento de nacionalismo continental, y es el que se refiere a la comunidad de sus grandes espíritus y de sus hombres de buena voluntad, esparcidos en todas las latitudes americanas, que abren sendas de luz para la incesante creación del alma de nuestra gran patria común. Es en estos espíritus que vive la preocupación relativa a la crisis de la cultura occidental y a las responsabilidades de nuestra América. Herederos de su legado, bajo cuyo signo religioso, económico, literario, filosófico y social se han organizado los pueblos del Nuevo Mundo, cumpliendo un sistema de influencias comunes a las realizaciones de la historia humana, hemos plasmado nuestras nacionalidades que necesitan la presencia de nuevas formas creadoras, que demuestren su avance hacia el porvenir. La cultura de los pueblos de nuestra América al haber tomado para sí las cargas propias de sus responsabilidades históricas, asume también deberes propios, constituyéndose no sólo en la deposit-

taria de la cultura occidental, sino en la transformadora de ella. Recoge y nutre sus fermentos para ofrecer a la historia inéditas realidades. La imagen del Renacimiento, proyecta sus radiaciones sobre los hechos potenciales de nuestra América, y así como los hombres del siglo XIV en Europa con los fragmentos de los mármoles y de sus pergaminos griegos y romanos, crearon expresiones nuevas y distintas, corresponde a los pueblos de nuestro Continente, decir su mensaje al futuro, cargadas de un acento original. Pero, lo interesante frente al porvenir es que sepamos los hombres americanos de hoy, bajo qué signo cultural marchamos hacia el futuro. Nosotros creemos que esta conducción mental no puede ser otra que la libertad. Es necesario que recordemos que la historia de la humanidad se ha cumplido a lo largo de los siglos, dominada casi totalmente por el imperio de una voluntad enraizada en los instintos, exaltados por la fiera acción de dominio, que alcanza su cumbre en el "Haz lo que quieras" del maquiavelismo, como módulo central de la convergencia de varias épocas y momentos en que no existe la libertad. Los derechos del hombre y la dignidad ciudadana aun no tiene dos siglos de vigencia como función política, de tal modo que constituyen una auténtica novedad en la historia. Nuestras instituciones americanas, que se han construido al amparo de la libertad se encuentran practicando una de las más grandes y afortunadas obras de la historia. Todo lo que han producido en el orden de sus instituciones democráticas es un hecho nuevo, que necesita de la constante influencia de la superación y de la perfección. Por esto, es que nuestros pueblos necesitan vivir animados por la pasión de la libertad. Su actitud misional y creadora consiste no sólo en la defensa del cuerpo y del alma de la libertad, sino en su obra de conquista permanente, como la imagen de la sinfonía inconclusa. La unión coordinada y solidaria de todos nuestros países, frente a estructuras que no coinciden con el perfil de su tradición política, se impone, para la defensa de la libertad. El instrumento necesario para esta defensa es la exaltación de los derechos del espíritu. Cuando se piensa que son las manifestaciones de la psicología humana que forman la cultura, creemos que nuestra América debe realizar una política del espíritu y también una economía espiritualista. La planificación y la técnica se concilian con la libertad de iniciativa, de tal modo que es posible situar la potencia material al servicio del desarrollo de la personalidad humana, que

la conduzca al intenso sentimiento de respeto a la vida y a la orientación, que le abra el camino de todas las plenitudes, igualmente que a la conquista de todos los valores. Finalmente, para la realización de una América hecha de comprensiones y de sentido humano, es necesario que nuestros países tengan el concepto de que la democracia no es sólo una forma de Gobierno, sino un estilo de vida, cuya esencia básica es la dignidad del hombre. Mientras no se invente un modo de existir fundamentalmente nuevo, la democracia es la fuerza que armoniza todos los grandes valores sociales e individuales, que no excluye ninguna idea a condición de que rinda culto a la tolerancia y a la libertad. Es también la fuerza de la historia que facilita la práctica de las plenitudes del vivir, teniendo por voluntad la dinámica del espíritu. Por esto, es necesario pensar que el deber de quienes sentimos profundamente a nuestra América a través de nuestras patrias, es defender los derechos supremos del espíritu y para defenderlos, es que nadie debe desertar cuando se trate de combatir a la fuerza que no sea nacida de la ley y a la fuerza bruta que desconozca el contenido de los principios democráticos.

Quito, 15 de Agosto de 1950.

G U S T A V O A D O L F O O T E R O

ACUERDOS DE AGRADECIMIENTO

El Grupo América dictó el siguiente Acuerdo de agradecimiento por la colaboración efectiva prestada por los ciudadanos doctor Arízaga Luque, señor Zambrano Orejuela e Ingeniero Pinto Guzmán, cuando desempeñaron, en diversas épocas, el cargo de Ministros de Educación Pública:

EL GRUPO AMERICA

al celebrar los XXV años de existencia de la revista "América" ofrece este pergamino como homenaje de reconocimiento a los señores:

DOCTOR DON FRANCISCO ARIZAGA LUQUE,

DON CARLOS ZAMBRANO OREJUELA,

ING. DON PEDRO PINTO GUZMAN,

por el decidido y generoso apoyo que han prestado a esta Institución para el desenvolvimiento de su labor cultural y de solidaridad americanista.

Quito, a 26 de Setiembre de 1950

Hipatia Cárdenas de Bustamante, Pío Jaramillo Alvarado, Emilio Uzcátegui, Isaac J. Barrera, Jaime Barrera B., Juan Pablo Muñoz Sanz, Aurelio García, Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, Gerardo Chiriboga, Antonio Santiana, Oscar Efrén Reyes, Augusto Arias, Gustavo Vásconez.

C R O N I C A

LOS VEINTE Y CINCO AÑOS DE EXISTENCIA DE LA REVISTA "AMERICA"

En Agosto de 1950 se cumplió un cuarto de siglo de vida la Revista "América", fundada en 1925 por los distinguidos consocios señores Antonio Montalvo y Alfredo Martínez, a cuya iniciativa se fundara también en 1931 el Grupo del mismo nombre. Esta efemérides de innegable importancia para la vida de nuestra Institución y la cultura del país, fué conmemorada con una sesión especial, de acuerdo con el siguiente

Programa

- 1.—Himno Nacional.
- 2.—Ofrecimiento del acto por el Secretario General, señor doctor don Emilio Uzcátegui.
- 3.—Los 25 años de vida de la Revista "América", por el señor don Alfredo Martínez.
- 4.—Pieza musical.
- 5.—Alocución del consocio señor don Isaac J. Barrera.
- 6.—Palabras de la consocia señora doña Hipatia Cárdenas de Bustamante.
- 7.—Discurso del señor Ministro de Educación Pública, don Carlos Vela García.
- 8.—Pieza musical.
- 9.—Discurso del señor Presidente de la Casa de la Cultura, doctor don Benjamín Carrión.
- 10.—Homenaje del Grupo América a los señores don Carlos Zambrano O., doctor don Francisco Arizaga Luque e Ing. don Pedro Pinto Guzmán, en reconocimiento de su valioso apoyo a la obra cultural de la Institución.

- 11.—Entrega de las condecoraciones otorgadas por el I. Cabildo Ambateño a los consocios fundadores señores don Antonio Montalvo y don Alfredo Martínez.
- 12.—Marcha final.

El Secretario General del Grupo América, doctor Emilio Uzcátegui, en su discurso de ofrecimiento del acto, se refirió, en breve síntesis, a la labor desarrollada por la Entidad en beneficio de la cultura nacional. El señor Alfredo Martínez leyó un compendio histórico de las actividades del Grupo América. Doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, socia fundadora de la Institución, en sentidas palabras hizo el recuerdo de los días iniciales en que un grupo de selectos espíritus aunara esfuerzos y entusiasmos para la creación de una obra perdurable en los anales de la cultura del País. Valiosos conceptos y frases de reconocimiento fueron los que emitió el señor Ministro de Educación Pública, señor don Carlos Vela García, en el siguiente discurso:

"Con ocasión de celebrarse el 25 aniversario de la fundación de la Revista "América", es para mí un grato deber exteriorizar el reconocimiento a la empeñosa y fecunda labor de "América"—, publicación que ha recibido en sus páginas valiosos estudios literarios y científicos de escritores ecuatorianos y extranjeros, patriótica labor en el campo intelectual es ya ampliamente conocida aquí en el País, y fuera de él—.

La Revista "América" nació al calor de nobles sentimientos e impulsos, orientados a contribuir al robustecimiento de nuestra nacionalidad, mediante el estudio, la investigación y la creación original de lo artístico, literario y científico para provecho y estímulo de la colectividad ecuatoriana, y a ese fin, con asiduo trabajo, ha logrado hacer trascendente en nuestro medio el valor de la producción intelectual del Ecuador y de las naciones americanas, descubriendo o facilitando el conocimiento del importante panorama de la Literatura del Continente, literatura que es el alma y expresión de la solidez y la fuerza de la cultura de América, múltiple y vigorosa en sus manifestaciones; noble y elevada por su inquietud y sus ideales.

Y esta ardua y delicada labor la ha cumplido la revista "América" y el Grupo de su nombre.

Por medio del libro y la revista, por medio de la conferencia y la plática, ha orientado las corrientes del pensamiento nacional, ha iluminado el horizonte espiritual de

nuestras ciudades, estimulando eficazmente la educación y la cultura, y al mismo tiempo ha contribuido a una más estrecha comprensión y solidaridad de nuestra Patria con los países americanos.

Cumplíeme, por tanto, hacer llegar a los miembros del Grupo mi voz de aliento y estímulo para su creadora labor, que constituye una efectiva ayuda en la alta y delicada misión encomendada al Ministerio de mi cargo, y esta es, cuidar y dirigir la educación y la cultura del niño, del adolescente, del hombre ecuatoriano. Y en esta grata oportunidad, quiero formular mis cálidos votos porque la vida del Grupo "América", siga desenvolviéndose con la mayor amplitud, hasta alcanzar los objetivos e ideales que noble y valientemente se ha impuesto."

Especial significación tuvieron las palabras del señor doctor don Benjamín Carrión, Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, quien luego de un sumario análisis crítico de la evolución de las letras en el Ecuador, exaltó la obra del Grupo América, poniendo de relieve su infatigable esfuerzo y su afán de trabajo, que han colocado a la Institución en el justo predicamento de que goza en los ámbitos continentales y patrios de la cultura.

En esta ocasión se rindió también homenaje a los señores don Carlos Zambrano Orejuela, doctor Francisco Anzaga Luque e Ingeniero Pedro Pinto Guzmán, por su decidida y práctica colaboración prestada a nuestra Entidad.

Particular relieve adquirió el acto de entrega de las condecoraciones otorgadas por el I. Cabildo ambateño a los consocios señores don Antonio Montalvo y don Alfredo Martínez.

El señor Bolívar Rubio, comisionado al efecto por el Municipio, en elocuentes frases subrayó, de manera especial, la labor desplegada a través de veinticinco años por los distinguidos escritores ambateños señores Antonio Montalvo y Alfredo Martínez, y la significación y rol del Grupo América en el desarrollo de la cultura patria.

El señor Rafael Gómez V., prestigioso escritor y educador ambateño, pronunció el siguiente discurso:

"He venido a este santuario de la cultura y del amor a las letras, sin otra representación que la de la afectividad y la emoción. Afectividad nacida en el centro de esa entraña generosa y noble que llamamos corazón, para quienes se formaron al calor de nuestras modestas enseñanzas en las

aulas escolares; emotividad sentida y palpitante porque los triunfos de los discípulos, son como si nuestros propios hijos culminaran en sus afanes de perfectibilidad y heroísmo.

He venido a llenarme de gloria con la glorificación de estos dos jóvenes que han hecho vida ejemplar y de lucha. He venido a engolfarme de dicha porque sus triunfos los siento como propios, como íntimos míos. Talvez son para mí algo entrañable y que viven en el fondo de mí mismo y comprendo que ellos también se sentirán satisfechos de verme a su lado como un ser que ha velado siempre por su grandeza y sus victorias. Victorias conseguidas como héroes en el bregar, no el sentido de belicismo destructor y de fuerzas organizadas con las armas para atacar todo derecho; héroes en el sentido profundo y noble de luchas por ideales de la inteligencia y del espíritu. Héroes que en silenciosa vida han procurado desparramar a manos llenas el saber y el fruto de sus talentos. Héroes que han regado las simientes de luz con la tea encendida de la Revista y de los libros.

Y es, además, como ambateño, que siente y vive la tradición de nuestro pasado ejemplar; y está atento a las directivas espirituales del presente, y se enciende de fervores históricos en el auspicio del futuro, que he venido aquí para aplaudir la obra de dos jóvenes ambateños, temblorosa de ideales y de futuro, también.

Hacer obra de inteligencia y de ilustración en estos tiempos de materialismo atropellador y aplastante, es haberse elevado por las cimas del esfuerzo bien encaminado y creador.

Recuerdo con enorme fruición las primeras impresiones de estos jóvenes desde las aulas de la Escuela Primaria, cuando la inquietud vibraba en sus almas infantiles, cuando buscaban con ahinco cuentos y libros pequeños en donde saciar con avidez la sed insuperable del saber. Presentes tengo los días en que en vez de ir a descansar las fatigas del estudio cotidiano se introducían a la pequeña Imprenta que poseía el Instituto "Martínez" para comenzar la vida difícil y afanosa de trabajar para alcanzar un poco más de ilustración y saborear con delicadeza el ideal cumplido. Allí es cuando, entre tipos y componedores, tejían y entretejían sus ensueños que habrían de culminar más tarde en obras e ideales perdurables.

Se me viene atropelladamente el recuerdo de los primeros trabajos literarios que, con timidez, me presentaba Alfredo Martínez para enviarlos a "El Telégrafo", que en

esos días tenía establecida una simpática sección infantil, en donde lució sus tanteos literarios con la robustez del futuro escritor y poeta. Luego, verlos juntos con Nicolás Rubio Vásquez, hermano mío, en la brega por hacer periodismo nuevo, con normas claras y orientaciones firmes, con un sentido de responsabilidad histórica, dentro de sus capacidades intelectuales. Señala una época y representa un símbolo de esfuerzo virtual en Ambato.

"Los Centauros", "Alba Azul", "El Cosmopolita" en Ambato fueron los órganos de publicidad que estos jóvenes tuvieron como antorchas luminosas para seguir una senda de superación y de firmeza.

Después, cansados del ambiente provinciano, donde se persigue al talento, a la cultura y al bien, salieron para esta Ciudad hidalga y heroica, a este centro de elevada cultura para ensanchar más sus ideales, para hacer obra amplia y americanista, sin abandonar las fuentes de su propia tierra con ese sentido de ecuatorianidad y envidiable maestría, que han atraído las miradas de aplauso y de gloria por su espiritual obra que llena toda una época en la historia literaria de nuestra fecunda y hermosa patria ecuatoriana.

"El dolor de pensar —hermoso y punzante a la vez,— nos ha dicho un atildado periodista ecuatoriano, no corresponde exclusivamente al filósofo, al ensayista, al autor de tratados y volúmenes densos, sino también a este trabajador del periodismo que tiene, a la par, que una fatiga inconfesada, la visión permanente de un mundo en marcha." Y así es la verdad. Estos hombres cuya apoteosis estamos celebrando, adentrados de la verdad de los pensamientos transcritos tienen el dolor de pensar, profunda y hondamente, en hacer obra personal eminente para satisfacer cuántos anhelos, cuántas inquietudes y cuántos idealismos hermosos.

He venido, señores, quizá a desentonar en esta hermosa y justiciera fiesta, con mis frases vacías de valor literario, pero sí plenas de emoción sincera, porque se anuda en mi garganta los sollozos del placer que siento, se me contienen las lágrimas de alegría que brotan del fondo mismo de mi corazón.

Seguid adelante, jóvenes discípulos y amigos: la senda tiene las perspectivas de un mundo mejor y en marcha hacia el futuro. El bienestar depende de nuestros propios ideales y de la pujanza que pongamos en su realización inmediata. Os estrecho la mano —digo con Víctor Hugo—, porque siempre habéis tenido un noble corazón."

El doctor Juan Yépez del Pozo pronunció, a nombre de la Sociedad Bolivariana, un discurso en el que reconoció la fecunda labor de la Revista y de sus fundadores.

El texto de los pengaminos que fueron entregados a los señores Montalvo y Martínez, en el momento de la condecoración con las áureas preseas del Ilustre Cabildo, dice así:

EL ILUSTRE CONCEJO CANTONAL DE AMBATO,

Considerando:

Que el Grupo América y la Revista de su mismo nombre, cumplen el día de hoy el XXV aniversario de existencia;

Que estos importantes Organismos han desarrollado una labor cultural e intelectual dentro y fuera de la República, constituyendo un honor que enorgullece a las Letras Ecuatorianas y especialmente a las ambateñas; y

Que tanto la Revista como el selecto Grupo América, fueron fundados por los destacados intelectuales y laureados poetas, señores ANTONIO MONTALVO y ALFREDO MARTÍNEZ, ambateños que se han distinguido por su espíritu de autocultura y de difusión selecta de los valores con que cuenta nuestra literatura,

Acuerda:

Galardonar a los señores ANTONIO MONTALVO y ALFREDO MARTÍNEZ, con sendas Medallas de Oro y Acuerdos de Honor, como un testimonio fehaciente del reconocimiento del I. Concejo Cantonal, a los hijos de Ambato, que han hecho honor al suelo que les vió nacer;

Recomendar sus nombres a las generaciones venideras como ciudadanos dignos de la Cuna del Cosmopolita, que han sabido levantarse por sus propios esfuerzos al hermoso sitio en que se encuentran colocados por sus auténticos merecimientos; y,

Hacer la entrega de los galardones mencionados, por intermedio de una Delegación nombrada por el I. Ayuntamiento, en la Sesión Solemne que verificará el Grupo América al celebrar su XXV Aniversario.



Con motivo de la celebración de los 25 años de la revista "América", el I. Municipio de Ambato condecoró a los escritores Srs. Dn. Antonio Montalvo y Dn. Alfredo Martínez. En la fotografía Sr. Dn. Bolívar Rubio, Representante del Cabildo Ambateño; Dr. Dn. Emilio Uzcátegui, Secretario General del Grupo América y Sr. Dn. Rafael Gó-

Dado en la Sala de Sesiones del I. Concejo Cantonal,
en Ambato, a 27 de Agosto de 1950.

El Alcalde,
J. A. Carrasco Miño.

El Secretario,
César A. Lalama C.

Insertamos los honrosos Acuerdos expedidos en tal
oportunidad por algunas instituciones culturales del País:

LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DEL ECUADOR,

Considerando:

Que el Grupo "América" cumple sus veinticinco años
de vida institucional al servicio de las Letras, la Poesía, el
Arte y la Cultura;

Que el Grupo "América", con su labor proficua, cons-
tante y prestigiosa, ya por la conferencia, el libro y la Revista
"América", su fértil y precioso órgano de publicidad, ha
enaltecido y honrado a la Patria, dentro y fuera de sus
fronteras;

Que su inapreciable tarea ha sido y es trascendental
para la unión y fraternidad amplia y comprensiva de los paí-
ses americanos, en conjunción con los ideales del Libertador;

Que los distinguidos señores Alfredo Martínez, Antó-
nio Montalvo y Augusto Arias, son los inteligentes iniciado-
res de la fundación así del Grupo como de la Revista
"América";

Que es un sagrado deber de solidaridad institucional
estar presente en homenajes de esta índole;

Acuerda:

Tributar un cálido y cordial aplauso de felicitación y
homenaje al Grupo "América" y a sus ilustres miembros;

Congratularse y felicitar calurosamente a los señores
Alfredo Martínez y Antonio Montalvo, por la justa y mere-
cida presea a que son acreedores, por sus relevantes virtudes

y su tesonera y abnegada labor en pro del Grupo y la Revista "América";

Comisionar al Secretario General de la Sociedad, señor doctor Juan Yépez del Pozo, para que, interpretando el sentir de ella, haga ostensible su saludo y homenaje, en el acto solemne que tendrá lugar en el Salón del Grupo "América", el día martes que contaremos 26 del corriente.

Dado en el Salón de Próceres de la Sociedad, en Quito, a 19 de setiembre de 1950.

Dr. Víctor M. Yépez,
Primer Vicepresidente, Encargado de la Presidencia.

Dr. Juan Yépez del Pozo,
Secretario General.

EL ATENEO ECUATORIANO,

Con ocasión de cumplir el 25º aniversario de su aparición la Revista "América", una de las publicaciones ecuatorianas que más ha contribuido a la obra cultural de la Patria y a la difusión y conocimiento de sus valores literarios y artísticos en el Continente, y

Considerando:

Que la labor desplegada a través de las páginas de esta Revista, es una de las más importantes y fecundas dentro de la vida cultural del país;

Que esta publicación ha puesto muy en alto el nombre del Ecuador ante la intelectualidad del Continente, en donde goza de bien merecido prestigio, como uno de los órganos culturales más serios y calificados de América; y

Que una conmemoración de esta clase debe ser motivo de regocijo para todas las Instituciones Culturales de la Nación,

Acuerda:

Asociarse al júbilo que embarga al Grupo "América", al celebrar las bodas de plata de la aparición de su Revista;

Expresar al Grupo y Revista "América" un cordial saludo y felicitaciones, con esta oportunidad, haciendo votos porque continúen siempre adelante en su valiosa labor de difusión del pensamiento nacional y de la cultura universal, base de hermandad de los pueblos.

Entregar el original de este acuerdo al Grupo "América".

Dado en Quito, a 26 de septiembre de 1950.

Dr. Guillermo Bossano,
Presidente.

Francisco Sánchez Melo,
Secretario.

LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,

En sesión de Junta General Plenaria, realizada hoy, acordó expresar al

GRUPO AMERICA

su congratulación por cumplir en esta fecha veinticinco años de infatigable labor de cultura, de gran significación para el país.

Quito, a 29 de Agosto de 1950.

Benjamín Carrión,
Presidente.

Jorge Enrique Adoum,
Prosecretario.

Los señores Antonio Montalvo y Alfredo Martínez, en expresión de su agradecimiento, consignaron las siguientes alocuciones:

"Hace algún tiempo, no demasiado como para poder olvidarlo, resonó en los ámbitos de América la insultativa frase de Baroja para el Nuevo Continente. No hace muchos años, Papini, desde otra latitud geográfica y mental, luego de apuntar sus nublad^{os} catalejos hacia los horizontes ultrama-

rios, escribía: "Lo que América no ha dado". Guardadas las distancias y las obvias diferencias, el pensamiento de los europeos convergía a un intento de apreciación de la realidad cultural americana, apreciación que, por falta de fundamento científico, de conocimiento y documentación, no resistía los análisis esclarecedores.

Cuatro siglos y medio tiene la cultura de América, pero si quizás le han faltado los genios creadores de los grandes sistemas filosóficos, de proyección ecuménica, en el norte, en el centro y en el sur, el Continente niño, sobre el acervo de los invalorados núcleos culturales aborígenes, ha levantado su juvenil y rica personalidad cultural. Cada pueblo, cada país americano puede enorgullecerse de su aporte a la cultura continental. Cada uno de ellos, al tiempo que ha venido haciendo su propia historia, ha venido también tallando los precisos lineamientos de su espíritu, volcado y erigido en su expresión de cultura. Y esto es lo que, en definitiva, interesa e importa. Que cada pueblo structure su personalidad espiritual. Que imprima y grave profundamente las huellas de su expresión científica, literaria y artística, porque esto es lo único que perdura a través de la precipitada fuga del tiempo, porque la obra de la inteligencia es la única que resiste a los embates de los cataclismos geológicos, y a veces, a los cataclismos ideológicos que tratan, en vano, de sepultar las invencibles conquistas del espíritu.

Idéntico al de los demás pueblos de su mismo origen y de su misma historia, el proceso cultural del Ecuador ha seguido una línea paralela al proceso de su desenvolvimiento político. Y desde los remotos días de Villarroel y Espejo, cada generación, a través de sus mejores representantes, ha venido aportando su esfuerzo y su saber, en obra de continuidad, a la formación de la historia de su cultura.

A conservar esta continuidad, a reforzar el tesoro cultural, y a ayudar a su desenvolvimiento, es a lo que ha propendido, durante un cuarto de siglo, nuestra Institución, dentro de la órbita de sus posibilidades y de sus sanos propósitos. Y en esto no ha habido más hazaña que la de un perseverante e incansable trabajo. Que la de una firme decisión para aunar esfuerzos a esa obra de vastas proporciones, para cuya realización, otros hombres y otras instituciones, con idéntica finalidad y con iguales bríos, han prodigado su voluntad y sus afanes constructivos.

Abnumadora y patética la noble y generosa actitud del Cabildo ambateño, que a nombre de la tierra nata, aun ado-

lorida y preocupada por sus propios problemas vitales, ha querido extender sus maternales manos, a dos de sus hijos más modestos, para dejar en ellas la dádiva conmovedora de su reconocimiento. En verdad, no hemos hecho sino cumplir, tesonera y fielmente, un simple deber ciudadano. Sólo que este deber se ha proyectado a los amplios y perdurables ámbitos de la cultura, cuya acción, si en realidad a alguien beneficia, es única y totalmente a la Patria, a los nobles intereses de su historia y de su destino.

En el centenar de volúmenes de la Revista "América" queda atesorada una gran parte del movimiento literario ecuatoriano de estos últimos veinte y cinco años, que serán consultados para la formación de nuestra historia de la literatura. La actividad misma del Grupo, bifurcada ya en el campo editorial, en el de las conferencias, en la creación de concursos, estimuladores de la producción literaria y artística, y principalmente el fomento de las relaciones intelectuales interamericanas, en el mantenimiento de una biblioteca especializada, constituyen la realización de una obra trascendental, cuyo éxito y cuyo triunfo corresponde por igual al decidido empeño de todos y cada uno de los miembros de nuestra Institución.

Agradezco al Muy Ilustre Cabildo ambateño, en nombre de Alfredo Martínez y en el mío, por la honrosa e inmerecida distinción de que se nos ha hecho objeto. Ella constituye uno de los mejores y más gratos estímulos para nuestra modesta labor realizada y para la que nos resta aun por llevar a cabo. Mas, si algún triunfo hemos conquistado, todo lo que él significa, a nuestra tierra natal lo dedicamos, como una humilde y sincera ofrenda filial, ceñida al incommovible pedestal de sus glorias eternas."

Antonio Montalvo

"Estas gotas de oro que nos enaltecen, tienen el valor imponderable de la palabra que carece de sonido porque es palpar de corazón y llamarada de espíritu. El oro colocado en el pecho de Antonio Montalvo y en el mío, por decisión generosa del M. I. Concejo Ambateño, es el más alto galardón con que ha querido demostrar su entrañable afecto nuestro Madre Ciudad a sus dos últimos hijos, en premio de la modesta labor realizada desde las páginas de la revista "América".

Este oro, no es el metal extraído de las entrañas de la tierra; es oro forjado por las manos sabientes y laboriosas de nuestros hermanos ambateños. Es oro amasado con el sudor, la fatiga, la constancia, con la fe del porvenir. Es oro puro, oro ennoblecido. Sus quilates se aprecian, con la distancia del infinito y la hondura de los sentimientos. Estas medallas doradas con el hálito de las víctimas del terremoto y humedecidas en las lágrimas de los sobrevivientes, llegan a nuestros pechos como vendas áureas para cubrir nuestras heridas, heridas, sin cicatriz, causadas por el golpe rudo del sismo de Agosto.

Gracias, señor Delegado del ilustre Cabildo Ambateño. Vos habéis traído un fragmento del inmenso y dolorido corazón de Ambato. Llevad ahora nuestro profundo agradecimiento y nuestra palabra limpia y emocionada, que también es latido del mismo corazón, porque Ambato es un solo corazón, repartido por los ámbitos del Ecuador."

Alfredo Martínez

CONGRESO DE COOPERACION INTELLECTUAL

Al Congreso de Escritores de Europa y América que se reunió en Madrid en el mes de octubre, concurren, especialmente invitados nuestros consocios Augusto Arias y Gustavo Váscónez Hurtado, Secretario General del Grupo, quien llevó la representación del mismo. Los señores Váscónez y Arias, presentaron importantes ponencias, unánimemente aprobadas en el Congreso, así como los compatriotas residentes en Madrid, José Rumazo, Encargado de Negocios, Humberto Toscano, Gabriel Cevallos García y José Martínez Cobo, quienes integraron la delegación de nuestro país.

Nuestros consocios obtuvieron señaladas distinciones en el Congreso: el señor Váscónez Hurtado fué designado para presidir la sesión especial desarrollada en Alcalá de Henares, cuna de Cervantes, y el señor Arias para el cargo de Secretario de la Comisión Idea de Europa, la primera sección de trabajo permanente del Congreso, siendo las otras Idea de América, Misión de Hispanoamérica y Aspectos Prácticos de Cooperación Intelectual.

Las ponencias acerca de la literatura española y la hispanoamericana y las Academias de la Lengua, del señor Arias; de la defensa del castellano del señor Rumazo; del intercambio intelectual del señor Váscónez Hurtado, de la

cooperación hispanoamericana del señor Cevallos García y de la enseñanza de la Historia de América, del señor Toscano, obtuvieron amplia aceptación y entusiasta comentario de parte de los escritores españoles concurrentes al Certamen y se aprobaron para llevarse a la práctica, así como la enviada por la señora Hipatia Cárdenas de Bustamante en relación con la misión de la mujer en el acercamiento y obra cultural de nuestros pueblos de común origen.

ESPAÑA EN LOS ANDES

La prensa ecuatoriana y la de España ha publicado notas de crítica y comentario acerca del libro editado en Madrid por el señor Augusto Arias "España en los Andes". Consignamos en esta nota su aparición en la colección "Más Allá", de la Editora Aguado de la capital española, serie selecta en donde han aparecido obras de los clásicos y de los modernos escritores españoles. Los editores así subrayan en el libro de Augusto Arias, insinuando la distinción para este ensayo que plantea el estudio de las letras patrias, comparándolas con las de la Península.

AGRADECIMIENTO

Dejamos nuestro sincero agradecimiento para el señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, doctor don Benjamín Carrión, por el comprensivo apoyo prestado para la edición del presente número de "América".

ITINERARIO DE LA REVISTA Y GRUPO AMERICA Y SU PROYECCION EN LA CULTURA NACIONAL

Fundación de la Revista "América"

En Agosto de 1925 circuló en Quito el primer número de la Revista "América", fundada con sus propios recursos, por Alfredo Martínez y Antonio Montalvo, poetas y escritores ambateños que anteriormente, en su ciudad natal, habían fundado también una Revista literaria "Centauros" y un periódico de la misma índole, "El Cosmopolita", y que, conjuntamente habían publicado su primer tomo de versos "Alba de Ensueño".

Al tiempo de la fundación de "América", ninguna otra revista literaria existía en la Capital ecuatoriana; pues "Caricatura", ese brillante cenáculo de ingenios quiteños, zozobraba en el mar, embravecido y negro, de las dificultades económicas. Quedaban claras y vestidas de añoranzas, las huellas de "Ecuatorial", revista editada en Ambato por Juan Francisco Montalvo, y en la que colaboraban los más atildados escritores ecuatorianos y que circulaba profusamente en Quito, en el País y en el exterior. Un poco atrás, quedaba también el recuerdo de la magnífica Revista "Letras", de don Isaac J. Barrera, portadora de la antorcha del modernismo. "América" venía sobre un claro rastro de tradición de revistas literarias dejado por "La Idea", "Renacimiento", la Revista de la Sociedad Jurídico Literaria, "Fíguro", "Revista Ecuatoriana". Este hecho, y el de aparecer en un momento en el cual la inquietud intelectual, paralizada quizás por la falta de un órgano de expresión, encontrara un cauce

generoso y oportuno, pueden justificar la espontánea y cálida acogida que mereciera, ya de parte de la prensa, de los escritores nacionales, especialmente de los núcleos intelectuales de Quito, que vieron en ella, desde el primer momento, el posible vocero de la inquietud literaria de la época, ya también del exterior, pues que desde su primer número, en cumplimiento de la misión americanista que se había impuesto, principió a viajar por los países del Continente.

Cinco números, sin interrupción, vieron la luz por el solo esfuerzo de sus fundadores.

La Sociedad "Amigos de Montalvo"

Con la emisión de estos cinco números, "América", había conseguido muy buena aceptación tanto en el País como en el exterior. Pero sus editores se encontraban ante la imposibilidad económica de proseguir su publicación. Era, pues, necesario buscar la forma de no dejarla perecer en sus comienzos promisorios. Fué por esta razón que concibieron la idea de formar una agrupación de escritores, animados de entusiasmo y de buena voluntad, que quisieran continuar en esta obra de cultura. A poco fué una realidad la organización de esta Sociedad. Se llamaría "Amigos de Montalvo". Nació bajo la advocación admirativa del Maestro. Y, la revista "América", volvería a aparecer como su órgano de publicación.

En efecto el número 6-7 ascena como publicación de la Sociedad "Amigos de Montalvo". En su editorial hace su profesión de fe literaria esta Sociedad. Entre otros enunciados, apunta: "Montalvo, el Maestro, a través de los siglos estrecha la mano heroica de Cervantes, Pontífice Máximo de las Letras; Martí, el Apóstol, dialoga con Margall en los paseos del Retiro; Hostos, el pensador, es acólito de Lulio en la Fiesta pascual de la Filosofía, y Rodó manía en los misales de Ignacio de Loyola. Hermanos escritores de América y España: queremos concretar en perenne labor de interconocimiento una cultura autóctona sin vestimenta extraña, desnuda como virgen núbil de estas selvas lujuriosas."

La Sociedad "Amigos de Montalvo" se integraba con las siguientes comisiones: La Directiva General, cuyos miembros eran: doctor Julio Endara, César y Jorge Carrera Andrade y Humberto Fierro. La Editora del Libro: Gonzalo Escudero, Juan Pablo Muñoz Sanz, Gonzalo Pozo y Hugo

Alemán. La de Propaganda: Hernán Pallares Zaldumbide, Jorge Reyes, doctor Francisco Alvarez y doctor Miguel Angel Zambrano. La Directiva de la Revista "América": Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, doctor Julio Arauz y Pablo Palacio. La de la Biblioteca Latino-Americana: Hugo Moncayo, Ricardo Alvarez, Augusto Arias y Olmedo del Pozo. Tesorero: Alfredo Martínez. Bibliotecario: Antonio Montalvo. Secretario General: Augusto Arias. Formaban también parte de la Sociedad los poetas Guillermo Bustamante y Jorge Hübner Bezanilla, chileno, que a la sazón desempeñaba un cargo diplomático en el Ecuador.

El año de 1925, a iniciativa de Gonzalo Zaldumbide, quien ejercía entonces la representación diplomática del País en la Capital de Francia, se llevó a cabo una ceremonia, grata para todos los ecuatorianos, consistente en la colocación de una lápida conmemorativa en la casa N° 26 de la calle Cardinet, donde viviera y muriera Montalvo en París. El Comité para esta celebración estaba compuesto por: Gonzalo Zaldumbide, M. Jean Richepin, don Miguel de Unamuno, Francis de Miomandre, M. Maurice de Waleffe, el Marqués de Peralta y el Profesor Martinenche.

Al tiempo de la fundación de la Sociedad "Amigos de Montalvo", la Eustre Municipalidad de Ambato tenía en su poder la documentación relativa al homenaje que se había rendido al Cosmopolita. Entonces encomendó la edición del libro que divulgara y perennizara tal homenaje a la Sociedad. Circuló esta edición, bellamente impresa, en Abril de 1926.

La Sociedad "Amigos de Montalvo", con la edición del libro dedicado al gran panfletario y de los números de la Revista América que van del 6-10 se disolvió, cerando de nuevo los horizontes para la vida de esta publicación.

El Primer Concurso Literario promovido por "América"

Al llegar al número décimo, "América", había ganado terreno en la simpatía y estimación de propios y extraños. La desaparición de la Sociedad "Amigos de Montalvo", si bien desalentó al principio a sus fundadores, les animó luego en la prosecución de tal empresa. Así es cómo después de poco tiempo se reinicia su publicación. Figuran entonces como sus directores Alfredo Martínez, Guillermo Bustamante y Hernán Pallares Zaldumbide y como Director Artístico Nicolás Delgado.

No había duda que los manes venerandos de Montalvo velaban permanentemente la existencia de "América". Al aproximarse el XCI aniversario de su nacimiento, se había pensado en no dejar pasar desapercibida esta conmemoración, que, por lo demás, interesaba al mundo de la cultura ecuatoriana. Así es como con el comprensivo apoyo prestado por el Presidente de la República en ese entonces, doctor don Isidro Ayora, se convocó un Concurso Literario con el cual la Revista "América" se haría presente en la efemérides montalvina y propiciaba, de modo práctico, la creación de estímulos para la obra de nuestros escritores. Por su parte, la colonia ambateña residente en Quito, había donado dos premios para trabajos en prosa y verso, que se sumaban a los destinados para el objeto por el Presidente de la República.

Realizado el concurso, a principio de 1927, el Jurado Calificador compuesto por don José Austria, literato y diplomático venezolano, Isaac J. Barrera, Luis F. Veloz, Jonge Hübner Bezanilla y Guillermo Bustamante, merecieron el discernimiento de los premios ofrecidos por el Presidente de la República, consistentes en medallas de oro y la edición de las obras premiadas, Fernando Cháves por su novela "Plata y Bronce" y Augusto Arias por su libro de versos "El Corazón de Eva". El premio del Municipio ambateño fué adjudicado a Hugo Moncayo, por su poema "San Francisco de Quito", y los dos premios de la Colonia Ambateña, correspondieron a Carlos Doudebés por su libro de poemas y a Telmo N. Vaca por su "Canto a Montalvo".

La entrega de los respectivos galardones se efectuó mediante una velada que tuvo lugar en el Teatro Sucre y que resultó memorable. La prensa de Quito, apreciadora justiciera de lo que significaba aquella justa cultural, entre otras apreciaciones, consignó: "El Día": "Pocas veces es dable al público de Quito presenciar un espectáculo como el que se efectuó anoche en el Teatro Sucre... Una de las más brillantes fiestas culturales y sociales que se han realizado de alguna época a esta parte en el Teatro Sucre." "El Comercio": "Un franco éxito alcanzó la sugestiva velada organizada por el personal de la Revista América."

Después de este acontecimiento, el ritmo de la aparición de "América", sigue paralelo a los vaivenes de la economía de sus dirigentes, y lo que es más valioso, al capricho de las gentes del Gobierno, no dispuestas siempre a prestar su apoyo —consistente en ordenar su publicación en los Talle-

res Nacionales— al desarrollo de una empresa de cultura sin crédito posible, a no ser el del beneficio que se hacía al prestigio intelectual del País. Sin embargo, hay la suficiente entereza y abnegación en quienes acomete tan quijotesca empresa, para seguir hacia adelante. Entre flujos y reflujos de adversidad y bonanza, "América" siguió su ruta de avance, hasta el número 42, en el año de 1930; abonándose en su haber cinco años de esforzada lucha. Anteriormente, en los años de 1928 y 1929, "América" enluta sus páginas por la desaparición de los poetas Ernesto Noboa y Humberto Fierro, punta-estandartes del modernismo ecuatoriano.

El Grupo América

Cuando "América" llegó al número 40, ya sea por un anhelo de modernizar la revista, o ya por razones de índole económica, sufrió la transformación de su formato, reduciéndose al tamaño de 32 cc., que ha conservado hasta la fecha. Como queda anotado, después del número 42 sufrió el último y más largo colapso que ha tenido en su ya larga existencia. Después de cinco años de circulación, de haber ganado para el País la confirmación de su tradicional predicamento intelectual, no podía dejársela desaparecer muy fácilmente. De nuevo, pues, sus primitivos fundadores, Alfredo Martínez y Antonio Montalvo, se dieron a la tarea de gestionar su reaparición, emancipándola, en un máximo posible, del tutelaje oficial. Pero quienes podían aportar su dinero a una empresa editorial, no querían arriesgarlo fácilmente; pues bien veían que la publicación de la revista no dejaba ganancia alguna. Era esta una obra de desprendimiento y de sacrificios económicos. El camino que quedaba abierto, pues, era de constituir una nueva agrupación de escritores que, con suficiente voluntad para arrimar el hombro a una obra exclusivamente cultural, estuviesen decididos, al mismo tiempo, a subvencionar la publicación de la Revista.

Un acontecimiento glorioso para la cultura del Ecuador se acercaba de nuevo. Era éste el centenario del nacimiento de don Juan Montalvo. Conmemoración que estaba obligado a celebrar dignamente el País, y que obligaba, especialmente, al mundo de las letras ecuatorianas. Fué, efectivamente, la tabla de salvación para "América".

Se realizaron conversaciones sobre este tópico. Viejos y jóvenes escritores encontraron justa y lógica la necesidad de

organizar el homenaje al Maestro. Así fué como a invitación hecha por Martínez y Montalvo, en los salones de doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, tuvo lugar la reunión preparatoria. En ésta, no sólo se convino en estructurar las bases para la celebración montalvina, sino que, de hecho, quedó constituida la Sociedad que se anhelaba. Se denominaría "Grupo América", y la Revista, por consiguiente, quedaría como su órgano de publicidad.

A poco, en otra sesión habida en la Sociedad Jurídico Literaria, quedaba constituido formalmente el Grupo América. Eran sus Dignatarios: Tesorera: doña Hipatia Cárdenas de Bustamante. Secretario General: Hugo Moncayo. Bibliotecario: Alfredo Martínez. Directores de la Revista: César Arroyo, Augusto Arias y Alfredo Martínez. Socios Activos: César Arroyo, Augusto Arias, Miguel Angel Alborno, Luis Bossano, Isaac J. Barrera, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Gonzalo Escudero, Hugo Moncayo, Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, Oscar Efrén Reyes, Manuel María Sánchez, José María Velasco Ibarra y Gonzalo Zaldumbide. Socios Colaboradores: en Guayaquil, señoritas Adelaida Velasco Galdós y María de la Torre. En Buenos Aires: Guillermo Bustamante. En Caracas: Víctor Hugo Escala. En Roma: Hernán Pallares Zaldumbide.

En el Acta de Fundación del Grupo "América", se consignaban los principios que propugnaba la Institución, y que más tarde, fueron consignados en su Estatuto Jurídico:

"El Grupo América", fundado en Abril de 1931, es un organismo de Cultura Nacional e Internacional, con estas finalidades:

a) Fomentar la solidaridad y las relaciones entre los pueblos de América;

b) Establecer intercambio intelectual con cada una de las naciones americanas y con los centros culturales y científicos del mundo;

c) Impulsar el desarrollo de la cultura nacional y difundirla en los centros de la cultura internacional;

d) Provocar la organización de grupos similares en los demás países de este Continente;

e) Laborar por la desaparición de las diferencias o motivos de carácter internacional, que mantienen o pudieran mantener desunidos a algunos países americanos, y

f) Excitar la conciencia de los pueblos de América para la defensa, afianzamiento y evolución de la libertad y la democracia."

Para determinar la función de la Revista "América" se consignaron estos principios:

a) Ser la expresión de la cultura nacional, en todas sus manifestaciones;

b) El órgano de realización de aspiraciones que persigue el Grupo, en las órdenes de solidaridad e interconocimiento americanos; y,

c) El instrumento de conexión entre los diversos órganos de publicidad del Continente.

Para una de las secciones del Grupo, el Instituto de Cultura Americana, se puntualizaban estas funciones:

a) Establecer cursos y conferencias sobre ciencias, literatura y arte americanos;

b) Invitar a personalidades representativas de la cultura mundial y auspiciar las conferencias y actos culturales de escritores, artistas y hombres de ciencia;

c) Participar en Congresos, conferencias y actos internacionales que se realizaren en las naciones del Continente y en Centros de importancia mundial, tendiente al mejor conocimiento y conexión entre los países americanos; y,

d) Provocar concursos y certámenes nacionales e internacionales de carácter cultural.

El cuerpo directivo o funcionarios del Grupo se constituía así:

Secretario General;

Director del Instituto de Cultura Americana;

Directores de la Revista América;

Director y Subdirector de la Biblioteca;

Director del Centro Cultural Ecuatoriano-Argentino;

Procurador;

Director de la Editorial América;

Tesorero;

Secretario de Actas y Correspondencia.

Constituido el Grupo América, la vida de la Revista se afianza. Al llegar al número 49, correspondiente a Abril de 1932, se consigna en él el homenaje a Montalvo, con ocasión del centenario de su nacimiento, efemérides magnífica, que es celebrada con espontáneo entusiasmo, hasta en la última aldehuela ecuatoriana, y que adquiere, sobre todo para la cuna del Cosmopolita, contornos de grandiosidad inusitada, ya que Guayaquil, la próspera y noble, la cálida tierra que ofreció su arcilla generosa para

el sueño transitorio del cuerpo momificado de Montalvo, entrega, en tan memorable conmemoración, sus restos venerandos a Ambato, su ciudad natal.

Este número conmemorativo de América, recoge en sus páginas, brillantes estudios de los escritores ecuatorianos, que analizan, desde diferentes ángulos de visión e interpretación, la egregia y titánica personalidad del ambateño, y es encomiado y solicitado por los escritores y entidades culturales del Continente.

Edición Especial de América, con Ocasión del IV Centenario de la Fundación de Quito.

Un jalón que hizo honor a la vida de la Revista "América", constituyó, también, la edición del número especial, en homenaje a la ciudad de Quito, que, en el año de 1934 —Diciembre 6— celebró el IV Centenario de su fundación. Colaboran en él los más prestigiosos y atildados escritores ecuatorianos, haciendo de esta edición una valiosa monografía en la que se estudia la prehistoria, la historia, el arte, la vida, la cultura de Quito, y por consiguiente, es encomiada por los cenáculos literarios de las naciones americanas.

La Primera Exposición del Libro Hispanoamericano

En Agosto del año de 1935 se celebró en esta Capital la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano. Constituyó este certamen internacional una de las pruebas patéticas que el mundo de la cultura daba a un País que, a través de una Revista y de una Institución, venía proclamando, desde hacia muchos años atrás, los principios de confraternidad y solidaridad continentales. Por primera vez, en una rara y elocuente anfictionía del espíritu, se daban cita, en la Capital equinoccial, el pensamiento escrito de dos mundos, ligados entre sí, por los indisolubles lazos de la lengua y de la sangre. España en primer término y la vasta nación que en América habla la lengua de Camoens, y todas y cada una de las veintiún naciones de origen hispano, concurren entusiastas y generosas a esta Fiesta del Libro.

La Exposición tuvo lugar en las aulas de la Universidad Central. La apoyó comprensivamente el Gobierno y fué

secundada con espontaneidad por los Municipios, las Universidades, Colegios e Instituciones Culturales de la República. Durante los días que permaneció abierta la Exposición, se desarrolló un selecto programa de conferencias dictadas por miembros y amigos del Grupo América.

Fué entonces, también, que tuvo lugar un segundo Concurso Literario para los géneros de Ensayo y Novela. En el ensayo, los premios correspondieron a Juan Pablo Muñoz, Alfredo Llerena y César Carrera Andrade, por sus obras: "Amiel", "El Agro Ecuatoriano" y "Física y Metafísica para una Estética del Porvenir". En el de Novela, alcanza el triunfo Jorge Icaza con su novela "En las Calles".

El Gobierno, por su parte, otorgó merecidas condecoraciones "Al Mérito en el Grado de Oficial", a algunos de los escritores y Casas Editoras que contribuyeron con sus valiosos aportes a la Exposición del Libro. Idéntica distribución se hizo, entre los expositores internacionales, de los premios concedidos por los Municipios e Instituciones Culturales Ecuatorianas.

Entre las innúmeras felicitaciones dadas al Grupo América por la celebración de este Certamen, la Cámara de Diputados del Congreso Nacional, expidió el siguiente Acuerdo:

CAMARA DE DIPUTADOS DEL ECUADOR,

Considerando:

Que por iniciativa y perseverante labor del Grupo América, se ha realizado, con admirable éxito, en la ciudad de Quito, la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano;

Que este Certamen constituye la más brillante demostración de la cultura de los pueblos de Hispanoamérica, y del vigor y florecimiento de su espíritu;

Que la Exposición del Libro contribuye, mejor que toda otra clase de relaciones, al conocimiento mutuo de nuestros pueblos y a la exaltación de sus valores intelectuales; y,

Que esta Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, verificada en Quito, es verdadero título de honor para la Patria.

Acuerda:

Felicitar al Grupo América por el triunfo obtenido con la actual Exposición del Libro Hispanoamericano, y otorgar a dicha Sociedad un especial voto de aplauso por tan inteligente y meritoria iniciativa.

A poco de realizada esta Exposición, Chile y Colombia, iniciaban el desfile de naciones americanas, que a ejemplo del Ecuador, organizaban las suyas, en una magnífica y consoladora prueba de comprensión, hermandad y solidaridad internacionales.

La Biblioteca de Autores Americanos

Cuando, en 1931, la Revista América pasó a poder del Grupo de su nombre, un apreciable acervo bibliográfico, producto de los canjes y de los envíos de escritores, editores e Instituciones Culturales y Científicas del Continente, pasó a formar también parte de su patrimonio, que sirvió de base para la formación de su futura Biblioteca. Al realizarse la Exposición del Libro Hispanoamericano, un verdadero tesoro bibliográfico formó, de hecho, la Biblioteca del Grupo América, la cual, día a día, a través de los canjes que se mantienen con la revista y sus publicaciones, de los envíos personales, de aquellos que hacen las casas editoras, las Instituciones Culturales, va acrecentándose aceleradamente.

En la Biblioteca del Grupo América, está palpitando el pensamiento de las naciones hispanoamericanas. Uno de sus mejores y más trascendentales triunfos ha sido precisamente la formación de esta Biblioteca. Más no son solamente los países de habla española los que están representados en sus estantes. Está también el Brasil y está también Norteamérica, pues en el año de 1942, el escritor Adjunto Cultural de la Embajada de Estados Unidos de Norte América, tuvo la grata y feliz iniciativa de inaugurar, con un selecto y valioso aporte de obras, la Sección Norteamericana de la Biblioteca del Grupo, Sección que va agrandándose, asimismo merced a las gentiles donaciones de la Embajada norteamericana. En tal ocasión, el señor Ignacio Lasso, pronunció su magistral conferencia: "Raíz y Signo de la Literatura Norteamericana".

Acaso ninguna otra biblioteca en el País, por otro lado, pueda contar, como la del Grupo América, con la enor-

me sección de revistas, las más valiosas y las más importantes que se editan en el Continente.

Por lo general, escritores, hombres de ciencia, artistas, etc., extranjeros que llegan a esta Ciudad acuden a la Biblioteca del Grupo América, en vía de información o estudio, pues que allí se conserva la rica y múltiple producción literaria de las naciones americanas, que abarca todas las ramas del saber humano, y reúne todas las palpitaciones del pensamiento contemporáneo.

Por otra parte, la Biblioteca, con un servicio sistemático, diurno y nocturno, se ha constituido en el centro preferido por estudiantes, universitarios, obreros, etc.

Actividad Editorial del Grupo América

Penosas, difíciles han sido —y siguen siendo— las circunstancias editoriales para el escritor ecuatoriano. El País no tiene el número suficiente de empresas editoras. Y el Gobierno, apenas ha podido prestar más que un apoyo limitado a la producción literaria. El Grupo América, en el propósito de fomentar y estimular la producción literaria, abordó, desde el año de 1934, la publicación de las obras de sus socios, entre las que pueden contarse las siguientes:

Plata y Bronce, novela, por Fernando Chávez.

El Corazón de Eva, poesía, por Augusto Arias.

Ensayo sobre Lope de Vega, por César E. Arroyo.

En Elogio de Ambato, prosa, por Augusto Arias.

Lecturas de Montalvo, (selecciones) Antonio Montalvo y Alfredo Martínez.

Glosario de Amiel, ensayo, por Juan Pablo Muñoz Sanz.

En las Calles, novela, por Jorge Icaza.

El Cristal Indígena, biografía de Espejo, por Augusto Arias.

12 Siluetas, retratos literarios, por José de la Cuadra.

Crespo Toral, por Gonzalo Escudero.

Páginas de Quito, por Augusto Arias.

El Libro, apología, por escritores del Grupo América.

Semblanzas, por Augusto Arias.

Latitudes, Viajes y Relatos, por Jorge Carrera Andrade.

Vida de Juan Montalvo, por Oscar Efrén Reyes.

El Quijote de Montalvo, por Augusto Arias.

Los Evangelios de don Quijote, por José Alfredo Llerena.

rena.

- Galápagos, por Gerardo Chiriboga.
 Camino, Poesía, por Antonio Montalvo.
 Antología de Poetas Ecuatorianos, por Augusto Arias y Antonio Montalvo.
 Vida de Federico González Suárez, por Nicolás Jiménez.
 Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, síntesis biográfica, por Antonio Montalvo.
 Sociología del Nacionalismo en Hispanoamérica, ensayo, por Gustavo Adolfo Otero.
 Viaje, poesías, por Augusto Arias.
 Edipo, por Jaime Barrera.
 Luis A. Martínez, biografía, por Augusto Arias.
 Brevisima Historia General del Ecuador, por Oscar Efrén Reyes.

Las Conferencias

En el afán de abrir nuevos horizontes a la difusión de la cultura, de ampliar su radio de actividad, el GRUPO AMERICA, en el año de 1937, inicia el primer ciclo de conferencias. La primera de ellas, "Jorge Isaacs y su María", dictada por Augusto Arias en el Salón Máximo de la Universidad Central, es parte del programa con el cual, entonces, la Institución, conmemora el centenario del nacimiento del inmortal escritor colombiano.

Las conferencias de cada ciclo, han sido editadas en volúmenes separados, y lo mismo que la revista, viajaron hacia los escritores y centros culturales de América.

Las conferencias dictadas desde entonces, son las siguientes:

Primer Ciclo (Volumen I):

- Jorge Isaacs y su María, por Augusto Arias.
 Federico García Lorca, por Hugo Moncayo.
 Consideraciones sobre la Libertad, por José Rafael Bustamante.
 Nacionalismo y Americanismo Musical, por Juan Pablo Muñoz Sanz.
 Nuevo concepto del Estado, por Pío Jaramillo Alvarado.
 Crespo Toral, por Gonzalo Escudero.

Segundo Ciclo (Volumen II):

Variaciones sobre la Angustia, por Ignacio Lasso.

La Naturaleza política del Hombre y sus Formas de Organización, por Aurelio García.

Confrontación Americanista de Post-Guerra, por Juan Pablo Muñoz Sanz.

Método Sociológico de Interpretación de la Historia, por Carlos Salazar Flor.

La Sífilis como Problema de Higiene Mental, por Julio Endara.

Tercer Ciclo (Volumen III):

Humanidad y Espiritualidad,

Bosquejo de una Antropología

Sociológica, por Julio Moreno.

Cinco Pintores del Ecuador, por Ignacio Lasso.

Hamlet y Don Quijote o la Dialéctica de la Locura, por Augusto Sacotto Arias.

Figuras Literarias de Bolivia, por Víctor Hugo Escala.

Biología y Mentalidad en Latinoamérica, por Rafael Quevedo Coronel.

Cuarto Ciclo (Volumen IV):

Demonio y Poesía, por José Alfredo Llerena.

El Periodismo en la Post Guerra, por Miguel Albornoz.

El sentido Americano y Nacional del Reino de Quito, por Neptalí Zúñiga.

América y la Paz que Desea, por Juan Pablo Muñoz Sanz.

El Libro, Vínculo de Solidaridad Americana, por Alfredo Martínez.

Evocación de Martí en el primer Cincuentenario de su Muerte, por Víctor Hugo Escala.

Las Grandes Culturas Indígenas Americanas, por Oscar Efrén Reyes.

Apuntes para un Retrato de Don Quijote, por Carlos Tobar Zaldumbide.

Quinto Ciclo (Volumen V):

- José Joaquín Olmedo, por Isaac J. Barrera.
 Contribución de la Literatura a la Medicina. Dostoiewsky, por Antonio Santiana.
 Romeo y Julieta, por Jaime Barrera.
 Nueva York, Radiografía de una Ciudad, por Wilson Córdova.
 Espejo, por Antonio Montalvo.

Como complemento de esta fase de la labor del GRUPO AMERICA, ha venido también patrocinando conferencias de escritores extranjeros que, por vía de estudio o de conocimiento, han pasado por esta Capital. Dos conferencias dictadas en los últimos tiempos corresponden a los escritores Silvio Julio, brasileño e Ignacio Rodríguez Guerrero, colombiano, y ambos versaron sobre diferentes tópicos de la obra de don Juan Montalvo.

La Vinculación Internacional

Asimismo, con el propósito de estrechar, en forma práctica y trascendente, los lazos de amistad y comprensión internacional, el Grupo América fué una de las primeras Entidades Culturales que abordara la creación en esta Ciudad de Centros de vinculación internacional. Data del año de 1936 la formación del Centro Cultural Ecuatoriano-Argentino, el cual ha venido figurando estatutariamente como una de las Secciones de la Institución. Más tarde, la Universidad Central del Ecuador y otras Instituciones de Cultura, secundaron esta obra con la creación de organismos similares.

Filiales del Grupo en las Naciones del Continente

Las semillas de comprensión y solidaridad americanas echadas al viento de la cultura continental por la Revista y Grupo América, han tenido la más grata fructificación. Comprendiendo la trascendencia de estos principios, la necesidad de ir hacia la realización de un más amplio sistema de vinculación internacional, escritores de algunas naciones americanas, de modo espontáneo y comprensivo, tomaron la encomiable iniciativa de fundar en las capitales

ly ciudades de América, filiales del Grupo, centros de cultura que, como el ecuatoriano, propugnaban idénticos principios, y realizaban obra semejante, en un fraterno propósito de buscar y efectuar a través de una obra cultural, la cohesión del pensamiento y espíritu americanos. Existen en la actualidad Instituciones filiales del Grupo en Cuba, México, Chile, Uruguay, Bolivia, Colombia, El Salvador, Venezuela, Guatemala, Nicaragua cada una de las cuales viene desarrollando la más fructífera labor americanista.

Los Concursos de la Editora Neoyorkina Farrar & Rinehart

Hacia el año de 1940, la Casa Editora Farrar & Rinehart de New York, abre, con la eficiente ayuda de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, el primer Concurso de Novelas Latinoamericanas, cuyos premios consistían en apreciables cantidades de dólares. Para organizar y llevar a cabo el concurso nacional en el Ecuador, la editora neoyorkina encomendó este trabajo al Grupo América, que supo llevarlo a cabo con el máximo entusiasmo y honorabilidad. Nada menos que el Jurado Calificador del Concurso estaba integrado por: don José Rafael Bustamante, doctor Gonzalo Escudero y señor Oscar Elfrén Reyes.

Treinta novelas, fueron presentadas al Concurso. El veredicto del Jurado, designó como la novela merecedora de figurar en el concurso internacional a "Nuestro Pan" de Enrique Gil Gilbert, la cual mereció la primera mención honorífica, en dicho certamen.

Un segundo Concurso se promovía en el año de 1942, por la misma Casa Editora. Fué, asimismo, designado el Grupo América para su realización en el País. Esta vez, el Concurso se ampliaba. Además del premio para novela, se consignaban dos más; uno para una obra en prosa que podía ser ensayo sociológico o histórico, biografía, memorias de viaje, etc; y, el último para una obra literaria en prosa para la juventud de doce a dieciseis años.

Llevados a cabo los certámenes nacionales, las respectivos Jurados Calificadores, hicieron la siguiente deducción: El Jurado de Novela, compuesto por Isaac J. Barrera, Augusto Arias y Antonio Montalvo, la obra Juyungo de Adalberto Ortíz. El de obras en prosa, integrado por: doctores Pío Jaramillo Alvarado y Carlos Salazar Flor, El indio,

Cuestiones de su Vida y su Pasión, por Luis Monsalve Pozo. Y el de obras para la juventud, compuesto por: Emilio Uzcátegui y Francisco Terán, declaró desierto este concurso, justificando que "a pesar de tener algunas de las obras aspectos valiosos e interesantes, ninguna reúne las características de obra fundamental y permanente".

El Grupo América Intercede ante el Gobierno para la Creación de Premios Literarios

La patética y halagadora prueba obtenida a través de los Concursos promovidos por la Casa Farrar & Rinehart, que demostraba la existencia de una pléyade de novelistas y escritores a quienes, en nombre de un elemental interés por la cultura nacional había que estimular, indujo al Grupo América a interceder ante el Gobierno para que creara algunos premios para la producción literaria nacional. Esta petición tuvo eco inmediato, y el Ministerio de Educación Pública, por Decreto de 11 de Febrero de 1941, constituyó el Premio Anual "Ministerio de Educación Pública" para la mejor obra literaria ecuatoriana —novela, cuento, poesía, o biografía— con \$ 2.000,00, el mismo que, en esa primera oportunidad fué concedido a Gil Gilbert por su novela "Nuestro Pan".

Más tarde, el mismo Departamento de Estado fué creando nuevos premios para otros géneros literarios y para obras de arte.

Créase el Galardón de "Ciudadano de América"

La ciudadanía de América, título y galardón creados por el Grupo América, no tienen otra significación que la de un símbolo espiritual, con el cual se ha querido confirmar la obra de los hombres de pensamiento y de acción que, en América, han hecho un apostado del ideal americanista. El Grupo fundamentaba así los motivos de esta creación:

Considerando:

Que la unidad de los pueblos del Hemisferio Occidental es justa aspiración del hombre americano, como medio eficaz de resolver problemas vitales —superación de la raza, bienestar económico, justicia social—;

Que estos anhelos son postulados del pensamiento y querer americanos, difundidos en la cátedra y en los órganos publicitarios, fuentes nutricias en las que el pueblo del Nuevo Mundo ha de confrontar su espíritu ávido de mejoramiento;

Que en los pueblos de América viven escritores y ciudadanos eminentes, empeñados en la tarea nobilísima de plasmar los ideales de concordia americana; y

Que es deber de todo ciudadano del Hemisferio de Colón el reconocer, aplaudir y estimular la obra meritoria de estos apóstoles genuinos de la democracia, no sólo como una manifestación de gratitud, sino como medida que ayude a propagar esas ideas e incite a los nuevos luchadores.

Resuelve:

Crear el galardón denominando "Ciudadano de América", que se destinará a los ciudadanos y escritores que realicen por cualquier medio obra americanista, etc.

La primera concesión de este título fué hecha a don Joaquín García Monge, el conocido Profesor y Periodista costarricense, infatigable propulsor de los ideales de unidad americana, quien, con su *Repertorio Americano*, tiene abierta, desde hace más de un cuarto de siglo la más alta tribuna para el pensamiento libre de América.

La segunda de estas distinciones fué otorgada al eminente escritor colombiano doctor Eduardo Santos, en justo reconocimiento de una vida ejemplar, dedicada apostólicamente al engrandecimiento de las naciones americanas.

La Exposición del Libro Venezolano

Un hecho de verdadera trascendencia para la vida del Grupo América, constituyó la Exposición del Libro Venezolano, organizada como especial homenaje, en honor del ex-Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, General Isaiás Medina Angarita y su distinguida comitiva, con ocasión de su visita al Ecuador, en 1943. Pues era la primera vez que el Representante de una de las naciones más antiguamente vinculadas con nuestro País, por los lazos de la historia y la comunidad de ideales americanistas, hiciera acto de presencia en una ceremonia de exclusiva y alta significación cultural, simbolizadora del alma de los pueblos hermanos, que con singular y recíproca actitud de comprensión y solidaridad internacional y de fe y esperanza en sus propios destinos, han

vivido y viven, aportando esfuerzos a la estructura y afirmación del destino continental.

En tal ocasión, Andrés Eloy Blanco, el gran poeta venezolano, en metáforas patéticas y de colorido lírico, se refirió especialmente al destino del libro, siguiendo los esguinces de su vía—crucis, esclareciendo su virtualidad esencial y su trascendencia en el interconocimiento de los pueblos y de la cultura, mostrándolo en la imagen del río y del puente para el acercamiento espiritual, pues que, de río, sus corrientes llevaban la expresión literaria, y, de puente, por él, mejor que por ningún otro, pasaban y se amalgamaban las afinidades espirituales. Al definir la función del libro y su valor en la hora de la cultura contemporánea, lo hizo también en lo que respecta al escritor, al trabajador intelectual, con hondo sentido de sociólogo, analizando su situación humana, las condiciones específicas de su vida y de su trabajo, la remuneración económica que necesitaba y el rol social en que debía ser colocado como obrero de la cultura que es.

Un pergamino le fué entregado, en esa oportunidad al ex—Presidente de Venezuela. Lo hizo la señora doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, miembro fundadora de la Institución, con estas palabras: "General: Una alta honra me han dispensado mis compañeros del Grupo América al querer que sea yo quien entregue este pergamino, símbolo de la amistad que existe entre el Ecuador y Venezuela; mis manos débiles y desarmadas, representan muy bien a mi Patria, así como la Vuestra, a la cual llamé nido de águilas inmortales, está muy bien representada en Vuestra Excelencia".

El texto de la inscripción de tal pergamino, decía: "El Grupo América de Quitó, al Excelentísimo Señor General don Isaías Medina Angarita, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, con ocasión de su visita al Ecuador, en homenaje del tradicional afecto de nuestro País a la tierra de los Libertadores, y en símbolo de la fe en una nueva y auténtica fraternidad internacional, para el advenimiento de la libertad y la cultura que ilumine los destinos de América."

Exposición del Libro Argentino

Otro acontecimiento de singular importancia constituyó, asimismo, la Exposición del Libro Argentino, que tuvo lugar en Octubre de 1947, y a cuyo éxito contribuyó la comprensiva colaboración de la Embajada Argentina, así como el fer-

voroso y fraterno entusiasmo desplegado en la Capital rioplatense por el distinguido escritor don Antonio Aita.

La Exposición se llevó a cabo en el Salón de la Ciudad y se dictaron, con esta oportunidad, las siguientes conferencias sobre temas de ciencia, literatura y folklore argentinos: Gonzalo Zaldumbide: Larreta y la Pampa.

Carlos Manuel Larrea: Los Estudios de Antropología en la Argentina.

Antonio Santiana: Una Contribución Argentina a la Cultura Universal: Ameghino.

María Guillermina García Ortíz: La Pampa Argentina.

Juan Pablo Muñoz: Del Folklore Argentino: Bailes e Instrumentos Musicales.

Se promovió, también, un concurso sobre los temas:

1º—Poesía: Canto a Sarmiento.

2º—Prosa: Síntesis de la Literatura Argentina, cuyos premios fueron donados por el Excmo. Embajador de la República Argentina, por el Consejo Provincial de Pichincha y por el Grupo América, que en su orden correspondieron a los escritores nacionales señores Darío Guevara, Ricardo Alvarez y Elfraín Munive.

El IV Centenario de Cervantes

Suceso de la cultura universal, singularmente de la hispánica, y por probados derechos filiales, de los países de nuestra América que habla en español, fué la conmemoración del IV Centenario del natalicio de Cervantes. El Ecuador, por su vieja tradición de cultura, por haber surgido de su suelo el otro Cervantes que abrigara en su obra múltiple el idioma del manchego, no podía faltar a tan grata conmemoración, y estuvo presente a través del Grupo América, que llevó a cabo, con tal oportunidad, una interesantísima Exposición del Libro Cervantino, con la cooperación de la Legación de España.

Esta Exposición se llevó a cabo entre los días 14 al 21 de octubre del año pasado, y a ella concurrieron, con el aporte de sus libros, muchas Instituciones y distinguidas personas que han sabido mantener la tradición de conservar volúmenes antiguos y ediciones apergaminaadas, que constituirán el timbre de orgullo de nuestras Bibliotecas Coloniales. Sobresalió entre las obras expuestas, el valioso y lujoso lote de obras cervantinas, primorosamente encuadernadas, de la

Legación de España, y que fuera donado gentilmente a la Institución.

Don José Rafael Bustamante, entonces Vicepresidente de la República, inauguró la Exposición, pronunciando un discurso medular, acorde con su esclarecida personalidad de pensador y filósofo.

Los miembros del Grupo, señores Augusto Arias y José Alfredo Llerena, dictaron conferencias sobre los temas: El Quijote de Montalvo y los Evangelios de Don Quijote.

Número de América dedicado a la República de Bolivia

En cumplimiento de sus propósitos de vinculación y fraternidad americanas, el Grupo trazó un plan de ediciones de su Revista, que estuviesen destinadas a recoger en sus páginas la producción literaria de los escritores de las naciones del Continente y como la forma más práctica para cristalizar un eficiente sistema de interconocimiento intelectual. Prueba de este anhelo fué la publicación del número 87, de la Revista, dedicado a la hermana República de Bolivia. Un haz de los más valiosos y apreciados escritores bolivianos entregó su aporte literario, a través del cual se puede apreciar un vasto campo de la cultura del País fraterno.

La Casa de América

La fundación, en esta Capital, de la Casa de América, ha sido una de las grandes y nobles iniciativas del Grupo; pues que, los ideales del interconocimiento y solidaridad continental así lo requieren. Su finalidad no sería otra que la de levantar aquí en esta Capital, el hogar para los escritores de América. Una Institución a la que puedan llegar en su tránsito y hospedarse en ella sin más credenciales que la de su labor, quienes quieran laborar por el engrandecimiento de la Patria Continental, quienes anhelan contribuir con su aporte de ciencia, arte, etc., al esclarecimiento de los problemas vitales que conforman la vida de los pueblos del Nuevo Mundo, al afianzamiento de los principios democráticos que rigen su existencia, y al destino de la cultura.

Secretarios Generales de la Institución

En el tiempo de funcionamiento del Grupo, los siguientes miembros han desempeñado la Secretaría General:

Licenciado Hugo Moncayo.
Señor Doctor Gonzalo Escudero.
Señor Isaac J. Barrera.
Señor Gustavo Vásquez Hurtado
Señor Gonzalo Zaldumbide.

Socios Fallecidos

El Grupo, en el transcurso de su ya larga trayectoria ha visto desaparecer de su seno a los siguientes consocios:

Señor César E. Arroyo.
Señor Nicolás Jiménez.
Señor José de la Cuadra.
Señor Manuel María Sánchez.
Señor Ignacio Lasso.
Señor Alfredo Gangotena.

Cumplimiento de un noble apostolado

En esforzada, constante, pero fructífera lucha, el Grupo América, a través de su existencia, ha visto colmado en parte sus altos ideales de cultura. Su Revista, que, en Agosto de 1950, cumplió su cuarto de siglo de vida, en prueba de no superada longevidad literaria, aquí en el País, ha sido el constante y patético vínculo de unión espiritual con los demás países del Continente. En sus páginas está, palpitante y viva, gran parte del movimiento intelectual de estos veinticinco últimos años. En ellas está encerrado un verdadero tesoro bibliográfico. En ella, como un crisol, está fundido algo del pensamiento continental contemporáneo. Ella ha sido la mensajera que ha pregonado en los ámbitos de América, el gran apostolado de la fraternidad y solidaridad americanos.

Ha llevado a los centros de la cultura continental, la voz de una Institución que ha estado siempre alerta al desarrollo de la cultura de este Hemisferio, lo mismo cuando se ha tratado de hacer llegar su pensamiento a las Conferencias Internacionales, como cuando los desmanes imperialistas han puesto en peligro la vida de eminentes escritores que han lu-

chado y luchan por la vigencia de la libertad y de las nobles causas de la dignidad y de la redención humanas. Y lo mismo también, cuando la clara conciencia de los pueblos ha querido consagrar el valor y la significación de los hombres que, con su ejemplaridad y la fuerza de su espíritu, han sabido conducir los destinos de la vida y de la cultura americanos.

A. M.

CONTENIDO

	Pgns.
Un cuarto de siglo de la revista "América"	5
Goethe, por Augusto Arias	9
Goethe frente a la Filosofía, por Aurelio García	30
El mundo científico de Goethe, por Antonio Santiana . .	52
Tiempo, por Juana de Ibarbourou	76
Memoria, por Dora Isella Russell	77
Aquel 10 de Agosto, por Dora Isella Russell	80
Poemas: Deseo, Ruego, Tiempo, La Danza, por Flor de Te	85
In Memoriam, por Eduardo Samaniego y Alvarez	89
Confesadita y comulgatita, por Julio C. Troncoso	92
Bolívar y Bentham, por Gustavo Adolfo Otero	104
Tormenta que se avecina, por Miguel Angel Albornoz . .	140
Una admirable poetisa española y su libro "Sembrad", por Guillermo Bustamante	144
Hipatia Cárdenas de Bustamante, por Aurora Estrada de Ramírez	170
 Homenaje al General Francisco de Miranda en el Bicentenario de su Nacimiento	
Itinerario de Miranda, por Augusto Arias	178
Francisco de Miranda, por José Ricardo Chiriboga Villagómez	183
Realidad y sueño de Miranda, por Alfredo Pareja Diez Canscco	188
Elegía al General Francisco de Miranda en la Carraca, por Antonio Montalvo	193
Sebastián Francisco de Miranda, por Juan Pablo Muñoz Sanz	196

	Pgns.
Homenaje al Excmo. señor don Gustavo Adolfo Otero	222
Ciudadano de América, por Augusto Arias	223
La misión y los deberes del americanismo, por Gusta- vo Adolfo Otero	227
Acuerdos de agradecimiento	234
Crónica: Los veinte y cinco años de existencia de la revista "América". Congreso de Coopera- ción intelectual. España en los Andes, Agra- decimiento	235
Itinerario de la Revista y Grupo América y su proyec- ción en la cultura nacional	248